

A painting of a couple's feet on a bed with a yellow sheet. The man's feet are at the top, wearing a grey sock and a brown shoe. The woman's feet are at the bottom, wearing a striped sock and a brown shoe. The bed has a yellow sheet and a grey blanket. The background is a light blue wall.

Charles Baxter
El festín del amor

Annotation

Los protagonistas de esta suerte de reescritura de Sueño de una noche de verano, merecedora del Premio Llibreter y de una adaptación a la gran pantalla, se pasan el rato hablando de sus ideales amorosos. En viñetas sensuales y repletas de comicidad, el dueño de una cafetería recuerda el día en que su primera mujer se acercó por un instante a la perfección. Ella, a su vez, rememora

su fascinación ante la belleza de una contrincante. Una pareja de adolescentes se pasa las horas en un café alimentando la idea de un amor ardiente. Un profesor de filosofía intenta explicar lo imposible: las razones del corazón. Gentes diversas, unidas por los imponderables del amor, componen una imagen portentosa de la fuerza más irresistible de la vida.

El festín del amor es una novela hilarante y al mismo tiempo irremediablemente triste, llena de ingenio y poesía y de observaciones exquisitas sobre la condición humana;

una obra a la vez erudita y popular. Expresa la delicadeza, la violencia, la salvación y la destrucción del amor. Una novela brillante y cautivadora.

CHARLES BAXTER

El festín del amor

Traducción de Jaime Zulaika

RBA Libros S.A

Sinopsis

Los protagonistas de esta suerte de reescritura de Sueño de una noche de verano, merecedora del Premio Llibreter y de una adaptación a la gran pantalla, se pasan el rato hablando de sus ideales amorosos. En viñetas sensuales y repletas de comicidad, el dueño de una cafetería recuerda el día en que su primera mujer se acercó por un instante a la perfección. Ella, a su vez, rememora

su fascinación ante la belleza de una contrincante. Una pareja de adolescentes se pasa las horas en un café alimentando la idea de un amor ardiente. Un profesor de filosofía intenta explicar lo imposible: las razones del corazón. Gentes diversas, unidas por los imponderables del amor, componen una imagen portentosa de la fuerza más irresistible de la vida.

El festín del amor es una novela hilarante y al mismo tiempo irremediamente triste, llena de ingenio y poesía y de observaciones exquisitas sobre la condición humana;

una obra a la vez erudita y popular. Expresa la delicadeza, la violencia, la salvación y la destrucción del amor. Una novela brillante y cautivadora.

Título Original: *The Feast of Love*

Traductor: Zulaika, Jaime

Autor: Baxter, Charles

©2001, RBA Libros S.A

ISBN: 9788479017682

Generado con: QualityEbook v0.87

Generado por: Silicon, 23/03/2019

Charles Baxter

El festín del amor

NOVELA ganadora del III Premi Llibreter 2002 Narrativa

Título original: The Feast of Love

Autor: Charles Baxter

Traductor: Jaime Zulaika

© de la versión española: 2001, RBA Libros S.A.

Primera edición: octubre 2001

Segunda edición: junio 2002

Tercera edición: julio 2002

ISBN: 84-7901-768-6

Sí, algunas veces me olvidaba no sólo de quién era, sino de qué era, me olvidaba de ser. SAMUEL BECKETT, *Molloy*

EXPOSICIONES

PRELUDIOS

EL HOMBRE —yo, esta criatura pálida, y ninguna otra, al parecer— despierta asustado, enredado en las sábanas.

La habitación oscurecida, las puertas medio cerradas del ropero y la esbelta lámpara con listones de pino en la mesilla de noche: no las reconozco. En el extremo opuesto del cuarto, la claridad lejana de la farola que envuelve el estor posee un inquietante resplandor ingrato. Ninguno de estos objetos hasta ahora familiares me resulta conocido. Lo que es peor, no me recuerdo ni me reconozco. Me siento en la cama; en realidad, *me tambaleo*, presa de un suave terror somnoliento, hacia la postura vertical. Hay un demonio aquí, uno sin nombre, el demonio de la tachadura y el olvido. No logro desprenderme de esta sensación porque mi cerebro no funciona y, debido a *eso*, la piel que me hospeda no se ha convertido todavía en *mí*.

Al mirar la oscuridad, tengo flotadores ópticos: ahí, en la pared de enfrente, hay engranajes que giran por separado y luego se acercan unos a otros hasta que sus piñones se fusionan y giran al unísono.

Luego noto la mano de ella en la espalda. Ella, ya acostumbrada a mis amnesias nocturnas, extiende la mano, soñolienta, desde su lado de la cama, con un gesto que se ha vuelto una reacción casi automática, y me toca entre los omóplatos. De este modo los objetos del entorno recobran sus posiciones fijas.

—Charlie —dice. Aunque no me haya reconocido a mí mismo, es evidente que la reconozco a ella: su mano, su voz, incluso el tenue olor a galleta salada de su cuerpo cuando emerge del sueño. Le doy la vuelta hacia mí, la estrecho en mis brazos y trato de controlar mi ritmo cardíaco. Ella posa la mano en mi pecho—. Estabas soñando —dice—. Es sólo un mal sueño. —Después continúa, medio adormilada—: Tienes pesadillas —bosteza—, porque no... —Antes de acabar la frase se sumerge otra vez en el sueño.

Me levanto y voy al estudio. Me han aconsejado que camine un poco, como remedio. Tengo «lapsos de identidad», como le gusta llamarlos al médico. No he encontrado esta expresión clínica en ningún libro. Creo que se

la ha inventado. Comoquiera que se llamen, esos lapsos provocan efectos secundarios físicos: mi corazón sigue aporreando, y apenas soy capaz de permanecer sentado o quieto.

Escribo mi nombre, Charles Baxter, mi dirección, el condado y el estado donde vivo. Invento una palabra que no existe en nuestra lengua, pero que tal vez tenga o debería tener un significado: *sinluz*. Soy un *sinluz*. Escribo la palabra al lado de mi nombre.

En la pared del primer piso, cerca del pie de la escalera, hemos colocado un espejo antiguo, tan viejo que ya no refleja nada. Su superficie, gastada y salpicada de puntitos grises, como granos abultados, ha perdido una de sus dimensiones. Como yo, es *sinluz*. Sólo puedes mirar *al* espejo, no *dentro* de él. La textura ha suplantado a la profundidad. Este espejo no refleja nada y no exige una reacción de nadie. Está tan totalmente consumido que hay que resignarse a que no quiera reflejar. Ahí reside su belleza.

Me he puesto téjanos, una camisa, zapatos. Daré un paseo. Paso sin ser visto por delante del espejo irreflectante, como si fuera un vampiro que absorbe distintas sustancias de la sangre. Salgo al Woodland Drive y camino despacio hasta un amplio solar que hay al final de la manzana. Heme aquí, un simple vecino, sonámbulo, inofensivo, que ya no representa una amenaza para sí mismo ni para nadie y que se sosiega, poco a poco, ahora que está al aire libre.

Todos los vecinos saben que no construirán una casa en el terreno que ahora estoy pisando, debido a que el subsuelo tiene problemas de drenaje. En las llanuras de Michigan el agua se estanca. Está comprobado que las alcantarillas no sirven de nada y, como resultado, este terreno, al pie de la colina sobre la cual abrieron nuestra calle, siempre se inunda después de una tormenta eléctrica y durante semanas permanece mojado. A los niños del barrio les encanta. En cuanto llueve corren gritando a los charcos.

Encima de mí, en el cielo despejado, la luna, la loca compañera de la tierra, canta canciones a grito pelado. Es una mezcla de Rodgers y Hart, incluido «Dónde o cuándo». La luna tiene una hermosa voz de barítono. No: alguien al fondo de la manzana tiene encendido un equipo de música. Está claro que todavía estoy somnoliento y desorientado. La luna, por lo visto, no canta nada.

Me alejo del solar y lo rodeo hacia el este por la acera que conduce al sendero que se interna en el llamado Pioneer Woods. Estos bosques flanquean

las casas de mi calle, Woodland Drive. Conozco el sendero de memoria. Lo he recorrido casi todos los días durante los últimos veinte años. Nuestra perra, *Tasha*, lo recorre tan mecánicamente como yo, menos cuando ve una ardilla. A la luz de la luna este camino que sigo se asemeja al túnel que la Bella atraviesa para llegar a la Bestia, y aunque no veo lo que hay al otro extremo, no necesito verlo. Podría cruzar el túnel a ciegas.

En el sendero que ahora se escora hacia la izquierda, hacia un arcedo, oigo el sonido de gotas cayendo entre las hojas. No puede estar lloviendo. Todavía hay en el cielo estrellas intermitentes. No: aquí están las lagartas, aún en su estadio de oruga, que mordisquean las hojas de arce y de bayas y devoran hoja por hoja el bosque del vecindario. No descansan de noche. Los bosques están infestados de estos bichos, y durante el día el sol brilla entre los árboles como si ya fuese primavera, nudos desnudos de hojas roídas y mordisqueadas que casi no arrojan sombra sobre el suelo, donde la química modificada del suelo, gracias a los residuos que dejan las orugas, ha matado casi todas las almácigas y dejado tan sólo cardos desagradables, grandes, espinosos y de raíces profundas, una vegetación fantasmal de película de miedo. Los árboles, sus troncos desnudos, peludos y retorcidos, están tapizados, tachonados de orugas. Apenas las veo, pero oigo perfectamente cómo raspan y reptan.

El ayuntamiento ha rociado este bosque de *Bacillus thuringiensis*, dos palabras cuyo sonido adoro pronunciar, y los bacilos han aniquilado algunas de estas plagas; sus cadáveres yacen sobre el camino, donde los recoge mi calzado en apariencia adhesivo. Los noto, mientras camino, bajo mis suelas en la oscuridad, exudando vida semilíquida. Blandos, despachurrados. Y en mi confusión nocturna es como si oyera el mordisqueo de hojas, el bosque que, brizna a brizna, está siendo devorado vivo. No son nada benignos estos bichos. Tienen un apetito ciegamente voraz, obsesivo. Un conocido me ha dicho que los navajos llaman «lagarta loca» a una persona que sufre una enfermedad emocional.

Al otro lado del bosque salgo al lindero de una calle, Stadium Boulevard, y bajo una cuesta hacia la esquina, donde un semáforo en rojo parpadea en dos direcciones. Doblo al este y me dirijo hacia el estadio de fútbol de la Universidad de Michigan, el terreno de juego universitario más grande del país. La mayor parte de él fue excavada bajo tierra; desde aquí, desde el chaflán que forma Stadium con Main, justo al este del instituto Pioneer, sólo es visible una porción pequeña de su estructura de acero y cemento. Pasa algún

que otro coche por la calle, y sus conductores encorvados me lanzan de cuando en cuando una mirada aterradora o predatoria. Aquí, en la oscuridad, hay dos adolescentes con un monopatín que se estrella contra el suelo cuando ejecutan, con riesgo para sus tobillos, sus increíbles y peligrosos saltos desde el bordillo. Resoplan y gritan. Los dos son blancos, llevan el pelo a lo rasta y chaquetones sin abrochar sobre la piel desnuda. Consulto mi reloj. Es la 1:30. Me detengo para asegurarme de que no pasan coches patrulla y luego franqueo los torniquetes. La universidad proyecta construir alrededor de este terreno una enorme valla de hierro, pero todavía no la han colocado. Estoy cometiendo allanamiento y pueden detenerme. Tras entrar en el pasillo techado de la puerta 19, me encuentro en la zona sur, en el reino del fútbol.

Dentro del estadio, noto la luna silenciosa en la espalda y tomo asiento en un banco de metal. La lluvia de meteoritos de agosto ahora parece formar parte de este espectáculo. He recorrido ya dos terceras partes del ascenso. Estos asientos son demasiado altos para ver algo y de un metal demasiado frío para que resulten cómodos, pero el lugar es tan macizo que vuelve superfluas casi todas las opiniones individuales. Como cualquier coliseo, su mero tamaño anula la intimidad, la soledad. Esculpido en la tierra, concebido para hordas y gigantes, heridas sangrientas y griterío, y tan imponente que ninguna mirada puede abarcarlo, el estadio puede considerarse el escenario de sucesos épicos, y no sólo de fútbol: en 1964, el presidente Lyndon Baines Johnson anunció aquí su programa de la Gran Sociedad.

Todos los sábados de otoño en que hay partido, zepelines y biplanos que arrastran carteles publicitarios sobrevuelan el terreno en semicírculos. Como unas tres horas antes del saque inicial, nuestra calle empieza a congestionarse de coches aparcados y remolques conducidos por gente del Medio Oeste en diversas fases de feliz preborrachera, y cuando rastrillo las hojas en mi traspatio oigo el clamor de la multitud como una marea a lo lejos, a media milla de distancia. El público de la contienda es ruidosamente tradicional y antifónico: un lado del estadio ruge adelante y el otro brama azul. El sonido se eleva hacia el cielo, también azul, pero imparcial.

Las filas de gradas reflejan la luz de la luna. Contemplo el campo de juego, ahora, a la 1:45 de la mañana. Ahí abajo están representando un sueño de una noche de verano.

¡Esta luna vieja mengua! Prolonga mis deseos y los de una solitaria pareja desnuda, apenas visible ahí abajo, en la línea de las cincuenta yardas, haciendo el amor esta noche de mediados del verano.

Hacen suaves forcejeos lejanos.

De nuevo en la acera, doblo al oeste y me encamino hacia Allmendinger Park. Débilmente iluminados por la farola, veo aros de baloncesto, pistas de tenis y barras de juegos infantiles. Cerca del tióvivo, los urbanistas municipales han fijado en el suelo varios bancos para que padres sedentarios observen a sus hijos. Yo vigilaba al mío desde ese mismo sitio. Mientras recorro la acera creo ver a alguien, una figura borrosa de un hombre con chaqueta que surge como de la niebla o de la bruma, sentado en un banco en compañía de un perro, pero que sin duda no observa a ningún niño, no a esta hora de la noche, y cuando me aproximo levanta la cabeza, al igual que el perro, una mezcla indescriptible de collie, labrador y pastor. Conozco a este perro. También al hombre sentado a su lado. Le conozco desde hace años. Tiene los brazos caídos a ambos lados del banco y las piernas cruzadas, y además de la chaqueta (una cazadora azul oscuro de los Chicago Bulls) lleva una gorra de béisbol, como si no fuese un completo adulto, como si no hubiese renunciado *del todo* a los sueños de juventud y a la gracia y la destreza atléticas. Se llama Bradley W. Smith.

Sus pantalones caqui son una talla más grande de la suya —forman bolsas alrededor de las caderas y rodillas—, y lleva una camisa con un dibujo curioso que no acierto a distinguir completamente, el diseño entrelazado de una jirafa M. C. Escher, jirafas unidas a jirafas, pero no puede ser, no puede ser lo que pienso que es. En la oscuridad, mi amigo parece un sapo guapísimo. El perro lanza una tarascada a una polilla y luego posa la cabeza en la pierna de su amo. Puede ser una alucinación lo de las jirafas en la camisa del hombre o puede que simplemente yo esté equivocado. Cuando me siento a su lado en el banco, me dirige una mirada en la oscuridad.

—Hola —dice—, Charlie. ¿Qué demonios estás haciendo aquí? ¿Qué pasa?

UNO

—Hola —dice—, Charlie. ¿Qué demonios estás haciendo aquí? ¿Qué pasa?

Sentado a su lado, veo sus gafas, que reflejan el último cuarto creciente de la luna y una estrella fugaz. En la penumbra su cara es dulce y agraciada, su pelo rizado y espeso y su sonrisa fácil y encantadora, como la de un empleado de un banco de préstamos que todavía duda sobre si tu historial crediticio es

digno de ti. Tiene los ojos grandes y pensativos, igual que los de un sapo. Comprendo enseguida que si está sentado ahora en este banco del parque, debe de ser un hombre más bien desdichado, insomne, acongojado o abatido.

—Hola, Bradley —digo—. No mucho. Estoy dando un paseo. Es una noche de verano y tengo insomnio. Veo que tú también estás despierto.

—Sí —dice él, asintiendo sin que sea necesario—. Eso es cierto.

Los dos aguardamos. Por fin le pregunto:

—¿Cómo es que estás levantado?

—¿Yo? Oh, he estado trabajando hasta tarde en una ventana de casa. El contrapeso se soltó de la polea y he intentado sacarlo de la pared.

—Un trabajo difícil.

—Sí. En fin, como no he podido arreglar la ventana, lo he dejado y he salido a pasear con *Bradley*, el perro. ¿Te acuerdas de este perro?

—¿Cómo... se llama?

—*Bradley*. Acabo de decírtelo. Se llama exactamente como yo. Es más fácil llamarle *Joven*. Así no hay confusión. Es mi compañero. Pero tú tampoco estás durmiendo, ¿no? —pregunta, mirando a media distancia como si estuviese hablando a solas y yo fuera una ilusión—. Ya somos dos. —Se recuesta en el respaldo—. Tres, si contamos al perro.

—Me he despertado —le digo—, y veía cosas.

—¿Qué cosas?

—No quiero hablar de eso —le contesto.

—Bien.

—Oh, ya sabes. Veía puntos.

—¿Puntos?

—Sí. Como puntitos delante de los ojos. Pero los míos parecían piñones.

—¿Te refieres a engranajes o algo así?

—Supongo. Ruedas con piñones que giran y luego se acercan entre sí y giran todas juntas, mezclando engranajes.

Me frote el brazo, una picadura de mosquito.

En las sombras, un lado de la cara de Bradley parece a punto de derrumbarse, como si el esfuerzo de guardar las apariencias hubiese acabado fracasando y el optimismo diurno le hubiera abandonado. Suspira y rasca a *Joven* detrás de la oreja. El perro le responde con una amplia sonrisa.

—Engranajes. Nunca he oído nada igual. Supongo que *no* duermes mucho mejor que yo. Somos dos miembros del ejército de insomnes. —Ahora se estira y levanta la mano para apresar un poco de aire—. Una hermandad. Una

fraternidad. ¿Sabías que Marlene Dietrich padecía insomnio?

—No, no lo sabía.

—¿Sabes lo que hacía de noche para entretenerse?

—No.

—Hacía tartas —explica—. Lo he leído en el dominical. Hacía tartas de cabello de ángel y luego, de día, se las regalaba a sus amigos. Marlene Dietrich. Tenía esa expresión, aquellos ojos, porque no dormía bien. Pues yo —continúa, acomodándose en el banco—, yo simplemente me quedo aquí sentado, *muy* quieto, ya ves, como aquel que no sé cómo se llama, el Buda compasivo, pensando sobre el mundo donde tú y yo vivimos, y saco conclusiones. Conclusiones y remedios. Últimamente he estado pensando en *remedios extremos*. Para problemas extremos se necesitan remedios extremos. Lisa y llanamente.

—¿Remedios extremos? ¿Qué quieres decir? Y no me incluyas en la hermandad. No hago más que dar un paseo por el vecindario.

—¡Un paseo por el vecindario! Chico —dice, apuntándome con un dedo como el cañón de un revolver—, tendrás suerte si no te embarca una patrulla.

—Oh, soy respetable.

—Pero qué dices. ¡Respetable! Vas vestido igual que un vagabundo. Como un *matón*. Es ilegal pasear de noche por esta ciudad. ¿No lo sabías? —Se levanta para lanzarme una ojeada inquisitiva. Por lo visto no le gusta lo que ve—. Te da un aire peligroso para la seguridad pública. ¡Vagabundeo! Vas a acabar con el culo en el talego, tío. Ya no está permitido, a menos que pasees con un perro. Con el perro —señala con un gesto al suyo— es legal. Con el perro es lícito. Yo tengo un perro. Tú deberías agenciarte uno. Lo mejor es tener un perro de raza, como un collie o un cazador, un perro con papeles. Pero sirve uno cualquiera. Créeme, la gente feliz está durmiendo en su casa, acurrucada en sus sueños. —Dice esto con desprecio—. La gente con suerte. —Vuelve a sentarse, pero su agitación no cesa—. Los malditos con suerte... ¿Qué te ocurre? —Me sonrío con cara de gnomo—. ¿Te remuerde la conciencia? ¿Llevas una libreta?

—No. Te lo he *dicho*. Me he despertado aturdido. Ocurre continuamente. Pensando en un libro, me figuro. Tengo que salir a ventilarme. De todos modos, ya tengo una perra.

—No lo sabía. ¿Dónde está?

Mira alrededor, fingiendo que la busca.

—Durmiendo. No le gusta pasear de noche. No le gusta verme

desorientado.

—Listo, el animal. ¿Así que me estás diciendo que no sabes dónde estás? ¿Es eso?

—Eso mismo. Sé dónde estoy *ahora*.

—Quizá estés demasiado inmerso en la ficción. Por mí, puedes seguir. Pero escucha, ya que estamos aquí, dime: ¿cómo empieza tu libro? Dime la primera frase.

Empiezo a despegar un chicle de mi zapato.

—Nanay. No te la digo. No revelo esas cosas.

—Anda. Soy tu vecino, Charlie. Te conozco desde hace...

—Doce años —digo.

—Doce años. ¿Crees que te la voy a robar? Nunca lo haría. No *robo* frases. No soy escritor, gracias a Dios. Soy un hombre de negocios. Y un artista. Vamos. Dímelo. Dime cómo empieza tu novela.

Me recuesto en el respaldo.

—«El hombre —recito—, yo, ningún otro, despierta asustado.»

Clava la puntera del zapato en la tierra y en las cortezas de árbol, *Joven* la olisquea. Ahora Bradley adopta un tono comprensivo.

—¿Con esa frase?

—Con ésa. Todavía es un borrador. De hecho, sólo está en mi cabeza.

Asiente.

—Un poco melodramático, ¿no? Creía que era una regla básica no empezar una novela con alguien que se despierta en la cama. ¿Y qué es eso de *asustado*? ¿De verdad te despiertas asustado? No parece muy propio de ti. Y a propósito, la palabra es *se despierta*.

Le miro, irritado.

—¿Desde cuándo eres académico? Muy bien, la corregiré. Además, *sí* me despierto aterrado. Pregunta a mi mujer.

—No, no pienso hacerlo. ¿Cómo se titula el libro?

—No lo sé todavía.

—Deberías ponerle *El festín del amor*. Soy un experto en eso. Yo debería escribirlo. En realidad, debería salir *yo* en el libro. Tendrías que ponerme en tu novela. A fin de cuentas, acabo de romper con mi segunda esposa. Estoy en plena confusión sentimental. Quizá me pegue un tiro antes del último capítulo. A tus lectores les intrigará el desenlace. Sí, el festín del amor. No es, desde luego, lo que yo esperaba en el instituto, cuando me imaginaba lo que iba a ser el amor, excursiones de luna de miel, alegría eterna y todo eso.

Miro al perro, que bosteza en mi cara. Aburro a este perro.

—¿No sales ahora con una médica? ¿Con alguna otra mujer?

—Eso es personal.

—Oye, ¿me dices un título y luego me saltas con que no puedo usarlo porque es una metáfora? ¿Y quieres ser un personaje de mi libro sin contarme detalles de tu vida amorosa?

—Metáfora, mi culo. No lo sé. Titúlalo *El ayuno del amor*. Ya sé: ponle *Desata mi corazón*. Ése es un buen título. Ponle el que tú quieras. Pero recuerda: las metáforas significan algo —dice, levantándose—. ¿Te acuerdas de Kathryn, mi ex? ¿Mi primera mujer? Cuando Kathryn me llamaba sapo, cosa que hacía a veces para castigarme, estoy seguro de que escogía esa metáfora con todo cuidado. Cuidaba mucho el lenguaje. Era escrupulosa. Seguramente buscó esa metáfora el día entero. *Coleccionaba* metáforas, Kathryn. Marcaba con una X el sitio donde las encontraba. Luego me las enseñaba todas a mí. Al cabo de un tiempo se convirtió para ella en mi apodo, como cuando decía: «Sapo, amor mío, ¿me pasas las patatas?». Resultó que todas las metáforas se referían a *mí*. La del sapo la sacó de *El viento en los sauces*,¹ su libro favorito. Señor Sapo, ya sabes.

Lo dice en voz baja y contempla la penumbra del campo de juego y ahora, en la oscuridad, ciertamente habla un poco como un sapo.

—Podría haber sido peor —me informa—. Un sapo tiene dignidad.

Mira alrededor. Luego rompe a cantar.

Las lumbreras de Oxford saben todo lo que hay que saber pero ninguna de ellas sabe la mitad de lo que sabe el inteligente señor sapo.

—De todos modos, al cabo de un rato la ponía nerviosa. Y, por descontado, ella era una especie de lesbiana, un poquito lésbica, una turista sexual, aunque esta última parte del turismo podríamos haberla arreglado, de haber habido tiempo. Al menos era lo que yo pensaba. El verdadero problema consistía en que a ella no le gustaba lo inconsecuente que era yo. Pensaba de mí que era el hombre de las mil caras, majo por la mañana y no tanto por la noche. Los hombres como yo la exasperaban. Una vez me llamó el Lon Chaney del Medio Oeste, el Lon Chaney con la bombilla de monstruo encendida dentro del carrillo. *El fantasma*, me llamaba, *de la ópera*. —Aguarda un momento—. ¿De qué ópera? En esta ciudad no hay ópera.

Mira fijamente el cielo nocturno y después prosigue.

—Bueno, por lo menos yo era una estrella. Ya ves, las mujeres admiran la belleza física en los hombres más de lo que quieren confesar. —Me lo dice de un modo conspiratorio, como si me revelase un profundo secreto. Suspira—. No te engañes al respecto.

—Nunca me engañaría a ese respecto —le digo—. ¿No estarás hablando de Diana? ¿O te refieres a Kathryn?

—No —suspira, enfadado—, no hablo de Diana. Por supuesto que no. No, maldita sea, te lo he dicho: Kathryn fue la primera. Mi primer matrimonio. La conociste, lo sé.

—No —digo—. No la recuerdo. Pero tampoco estuviste mucho tiempo casado con Diana.

—Quizá no —murmura él—, pero la amaba. Sobre todo después de divorciarnos. Una jugarreta del destino. Ella quería a otro antes de casarse conmigo y le siguió queriendo mientras estuvimos casados, y le quiere todavía ahora. El perro y yo, aquí sentados, pensamos en ella y en el negocio que tengo, el café del que soy dueño. En realidad desconozco lo que piensa el perro.

Un silencio en forma de bolsita de aire se instaura entre nosotros. Oigo respirar a Bradley y miro sus manos unidas. Una de ellas busca en el bolsillo del pantalón alguna golosina para el perro, se la entrega y *Joven* se la traga.

—No deberías. Perderte en nostalgias, me refiero. Pero Diana *era* preciosa —digo.

—Todavía lo *es*. Y no tengo nostalgia.

—Pero te era infiel —insisto—. No se puede querer a alguien así.

—Yo casi pude. Diana era poderosa. Me tenía como embrujado, hablo en serio. —Me mira directamente a los ojos—. Era casi una diosa, Diana. La hubiera dejado que me destruyese. Me abrasaba. Me abrasaba mirándola.

No bien ha terminado esta frase, nos llega desde muy arriba, desde los árboles próximos, un ruido semejante al graznido de un cuervo. Es raro: no recuerdo haber oído nunca graznar a un cuervo de noche. Al mismo tiempo que pienso esto, oigo a un hombre que se ríe dos veces, a lo lejos, en las casas que hay a nuestra espalda. Es una risa horriblemente mezquina. Me eriza el pelo en la nuca.

—Ah, por cierto —digo—. Acabo de pasar por el estadio. Adivina lo que he visto.

—Van a poner una valla alta alrededor del terreno. —Se ríe—. ¿No lo sabías? Una valla *alta*. Con un marcador nuevo y gigantesco, como en Las

Vegas. La gente como tú se empeña en colarse.

—Ahora no hay ninguna valla —le digo.

—Ya veo de qué va la cosa —resopla Bradley—. Con estos paseos nocturnos te empapas de material para tu libro, *El festín del amor*, ¿y qué han visto tus ojos errabundos? Sé *exactamente* lo que han visto. Has visto a unos chicos que se han metido a escondidas en el estadio y estaban activamente desnudos en la raya de las cincuenta yardas.

—Pues sí. —Aguardo, decepcionado—. ¿Cómo lo sabes? Es decir, me ha parecido una escena tierna. Y, ya ves, me ha conmovido.

—Conmovido.

—Es difícil describirlo. Su...

La cara permanentemente enamorada de Bradley irradia curiosidad por lo que cuento.

—Oh, ya sabes —digo—. La luna menguante brillaba sobre ellos. Como en *El sueño de una noche de verano*, o algo por el estilo.

—Muy bien, claro. Ya sé. Amor en el terreno de juego. Pero eso ocurre continuamente —dice, con una voz más sosegada y quizá sedada. Por un momento me pregunto si habrá tomado Prozac—. Yo debo saberlo, porque me he criado aquí, ¿no lo sabías? Entrar a hurtadillas es muy divertido para los chavales, señalan a la raya de las cincuenta yardas y dicen: «Eh, tío, ¿a qué no sabes qué hice ahí con mi novia? *Aquí mismo es donde me echaron un polvo, Bub, de donde a ese grandullón le están sacando en una camilla.*»

—Bueno —digo—. Tengo que irme.

Me agarra fuerte del brazo.

—No, no te vas. Es la cosa más ridícula que he oído en mi vida. Son las dos de la mañana. No tienes que ir a ningún sitio.

—Mi mujer me está esperando.

Él se incorpora de golpe.

—Oye, Charlie —dice—. Tengo una idea para resolver tus problemas y los míos. ¿Por qué no me dejas hablar? Deja hablar a todo el mundo. Te mandaré gente, *gente* de carne y hueso, para variar, como por ejemplo seres humanos que existen realmente, y tú les escuchas un rato. Todo el mundo tiene una historia que contar, y te la vamos a contar a ti.

—¿Qué te crees que soy, un antropólogo? —Rumio su ofrecimiento—. No, lo siento, Bradley, no dará resultado. Tengo que transformarte en ficción. Lo mismo que a este perro. —Palmeo la cabeza de *Joven*. El animal vuelve a sonreír: es un perro muy estúpido y amistoso, pero no es un personaje de

novela.

—Pues cambiemos de costumbres. Y créeme, *funcionará*. Escucha esto.
—Se aclara la garganta—. Vale. Capítulo primero. Toda relación goza, como mínimo, de un día estupendo...

DOS

TODA relación goza, como mínimo, de un día estupendo. Quiero decir que, por amargas que sean las cosas, siempre hay un día especial. Siempre nos pertenece ese día. Un día que recordamos. Envejeces y piensas: bueno, por lo menos tuve *aquel* día. Sucedió una vez. Crees que todas las variables volverán a conjuntarse. Pero no. No siempre. En una ocasión hablé con una mujer que dijo: «Sí, fue el día en que nos rodeaba un ángel».

Creo que Kathryn y yo no llevábamos casados ni dos meses cuando aconteció el suceso que me dispongo a contar. Hará unos cinco años, vivíamos en un pequeño apartamento en un sótano y los dos trabajábamos. Ella tenía un empleo a tiempo parcial en la biblioteca durante el día y trabajaba de camarera por la noche. Yo era el gerente diurno de una cafetería —no en la que estoy ahora—, y me dolía la cabeza por culpa de la luz del techo, y también pintaba casas, pero era finales de otoño y el trabajo llegaba a trancas y barrancas.

Kathryn era fuerte y animosa, y una vez incluso me tiró una silla, tenía una fobia. Tenía un miedo invencible a los perros. Y no era porque le hubiese mordido alguno. Afirmaba que *no* le habían mordido. No: era sólo que cuando veía a uno de esos animales, suelto o con correa, se le erizaban los pelos de la nuca. Lo que podría llamarse un terror primario. Ella ignoraba el origen de ese miedo. Lo único que quería era escapar corriendo. Una vez la vi bajar al galope una cuesta empinada del Arboretum para huir de un perro, un cachorro de pastor alemán que se le había acercado trotando y moviendo el rabo, para que le diera una palmada en la cabeza. Cuando la alcancé estaba llorando.

—No quiero volver aquí nunca más —dijo—. No lo soporto.

—Era un *cachorro*, Kathryn.

—Me da igual lo que fuera. Es lo de menos —insistió.

Yo la estrechaba en mis brazos, pero ella se dio la vuelta y se soltó de mi abrazo. Corrió hasta nuestro coche y se encerró dentro, y tuve que suplicarle que me dejase entrar. Chico, tuve que *suplicar*. Y eso que no tengo ese orgullo que te impide hacerlo. Tenía el pelo recogido hacia arriba, pero del susto se le había caído alrededor de la cara, como zarcillos, y el llanto la había

emborronado entera. Dios, sabes lo que detesto decir esto, pero así estaba preciosa, y me habría gustado ayudarla. Tienes que hacer algo para ayudar a alguien aterrado, pero el terror suele ser tan vago que no se lo quitas *hablando*. ¿Qué puedes hacer cuando lo que dices no sirve de nada?

Hay algo curioso en las fobias del prójimo cuando no las compartes: las raspas como si fueran una costra. Quieres arrancarlas.

Así que aquel día del que hablo, Kathryn y yo teníamos la jornada libre, uno de esos domingos de finales de otoño en el Medio Oeste, en que hay unas cuantas hojas doradas todavía prendidas a los árboles, ya sabes, residuos postreros, hojas empapadas de lluvia fría que se pegan al parabrisas o se agarran a las ramas de las que proceden. Ella se despertó e hicimos el amor y yo dije: «Voy a prepararte el desayuno», y le hice mi especialidad, huevos revueltos con cebollas y salsa caliente, y luego hice café, mientras Kathryn se sentaba a la mesa, sonriendo, con las piernas recogidas debajo del cuerpo. Tenía esa costumbre. Se sentaba en las sillas con las piernas recogidas de ese modo. Holgazaneamos y leimos el periódico dominical y le di un masaje y luego volvimos a hacer el amor y luego ella dijo:

—Quiero ir a algún sitio, Sapito, llévame hoy a algún sitio, por favor, ¿quieres?

Así que le dije que de acuerdo, muy bien. Nos vestimos por segunda o tercera vez aquel día y quitamos las cajas de pizza del asiento delantero del coche, ¿te acuerdas? ¿Te acuerdas de aquel Ford viejo con el embrague averiado? Y arrancamos. Para entonces era alrededor del mediodía, quizá un poco más tarde.

Sin pensar lo que hacía, me vi conduciendo hacia el refugio de La Protectora, y pensé: ¿el refugio? No, realmente no *debería* ir allí, pero seguí conduciendo, distraído por las hojas y un cascabeleo del motor, que resultó ser de los amortiguadores, aunque eso lo descubrí más adelante.

—Oye, perdona, pero ¿adónde vamos? —preguntó Kathryn.

—Ahí arriba —dije, con mi forma de hablar secreta y críptica.

Tenía en mente todas aquellas perreras y jaulas, pero pensé que era mejor no decir nada al respecto. A las mujeres no se les puede decir todo. No se puede, y punto. Cuando llegamos aparqué en el estacionamiento, cerca del búnker animal que alberga a la Sociedad Protectora de Animales y se oían los ladridos que traspasaban los muros y los árboles. Dios mío que si se oían. Hasta un sordo los habría oído. Son continuos e implacables. Cuando están así encerrados, los perros emiten una especie de aullido que es casi humano, que

te estremece; te pone nervioso, intranquilo oír a los perros ladrando sin parar. Las viejas alarmas se infiltran en los huesos, hasta la misma médula donde se aloja el miedo. Y lo que hice en el coche fue estornudar, y Kathryn me observaba estornudar sin decir nada. Ni salud ni Jesús ni nada. Me dejó estornudar. Luego esperó otro poco. Yo también aguardé.

—¿Es lo que yo creo que es? —preguntó—. ¿Es éste el sitio donde se te ocurre traerme un domingo, nuestro día libre? Porque yo no pienso entrar ahí dentro.

—Kathryn —dije—, es el refugio de perros. Están encerrados en *jaulas*.

—No, Bradley —dijo ella—. No pienso entrar. Tu intención *probablemente* es buena. Lo reconozco, pero no, no pienso entrar ahí dentro.

—Te sostendré —dije.

—¿Sostenerme?

—Cariño, te llevaré sujeta. Y tengo una idea. Kathryn, tengo una idea de lo que debes hacer cuando estés dentro.

—Me importa un *bledo* tu idea.

—Ya lo sé. Ya sé que no te importa. Pero vamos a intentarlo. Anda, cariño —dije, y le cogí de la mano durante un momento.

En cuanto nos apeamos del coche, vi que estaba aterrorizada porque le temblaban las rodillas. ¿Has visto alguna vez a una mujer con un espasmo en las rodillas? ¿Un espasmo de miedo? No es una visión que anime.

En la antesala, la recuerdo porque el suelo estaba cubierto de un linóleo con manchones verdes y porque el aire estaba impregnado de aroma de una mezcla de detergentes, la recepcionista nos preguntó a qué íbamos y yo le dije que, bueno, o sea, Kathryn y yo, pensábamos que era un poco pronto para tener un niño, pero que quizá pudiéramos empezar por un perro. Estábamos pensando en adoptar uno, dije, y Kathryn emitió un pequeño sonido, una especie de gruñido glótico de aprensión, o bien un gemido, pero muy bajito, para que sólo yo lo oyese. Gutural. Y la recepcionista, que era un mujer pelirroja con un mono amarillo, dijo: «Pues tienen suerte de que ahora sea el horario de visitas, porque pueden cruzar *aquella* puerta y luego doblar a la izquierda y recorrer el pasillo y los verán, a los perros, me refiero, porque estarán a ambos lados. Y si necesitan algo, vuelven y me lo dicen».

De modo que rodeé con mi brazo derecho los hombros de Kathryn y cruzamos la puerta y recorrimos el pasillo. No estaba muy bien iluminado. Bombillas desnudas, colgadas del techo, proyectaban una luz cruda que daba al lugar el aspecto de unos cuarteles vetustos. No sé qué esperaba. Los suelos

eran de cemento, para poder limpiar fácilmente los desperdicios, y nuestro calzado, zapatillas deportivas, chirriaba.

Puedes imaginarte el ruido. Todos estaban ladrando y aullando y gruñendo, había perros de todos los tamaños, presa de una pura desesperación perruna, una demencia canina, un ejército de perros refugiados. Recorrimos aquel corredor entre las jaulas y los rugidos, como si aquellos animales nos estuvieran gritando «Salvadnos, salvadnos», y yo sujetaba a Kathryn y luego volvimos sobre nuestros pasos, yo sin soltarla, y por tercera vez recorrimos el pasillo y Kathryn dijo: «Ahora puedes soltarme», yo obedecí. La solté.

Seguimos caminando de atrás a adelante. No pensábamos *llevarnos* un perro. No. No era ésa nuestra intención, a pesar de lo que yo había dicho. Simplemente estábamos allí, recorriamos de arriba abajo aquel refugio canino, por el bien de Kathryn, y al cabo de unas cinco vueltas era como si estuviésemos inspeccionando las perreras. No todos los perros se calmaron, pero algunos sí, y cuando lo hicieron empezamos a mirarlos, cosa que hasta entonces no habíamos hecho por escandalosos y tratarse de animales corrientes.

Hasta que no empiezas a mirarlos no te fijas en su cara. ¿Se dice así? ¿Cara u hocico? En definitiva en una de esas perreras la mayoría son bastardos, no te distrae nada parecido a una raza, menos en el caso de los dálmatas, porque la gente los compra creyendo que son un encanto y luego se deshace de ellos porque no soportan lo difíciles y tontos que son. Hay cantidad de dálmatas en esos centros.

Kathryn estaba todavía un poco asustada, pero ya empezaba a fijarse en la expresión de los chuchos. Yo no la empujé. No dije nada. Y de pronto dijo: «Seguro que a ése le gusta la juerga. Y apuesto a que ese otro es un bravucón. Ese de ahí es un poco estúpido, pero tiene sentido del humor. Y aquel de allá es un recluso. Este es un perro de jauría. Ese otro es terco e independiente. A aquél le gusta viajar en coche. Y ése piensa en comida todo el día».

Los apuntaba con el dedo índice. Y luego empezó a ponerles nombres.

«Tú eres *Otis*.

»Tú eres *Sophie*.

»Tú te llamas *Lester*.

»Tú, *Duffy*.

»Tú eres *Gordon*.

»Tú, *Daisy*.

»Tú, *Waverly*.

»Y tú, tú, perrito guapo —dijo, señalando a un perro que estaba al otro lado de los barrotes—, tú eres *Bradley*.»

Había, en efecto, allí, lo admito, un perro que se parecía muchísimo a mí, como mi hermano o mi primo, con mi mismo tipo de ojos, y tenía una voz como la mía, este vozarrón flemático, ya sabes, pero fuerte y autoritario que yo tengo. Tenía un pelaje tostado, como yo, y era amistoso como lo soy yo, pero proclive a manías inofensivas, también como yo, eso era evidente.

Y la cuestión es que mientras Kathryn lo hacía, mientras les iba poniendo nombres, yendo de un lado a otro del pasillo, ocurrió algo totalmente asombroso. Uno tras otro, los perros dejaron de ladrar. Así de sencillo. Al principio no di crédito a lo que *estaba* ocurriendo, pensé que era algo de mi oído, cómo lo llaman, tinnitus, pero no era eso. Era verdad, los perros se callaban. Kathryn les apuntaba con el dedo, uno por uno, y les ponía un nombre —*tú te llamas Inez*—, y la perra la miraba y al cabo de unos segundos la tal *Inez* cerraba el pico, por así decirlo. Y no mucho después se hizo allí un auténtico *silencio*, quizá se oyese un ladrido minúsculo a cada rato, pero por lo demás no se oía nada. Como si durante todo aquel tiempo lo único que los perros esperaban era un nombre. Fue espeluznante.

—Creo que es mejor que nos vayamos —dijo Kathryn.

La cogí de la mano y volvimos al coche.

Pero antes de que llegáramos al coche la recepcionista pelirroja vestida con un mono preguntó: «¿Qué ha pasado? ¿Qué demonios han hecho ahí dentro?», y se precipitó corriendo hacia las perreras, y los perros comenzaron a aullar de nuevo, gritaban a pleno pulmón mientras nosotros quitábamos el seguro del coche, salíamos del parking y entrábamos en la calzada. Ya nos habíamos ido, ya estábamos borrados del albergue de animales. El cielo, entretanto, se había nublado, estaba surcado de nubes raudas y nerviosas.

Vivíamos en un sitio barato de uno de esos barrios de estudiantes, en un edificio viejo, realmente anticuado, que habría ardidido con sólo un pitillo. Yo conducía aprisa, y lleno de júbilo, hacia el edificio y nuestro apartamento. Al principio Kathryn estaba disgustada porque la había llevado a ver a los perros, de un modo paternalista o patriarcal o alguna otra actitud asimismo delictiva, pero luego cambió de opinión, estaba tan excitada que botaba en su asiento, con las piernas dobladas, cuando dijo:

—Todavía les tengo miedo, pero, Cristo, Brad, he estado inspirada. *¡Eran sus verdaderos nombres!* Les he puesto los nombres corree— tos. Sabía *exactamente* cómo se llamaban.

—No existen nombres correctos para un perro —dije—. Es algo arbitrario. Un nombre es arbitrario.

—No, no lo es —insistió ella—. Hay nombres que van bien y otros que van más o menos, pero sólo uno es correcto, y los he adivinado.

Y yo pensé: en fin, no lo sé, qué más da, quizá tenga razón, para qué discutir. Llegamos a casa y nos sentamos juntos en el sofá, y ella estaba guapísima con la sudadera y los vaqueros azules que llevaba puestos, sin calcetines, sólo con las zapatillas, y con aquellos trapos, los trapos maravillosos que ella embellecía al usarlos, y la gorra que llevaba en la cabeza, sus ojos grises, su forma delicada de moverse, y en un súbito arranque, sin pensarlo, le dije: «Kathryn, te quiero», y ella asintió, reconoció que era cierto, no dijo que *ella* me quisiera a *mí*, pero no me importó y ni siquiera *advertí* que ella no había respondido hasta unas cuatro semanas después, cuando se fue de casa. Sin embargo, *aquel* día se recostó en mí. Nos abrazamos. Estrechamente. Debimos de estar encima del sofá como una hora en la misma postura, uno en brazos del otro. Cuando estás enamorado no haces nada de nada. Estás, eso es todo. Estás ahí sin decir una palabra. No te mueves ni un palmo. Al final Kathryn dijo:

—Mira, está nevando.

Nos desenredamos, levantamos y fuimos hasta la ventana. Cada centímetro cuadrado de aire estaba de repente lleno de copos de nieve, y pensé en lo apacible que era aquella escena, aun cuando la nieve fuese sólo aquel humilde artificio. «Es nuestra primera nevada», dije en voz alta, pensando que teníamos muchos años por delante para verlas juntos, que año tras año los dos veríamos las primeras nieves desde la ventana, y al viento removerlas, y que luego veríamos las tormentas de primavera y derretirse la nieve, y el agua que descende por cauces tormentosos. Lo veríamos a partir de entonces y para siempre. Veríamos a nuestros hijos jugando con la nieve fundida, salpicando en los charcos. Después de muertos, Kathryn y yo seguiríamos viendo todo aquello juntos. Eternamente, pensaba. Hasta la muerte sería un suceso trivial mientras la amase.

Kathryn debió de pensar que también ella me amaba, porque quiso hacer la cena, y rápidamente preparó un Stroganoff, y luego, más tarde, mientras yo fregaba los platos, ella seguía sentada a la mesa y empezó a cantar.

Nunca la había oído cantar hasta entonces. Ignoraba que *supiese*. No creo que ella supiera que sabía cantar. Tenía un hilo de voz, una voz *muy* suave, pero dulce, y con su vocecita cantó dos canciones, supongo que las únicas que

se le ocurrieron en ese momento, muy despacio y sensualmente: *You Are My Sunshine* y *Stairway to Heaven*.

Después, en la cama, cantó la marcha militar de Michigan, *Hail to the Victors*. Me la cantó al oído, bajito y despacio. Como una canción de amor. Ya sabes: cómo se cantaría a un vencedor. Porque, en definitiva, yo la había conquistado.

Fuera seguía nevando.

Volví varias veces, en secreto, a la Protectora. Volvía y miraba a los perros en sus jaulas. Miraba a todos los perros a los que Kathryn había puesto nombre. Buscaba también al que era mezcla de labrador— cobrador-collie y al que ella había llamado *Bradley*. Como *yo*. Por último entré y dije que lo quería, y me lo entregaron, pero sólo después de haberlo castrado y haberle puesto inyecciones. Convencí a mi hermana Agatha y a su marido, Harold, de que me lo guardaran durante un tiempo hasta que yo hubiese persuadido a Kathryn de la conveniencia de tener un perro. Sabía que podría convencerla. Llevé a *Bradley* al norte, que movía la cola y babeaba, y lo dejé con Agatha.

En la Protectora, semana tras semana, los perros iban desapareciendo uno tras otro y eran reemplazados por nuevos. Los antiguos —a los que Kathryn había puesto nombre— habrían encontrado hogares, me *complacía pensar*, donde los alimentaban, albergaban y cuidaban, pero de vez en cuando eran infelices por una cosa, o sea, que no les habían puesto el nombre correcto. Habían perdido el que supuestamente les correspondía y sus amos les habían puesto nombres falsos, pueriles, nombres piojosamente ordinarios como *Buster*, *Rover* y *Rex*. El único perro que tenía el nombre adecuado era *Bradley*, y el perro y yo teníamos que compartirlo.

Alguna que otra vez reconocía a un perro de la Protectora en la calle, y sabía que nos había visto, a Kathryn y a mí, recorriendo abrazados el pasillo entre las jaulas. Nos había visto, pero no quería o no podía recordarlo. Era yo la persona que lo recordaba.

Ahora somos dos *Bradley*, yo, la persona, y él, el perro *Bradley*.

Ya ves, aquel día fue perfecto. Un soplo de dulzura. Es una expresión que no usaría nunca en la vida real, pero la he empleado. Puedes reírte si quieres de mi expresión, riéte de los nombres que empleo para decir cosas, sé que lo haces, pero a partir de ahora siempre consideraré que aquel día fue perfecto. Un soplo de dulzura.

Lo que quiero decir es lo siguiente: aquel día existió y luego pasó, pero existe todavía en algún sitio, puesto que lo recuerdo, y todas esas cosas siguen

sucediendo en algún lugar y para siempre. Yo así lo creo.

TRES

—¿LE habló de los perros?

—Pues sí. Me habló.

—¿Y dijo que yo les tenía miedo y que me llevó al albergue de animales?

—Eso fue francamente lo que dijo.

—¿Se burló de mí?

—Oh, no, Kathryn, en absoluto. Desde luego que no. No... no hizo nada parecido.

—Bueno, usted no me lo diría si se hubiese burlado. ¿Nada más? ¿Le dijo algo más de nosotros?

—Dijo que en aquella época estaban sin blanca. Usted trabajaba a tiempo parcial en una biblioteca. Dijo que les puso nombres a los perros de la Protectora. Que se los puso uno por uno, dijo. Tal como lo describió, lo que usted hizo sonaba angelical.

—¿Le dijo eso? No recuerdo haber puesto nombre a nadie ni nada por el estilo. Creo que quizá se imaginara todo ese episodio. Pero fuimos una vez a la Protectora. Recuerdo a todos aquellos animales. Los ladridos. Pero creo que simplemente entramos y salimos sin que ocurriese nada, ninguna clase de historia ni incidente. Habíamos estado en los jardines botánicos y oímos el jaleo que armaban los perros y fuimos a investigar. Lo demás, probablemente, es pura imaginación. Estoy *segura* de que se lo inventó.

—Puede ser que lo hiciera —le digo.

—Es todo tan extraño —añade ella—. Me llama usted de repente y me hace preguntas sobre una tarde que pasé con Bradley hace años. ¿No son asuntos personales? Creo que quizá debieran serlo. Comprendo que ya nada permanece oculto, pero aun así me gustaría reservarme algunos detalles privados. Sobre todo cuando se trata de mi vida amorosa. Tal cual es. No se me pasa por la cabeza que a alguien pueda interesarle a quién quiero o cómo le quiero.

—Oh, a todo el mundo le interesa. Además, le he cambiado el nombre. Su intimidad quedará a salvo.

—No me refiero a eso —dice ella—. Mi matrimonio con él fracasó. De modo que no es exactamente una cuestión de orgullo. Cambié de pareja, pero hacerlo es muy difícil y complicado en ciertos aspectos que no has previsto.

En especial cuando lo haces como yo. Cambia tu opinión sobre ti mismo y sobre quién eres. Ha dicho que es escritor. ¿Ha leído *La ronda* de Schnitzler?

—Sí, claro.

—Entonces se acordará del tema. Cambio de pareja. Debería volver a leerlo. Trabajé en la obra cuando era estudiante. —Hace una breve pausa, como imaginándolo—. Interpretaba a una sirvienta; Había en el escenario una escena de amor de pantomima entre el «señorito» y yo. Era divertido.

—Bueno, tal vez tenga usted su historia. De lo que le ocurrió.

—Tengo montones —dice ella—. Pero no son de las que se cuentan, ¿sabe? Y no se las cuento a cualquiera. ¿Cómo ha dicho que se llama?

Se lo digo.

—Francamente no me suena. No he oído hablar nunca de usted. ¿Nos hemos visto alguna vez? ¿Y esto es para el libro que está escribiendo, Charlie?

—Más o menos.

—No pensará enviar todo este asunto a Internet, ¿verdad?

—No.

—Gracias a Dios. ¿Quién es usted, en resumidas cuentas? ¿Podría explicarme otra vez quién es?

Trato de explicarle con detalle quién soy. No es fácil, resumir tu identidad por teléfono a un desconocido. Ella me interrumpe antes de acabar.

—Muy bien. Creo que me hago una idea —dice—. De acuerdo. Eso basta. ¿Quiere una historia? Le contaré una. Pero tiene que prometerme que no volverá a molestarme. ¿Está escribiendo lo que digo?

—Sí.

—Oh. La verdad es que está apelando a mi vanidad. Supongo que siempre he querido aparecer en un libro, y *me* figuro que ésta es mi oportunidad. Puedo ser una figura literaria. Como la señora Danvers y Huck Finn y otros personajes ficticios. Pero debe comprender que sólo haré esto *una vez*. Después no vuelva a llamarme. Voy a hacer comprobaciones sobre usted antes de hablar para asegurarme de que es quien dice ser. Una mujer en mi situación tiene que andar con cuidado. Para empezar, no le recuerdo de mi época con Bradley. Podría usted ser cualquiera.

—Claro. Es cierto. Podría ser cualquiera.

—Pero si usted paga, le veré en ese sitio.

Y me da el nombre del café donde Bradley trabaja de gerente, el Jitters, y también me dice una hora.

Cuando llego allí, me sirve una mujer cuya etiqueta la identifica como Chloé.

Charlie, empezaré generalizando algo que quizá sólo pueda aplicarse a mí. Quizá. Por favor, no te ofendas demasiado. Amar a los hombres siempre me pareció un reto. Al principio pensaba que debía hacerlo, que no había alternativa. Pensaba que era imposible amarlos en general; no debería decir esto. Pero, en fin, míralos. Si eres un hombre es probable que no comprendas cómo son. Es sorprendente que una mujer pueda estar casada con uno de ellos. Casi todos los que conozco son autoritarios, o pasivos y obsesivos, y cuando pasan de los veinticinco años, más o menos, dejan de ser *guapos*. A los que son de buen ver les contrata la industria fotogénica. En la mayoría de los casos que conozco, la belleza no figura en el número que interpretan. Así que hay que tacharla inmediatamente de la lista de culpables. Y queda su conducta.

Se enfurruñan, muchísimos hombres. Los que yo conozco son rencorosos y se ponen violentos casi por gusto. ¿Se ha fijado? Pregunte por ahí. Como sexo, siempre están —usted también— tramando algo, o por lo menos parece que traman, porque nunca se sabe lo que están pensando. Lo sé por experiencia. Se pasan los días sentados y *rumian*. Después de rumiar, el potencial de fuego. Bueno, ya sé que estoy generalizando, pero me da igual, porque es mi modo de verlo y no necesito demostrarlo, lo cual es emocionante.

Diré que una de las cosas que me gustan de los hombres es que normalmente saben cómo funcionan los pequeños chismes. Son buenos arreglando esto y aquello. Pero esa habilidad no conduce a la pasión sino sólo a un empleo retribuido. Claro que aquí sólo estoy hablando del historial de los hombres que he llegado a conocer en mi corta vida. Pero una muestra es una muestra, y le estoy describiendo a usted lo que he observado.

Te atrapan con menudencias. Tienen su pequeño repertorio de mañas. Bradley, por ejemplo. En el instituto se sentaba a mi lado o detrás de mí en clase de inglés y biología. Sacaba notas por encima de la media en los estudios, cosa que no ocurría a menudo porque Bradley no era ni es especialmente estudioso. Mientras todo el mundo tomaba notas o alborotaba, él hacía dibujos en sus cuadernos. Dibujos de *mí*. Un día sí y otro no hacía sobre papel dibujos *con muchos detalles*. A pesar de sus ojos demasiado grandes o directos, era un chico guapo en aquellos tiempos, cuando se acordaba de peinarse y afeitarse, y había que ver qué dibujos hacía de mí. Los

profesores los confiscaron. Cuando conseguían echar un vistazo a lo que él estaba haciendo, las otras chicas se quedaban boquiabiertas porque me quisiera tanto. Todo el mundo pensaba que estábamos liadísimos. Jesús. Nunca supe qué hice yo para atraer su atención. En sus manos, un retrato de mujer era muchas veces más bonito o imponente que el propio modelo. Era hiriente, lo hermosa que me dibujaba. Yo pensaba: ¿soy yo? Yo era solamente Kathryn, pero en sus dibujos era un milagro. Era extraordinario. No entendía qué hacía conmigo.

¿Comprende lo que digo? Me confundía de ese modo en que muchas mujeres se sienten confundidas. Tenía un método para sus bocetos, y aunque él estuviera desfigurando mi belleza al dibujarme más atractiva de lo que era, yo no tenía el cerebro o el ingenio de advertirlo. Aquellos dibujos pretendían ser simples retratos de mi aspecto de pie, sentada o con la mirada absorta en pensamientos, pero me socavaban. Si alguien te embellece o dice que eres bonita y lo repite con insistencia te conviertes en su víctima. No siempre dibujaba con detalle mis ojos, pero no me di cuenta en aquel momento. Ése fue mi error. Debería haberme percatado. ¿Se acuerda de los problemas que tuvo Picasso con los ojos de Gertrude Stein en aquel retrato que pintó de ella? El autorretrato que hizo Rembrandt en su vejez —lo vi en Londres— es tan aterrador por lo que él sabía de sus propios ojos. Vaya a verlo. Bradley no sabía nada de mis ojos, por eso los evitaba. No están en los retratos.

Pero como los dibujos de Bradley me homenajaban, me enamoré de ellos y luego, como suele suceder, me enamoré del dibujante porque era el creador de las imágenes en que aparecía una versión embellecida de mí misma. Dibujó un boceto muy minucioso de mí montando a caballo que me dejó sin aliento. Me presentaba bella y musculosa, al igual que al caballo. Una mujer desnuda a caballo, dos animales. Pensé: si es capaz de verme así, ¿qué más podría yo pedir?

Bueno, hace falta *mucho* más, créame. Él sólo amaba su amor por mí y los retratos que estaba dibujando. Amaba esas dos cosas. Amaba el sentimiento que tenía al hacerlo. Yo era un mero accesorio de ese sentimiento.

Amarle resultaba peliagudo porque era inaccesible de una forma estrambótica. Como tantos otros de esos veintiañeros, Bradley viajaba continuamente por un espacio exterior. ¿Qué buscan ahí los tíos? ¿Encuentros con marcianos? No lo entiendo. Nunca lo he entendido. Era uno de esos hombres que pueden hablar sobre cualquier cosa —comida o películas o música o sucesos de actualidad—, pero descubrí a media conversación que

había empezado a rumiar otra cosa que nada tenía que ver con el tema. Estaba contigo en la mesa y de pronto desaparecía y no conseguías que volviera a tu lado. Cuando me follaba, lo hacía con una afectación sexual distraída que acababa exasperándome. Y no digo que, en el sexo, la personalidad tiene que ceder el paso al deseo. Por eso es tan difícil hablar cuando estás físicamente activo.

No me habría importado una pasión física silenciosa. Pero al cabo de un tiempo me sentí ultrajada: me hacía el amor como quien va a trabajar en coche. Como un piloto automático. Con un brevísimo lapso de atención. Quiero decir que apenas estaba en la misma habitación que yo cuando estábamos en la cama juntos. No advertía mis reacciones. Era algo aburrido. *Tarareaba* mientras lo hacía, como si estuviese cambiando una bombilla. Si podía concentrarse en mí cuando me dibujaba, ¿por qué no podía concentrarse cuando estaba desnuda para él entre las sábanas? No tenía sentido. Supuse que este problema elemental con su amor ausente mejoraría, se resolvería, se disolvería.

Seguí buscando su corazón sin encontrar nada a que aferrarme.

Poco a poco perdí la confianza. Fue entonces cuando me propuso matrimonio y respondí que sí. Algunos errores son a la vez sencillos y enormes. Los peores que he cometido han sido los inspirados por la dulce esperanza.

Después de habernos casado comprendí que no tenía una idea clara de quién era mi marido. Una vez le llamé Lon Chaney de Ann Arbor, y en lugar de ofenderse, se sintió halagado. «Por lo menos soy una estrella», dijo. Había días que pasaban sin una sola muestra de cariño. Como era demasiado joven para ser sonámbulo, intentaba despertarle. Preparábamos una buena cena, alquilábamos una película y nos acostábamos. Retirábamos las sábanas para retozar como una pareja moderna, pero poco a poco él se iba apagando como si estuviera pensando en la bolsa de valores. Su distancia me desalentaba. Y entonces se me ocurrió que el problema que tenía con Bradley no lo tenía sólo con él, sino con su género. Era con los hombres. No compartía su corazón conmigo. Le preocupaba lo inexpresado y así sería durante toda su vida.

Créame, la mayoría de las mujeres sabe de qué estoy hablando.

Y entonces alguien entra en tu vida y asume el mando de la situación.

El episodio que voy a referir ocurrió unas semanas antes de que me llevara a la perrera. Hacia el final del verano, la última semana de: agosto.

Dijo la verdad cuando explicó que yo tenía dos trabajos y que en aquel momento estábamos casados.

Ah, tengo que contarle otra historia anterior a esa época. Mi abuelo se estaba muriendo. Tenía que ir a visitarle. Y una tarde de verano fui en coche a verle, subí a su apartamento, llamé con los nudillos y entré porque la puerta no estaba cerrada con llave. Oí que el agua corría en la ducha.

—¿Abuelo? —llamé. No estaba en la sala.

—Estoy aquí —dijo él, desde el cuarto de baño.

—Muy bien —dije.

Le esperé. Pero no salía. Seguía allí dentro. Así que al final me levanté, preocupada e inquieta por su causa y entré en el baño, donde había dicho que estaba. Miré a través del cristal translúcido de la cabina de la ducha y vi a mi abuelo dentro, y también vi que estaba vestido. Me alarmé, naturalmente. Extendí la mano y descorrí el tabique de cristal.

Allí —dentro de la ducha— estaba mi abuelo, vestido con su traje de tres piezas. Estaba de pie debajo del chorro, con el pelo mojado como algas colgando a los lados de la cabeza. Hasta tenía los zapatos puestos.

—Abuelo —dije—, ¿qué haces ahí dentro?

Él me miró.

—Las estrellas —dijo—. Las estrellas son tan hermosas.

—¿Las estrellas de la noche? —pregunté.

—¿Qué otras estrellas hay?

Le cogí de la mano, le saqué de la ducha, le quité la ropa, le sequé con una toalla y le puse el pijama. Luego bajé a decir a quienes le cuidaban que le prestaran más atención, que le vigilasen más de cerca.

Pero volviendo a Bradley. En aquella época pensaba que era un pintor. Por supuesto que lo *era*. No me refiero a eso. Trabajaba pintando casas, pero su verdadera pasión consistía en una variedad de un expresionismo extraño y malicioso que plasmaba en el lienzo. Se volvió muy habilidoso. Comprendía las ironías de su vida, pintar casas de día e imágenes fantasmagóricas de noche. Cuando eres tan joven como nosotros lo éramos, tienes un sentido agudo de las fechorías del destino. Tenía que demostrar que era un pintor *de verdad* y no un farsante, así como muchos hombres creen que tienen que demostrar que son hombres *de verdad*. Nunca lo he entendido. No creo que las mujeres, en su mayoría, tengan que demostrar que lo son de verdad. Si vives lo suficiente, te gradúas de mujer auténtica.

Bradley se las daba de ignorante, pero en realidad admiraba a artistas como Diebenkorn, Jennifer Barlett y Hockney, y todos los demás pintores que sabían usar un azul claro y luminiscente. Le gustaba el arte figurativo, lleno de problemas que no pueden solucionarse sólo mirando. Le encantaba la estilística y el estatismo, y el color pastel pálido que parecía transitorio o a punto de marchitarse, colores que corriesen el peligro de volverse obsoletos en el momento menos pensado, azules en peligro o inapropiados. ¿Le habló de eso? Probablemente no. Como había vendido muy pocas obras, se volvió sumamente modesto. Cuanto más figurativo era su arte, tanto más abstracto se tornaba él. Estaba en la luna. Se perdió en la máxima abstracción.

En cuanto a sus cuadros, ocupaban todo el espacio que teníamos. Me costaba mucho esfuerzo adaptar mi actitud ante sus logros, porque en realidad no estaba segura de si la inhibición que él denotaba en su obra era inteligente o únicamente timidez y torpeza. Había abandonado el hiperrealismo y se dedicaba al comentario social con tonos apagados. Recuerdo que salpicó uno de sus lienzos de café *Cima de los Andes*, a modo de crítica contra la proliferación de las cafeterías al estilo de las Starbuck, pero ¿cómo iba a saberlo el espectador, sin que él se lo dijera, que el cuadro representaba una ventana? Todos sus lienzos requerían una explicación o un comentario. Se acumulaban en casa. Ocupaban hasta el cuarto de baño. Y la pintura le robaba casi todo su tiempo libre. Así que cuando él pintaba yo buscaba otras diversiones.

Había empezado a practicar el softball por las tardes. Me gustan los deportes. De joven nadaba mucho y jugaba al baloncesto siempre que podía. Me encantaba ver torneos de gimnasia. Prefería a las mujeres que a los hombres. Me gustaba más ver a mujeres que a hombres jugando al baloncesto. Cuando las mujeres practican deportes me hablan directamente de mi condición. Me gusta observar su ferocidad y el orgullo animal del movimiento físico femenino.

Nuestro equipo de softball iba muy bien aquel verano. Les estábamos dando un repaso a todos los demás. Esa semana, la semana de la que estoy hablando, jugamos de noche con el Bruckner Buick Devils. Era otro equipo femenino y nuestras presuntas rivales. Lo que me gustaba, simplemente, era salir al campo de juego iluminado aquellas noches de verano, jugar y ver cómo anochecía y a las polillas revolotear delante de los focos. Estaba mentalizada para aquello. Le había dicho a Bradley lo mucho que el juego significaba para mí.

En aquella ocasión jugábamos el último partido de la octava. Íbamos ganando por cinco a cuatro. Bradley estaba sentado en las gradas. Posaba en mí su mirada conyugal y quizá me prestaba más atención como jugadora que como esposa y amante. Bradley invertía su atención de un modo curioso, quizá por el pintor que llevaba dentro, quizá porque consideraba los diamantes del softball como abstracciones geométricas. Me tocaba batear. El pitcher contrario estaba jugando bien y su equipo estaba muy concentrado, y yo oía a Bradley aplaudiendo y animándome desde las gradas. Encantador de su parte. Hay que reconocerle el mérito. Mi paciente marido, el Sapo, estaba de mi lado. Así que me dije ahora se van a enterar, y en el siguiente pitch imaginé cómo iba a ser una carrera.

La catcher del equipo contrario era una chica larguirucha. Tenía el aplomo de alguien que jamás piensa un movimiento dos veces antes de hacerlo. Todos los suyos tenían un propósito. La primera idea es siempre la mejor. Actuaba rápidamente. El cuerpo y la mente unidos. Era realmente bonito de ver. Aquella atleta no tenía las dudas que a mí me paralizaban a veces. Cuando golpeé y salí corriendo hacia la primera base, ella corrió hacia atrás y dio un salto a la izquierda para atrapar la pelota. Se extendió en el aire y la cogió de un manotazo con el guante. *Pluf. Mi carrera.*

Quedé fuera de juego, absolutamente eliminada. La chica había hecho el movimiento más increíble, calculado, certero y grácil que había visto desde no sabía cuánto tiempo. A casi todo el mundo le hubiese hundido que lo eliminaran así en un juego tan reñido. A mí no. No aquel día. Le digo que se me detuvo el corazón. Ver a esa diosa con su coleta dando aquel salto me detuvo en seco. Yo no tenía apenas nada que ver con su hazaña. Lancé la bola. Ella la atrapó de un salto. Poseía *convicción*. Dios, me encantó. Me quedé donde estaba como una estatua de cera. Me quedé en mi sitio, justo a medio camino entre *home* y la primera base. Estaba tan inmóvil que habrían podido ponerme en el museo de Madame Tussaud. Ella se levantó del suelo y se sacudió el polvo. Se frotó la frente con el antebrazo. Levantó el guante y lanzó la pelota a su pitcher. Sonrió a sus compañeras y a la animadora, como se hace cuando eres el *héroe* de una acción especial en presencia de otra gente. Luego me sonrió.

Si un tío sonrío de ese modo a otro tío puede que éste lo tome como un desafío y un insulto. Pero no era el caso. No cuando se trata de una sonrisa hilada con acero y polvo de estrellas. Me estaba mostrando lo que podría hacer por mí. Era una mujer muy agradable y sonriente. Y pensé: «Desde luego

éste no es un día normal». Ni tampoco un partido normal. Porque aquella noche, mientras las polillas se agolpaban delante de los focos, cuando ella me sonrió sentí que su sonrisa me traspasaba y me salía por el otro lado. Un impulso competitivo había cedido paso a algo distinto. Como si yo fuese transparente. Ardiente. Permeable a su sonrisa.

Todos pensaron que me había jodido. Pero había otro sentimiento germinando. Uno complementario.

Al final perdimos el partido. Seis a cinco. Cuando aún no había terminado era ya un recuerdo que se desvanecía velozmente. Perder. Ganar. ¿Qué más daba? Porque para entonces yo la observaba a hurtadillas. Intentaba recuperar aquel instante a fuerza de pura voluntad.

Más tarde, su equipo y el mío fueron a tomar unas cervezas al King's Arbor Bar. Supe entonces que se llamaba Jenny. La conocía de vista. Trabajaba de guardia urbana. Casi como en una canción: Linda Jenny, guardia de tráfico. Jarras de cerveza circulaban por la mesa. Yo era la mujer bonita, con ropa de béisbol, sentada con su marido y rodeada de otras camaradas de juego. Fumábamos y reíamos y bebíamos cerveza. Mi marido, Bradley, estaba apretujado contra mi flanco izquierdo de tal forma que yo podía apoyarme en él, y charlaba con los otros maridos y novios y novias que había alrededor. Jenny ocupaba un asiento a mi derecha. Yo no tenía la más mínima idea de lo que iba a hacer a continuación. Salvo por los tirones involuntarios de mi estómago, podría haber sido una noche cualquiera. No hacía caso de los tirones. Todo el mundo puede aprender a hacerlo, aunque contraes una úlcera si llegas a dominarlos demasiado bien.

El suelo sembrado de cáscaras de cacahuetes. Humo por todas partes. Tapacubos de coches decorando las paredes. Los topetazos y el estruendo metálico de las tragaperras. Gente diciendo «Cojones» cada cinco segundos y riéndose, *ja ja ja*, después de haberse escanciado cerveza.

En definitiva, acababa de casarme. Algunas mujeres no llegan tan lejos. El anillo de boda en mi dedo parecía *nuevo*. ¿Aquel pequeño diamante? Lo notaba en torno a mi piel constantemente. Durante los primeros meses tienes la sensación de que es algo así como un trofeo sexual que luces y exhibes. Irradia poder. Mi anillo —fuera de la manaza— resplandecía como si lo acabase de ganar en una rifa de una ciudad de provincias, el único premio que pueden ganar las mujeres. Bradley me había mirado fijamente durante horas seguidas y luego me había convertido en la princesa de algún reino personal semisecreto. Mira, podría decirle. Soy muy joven pero muy agradecida. Aquel hombre

ensimismado había hipotecado su vida conmigo. Sobre mí había recaído la luz clara de *Bradley*. De ahora en adelante soy el objeto voluntario de su mirada. La felicidad eterna.

Ella estaba sentada al otro lado de Bradley. Tenía pecas como polvo de estrellas en el reverso de la mano, diferentes diseños en cada una. Cuando fruncía el entrecejo se le formaba un hoyuelo raro en la mejilla izquierda, un hoyuelo raro cada vez que fruncía el entrecejo, un hoyuelo que te partía el corazón. Tenía casi todo el pelo de color castaño, surcado por una veta rubia para realzarlo. Pude ver sus ojos más de cerca, marrones con una diminuta línea azul en el izquierdo. Tenía poco pecho, como otras muchas chicas atléticas y encogía los hombros como si tuviese frío. Se inclinó hacia delante y me animó a hablar de cualquier cosa. Era extraño: ella me parecía un sol. Bajé la vista y vi la silla de Casiopea en las pecas de su mano izquierda.

Jenny y yo entablamos una conversación mundana, algo muy formal. No dijo nada de su salto fantástico. En lugar de eso habló de su gato. Era rayado, se llamaba *Ralph* y tenía problemas con el tracto urinario. Siguió hablando de su gato. Las mujeres suelen hacerlo. Es educado escuchar. A mí no me gustan mucho los gatos. Pero le escuché hablar de su *Ralph* sin perderme palabra. Por cierto, se lo llevó del albergue de animales. A usted quizá le interese esta coincidencia. Escuchando las historias del gato me enteré de que vivía sola en un austero apartamento al norte de la ciudad. En uno de esos apartamentos decorados con ristras de pimientos picantes cerca de las molduras para darles alegría. Me lo imaginé. Tenía la radio sintonizada con la emisora de jazz. Con el ruido excesivo del tráfico en el vecindario era difícil dormir. *Difícil dormir*. Dijo que daba muchas vueltas antes de dormirse. Ay, ay. Ya veo. Qué triste estar sola en aquella cama con el zumbido del ionizador en el rincón.

Y yo pensaba: «Oh, este momento es maravilloso. Tengo una nueva amiga y puedo hablar con ella de cualquier cosa, de todos los temas por los que *Bradley* nunca conseguía interesarse».

En el bar ella seguía siendo larguirucha. Los pies grandes. Las piernas largas. Ambos miembros se movían con un gracejo lánguido, agradable y teatral. Como si su cuerpo también estuviera conversando. Primero se hablaba a sí mismo y luego, cortésmente, me dirigía a mí la palabra. Por debajo de aquella cortesía desfilaban bancos de peces.

Le dije que Bradley y yo estábamos recién casados y que vivíamos en un sótano, en un apartamento tan vacío como el suyo, excepto por los cuadros. Pareció muy interesada por Bradley y entonces le hablé de su obra y su arte y

de los trabajos que hacía. A través de mí le gritó «hola» y se estrecharon la mano por encima de mi regazo. Volví a explicarle lo de nuestro apartamento. Estaba tan desnudo y vacío como el suyo, repetí, sin pensar por qué. Por alguna razón nos pusimos a hablar de médicos y le di el nombre de mi ginecólogo, el doctor Moosbrugger. Le dije que yo tenía dos empleos aburridos. Me escuchaba como si cada vez que yo hacía un comentario vulgar fuese el suceso más notable del día. Hablamos de la clonación, del teñido del pelo y de *sites* personales en Internet. Seguimos tocando notas, como si fuéramos músicos. No sé decirlo de otro modo. Se inclinó hacia mí. Se rió y asintió. Por primera vez en mi vida me vi bebiendo las palabras de alguien, como si me fuera la vida en ello. Por su expresión supe que ella también estaba pendiente de las mías. Las dos colgábamos de la cuerda floja, a medida que nuestros corazones se iban acercando.

No sabes que has cruzado una frontera hasta que estás al otro lado. En ese punto sabes dónde te encuentras y si estás hecho para eso o no. Muchas amistades tienen un componente erótico latente. Pero antes de que llegase siquiera a comprender que ella me atraía —bueno, lo sabía porque quería parecerme a ella más de lo que yo me parecía a mí misma—, la vieja magia terrible se fusionó en el aire y con una especie de sobresalto supe lo que quería hacer. Dios mío, quería probar a ponerle las manos encima, sólo una prueba. Quería tocarle la cara o el brazo con la mano porque pensé que tocarla me haría muy feliz. Sólo quería tocar su piel, pero por supuesto quería palpar el músculo que había debajo y llegar a su alma por debajo del músculo, porque la olfateaba. Nunca había logrado percibir un solo soplo del alma de Bradley y, en aquel momento, en la mesa del King's Arbor, pensé que nunca lo haría. Tal menú de sensaciones después del partido vespertino de softball era en su mayor parte algo nuevo para mí. Pero en esa mesa olfateaba el alma de Jenny y la deseaba. Que ella fuese una mujer, etcétera, me daba miedo. Pero también era estimulante. Es lo que una necesita saber.

Al reírse abrió la boca y vi sus dientes. Pensé algo nuevo: *Me encantan esos dientes*. En toda mi vida no me había enfrentado a tantas dudas sobre mí misma, tantas novedades revolucionándolo todo. Sus dientes eran blancos y rectos, y me acordé de un verso de un poeta francés que había aprendido en el instituto: *Dios, qué delicia mirarla*. No recuerdo el texto original, sólo la traducción. Me estremecí de emoción y de miedo. Me estaba inventando a cada instante sobre la marcha, como si estuviera bajando una montaña en un coche sin frenos.

También noté el flechazo. Tan fuerte era. O quizá el puñetazo. Pobre Bradley, no tenía ni idea de lo que me estaba sucediendo. Pobre de mí también.

En fin, ella dijo que iba a meter dinero en la máquina de discos. Se levantó y fue a zancadas, envuelta en el humo del cigarrillo, hasta el aparato. El humo formaba un remolino a su espalda y llenaba el espacio que quedaba atrás. Mientras yo observaba los serpenteos de humo que dejaba su estela, comprendí que mi nueva amiga era exactamente lo que quería para siempre jamás. No puedes dictarte lo que deseas. O lo quieres o no. Supongo que para entonces yo estaba borracha. Jenny introdujo un billete de un dólar en la máquina y empezó a programarla. Estaba allí delante de los discos con la cadera escorada hacia la derecha. Advertí que se ponía de perfil para que yo la viera en esa postura.

Volvió lentamente a la mesa. La coleta le bailaba un poco según caminaba. Nunca había visto a una mujer con unos andares tan *tranquilos*. Oh, qué segura estaba de sí misma, y de repente, en un arrebató de exaltación y desespero, lo único que quería era deshacerme de Bradley y entregarme a ella, y este pensamiento me trastornó tanto que tuve que acallararlo. Ella avanzaba como paseando entre el humo y el ruido. El ruido se silenciaba en mi cabeza mientras ella caminaba. Tuve la súbita impresión de que Jenny era mi soberana. Le haría una reverencia. Se la haría sin atraer la atención hacia mí ni hacia ella. Se abrió un sendero a través de la sala y un remolino de humo llenaba el espacio que dejaba atrás, igual que antes. Nadie se fijó en ella demasiado, excepto yo. La majestad y el control en una mujer eran para mí de pronto una visión que me desarmaba. Eso y el modo de mirarme a los ojos, como Bradley nunca había hecho. Ella veía mis ojos.

Mi abuelo se estaba muriendo. Se duchaba completamente vestido. Estamos aquí de paso.

Ahora estamos hablando de una noche de verano normal en el Medio Oeste. En un bar. Caían cacahuetes al suelo. Hombres borrachos lanzaban carcajadas. En la televisión estaban dando el *Derby de la destrucción*, un programa de coches que chocan y se incendian. Dentro de mi cabeza la sala se volvía silenciosa y cálida. Jenny se sentó. Posó una mano con suma suavidad en mi rodilla. Dudo de que usted o cualquier otra persona lo notara, tan suave y diestro fue su tacto.

Se inclinó hacia mí con una sonrisa malévola. La sonrisa de un

conspirador. La que te dice que las dos estamos metidas en este asunto. Sentía su cara cerca de la mía. *Sentía* su presencia cerca. No recordaba haber flirteado nunca con otra mujer. Tampoco pensé que alguien se daría cuenta. Yo estaba en un mundo nuevo y nadie se había enterado de que había abandonado durante un segundo el mundo antiguo. ¿Cómo he llegado aquí? ¿Cómo ha ocurrido? ¿Alguien interceptó un lanzamiento? Por favor. Pero la continuación no era tal. Era un prelude. En ese momento sonó la canción que ella había elegido. Era *Jersey Girl*, de Springsteen. Parece ser que esta canción habla de un tío que convence a una madre soltera de que deje a su bebé con una vecina para que él pueda llevarla —a la joven mamá— a los muelles. Pasan en ellos un rato, contemplando el agua, y se amartelan.

—Esta canción se la dedica Jenny a Kathryn —susurró Jenny. Esbozó su sonrisa traviesa.

Pero si me preguntaran diría que en aquel instante podría haber cogido la mano de Bradley y haberle dicho: «*Eh, estoy cansada de este sitio, vámonos*». Podría haberle dicho que tenía que trabajar al día siguiente y que tenía que irse al catre. Pero en aquel momento me sentí también algo poderosa. En aquel local, Jenny entonaba para mí canciones majestuosas. Irradiaba autoridad, además de aquella picardía de duende que era a la vez sexual e intimidante. Tenía un conocimiento malvado de ciertos barrios en los que yo no había estado nunca, pero que debería conocer. Me sentí una chiquilla. Le devolví la sonrisa. Y después volví a recostarme en Bradley. Él me estaba acariciando el brazo con una mano y con la otra rascaba la etiqueta de su botella de cerveza. Aquel estar por las nubes a que me tenía acostumbrada. Siguió acariciándome el brazo. Daba por sentado que yo era su mujer. Seguía *todavía* acariciando mi brazo cuando me incliné hacia la otra dirección, hacia Jenny, y le acerqué los labios al oído y le susurré mi número de teléfono. Ella olía a sudor y a rosas aplastadas y a futuro. Y Jenny se recostó y su coleta tocó el respaldo de su silla y las luces del techo iluminaron las puntas de su pelo. Luego volví a inclinarme hacia ella. De nuevo el sudor y las rosas. Dos mujeres con ropa de béisbol, una de ellas nerviosa. Y le dije cuándo podía llamarme.

Yo ni siquiera estaba borracha. Había recobrado la sobriedad de golpe. Estaba asustada.

En casa permanecí despierta toda la noche, pensando, por el amor de Dios, en lo que acababa de hacer.

Jenny propuso que fuéramos en coche hasta el manzanal. Eso fue un mes después. Me llamó y preguntó si quería pasar la tarde fuera. Inocente, inocente. Me recogió delante del McDonald del barrio. Yo quería cierto anonimato y nada puede ser más anónimo que estar sentada dentro de un McDonald a la espera de que pase a recogerte una mujer. Subí al coche y le dije hola. Estaba asustada, pero no demasiado. *Ella* me infundía confianza. Se había acicalado como una chica para salir conmigo. Conducía descalza. Era un día caluroso de septiembre. Me impresionaron mucho los dedos de sus pies pintados cuando apretaban el pedal del acelerador. Opuse resistencia durante un rato, pensando que ella me estaba provocando eróticamente. Llevaba la ropa con un descuido estudiado, la camiseta de hilo ligeramente desabrochada y el pelo suelto, y el sol bañaba su costado del coche.

Hablamos de libros, qué aburrido era leerlos pero cuánto, pese a todo, nos gustaban.

Pocas millas fuera de la ciudad, unos gansos desfilaban por la orilla del río. Yo iba sentada en mi asiento con las piernas recogidas debajo. Una pareja navegaba en una canoa río abajo. Pasamos por un cementerio luterano al otro lado de la carretera, con todas las lápidas escritas en alemán. *Hier rubet in Gott*. Del espejo retrovisor del coche se balanceaba un collar de cuentas brillantes de cristal: rojas, púrpuras y azules. Ella dijo que las utilizaba para la navegación. No explicó cómo. En el salpicadero, frente a mí, descansaba una rosa. Recién cortada. Tenía el tallo mojado. Jenny dijo que era mía. Dijo que la rosa era mía. Que la cogiera. Era un obsequio *impuesto*.

Me dijo que era la menor de tres hermanas. Me equivocaba al pensar que se había criado en una familia de hermanos varones. Le pregunté si alguna vez había amado a una mujer. «¿Amado? ¿Amado? —preguntó. Sonrió y se rió—. ¿Estamos hablando de eso? Creí que estábamos hablando de ser chica en una familia.»

Volví a tener miedo. Que me tomara así el pelo. Pero entonces sonrió directamente hacia el asiento donde yo estaba sentada.

Al salir de la ciudad hay un huerto y un lagar. Hay senderos entre las hileras de árboles para la gente que va a recoger las manzanas, y en uno de esos senderos hay una cuesta hasta una colina desde donde se divisa el panorama a la redonda. El suave, modesto, humilde paisaje de Michigan nos rodeaba con su vegetación indefinida: las granjas se extendían con sus verdes simetrías rectangulares hasta perderse en la niebla, y se veían los lejanos depósitos de agua y las antenas de transmisión de radio que tocaban el cielo.

Abajo, en el huerto, los árboles eran sacudidos mecánicamente uno tras otro por una máquina que ceñía el tronco y después vibraba para que las manzanas cayeran en una tela extendida de áspera arpillera parda. Observamos cómo las manzanas caían en círculo y eran recogidas y cargadas.

Jenny me cogió de la mano un momento. Caminó hacia atrás y se recostó en el tronco del manzano más próximo. Estiró el brazo, agarró una manzana y la arrancó de la rama. Dio un mordisco a la fruta y sonrió. Luego me la dio, sin más. Sostuve la manzana en mi mano y miré las marcas que habían hecho sus dientes. Me la llevé a la boca y apliqué primero los labios y después la lengua contra el punto donde ella la había mordido. Tenía un sabor familiar. Se abrió paso en mí la intensa dulzura de la manzana.

Apenas conocía a Jenny. No habíamos hablado tanto.

—¿Sabes una cosa? —dijo—. *Resulta que sé que este árbol es el mismísimo árbol de la vida. ¡Qué pacto más increíble!* —Luego se rió y dijo —: Vamos. —Y luego preguntó—: ¿Sabes que tú yo vamos a ser las mejores amigas del mundo? ¿Qué lo compartiremos todo?

—¿Haciendo qué? —pregunté.

—Oh, estando juntas. Viviendo aventuras, Kathryn. Kathryn y Jenny.

Todavía descalza entró en el granero donde el lagar ocupaba el espacio central. Bajaron la prensa sobre una capa o dos de manzanas envueltas en arpillera dentro de un bastidor de madera. Aplastaron las manzanas hasta formar una pulpa y la sidra brotó por las ranuras y cayó en una rampa inmensa de tela metálica que había debajo de la prensa. El cuerpo del hombre que la manejaba parecía un saco de grava. La sidra se vertía en un tanque. Entre tantos detalles perdí la concentración, porque en aquel momento entró un perro en el recinto. Un cocker spaniel. Juguetón e inofensivo, por supuesto. Eso dicen. Olfateaba por los rincones en busca de algunas migas de donut. Me alejé velozmente del perro. No soporto estar con uno bajo el mismo techo. Fui hacia la salida.

Hasta entonces no me había fijado en que el granero estaba lleno de avispa y abejas. Volaban hasta la prensa y se dirigían a los vasos de papel que había en la mesa de la esquina y a la entrada brillante de sol en la tarde. Pensé: «Oh, sólo son avispa». Pero justo entonces Jenny gritó. Se agachó. No debería haber andado descalza. Convinimos en esto más tarde, cuando estuvimos menos aturdidas. Salió al sendero a sentarse. Se tapó la boca con la mano. Sus ojos bizqueaban sin mirar a ningún sitio. Bizqueaban mientras lloraba.

—Estúpida estúpida estúpida —decía—. Que me hayan picado. Soy tan descuidada. Dios santo, cómo duele.

Alzó la mirada hacia mí. Era como si te clavaran en el tobillo un punzón para el hielo.

—Me figuro que no puedes hacer nada —dijo luego.

—Oh, sí —dije yo—. Espera un minuto aquí.

Salí corriendo del lugar y fui a la trasera del granero, el lado sombreado que da a los campos y el huerto. Comprobé si había alguien a la vista. Nadie. Me quité la cinta de algodón que me ceñía el pelo. Miré de nuevo alrededor, me bajé los vaqueros y las bragas, me acuclillé e hice un poco de pis sobre el algodón. Se aprenden cosas curiosas en los campamentos de scouts. Me levanté, eché a correr otra vez, llegué donde estaba Jenny y apreté la cinta contra el punto del tobillo donde la habían picado. Tenía la piel más roja que una nube al alba. Al cabo de unos quince segundos sonrió y me dirigió aquella sonrisa caliente como un invernadero.

—Ah, chica —dijo—, por lo visto eres mi salvación. ¿Qué es este remedio milagroso?

Un secreto.

Conduje de regreso. Conduje su coche. No la dejé conducir. No la llevé a nuestro apartamento. No adónde vivíamos Bradley y yo. No. Allí no. La llevé a su casa. Nos sentamos a charlar fuera. Fue todo lo que hicimos. Me interesaba hablar con ella y la atmósfera de expectación tranquila que creaba. Nos contamos nuestra vida con pelos y señales. Quiero decir que aguardábamos.

Durante días, después de esto, me sentaba en el porche delantero, el de mi casa, la nuestra. Contemplaba la puesta de sol mientras Bradley, sentado a mi lado, intercambiaba conmigo las impresiones del día. A veces él entraba y se quedaba dentro mirando las brisas que soplaban desde el oeste a través del árbol (sólo había uno) del jardín delantero. Yo pensaba en Jenny y en los sentimientos que me inspiraba.

Dos semanas más tarde, un día en que ella y yo estuvimos trabajando juntas en uno de esos jardines comunitarios donde dispones de tu propia parcela, recogimos tomates de maduración tardía en bolsas de papel de estraza que habíamos llevado y luego subimos con calma a su apartamento. Llevamos los tomates a la cocina. Saqué dos y encontré un platillo y un cuchillo, pero la mano me temblaba tanto que no acertaba a cortarlos. Dejé el cuchillo en la mesa y miré a Jenny a los ojos.

Ella me cogió de la mano y me llevó a su dormitorio. Me dijo que me olvidara de los tomates por un rato. En la habitación nos tumbamos juntas y nos despojamos despacio de toda la ropa y yo la vi y cuando ella me preguntó qué quería, dije: «Te quiero a ti».

Después cantó para mí. Cantó *Hail to the Victors*. Lo cantó como un himno, como una broma. Me enseñó a cantarlo así. Su gato, *Ralph*, nos observaba desde el tocador. Tanta felicidad me hacía infeliz. Nuestras almas se habían fundido. Tumbada en la cama, miraba hacia arriba, a las ristas de luces en forma de pimientos rojos, atadas con ganchitos cerca de la moldura, las ristas que yo le había comprado, y cambié miradas de celos con el gato *Ralph* que, en su agitación, había derribado un cepillo, y noté el soplo de la fresca brisa de otoño sobre mi cuerpo y el de Jenny donde nuestras almas se alojaban, y oí las notas de carillón del Camión de la Risa que pasaba por la calle.

Volvíamos a la cocina y, desnudas, terminamos de cortar en rodajas los tomates, los comimos. Estaban deliciosos, Jenny me había dado un apetito voraz.

Yo pensaba que todavía podía salvar mi matrimonio. Supongo que de algún modo todavía amaba a Bradley. Me llevó un domingo al albergue de animales y paseamos entre los perros mientras él me sostenía, y supongo que les puse un nombre a cada uno, aunque no me acuerdo de haberlo hecho. No veo qué importancia puede tener que lo hiciera o que lo recordara.

Hicimos el amor varias veces aquel día y cada vez que me corría —y vaya que si lo hice, créame— pensaba en Jenny. Pensaba en la fragancia de jardín de flores de su alma y en que podía entrar en él y encontrar su corazón siempre que quisiera, y en que eso pondría fin a mi soledad aquí en la tierra. Cuando tenía a Bradley encima, levantaba las manos en el aire, por arriba de él, e imaginaba que la estaba abrazando a ella, a su espíritu invisible, rematada hipócrita soy. No, en realidad, yo la estaba estrechando. Dejé de ser una hipócrita. No era el momento oportuno de comunicar a Bradley que mi alma se había salido de mi cuerpo y se había hospedado en el de Jenny. Le canté *Hail to the Victors* porque la echaba *muchísimo* de menos. Con ella me sentía fuerte y con él débil. Vacía y ausente.

Dijo que me amaba, pero realmente no creo que lo hiciese. O quizá su amor no lograba colmarme. Para entonces había conocido el amor en su forma definitiva. Sabía cómo era. Tenía pecas en las manos, el hemisferio sur en la izquierda y el norte en la derecha. Y no era Bradley. Ni él conmigo. Ni

combinación alguna de nosotros dos. Jenny ondeaba ya mi bandera.

Él dijo que me amaba y yo me quedé callada e inmóvil. Se había casado conmigo. No lo olvide. Me había puesto el anillo.

Varias semanas más tarde se lo dije. Le hablé de mi amada. La cara se le descompuso a mi pobre marido Sapito, pero se rehízo y me llamó la única palabra que se le ocurrió, lesbiana. Maldita lesbiana. En fin, cuando algo te duele, siempre encuentras alguna etiqueta tonta para tu acusación. No tonta, tontísima. Cogí una de las sillas de vinilo de la cocina y se la lancé. Fallé, por cierto.

De todos modos, lo que acabo de contarle fue lo que provocó el incidente de la silla. Yo me había hecho grande y él quiso empequeñecerme.

Pensará que lo que acabo de contarle es una anécdota. Pero no lo es. Es mi vida entera. Es la única historia que tengo.

CUATRO

—HE ENCONTRADO a Kathryn —digo—. Ya ves que no era tan difícil descubrir su paradero. Viene en la guía telefónica. Me lo contó todo. Me habló de Jenny y de que te tiró una silla. Siento ese incidente, pero sigue siendo una buena historia.

—Maravilloso —dice Bradley—. *Simplemente fantástico*. —Se rasca la cabeza—. Pero debes darte cuenta de que hace mucho tiempo desde nuestro matrimonio, y de que me dejara y todo aquello. —Da dos brincos, una costumbre extraña—. No era necesario que hablaras con ella. Podrías haber creído en mi palabra. Es un poquito obtuso, si quieres que te lo diga, ir a ver a la gente para que dé testimonio del pasado. —Sonríe entre dientes—. ¿No es un incendio estupendo?

Bradley me había llamado y quedamos en asistir juntos a un acto en favor de los bomberos de Ann Arbor. Iban a quemar en el municipio una casa abandonada: dos plantas, un desván y un garaje adosado, dijo. Los bomberos mostrarían a los vecinos cómo hacían su trabajo, y habían sugerido un donativo de cuatro dólares para contribuir al Fondo de Bomberos. Ahora estamos a un lado, en una curva que forma como una zanja en la carretera de tierra flanqueada por álamos y enebros, observando cómo arde esta vieja granja atrapada por el fuego, mientras los aceleradores implantados en el sótano explotan y esparcen las llamas. Desde esta distancia, el incendio posee un carácter festivo. Delante de mí, a mi izquierda, un coche de bomberos, una especie de tanque, lanza agua por la ventana de un segundo piso, un espectáculo ameno, mientras los niños que hay entre el público vitorean y corren en círculo. Hay un perro dálmata sentado en otro coche, con aire más bien altivo. A nuestra derecha, los propios bomberos, con sus chubasqueros amarillos, contemplan con interés académico la casa que arde.

—Es un incendio magnífico —le digo a Bradley, con la cara acalorada—. Pero lo de buscar a Kathryn, bueno, todo ese rollo fue idea *tuya* —le digo—. Lo de que todo el mundo me contara su historia. Además, Kathryn y yo hablamos en tu cafetería, la tuya propia. No fue nada secreto.

—Kathryn. ¿Sigues con Jenny?

Asiento.

—Dice que es difícilísimo amar a los hombres. Que a ella le cuesta

mucho esfuerzo. Que no somos amables. ¿Yo te parezco amable?

—No voy a responder a eso. Vas a tener problemas de estabilidad, Charlie. Por cierto, ¿sabes lo que deberías hacer? Tendrías que hablar con mis empleados de Jitters. Son unos críos. *Son* una muestra social para ti. Empieza por esa chica, Chloé. Ella pronuncia su nombre Cloé, no Clow-é, sino Clo-é; no tengo ni idea de dónde lo ha sacado. Toda una chica. Perdón. «Mujer», debería haber dicho. Tiene un novio que se llama Oscar. Chloé y Oscar. Son chicos majos, pero no creo que representen nada. Por desgracia para ti, no se les puede tomar como símbolos de la juventud actual.

Le lanzo una mirada. Él no me hace caso y sigue hablando.

—Se conocieron en Doctor Enchilada, ese sitio de comida rápida. Ella dejó su trabajo. Decía que volvía a casa oliendo a guacamole y que tenía mal karma. ¡Mal karma! En serio, tendrías que hablar con ella. Dicho sea de paso, ya que hablamos del tema, deberías *dejar* de hablar conmigo. Esto se está volviendo demasiado personal. Pero ya que estás recopilando historias, ¿alguna vez te he contado cómo recuperaré al perro?

—No.

—Vas a pensar que es gracioso. Te conozco. Te vas a reír. Pero no fue nada gracioso. Es una historia cómica, pero no para mí.

Mi hermana Agatha vive en Five Oaks, al norte. Tú has estado allí, creo. Está casada con un tal Harold, que resulta que es barbero. Un barbero muy *incompetente*, por cierto, un simple barbero, pero es un tipo majo en otros aspectos, lo bastante, de todos modos, para lo que exige su vida cotidiana. Aunque ser «majo» no sea una gran virtud; la amabilidad y la deferencia no figuran ya en el mapa, en los tiempos que corren. Son triviales. La cosa es que Harold aprendió a cortar el pelo cuando estuvo en el ejército. Ésa es la explicación, sin duda. Su padre era guardia de seguridad, trabajaba en Brinks. Si Harold te corta el pelo sales oliendo a garito y con una pinta de Boris Karloff paseando de noche por la ciudad.

Tienen dos hijos, mis sobrinos. Harold estuvo enamorado hace años de una mujer casada, Louise, se llamaba, y Louise tenía un hijo que yo siempre pensé que era hijo de Harold, pero eso es otra historia, y creo que para él es agua pasada. Lo fue desde que conoció a Agatha.

Pero iba a hablarte del perro, de *Bradley*. Lo había sacado de la Sociedad Protectora y me las apañé para meterle a escondidas en Five Oaks, en casa de Agatha y Harold, hasta que Kathryn se acostumbrara a la idea de

vivir con un perro en casa. Mi hermana y Harold tienen una casa grande allí, en Five Oaks, con cantidad de espacio para un chucho. Su urbanización está cerca de una fábrica WaldChem y tiene cinco habitaciones y no les costó demasiado, debido a los humos de la empresa química o al agua emponzoñada o simplemente porque están situados en el centro de Michigan. Es una casa enorme. Total, que pensé que tardaría como un mes en convencer a Kathryn, que por entonces ya era mi mujer, de que soportase una compañía canina. Yo pensaba que necesitábamos un perro, que era *necesario*. Pensaba que nuestro *matrimonio* necesitaba un perro. Los recién casados jóvenes ansían tener un perro. Cimenta su unión. Les ejercita para ser padres.

Pero no tuve que convencer a Kathryn de que tuviéramos un perro porque ella cogió una silla y me la tiró y me abandonó para irse con Jenny. A todo esto, cuando me tiró la silla no me dio, pero podría haberme abierto la cabeza. Además, ¿qué había de malo en lo que le dije? ¿Que era lesbiana? ¿O que era yo, como hombre? Quería que me aclarase las ideas. Lo único que intenté fue tener una idea clara de su transformación. Ella dice que la maldije, pero eso *no* es cierto. Puede que alzara la voz, pero no maldije. Resumiendo, después de aquel momento de clímax, me quedé solo en el apartamento y quise que *Bradley*, el perro, volviera. No debería decirlo, pero estaba afligido. Y necesitaba aquel perro. No tenía nada más a que agarrarme, nada más que aquel perro que se llamaba como yo, mi compañero de cuitas secreto, diríamos.

Conque una radiante mañana de domingo, a principios de invierno, llamé a mi hermana Agatha. Le dije que iba a ir en coche a su casa de Five Oaks para recoger a *Bradley* y llevármelo a casa. «Gracias por haberlo tenido», le dije. Pensé que debía avisarle que iba para asegurarme de que estuviese cuando me presentara ante su puerta.

—Uh —dijo ella—. Nada de eso.

—¿Qué quieres decir con que nada de eso?

—Quiero decir que no puedes llevarte a *Bradley*.

Hubo una larga pausa, y yo oía ruidos domésticos de trasfondo.

—¿Cómo dices?

—Lo siento, Bradley. Pero no puedo hacer eso. No puedes llevarte al perro. Lo tenemos nosotros.

—Agatha, *Bradley* es *mi* perro.

—Bueno, no realmente. Ya no. Está ligado a nosotros.

—¿Ligado a vosotros? Un segundo, un segundo, un segundito —dije—.

Hicimos un trato, Agatha. Nos pusimos de acuerdo. El trato fue que ibais a alojar a *Bradley* durante un par de meses, o sea, a disfrutar de su compañía, como si fuese un intercambio con un estudiante extranjero, y que yo pagaría los gastos si hiciese falta, y que después *me lo devolveríais*.

—Lo sé, pero eso fue entonces. Puede que te sorprenda —añadió Agatha—. Pero como te he dicho no te lo devolvemos. No vamos a hacerlo porque no podemos. Lo siento muchísimo, Bradley, pero le adoramos. El amor es total y recíproco. El pupilo se queda.

—Agatha, no me hables de amor. Kathryn me ha abandonado, estoy solo, estoy muy disgustado, mi matrimonio de repente se ha desmoronado, y necesito un perro. A ese perro, a ese perro en concreto y a ningún otro, a *Bradley*.

—Oh, cariño, créeme que lo entiendo. Mi corazón te acompaña —dijo ella—. Ya lo sabes. Creo que lo que te ha hecho Kathryn es lisa y llanamente imperdonable. Y cruel. Y egoísta. Siempre fue una egoísta. Perdóname, pero esa mujer se ha comportado como una auténtica puerca, al dejarte sin ni siquiera una disculpa. No volveré a dirigirle la palabra. Pero Harold y yo hemos hablado de esto y pensamos que deberías volver a la Protectora para que te den otro perro. Verás, ha ocurrido algo realmente extraordinario entre nosotros y *Bradley*. No puedo describirlo. Además, tú puedes ena...

—... No me digas eso. No me digas que puedo enamorarme de otro perro.

—No iba a decir nada de eso —dijo ella, aunque por supuesto que iba a decirlo—. Iba a decir...

Pero mi hermana no tiene mucha imaginación y no se le ocurría cómo sustituir lo que tenía pensado anunciarme.

—Agatha, me diste tu palabra.

—Bueno, pues la retiro. La anulo.

—No puedes retirar tu palabra después de haberla dado —dije—. Es deshonroso.

—¿No? Pues acabo de hacerlo, si no me equivoco. Y en cuanto al honor, qué cosa *más* ridícula.

—Agatha, quiero ese perro. Por el amor de Dios. No es una broma. Te hablo de mi estabilidad. —Hubo una larga pausa. Luego dije—: Ahora que lo pienso, nunca he podido contar contigo.

—Bradley, en serio, lo lamento, pero como madre tengo que pensar en mis hijos. *Adoran* a *Bradley*. Es un bendito con ellos. Le aporrean y él se deja hacer. Es lo que llaman un perro niñera. Este perro contribuye a los valores familiares.

—Oh, no, caray, lo mismo de siempre. Maldita sea, siempre te apoderabas de cosas que no devolvías. Me cogías los juguetes y los destrozabas. Me rompiste el garaje mecánico y luego cogiste el coche, me refiero a mi coche *de verdad*, el Pontiac verde, cuando yo estaba en la universidad, y lo abollaste y no me lo dijiste hasta que vi el bollo. Tendría que haberme acordado de aquello. Pero creí que esta vez podía fiarme de ti.

—No me salgas ahora con aquella abolladura. Estoy harta de oír lo de aquel dichoso bollo. ¿Y lo de fiarte? Supongo que te has equivocado. El perro está por encima de eso.

—Agatha, ¿está Harold por ahí?

—No, está en la barbería. Es domingo. Día de mucho ajetreo.

Oí ladrar a *Bradley*. Intuí que él sabía que yo había llamado y que pedía su vuelta.

—Voy a llamar a Harold.

Le colgué el teléfono y llamé a la barbería.

—Harold —dije—. Quiero que me devolváis al perro.

—Hola, cuñado —dijo él, en tono amistoso—. ¿Qué dices? Estoy muy ocupado ahora.

—Hablo de mi perro —dije—. Acabo de hablar con Agatha. Se ha puesto terca. Dice que no quiere devolverme a *Bradley*.

—Ah, eso. Bueno, ya lo sé, pero comprende, es muy insistente y todo eso, y tiene un motivo. No es fácil llevarle la contraria cuando tiene un motivo.

—Me dio su palabra.

—Sí, bueno. Tu hermana es así —dijo, con un suspiro.

—Harold, tengo que recuperar ese perro. Kathryn me ha abandonado y estoy hundido.

—Se te nota en la voz, estoy de acuerdo contigo en ese punto. Pero escucha, *Bradley*, los críos están como locos con ese animal, y creo que no puedo devolvértelo. No es tan sencillo, quitarles la mascota a unos niños. —Aguardó—. Tú no tienes hijos. No sabes cómo gritan. Te dejan sordo, créeme. Saben hacerlo. Para ellos es como su trabajo. —

Oí un sonido de alguien supuestamente sentado en el sillón de la barbería.

—¿Qué es eso?

—Oh —dijo Harold—. Es mi cliente, Saul. Dice que debería devolverte el perro.

—Tiene razón. Un trato es un trato. —Aguardé—. El honor está en juego.

—¿Ah, sí? ¿El honor de quién?

Entonces oí a un cliente, llamado Saul, decir:

—El tuyo, Harold.

—Oye —dijo Harold—, tengo trabajo y tengo que dejarte.

—Harold, tú y Agatha prometisteis...

—Adiós, Bradley. Lo siento. Lo siento de veras.

Y me colgó.

Hasta entonces nunca había recuperado la propiedad de un perro. Pero tendría que hacerlo. Primero tuve que bajar a Jitters durante algunas horas para supervisar el trabajo del personal y llevar las cuentas. Además, todavía estábamos adiestrando a Chloé; como he dicho, había dejado Doctor Enchilada para llevarnos la contabilidad en el establecimiento principal, que estaba en el centro de la ciudad. Pero para las dos de la tarde pensé que todo estaba en orden en el local, pues los clientes parloteaban con su subidón de cafeína y desperdigaban migas de bagel por todas partes; me cambié de ropa en la trastienda, me subí de un salto al coche y me dirigí hacia Five Oaks. Había cogido la antigua correa de Bradley, unos huesos de plástico y galletas, un cuenco para el agua y algunos juguetes para cachorros, entre ellos un gato que hacía ruido y que pensé que le gustaría mordisquear.

Lo malo fue que yo también me había pasado un poco con la dosis de café, tenía los nervios de punta, y me pararon y multaron en la 1-75» justo al norte de Bay City, por conducir a 140 kilómetros por hora. El señor Sapo conduce rápido, lo admito a la primera. El policía era un joven achaparrado, con la cabeza en forma de bala y una expresión de desprecio directa y malévol. Cuando saqué mi cartera de la chaqueta, saltaron varios pedazos de galleta para perros. El poli, al ver aquello, acentuó su expresión de menosprecio. Su cara parecía de cemento.

—Agente, *todo el mundo* conducía a esa velocidad —dije, con tono autoritario, como un corresponsal de guerra—. *Todo el mundo*. No veo por qué me ha elegido a mí.

—¿Señor? —dijo. Hasta su voz sonaba a cemento—. Permítame hacerle una pregunta. ¿Ha ido alguna vez de caza? ¿Allí, al norte?

—¿De caza? Una o dos veces. Pero no veo qué...

—¿A cazar patos?

—No. Quizá una vez.

—Bueno —dijo él—, si fuera usted a cazar patos y estuviera *allí*, en las marismas, pongamos que muy de mañana, al clarear, y si apuntara con la

escopeta, dígame, ¿dispararía a un *pato* solo o dispararía a *toda* la bandada? Apuntaría a uno solo, ¿verdad? Es lo que yo he hecho. Le he apuntado a usted. Y al parecer he cobrado pieza.

Así que abrió su libreta y escribió la multa. Pero mientras la escribía le expliqué que tenía prisa por recoger a un perro, a *mi* perro, y le conté que mi mujer me había abandonado —todavía sufría los efectos de la cafeína—, pero él no se inmutó ni se conmovió lo más mínimo, y desde luego que no parecía dispuesto a retirarme la multa. Era un joven endurecido, con una idea muy simple de las infracciones de tráfico y que no había sufrido reveses en las guerras del amor. Me fijé en que no llevaba anillo de casado. En cuanto terminé mi narración, me dijo:

—Se le va a caer el pelo si vuelven a pillarle pronto conduciendo a tanta velocidad.

¿De dónde sacan frases semejantes? Seguía empeñado en interpretar su personaje.

Por si faltara poco, además había empezado a nevar y la nieve me recordaba a Kathryn y aquella vez en que habíamos estado cogidos de la mano delante de una ventana, después de haber ido a la Protectora, y que ella me había traicionado, y *su* traición se había mezclado en mi cabeza con la de Agatha, hasta el punto de que el perro empezaba a parecer la solución de casi todos los aspectos de mi vida. Qué patéticamente bajas eran mis apuestas. La cosa es que después de haber sido multado por primera vez, me olvidé de lo rápido que estaba conduciendo y, como consecuencia, a unos 98 kilómetros más al norte de mi encuentro anterior con la ley, me pararon *de nuevo*, como a medio kilómetro al sur de una vía de salida, pero en esta ocasión fue un tipo distinto, *mejor* tipo, no un patrullero de la autopista, por suerte, sino un poli local. Este agente tenía corazón, hablo de un poli rural afroamericano del Medio Oeste, esta vez casado, que fue más comprensivo con mi historia y que, con una expresión abatida, se limitó a amonestarme.

En las cercanías de Five Oaks tomé en la carretera la salida a Oak Street, recorrí Bruckner Buick y rebasé la fábrica WaldChem donde Agatha trabajaba de asistente administrativa del subdirector, el tal Schwartzwalder. El aire olía a aceite de freír ligeramente rancio, mezclado con el olor que despedía la papelera próxima al río, un olor de cartón y vainilla, una vaharada entumecedora de lucrativos aerosoles industriales. Apagué la radio para que nadie supiera que me acercaba. Entré en la ciudad con pies sigilosos de gato.

A diferencia de un gato, sin embargo, mi coche se deslizaba y patinaba.

Mi indefensión había perdido su sentido cómico. Se había vuelto inane. Vi mi reflejo en el retrovisor y la expresión de mi cara, una indignada, inocente desesperación perversa, me asustó. El coche derrapó y se subió a una acera. Por suerte no había nadie en ella, porque podría haber matado a un transeúnte. Di marcha atrás y reemprendí la ruta a bandazos por la avenida.

En un momento llegué a la manzana de Agatha y Harold. Es ciertamente un vecindario asaz agradable, de viejas casonas de sólida clase media, con árboles y céspedes rociados en verano de herbicidas químicos. Como era a finales de otoño, los adornos navideños ya estaban colocados y desplegados fuera, con un enorme trineo de plástico y ocho renos electrificados, asimismo de plástico, que profanaban el tejado. Los ollares de los renos parpadeaban unos detrás de otros y, debajo, brillaba el letrero felices navidades, encendido incluso en pleno día. El trineo estaba abarrotado de una parafernalia de regalos envueltos en papel de estaño. Creo que Harold lo había instalado en septiembre, una debilidad suya. A pesar de lo que puedas pensar, no soy un hombre cruel, y en mi fuero interno comprendí que no podía llamar a la puerta y llevarme a *Bradley* por la fuerza o a hurtadillas en plena época navideña. Habría sido un acto traumático para los niños, a Tom y a Louie, les habría estropeado sus recuerdos de las fiestas —a partir de aquel día, la Navidad sería para ellos la estación del año en que habían perdido al perro de la familia— y yo sería eternamente el monstruoso tío.

Así que aparqué unas dos casas más lejos y avancé hacia el perímetro de la casa, mirando a todas partes. Mi calzado resbalaba sobre el hielo. Caí al suelo con un estrepitoso sonido de nieve. Es posible que mi figura fuese cómica, pero en las tripas tenía un nudo de desdicha y gastroenteritis. Si me caía otra vez, el cóccix se rompería en pedazos. Me incorporé como si no pasara nada, pero enjugándome las lágrimas de los ojos, lágrimas de dolor, de sufrimiento y cólera.

Mi vida interior carece de dignidad. Nada puedo hacer por remediarlo.

Confiaba en que el perro estuviese retozando solo en el patio trasero, donde sería fácil de capturar.

No tuve esa suerte. No había rastro de *Bradley*. Atisbé por las ventanas y di dos vueltas a la casa, tropezando una vez con los cables navideños. La casa, no obstante sus ornatos, tenía un aire de seguridad cálida y solitaria, y la luz de una domesticidad asentada. Resplandecía de un modo que te partía el alma. Tras haber dado la segunda vuelta alrededor, con ánimo desfalleciente, vi a Tom, mi sobrino, que me observaba con una mirada inquisitiva desde la

ventana de la cocina. Su cara restregada y pecosa surgió flotando por encima de un tiesto de polvorientas violetas africanas que había sobre el alféizar. Sonrió al verme, y saludó con la mano. Tenía las manos manchadas de pastel de chocolate seco. Señalé la puerta trasera. El corrió hacia ella para abrirme.

En la antesala donde se dejaban los zapatos, Tom, Dios le bendiga, me dio un abrazo.

—Hola, tío Bradley —dijo—. ¿Qué haces por aquí? ¿Te han invitado?

—¿Está tu madre? —pregunté. Oí el sonido del televisor en el cuarto de estar.

—Está arriba, echando una siesta. —Señaló el techo de la antesala—. Estaba viendo *Power Rangers*. ¿Quieres verla? Louie está en casa de un amigo.

—Muy bien —resollé. Viento en popa en mis velas—. ¿Dónde está *Bradley*'

—Está...

Y en ese mismo momento el perro entró sin hacer ruido en la habitación, como obedeciendo a un mando telepático. Cuando me vio, lanzó un bufido, me saltó encima, puso sus patas delanteras en mis hombros y empezó a lamerme la cara. Era la demostración de cariño que yo necesitaba. Besos de pasión perrunos eran mejor que ningún beso en absoluto, y eran, de hecho, más sinceros que muchos de la variedad humana que había recibido últimamente. Los perros no te besan en público sólo para guardar las apariencias.

—*Aquí* está —dijo Torn, con un deleite infantil en proclamar una obviedad.

Cavilé un momento. Tendría que explicarle un asunto delicado a mi sobrino, a quien yo amaba. Y decidí que debía decirle la verdad. La mía era una misión temeraria, pero probablemente yo no era una persona despreciable, y no tenía intención de mentirle a un niño, y menos a uno que era pariente mío.

—Tom —dije—, tengo que llevarme a *Bradley*.

Le expliqué que Kathryn y yo lo habíamos encontrado en la Protectora de Animales, y que ella me había dejado solo y triste, y que estábamos en trámites de divorcio, y que me sentía tan desgraciado que no podía dormir por la noche, y que *Bradley* había sido *siempre* mi perro, porque lo había sacado de la Protectora, que había estado hospedado unas pocas semanas allí en Five Oaks, pero que ahora, *de verdad de verdad*, necesitaba recuperarlo.

—¡Pero si ahora es nuestro! —exclamó Tom, con lágrimas en los ojos, y sentí que la oportunidad se me escapaba.

—Puedes buscar otro perro —dije.

—¿Dónde?

—Hay sitios —expliqué—, aquí mismo, en Five Oaks, sitios de la Protectora donde tienen toda clase de perros, en especial perros tristes sin hogar. Allí están en una cárcel. Lloran toda la noche. Quieren un hogar.

—¡Pero serán caros! —añadió—. ¡No podemos pagarlo!

—No tan caro.

—Oh, sí, vaya que sí.

Saqué mi monedero y lo abrí. Le enseñé el dinero que había dentro.

—¿Cómo de caro crees que será otro perro? —Saqué un billete de cinco dólares—. ¿Cinco dólares, crees?

Deposité el billete en su mano.

Tom me midió con la mirada.

—Más que esto.

Saqué un billete de diez.

—¿Quince dólares?

—Esto son sólo diez.

—Pero ya tienes un billete de cinco. Cinco más diez son quince.

—Oh. No, más que esto, segurísimo.

Saqué uno de veinte de mi cartera y lo apreté contra la palma de mi sobrino.

—¿Así está bien? —pregunté. Al fondo oía a los Power Rangers matando a algo que sonaba como un gusano gigante provisto de timbres—. ¿Te parece suficiente?

No quise utilizar más aritmética para confundirle.

—Quizá un poco más.

Saqué otro de cinco.

—¿Y así? —Agarró el billete—. Uno de cinco, uno de diez, uno de veinte y otro de cinco. Seguro que con *esto* puedes comprarte un perro.

—No tan bueno como *Bradley* —dijo Tom.

—Oh, mejor, Tommy, mucho mejor. Además, es todo el dinero que tengo. Tienen perros fantásticos, perros que te esperan a la salida de la escuela y perros que te traen el periódico, perros que duermen contigo de noche y que ven la televisión contigo, cualquier programa que quieras, y perros que se sientan a tus pies bajo la mesa del comedor y que se comen todo lo que no te gusta. Puedes comprar un perro maravilloso que sepa hacer de todo.

—*Bradley* hace todo eso.

—Escucha —dije—. Tú guárdate el dinero en el bolsillo y luego lo escondes y asegúrate de que tu mami no mete los pantalones en la lavadora antes de que hayas sacado el dinero, y no le digas a ella ni a *nadie* que he estado aquí hasta que se despierte, y yo me llevo a *Bradley* que me hará feliz de nuevo, y tú y Louie vais luego a la Protectora y elegís un perro con lo que acabo de darte. No habrá más limes tristes. ¿Vale?

—Vale. Me figuro. —Juntó todos los billetes y se los metió aplastados en los bolsillos, como yo le había indicado—. ¿Puedo darle a *Bradley* un beso de despedida?

—Por supuesto.

Bradley viajó sentado en el asiento contiguo todo el trayecto hasta Ann Arbor. No sobrepasé el límite de velocidad. Que un sapo libere a un perro no es algo que ocurra todos los días. Escuchamos la emisora de jazz de Detroit, y cuando se puso a cuatro patas sobre el asiento del pasajero me sonrió con su cara grande y alelada, tan amigable y simplón como un letrero publicitario. Movía el rabo, pero sin seguir el compás de la música. No nos pongamos sentimentales. Aquel perro no tenía buen oído para el jazz.

Agatha me llamó a la hora de la cena, sabía que lo haría.

—¡No puedo creer que hayas hecho esto! —gritó. Tuve que apartar el auricular de mi oreja. La línea telefónica teletransportaba perdigones furiosos que brotaban del teléfono—. ¡Has robado el perro! Maldito seas, *Bradley*. ¿Qué mosca te ha picado?

—Cuida tu lenguaje. Tienes hijos. No lo he robado —le expliqué—. Lo he vuelto a *comprar*. Hoy era el día de la liberación de perros.

—Has sobornado a Tommy. (*Quién* haría eso con un niño? *Eres* un monstruo. Estoy enfadada, enfadadísima contigo.

—Uh, no. No he sobornado a tu hijo. Me ha desplumado.

—¿Le has pagado quince dólares por *Bradley*? Es una treta asquerosa. ¡Maldito seas!

—El honor, qué cosa más *ridícula* —dije—. Eh, ¿qué acabas de decir?

—He dicho que le has pagado quince dólares. Es una mezquindad. Lo más mezquino que has hecho en tu vida.

—¿Conque quince dólares, eh? —Estaba descubriendo lo profundamente astuto que era mi sobrino—. Te llevas lo que has pagado. ¿Cómo ha reaccionado Harold?

—¡Le llamaste a la barbería! Le lavaste el cerebro. Ha cambiado de idea.

Ahora *dice* que nunca le ha gustado el perro. Y ahora Louie dice que a *él* tampoco. Creo que Tommy le ha pagado para que diga eso. ¡Sólo yo! ¡Yo soy la única que quería a *Bradley*! Todos os habéis confabulado contra mí. ¡Todos vosotros!

—Estás dramatizando —dije fríamente.

Ella colgó de golpe y porrazo

El resultado fue que conservé a *Bradley*. Le daba de comer, le mimaba, le construí una caseta y lo llamaba por su nombre cuando volvía a casa, y a cambio él me amaba. Mi hermana y mi cuñado encontraron otro perro, como yo había predicho. Al que también llamaron *Bradley*. Ahora somos tres *Bradleys*. El de ellos es más listo que el mío, pero me tiene totalmente sin cuidado, porque en los animales, por lo menos, y, que yo sepa, también en las personas, la inteligencia y la agudeza no tienen nada que ver con el talento de hacerse amar o de ser amable, pero nada que ver, menos que nada.

CINCO

OSCAR y yo pasamos tan buenos ratos practicando el sexo juntos que pensamos que tenía que haber una manera de sacar algún dinero de eso, de vivir de nuestro loco y ruinoso amor sempiterno. Sólo que no se nos ocurría cómo. Oscar es realmente guapo cuando le quitas la ropa y su cuerpo se comporta de una forma singular. Como novio es indescriptible. Las palabras le deforman. Y a mí, Chloé, todavía más. Casi no tiene sentido decir nada sobre mí porque las palabras serán siempre inhumanas y brutalmente inapropiadas. Así que, diga lo que diga, no sirve de nada.

A pesar de todo: en una época, él, Oscar, había sido un drogota que pasó, en una especie de ascensión jerárquica, desde la marihuana al XTC y la heroína, pero como sus ambiciones apuntaban hacia otras direcciones para él aquello fue una simple excursión. Estaba fascinado por el olvido pero descubrió su secreto, es decir, que es aburrido. Algunos días cuando le mirabas comiendo una hamburguesa con queso, veías en sus ojos que había sido fulminado por un sortilegio. Durante una breve temporada, había sido un chico trágico.

Una vez me dijo que en un sueño narcótico había visto al famoso mono susurrante de África. El mono le dijo cosas horribles sobre el futuro que quizá le aguardaba, una muerte pestilente desangrándose en los callejones donde se deposita la basura, y eso le indujo a rehabilitarse.

Después de sus experiencias toxicómanas, se convirtió en un alumno aventajado, un forajido reformado. Además éramos, como he dicho, sumamente fogosos entre sábanas. Éramos máquinas del éxtasis.

Nos conocimos en Doctor Enchilada, un local de comida rápida. Él era nuevo, acababan de contratarle. Tenía que llevar el gorrito de papel sobre su pelo semirrubio. Lo impone la ley en este estado, por motivos de higiene. Entró, miró el gorro y le dio vueltas entre las manos. Cuando por fin se lo puso, se lo puso sesgado, como si *no* lo llevara. Adoptó una *actitud* ante el gorro que lo convertía en una prenda idónea y nada dogmática. Él estaba por encima del gorro, y no el gorro por encima de él. Aquel día le dieron cinco o diez minutos para ejercitarse y luego empezó a trabajar en la caja, *dígame qué desea*, pero tenía mala pinta y estaba en su onda y no era nada solícito, y yo estaba en la cadena de montaje de los tacos, pringada de guacamole. Sólo le

miraba de vez en cuando, a hurtadillas, porque era el chico nuevo. A propósito, el guacamole no es el auténtico. En Doctor Enchilada, que es del CitiBank o alguna empresa de éstas, lo llaman así para guardar las apariencias.

La cosa es que nos tomamos un descanso juntos. Salimos a fumar al aparcamiento. Él llevaba todavía el gorro puesto. Por darme conversación, señaló a mi oreja y dijo: «¿Te llamas Chloé? Un nombre chulo. Pues oye, Chloé, eres mona pero tienes pocos *piercings*».

Así que di una patada a las orugas muertas que había por el suelo y dije: *Que te jodan*, pero ya sabes, en un tono amistoso, de chiquilla, y con una sonrisa, una invitación y la inflexión justa para que él flipase.

Él me devolvió la sonrisa y dijo: «No, no, en serio, uno solo no basta». Y levantó un dedo hacia el lóbulo de mi oreja. Su ademán estuvo a medio camino de ser una caricia. Entonces me di cuenta de lo guapo que era. El pelo rubio, los dientes irregulares, los ojos como un refugio antiáereo. Un chico mono que mira a una mujer como yo directamente y sostiene la mirada tiene más valor que un alpinista. A algunos chicos les asusta mi pintura de ojos y el destello verde menta de mi córnea, y temen no estar a la altura del desafío. Pero los que se están rehabilitando tienen ese aire calmoso de zombis reinsertados que no se compra en las tiendas, y lo explotan a veces, cuando no tienen miedo a las chicas. Oscar parecía demolido y reconstruido, como una urbanización. Los supervivientes son sexis, del mismo modo que lo es la ropa de segunda mano porque *sienta* bien, no hay que romperla ni quitarle la etiqueta.

Cuando me miró, me estaba haciendo una seña que se extendía hacia el futuro y me produjo un castañeteo de dientes. Dijo que él tenía *piercings* de los pies a la cabeza. Y me dijo *dónde* los tenía, incluida la tachuela de la lengua, y también el tatuaje secreto que llevaba en el cráneo: «Muere».

Me dejó profundamente impresionada. Además tenía hombros bonitos, a pesar de todo por lo que había pasado. Antiguamente había sido un atleta, antes de sucumbir a la indiferencia y de que le importara un bledo quién ganaba una prueba deportiva. No sentí deseo de él en aquel momento, pero sabía que lo desearía al cabo de unas horas, porque en mi corazón nacía un hormigero que me iba descendiendo hacia las manos.

Volvimos al trabajo. En aquella tarde flotaba algo eléctrico mientras observaba a Oscar recibir pedidos y liarse cuando devolvía el cambio.

Aquella noche, cuando le hablé a Buitre, mi mejor amiga, de Oscar, ella dijo que era inevitable, ineludible, que Oscar y yo nos enrollásemos. Buitre nunca se equivoca en estas cosas, nunca.

Consiguió el número de teléfono de la casa donde yo vivía con unas dieciséis personas más. Toda aquella gente estudiaba en el instituto, y vivíamos genérica y domésticamente juntos hasta que encontrásemos trabajos serios y apartamentos y vidas que pudiéramos considerar propias. Algunos trabajaban en esa cafetería con franquicia, Jitters. Para ese tal Bradley. Yo también acabé allí. Supongo que usted le conoce, desde luego.

En casa, la fiesta desquiciada se prolongaba día y noche, lo cual puede resultar deprimente y fatigoso. Te hartas de las quemaduras en los muebles y de que el cuarto de baño esté siempre cerrado con llave o de encontrar, cuando entras, patatas fritas flotando en el agua de la taza. Ya no te mola tanto como antes. Total, que Oscar llamaba y decía: «Quiero hablar con Chloé». No decía: ¿Puedo hablar con Chloé? Ni: ¿Está Chloé? Sino siempre: *Quiero hablar con Chloé*. A mí me gustaba, sobre todo lo de «quiero». Mis compañeras le enseñaron a decir *por favor*. Ellas le imitaban. *Pásame a Chloé, quiero a Chloé* era su gemidito envidioso. Las Spice Girls con las que vivía —Costo, Estornudo, Putilla y Empollona— eran tan finolis que fingían no comer ni cocinar ni nada: se alimentaban de aire y de bulimia. Así que Oscar me llevó al cine y comimos palomitas de maíz de la misma bolsa. Me regaló su jeringa y su cucharilla y su tubo de goma. Los metió en una caja con una especie de cinta de caucho enrollada alrededor. Me dijo que no se la devolviera, que yo era la novedad en su vida, el coche nuevo aparcado delante de su casa. Los sucesos antiguos eran agua pasada. Entre nosotros germinaron cosas. Las cuento resumidas.

Me dijo que ardía por mí, y lo decía en serio. Cuando lo tenía cerca despedía un olor a almizcle de chico joven, mezclado con sal y cuero y hierba. Me miraba desesperado, consumido de deseo.

Para ser más románticos que nosotros dos, habría que suicidarse en mitad de la calle y luego escribir sobre ello. Shakespeare lo hizo.

Me llevaba a cenar al Happy Chef, por ejemplo. El propio Chef está fuera del restaurante, sobre un pedestal de cemento. Mide tres metros de alto y está hecho de plástico, madera y cola. Simboliza todo lo que ocurre dentro del local. Oscar me dijo que apretara el botón que hay en un costado de la estatua y el Chef se pone a hablar, es una cinta grabada. «Hola. En el Happy Chef es posible que notes que no hay hielo dentro de algunos vasos de agua. No es porque nos hayamos olvidado de ponerlo —todos nuestros vasos se sirven con hielo—, sino porque al agua le ha entrado el hambre y se ha comido el hielo.» Cosas así. Nos reímos con tristeza de aquel humor cojo, y entramos a tomar

unas hamburguesas. Oscar me metió los pies entre las piernas y me tocó con los dedos la cara interior de mi muñeca. Me encantaba ver que estaba perdidamente enamorado de mí. Era romántico, por lo menos en comparación con lo que he conocido en mi vida.

Pero... Él seguía viviendo con su padre en Ypsilanti. Me llevó a su casa y me enseñó la colección de cuchillos que tenía escondida debajo de la cama, en un estuche forrado de terciopelo. No me dejó tocarlos. Porque dañaría el aura que poseían. Eso *dijo*. ¡Como si yo pudiera desafilarse un cuchillo! También me enseñó los sellos que coleccionaba en cuarto año de secundaria. Sí me dejó tocar los sellos. Conservaba aún sus medallas de atletismo y sus zapatillas de correr en el alféizar de la ventana, toda esa mierda que adoran los chicos. Corría en las pruebas de relevos. Fue lo último que hizo antes de andar por una temporada con jeringas llenas de delirio. ¿Qué fue lo que más me enterneció? Que todavía durmiese con su Bert. O a lo mejor el osito se llamaba Ernie. Era ese que se parece al presidente Bush, con la cabeza de alfiler, como se llame. Me lo dio cuando se lo pedí porque olía como él, a hierba y a vinagre y a almizcle. Tenía su aroma.

Su padre se ganaba la vida dinamitando tocones de árbol que luego transportaba a otro sitio. Eso dijo Oscar que *hacía*, aunque ni siquiera él estaba seguro de la ocupación exacta de su padre. No tardé en verle desde la ventana, un par de veces cuando él volvía a casa en su camión. Entonces no entraba. Me lo creí: lo de la dinamita. El padre de Oscar tenía el nombre más raro que había oído en mi vida: Batholdt. Y era sólo su nombre *de pila*. Todo el mundo le llamaba el Bat.² Oscar tenía que ocultar el hecho de que dormía con el Bert del Bat. El Bat daba miedo, el Bat *da* miedo. Oh, hermanos y hermanas que estáis leyendo este libro, mirad por encima del hombro porque el Bat está acurrucado a vuestra espalda.

Oscar dijo, no te lo vas a creer, pero pienso en el sexo todo el santo día. No pensaba en él durante la época en que era un yonqui adolescente, pero ahora he vuelto a pensar. El sexo me ha vuelto un inútil total en el aspecto humano. Si no fuese un obseso, sabría cosas como cuál es la capital de los mormones. Mi mente es una pantalla pornográfica. Soy un salido. Oh, Chloé, me tienes abrasado.

Pero yo..., yo, Chloé, también sufría la misma enfermedad, aunque no por todos los chicos, sino sólo por amor, y luego, poco a poco, por Oscar. Me hizo sentirme real. Cuando estaba con él me sentía en mi esplendor. Cuando se lo dije se le encendieron los ojos, como si entre nosotros hubiera una conexión,

como la de un interruptor y un enchufe. Luego, una semana después, me dijo que pensaba en *mí* continuamente, y lo mucho que quería estar y hablar *conmigo*, y que en Doctor Enchilada se distraía pensando en mí y que yo era un coche que él quería conducir; no, no un coche: e/ coche. Yo le llevaba a la gloria. Era tan dulce que me dijera eso... Resultaba que tenía una veta de romanticismo.

Entonces yo llevaba la oreja claveteada de pendientes. Él me había transmitido vibraciones y yo había respondido. También hablábamos mucho tiempo por teléfono, dos veces todas las noches. Decíamos que pasara lo que pasase, éramos el uno para el otro. Así que al final hicimos lo inevitable y follamos gozosamente varias veces y él se vino a vivir conmigo. No exactamente a vivir, pero estaba en la casa a todas horas del día y de la noche, tocándome por todas partes. Las Spice Girls, mis compañeras de apartamento, procuraban no hacerle el menor caso. Como si pudieran no prestar atención a un chico tan guapo y tan bueno en la cama, como yo me encargaba de pregonar, un chico en rehabilitación y, por lo tanto, cuasi encantador, un caballero andante, de armadura reluciente, que se alejaba al galope de las drogas, y capaz de practicar el sexo toda la noche.

Pero decidimos que *debíamos* mudarnos, una noche en concreto en que el nivel de ruido era altísimo y los inquilinos una banda estruendosa, cuerpos por todas partes y mugre en todas las habitaciones. Y había una pareja, un par de fascistas sexuales, que se estaba besando y abusando uno de otro discretamente —*creían*—, de pie en la cocina. Pero era puro alarde, hicieran lo que hiciesen, y además insalubre. Yo ni siquiera les conocía. Eran amigos de alguien. Cuando les dije que tenían que buscarse una cama en otra parte, la chica interrumpió lo que estaba haciendo y dijo que mi oficio de servir comida me había tarado y que por qué no me guardaba mis opiniones para mí solita. ¿Cómo sabía dónde trabajaba yo? Debían de haberme visto en Doctor Enchilada adornando los tacos con la pistola de guacamole. En aquel mismo momento decidí conseguir un empleo en otro sitio. No sé, quizá las Spice Girls habían estado hablando de mí. Pero aquellos dos estaban *bloqueando la nevera*. No se hace eso en una fiesta. Cuando no conoces a las personas que están practicando sexo, o fuera lo que fuese lo que estaban haciendo, puede ser repulsivo y perjudicial para el karma, si es que me atrevo a decirlo.

De modo que Oscar y yo decidimos dar un paseo.

Bajamos a las callejuelas sumidas en la oscuridad. Oí el rumor de langostas, y el cálido aire nocturno se me pegaba a la piel como una toalla

mojada. Vi a una adolescente dando volteretas en el césped delantero de su casa, de un lado para otro, lenta y suavemente, como si ejecutase todas aquellas acrobacias tan sin pensarlo como una noria. Llevaba una pulsera de colgantes, y le tintineaban las muñecas. Dije:

—Yo hacía esas cosas. Daba volteretas hada atrás. Era animadora. —
¿Tú? —dijo Oscar.

—Sí. Hubo una época en que quería ser animadora. Y lo fui. Del equipo de lucha.

—¿Bromeas?

—No. Pero supongo que degeneré o algo así. Fue cuando la gente ya no seguía mis vótores. No eran contagiosos.

Caminamos en silencio un rato, cogidos de la mano.

Oscar dijo que había leído en el periódico un artículo sobre la lluvia de meteoritos Perseid. Porque era agosto o porque era el momento en que se morían. Todos los meteoritos eran suicidas. Estaban hartos del espacio, dijo Oscar, levantando la mirada hacia el cielo nocturno. Se desintegraban en la atmósfera. Un muerte masiva de meteoritos. Era romántico, como lo son los árboles, y como Oscar sabía serlo si se ponía a ello. También cosmológico, palabra que aprendí un día. Me señalaba las constelaciones, que los siglos habían contemplado, y que tenían nombres de reyes y de reinas. Caminábamos con las manos enlazadas y estábamos hablando de aquel nuevo grupo musical, los Castro District, que a los dos nos gustaba. Cuanto más hablábamos, tanto más profundas y personales se volvían nuestras conversaciones. Notaba que su amor se infiltraba en mi médula espinal. Y alzábamos la vista para ver un meteorito pero, joder, sólo veíamos otra farola.

Entonces Oscar dijo, Chloé, *tenemos* que colarnos en el estadio de Michigan.

Entramos allí porque Oscar quiso ver los meteoritos. Él conocía el sitio, conocía la manera de entrar, secreto que no puedo revelar, es casi como un secreto de la CIA, te *matan* si descubren que lo sabes. Me llevó directamente a la línea de las cincuenta yardas, y miramos al cielo. Estaba oscuro como la boca de un lobo, sólo había la hierba debajo de nosotros. Se oía el ruido del tráfico a kilómetros de distancia. Camiones que cambiaban de marcha. Gente que gritaba y chillaba. Gente que presenciaba un asesinato. Los rumores habituales del verano. Oscar dijo:

—Oye, qué frío hace de pronto.

—Bueno, ¿qué llevas encima, una sola capa?

Ajá. En serio, algo como: pezones, aire.

Entonces, *bum*, vi uno, un meteorito. Fue un haz. Luego, diez segundos después, *bum*, otro, otra veta. Nunca había visto nada interplanetario, al menos en la vida real.

Y Oscar, a mi lado, dice:

—¿Lo has visto, cariño?

Eso me llamó. Cariño. ¡Una expresión cariñosa! En mi cerebro estalló un cohete, porque, a pesar de todos los encuentros románticos que había vivido hasta entonces, ningún chico me había dicho algo dulce, por lo menos *en serio*. Mi vida entró de golpe en una nueva fase, porque sabía que Oscar me amaba y que no sólo me amaba sino que sabía decirlo. Así que me puse toda acalorada de repente, casi tenía ganas de bailar descalza sobre la hierba, y dije:

—Oscar, dame un sorbito. Por favor, por favor, ¿sí? Quiero ver la lluvia de meteoritos mientras me das un sorbito.

Sorbito es el nombre que tenemos para esa cosa sexual que hacemos. Así que me quité los téjanos y la ropa interior y me tumbé en la hierba. Ya no hacía frío. Sólo me preocupaba la hierba. Que me hiciese cosquillas. Pero lo único que hacía era lo que hace la hierba, crecer debajo de mí y fotosintetizar, con que no me importaba. Oscar se puso a trabajar con la lengua ahí abajo y no tardé mucho en agarrarme a la hierba diciendo su nombre y animándole como la chica del pompón que fui en un tiempo y mirando los meteoritos que surcaban el firmamento. Tenía un auténtico talento con la lengua. La tachuela que lleva también ayudaba. Empecé a correrme y casi no pude parar. Fue el mejor sorbito de mi vida.

Así que al cabo de un rato, ya sabe, después de recuperarme pensé, ahora le toca a Oscar recibir su premio, ahora recibirá su recompensa, y le quité la ropa con mis manos y dientes, hebra por hebra, y le tumbé en la hierba y me monté encima. El me miraba, sin bromas, con hambre, impaciencia y agradecimiento. No hace falta mucho para hacer feliz a un chico, muchas veces con lo básico basta.

Así que allí estaba él, mirando al cielo. Oscar estaba muy dentro de mí, grande y duro como un trueno, haciendo las embestidas de rigor que hacen que la vida siga su curso, y alrededor llovían meteoritos. Y yo le trabajaba moviendo de arriba a abajo mis caderas imponentes de chica americana, y luego miré a las gradas, sólidamente construidas a lo lejos y atornilladas en el cemento.

Fue entonces cuando vi a un tipo sentado en las gradas que nos miraba en

la oscuridad. Me dio un mal karma, como un latigazo, y también una idea.

SEIS

YA QUE lo pregunta, vivo en la puerta de al lado de Bradley W. Smith. Le veo cuando saca de paseo a su perro, que también se llama *Bradley*. ¿Qué es eso de que alguien ponga su nombre a un perro? El hombre tiene una cafetería, una concesión modesta, a decir verdad. La megalomanía puede entrarle a cualquiera, supongo que es por eso.

Cuando otro hombre le robó la esposa, decidí hablarle de Kierkegaard.

Como judío que soy, me atrae de un modo suicida el más enloquecido de los cristianos. Puesto que Kierkegaard es uno de los más locos y amables de esa cofradía y, en consecuencia, posiblemente, desde un punto de vista dialéctico, el más cuerdo de todos, me inspira un interés irresistible. Durante toda mi vida me he empeñado en rastrear su fantasma a través de la nieve. Solitario, excéntrico y lunático, Kierkegaard estaba continuamente preocupado por lo que podríamos pensar sobre dos incógnitas: Dios y el amor. Eran para el desdichado Kierkegaard los dos temas más absorbentes. Le tenían amarrado con sogas tentadoras. Kierkegaard, soltero, pretendía ser un experto en los dos vastos temas, Dios y el amor, sobre los cuales uno no está seguro nunca y, por consiguiente, deba quizá guardar silencio. El homenaje que rindió a ambos asuntos fue una verborrea variopinta. Escribió abstrusamente hermosos sinsentidos, o casi, que le convirtieron en un héroe intelectual.

Como miembro de la burguesía, llevo una vida apacible en esta ciudad del Medio Oeste llena de fantasmas y de rezongadores. Vayas donde vayas en esta ciudad oyes rezongar a la gente. Muchas veces farfullan brillantemente, son farfullidos *sostenibles*, pero no voy a eso. Todas esas minivocalizaciones son fruto de la universidad local, la Empresa Docente Fusionada, como yo la llamo, y donde trabajo. Está en la naturaleza de las universidades promover ideas que no deben ponerse en práctica, y cuyo esplendor debe residir exclusivamente en la sesera. De ahí los farfullidos. Hay excepciones, claro. Los abogados, médicos e ingenieros multimillonarios —para empezar, ¿cómo entraron en la universidad?— viven entre nosotros en sus, por citar a Cole Porter, *fetidos palazzos rosas*, y circulan en sus elegantes y lustrosos coches. Las personalidades trastornadas, como yo, como mi presa, Kierkegaard, caminamos encorvados e inadvertidos, o esperamos al autobús en las paradas, gobernando nuestros reinos intrincados y minúsculos mientras la lluvia moja

nuestra cabeza sin sombrero. Aguardamos al milenio y al profeta Elías.

Mi mujer se llama Esther y es un hueso duro de roer, el amor de mi existencia. Trabaja de bioquímica en una de las industrias locales de medicamentos. Fue Esther quien descubrió hace años que la medicina milagro Clodobrazole deformaba a los niños en el útero, producía formas anómalas, destruía los dedos de pies y manos y brazos enteros. Si la madre de Esther no se hubiese afiliado, de joven, al Partido (¿y quién, sino los rojos, en aquellos tiempos, intentaban acabar con la segregación racial en las playas públicas? ¿Quién más tenía una *sola* idea social digna de aplicarse?), y no le hubiese puesto pañales rojos, y no la hubiera afiliado de niña al Partido, su nombre, el de Esther, habría sido proclamado desde los tejados. En algún momento, en la lluvia publicitaria, algún gusano figón consultó su historial y, aunque Esther, de joven, fue irreprochable, y no era leninista sino lectora de Trotsky, ahí quedó eso.

Vivimos, con toda franqueza, una vida doméstica tranquila. Nos faltan uno o dos años para la jubilación. Los lunes, miércoles y viernes yo preparo la cena. Mi especialidad es un estofado muy sabroso de buey al borgoña, y para guisarlo hay que recordar que debe cocerse despacio —y tapado, desde luego— en su propio jugo, para que la carne, las cebollas y las patatas se pongan tiernas. Los martes y los jueves cocina Esther. Leemos, hablamos, jugamos a la canasta y al scrabble. Tenemos dos peces rojos, Julius y Ethel. *Tienen que vivir.*

Como debe ser, los hijos —todos ellos mayores— se han marchado de casa. Tenemos tres. La primogénita, nuestra hermosa hija Sarah, es bioquímica como su madre. Ha triunfado pero, hasta el momento, permanece soltera. Sería una mujer de armas tomar para cualquier hombre. No es sólo una descripción, es un elogio. El mediano, Ephraim, es matemático y padre de tres criaturas maravillosas, nuestros nietos. Tengo aquí, en algún sitio, fotos de ellos. Del hijo pequeño, Aaron, que está loco, prefiero no hablar. Y no porque él me culpe de la confusión que anida en su cabeza. No: merece estar solo con sus locuras vulgares —él las llama ideas— y que le dejen en paz. Vive en Los Ángeles.

Después de que Kathryn, la primera mujer de Bradley, le abandonase —debo añadir que no la conocí—, él llegó a ser gerente de una cafetería y compró la casa contigua a la nuestra. Pasó a ser nuestro vecino. Se mudó a una casa embrujada, no por fantasmas sino por el divorcio. Un *dybbuk*³ del

divorcio rondaba el interior de las maderas. Parejas jóvenes compraban la vivienda, se instalaban en ella, se peleaban, las riñas degeneraban en gritos y golpes en la mesa, se maldecían mutuamente y, enseguida, se marchaban, no juntos sino cada uno por su lado. Se desperdigaban. Luego la casa se reincorporaba al mercado inmobiliario. Tres fueron las parejas a las que les sucedió esto.

Lo explicaré. A primera vista, cada vez que llegaban, eran matrimonios hermosos y limpios de norteamericanos pragmáticos, como los que se ven en las revistas ilustradas. Miembros del Club Rotario, rubios de ojos azules, propietarios recientes de un bien inmueble, lectores de Hemingway, descargaban su mobiliario alegre y reluciente de camionetas de mudanza. Pero cuando se iban, habían adquirido manchas grises en la piel y macilentas expresiones europeas. Hasta los niños, para entonces, tenían la apariencia verdosa de refugiados soviéticos con ojos de búho que desembarcan a trompicones de un avión de Aeroflot. Aquellas jóvenes familias salían de la casa dobladas y rotas, como verduras olvidadas en un cajón de la nevera.

De modo que cuando Bradley llegó, acompañado solamente de su perro, pensamos: se acabó la maldición. El *dybbuk* tendría que buscarse otro alojamiento... El tal Bradley, un hombre interesante, nos invitó a cenar, a Esther y a mí, la segunda semana de su estancia en la casa. Un gesto valiente. No tenía miedo a los judíos. Nos sirvió ternera, que Esther no comía. En el comedor, la probó con delicadeza. Dejó pequeñas sobras esparcidas al azar por el plato. «Por lo menos no nos ha puesto jamón, cerdo ni mousse de gambas», dije más tarde. «Pero Harry —dijo ella—, la ternera es para mí como un grito congelado. No puedo comerla.» «Pues no te la comas», añadí. «Pues no me la como», dijo. ¿Y entonces?

Aquel hombre, Bradley, tenía ese aura de abatimiento propio de las personas recién divorciadas. Pero trataba de sobreponerse y mostrarse alegre. Me hizo preguntas sobre mi trabajo, preguntó a Esther sobre el *de ella*, y escuchó complacido las respuestas que acertamos a darle. Esos temas no generan buenas conversaciones. Pero nos escuchaba. Tenía grandes ojos vigilantes. A mí me recordaba a un sapo sumamente guapo, un sapo con clase y estilo y bien vestido. Parecía estar muy replegado en sí mismo, tal vez dentro de un pasadizo secreto conectado con su corazón. La bioquímica, empero, no tiene un brillo fulgurante para una charla de sobremesa, ni tampoco la estética neokantiana. Bradley sólo se animó cuando mencioné a Kierkegaard. El perro ladró al mismo tiempo desde el dormitorio en que estaba encerrado. Supuse

que el animal había atisbado al *dybbuk* o estaba interesado en Kierkegaard.

Espoleado por su interés, dije que Kierkegaard, el filósofo danés, se había enamorado de una chica atractiva, Regine Olsen, y que luego llegó a la conclusión de que serían incompatibles, de que era un amor equivocado, de que él era complejo y ella simple, y se las ingenió para romper el compromiso de manera que diese la impresión de que no era culpa de él, sino de la joven.

Logró romper el lazo y no casarse con ella. Probablemente fue una acción cobarde. Kierkegaard quería creer que la culpa residía en la naturaleza misma del amor, en el *problema* del amor, el destino que tendría en su vida. Del ámbito personal lo extrapoló al general. Una argucia de filósofo. Regine se casó con otro hombre y se trasladó de Copenhague a las Antillas, pero Kierkegaard, el caballero de la fe, mantuvo encendida la llama de su amor por ella, bajo la forma de su filosofía, durante el resto de su vida. Dedicó sus afanes a escribir una filosofía que, entre otras cosas, justificase sus acciones con respecto a Regine Olsen. Murió de una desviación de la columna.

Esther dice que cuando estoy sentado a una mesa de comedor, con platos y comida delante, me transfiguro en un pelmazo. Blablá, dice.

En la mesa se ajustaba la correa del reloj y me enarcaba las cejas. Noté las pataditas que me daba en la espinilla.

Pero yo no cejé.

Soren Kierkegaard sostenía que todo el mundo intuye lo que es el amor, pero que no se puede hablar de él directamente. O claramente. Entra en la categoría de lo desconocido, y el habla normal no sirve para la oscuridad de este tema. De un modo similar, todos poseemos la experiencia de Dios, pero es una vivencia tan distinta de todas las demás que, una vez más, supera al habla ordinaria. Según Kierkegaard, casi todos intuimos la sutileza de Dios, pero casi nadie sabe cómo hablar con Él. Ahí empiezan los problemas.

En este punto advertí que decaía un poco la atención de Bradley. Esther me asestó otra patada. Miró hacia Bradley, nuestro nuevo vecino. No le des la paliza, vino a decir.

Alcé la voz para captar su atención: hablar de Dios no es, dije, dando golpecitos con la cuchara en la mesa, para enfatizar, lo mismo que hablar de concesiones de automóviles o destornilladores Phillips. El salero y el pimentero repiqueteaban. El problema con el amor y con Dios, es cómo decir algo de ellos sin aniquilarlos de forma fulminante con palabras erróneas o falsedades. En este sentido, el amor y Dios son equivalentes. Los percibimos, pero como no podemos hablar con claridad de ellos, acabamos —mudos,

inarticulados— negando rotundamente su existencia y, *psffffff*, mueren. (No obstante, pueden volver. Puesto que Dios es un dios, cuando está muerto, no tiene que permanecer muerto. Puede volver si quiere. Por alguna razón, Nietzsche no mencionó esto.)

El mejor medio de describir a Dios y al amor es la poesía. Pero la poesía también está difunta en nuestra época, como su primo carnal, Dios. El amor no tardará en seguirles, ¿no? ¿Hmm? ¿No está de acuerdo?, pregunté. Cuando Dios ha muerto, ¿no debe seguirle el amor, un dios menor?

—Pues no lo sé. Tendría que pensarlo —dijo Bradley, nuestro nuevo vecino—. ¿Quiere algún postre, profesor? Tengo helado en la nevera. De chocolate.

—Un agradable cambio de tercio —dijo Esther, sin respiración, con alivio—. Harry —continuó—, creo que deberías dejar a Kierkegaard para otra ocasión. Para otra reunión, quizá. En la que haya otros profesores de filosofía.

Me lanzó una mirada cariñosa pero osadamente impaciente, perfeccionada por toda una vida de práctica. A Esther no le gusta que yo filosofe sobre el amor. Se siente concernida.

—Muy bien —dije—, lo siento. Cojo el hilo y no puedo parar. Soy como un hombre que intenta librarse de una obsesión. En realidad, más que ser *como* él, *soy* ese hombre.

Esther se volvió hacia Bradley Smith.

—Harry tiene rencillas en su departamento —dijo—. Da clases sobre todos los filósofos pasados de moda, es como una consigna de equipajes donde almacena el gran pensamiento. ¿A qué se dedica usted, señor Bradley? Lo ha dicho, pero no me acuerdo.

—Bueno —dijo él—. Acabo de comprar una cafetería en la galería comercial, tengo un socio y ahora la llevo yo.

Lo cual me interesó porque siempre he querido abrir un restaurante.

—También —continuó— soy artista. Pinto. —Hubo una pausa prolongada mientras Esther y yo lo asimilábamos—. ¿Les gustaría ver mis cuadros? —preguntó—. Los tengo en el sótano. Excepto aquel —señaló— que está colgado en la pared de la sala.

Esther parecía desconcertada, pero se recobró rápidamente.

La obra de arte de la que hablaba contenía un gran espacio vacío. El cuadro ocupaba gran parte de la pared. Pero tres cuartas partes del lienzo parecían vacías. Era como un solar comercial desnudo. Ni siquiera estaba

cubierto de pintura blanca. Era tan sólo un lienzo sin llenar. Quizá el espacio vacío fuese un comentario de lo que *había* en él. A pesar de todo, en la esquina superior derecha del cuadro parecía haber una ventana, siempre que estuvieras dispuesto a imaginártela. Por aquella ventana se divisaba, a lo lejos, un redondel verde —que yo tomé por un prado—, y en el centro del verdor se vislumbraba una figura. Una especie de figura. De una mujer, sin duda.

—¿Quién es? —pregunté.

—El cuadro se titula *Sinergia I* —dijo Bradley.

—Sí, pero ¿quién es esa figura?

—Una persona.

—¿Qué clase de persona? ¿En quién pensaba usted?

—Oh, es sólo una persona abstracta.

Esther se rió.

—Bradley —dijo—, nunca he oído hablar de una persona abstracta. Salvo de aquellas en las que mi marido piensa profesionalmente. Personas-ejemplo, por ejemplo.

—Pues ésta lo es. Abstracta, quiero decir.

—A mí me parece una mujer —dijo Esther—. Vista de lejos. Si es una mujer, ya no es abstracta.

—Bueno, quizá se esté convirtiendo en abstracta.

—Oh, se refiere, ¿como si fuese todas las mujeres? ¿*Un símbolo de las mujeres*? ¿No es una mujer sino todas las mujeres contenidas en una sola, ahí, a lo lejos?

—Quizá.

—Pues no me gusta la *idea* —dijo Esther—. No existe la Mujer. Sólo existen mujeres y *una* mujer, como yo, por ejemplo, taconeando por ahí con mis botas embarradas. Pero eso no significa que no me guste el cuadro. Me gusta.

—Gracias. Todavía no lo he vendido.

—Me gusta la ventana —prosiguió Esther— y todas esas superficies irregulares sin pintar.

—No están del todo sin pintar —nos informó—. Están poco pintadas. Salpiqué el lienzo con un poco de café para mancharlo. Café molido del día en el local donde trabajo. Es una declaración. Desde aquí no se ven las manchas.

—Ah —dije, asintiendo—. ¿Una declaración sobre el capitalismo?

Esther me fulminó con la mirada.

—¿Quieren ver los cuadros del sótano? —preguntó Bradley.

—Claro, ¿por qué no? —dije.

—Sólo que hay unos avispones, o avispas, que han hecho un nido en las paredes —dijo Bradley—, y tendrán que tener cuidado al bajar. De que no les piquen.

—Tendremos cuidado —dije.

¿Qué puedo decir de aquel sótano y de los cuadros que albergaba? Cogí a Esther de la mano mientras bajábamos las escaleras. Tenía miedo de que tropezase. Asimismo, pensaba en las avispas. No quería que la picasen y la protegería, si fuese necesario. Bradley había recostado sus cuadros contra las paredes, como hacen los pintores, sobre el suelo. Cada cuadro se apoyaba en otro, como una ruina apoyada en otras. Había instalado en el techo un chorro ardiente de luz fluorescente. Tal caudal de luz te da dolor de cabeza si, como yo, eres propenso a tenerlo. El sótano olía a aguarrás y a sustancias de pintura, los agradables ingredientes básicos del arte, que despejan los senos nasales, reforzados por los olores más pesimistas a moho y humus de un subsuelo.

Una tras otra, sacó sus visiones.

—Ésta —dijo— se titula *Composición en gris y negro*.

Sostuvo el cuadro para que procediéramos a inspeccionar imágenes de sífilis y gonorrea.

—Y ésta —dijo— se titula *Pesos libres*.

—Muy interesante —dijo Esther, rascándose la nariz con un lápiz que había encontrado en algún sitio, mientras contemplaba las pesas y barras de nuestro vecino, que parecían colgar como bellotas de árboles surrealistas mal concebidos y ejecutados, que crecían en un bosque de niebla y confusión pictórica que ningún retoque lograría aclarar.

—Y esto —dijo Bradley, extrayendo un lienzo más grande de entre los demás— es otro tipo de pintura. De mi estilo anterior.

Nos la colocó delante.

Hasta aquel momento había pensado que aquel chico, nuestro vecino, era de cortas luces. Pero aquel cuadro te quitaba la respiración! Le pregunté cómo se titulaba.

—Lo he titulado *El festín del amor* —dijo Bradley.

A diferencia de los demás cuadros, que parecían salpicados de barro y granos de café, aquél, el festín del amor, constaba de colores. Una mesa al sol, sobre la que había colocados platos, tazas y vasos, desbordaba de luz. La mesa y el banquete ocupaban el primer plano, y por todos lados el trasfondo se

sumía en una especie de oscuridad visible. El ojo volvía a mirar la mesa. Los vasos no contenían vino sino luz, en las bandejas había platos de los tonos más vivos, como si el apetito que el convidado lleva al festín no fuese una apetencia de comida, sino del espectro entero tal como estaba iluminado por celestiales lámparas de arco. La comida no tenía forma. Sólo poseía color, pasteles ardientes, de una variedad pálida aunque intensa. Una magia espeluznante emanaba desde un extremo al otro de la mesa, todas las sugerencias de comida habían sido abstraídas en formas relumbrantes, como si salieras de un cine a una radiante tarde de verano en el centro de la ciudad y todos los objetos estuvieran tan sobrecargados de luz que el ojo no pudiera procesar ningún componente de ella. El cuadro era como una bombilla de flas, un arte cegador, de catarata. La comida expuesta ante nosotros era así. Luego advertí que la parte frontal de la mesa parecía inclinada hacia el espectador, como si toda aquella luz, toda aquella comida y todo aquel amor estuviesen a punto de derramarse sobre nuestras rodillas. El festín del amor era el festín de la luz, y estaba a punto de convertirse en nuestro.

Esther suspiró:

—Oh oh oh. Es precioso. —Y acto seguido dijo—: ¿Dónde está la gente?

—No hay —le dijo Bradley.

—¿Por qué no?

—*Porque a nadie se le permite llegar ahí* —dijo él—. Puedes verlo, pero no alcanzarlo.

Ahora me tocaba a mí rascarme la calvicie incipiente.

—*Bradley —le ladré—, éste no es como sus otros cuadros, esto es magnífico, ¿por qué esconde estas cosas?*

—Porque no es verdad —*dijo*.

—*¿Qué quiere decir con que no es verdad?* Claro que lo es, si puede pintarlo.

—*No —dijo él, con la vista clavada todavía en su obra—. Si no se puede llegar hasta ahí, no es verdad.* —Alzó la mirada hacia mí y Esther, dos ancianos cogidos de la mano en el sótano de nuestro vecino—. No soy *idiota —continuó—. No malgasto mi tiempo pintando sueños y fantasías insensatas. Con una vez vale.*

Pude haber discutido con él, pero preferí no hacerlo.

Y, dicho esto, levantó el cuadro y lo escondió detrás de las pesas tontas y feas que colgaban como bellotas de árboles psicóticos.

—Qué joven más raro —dijo Esther, arropada a mi lado varias horas más tarde, somnolienta pero insomne en la oscuridad. Su camisón producía un frufú cuando ella se daba la vuelta y se movía—. Parece un hombre muy del Medio Oeste, inofensivo y vulgar, y de repente te saca del fondo de su sótano un cuadro que queda grabado para toda la vida.

—Oh —dije—, se podría decir que es una imitación de Matisse o de Hockney. Además —añadí—, la luz como tema de la pintura contemporánea es algo pasado de moda.

—Se podría decir —susurró Esther—pero no lo dirías, y si lo dijeras te equivocarías.

Me dio una pequeña bofetada juguetona.

—Yo sólo he dicho que se podría decir, no que yo lo diría.

—En realidad no lo has dicho.

—No. En realidad no.

—Bien —dijo Esther.

Comprendí que estaba agitada. Me di la vuelta hacia ella y le frote la espalda y el cuello, y ella me puso las manos en la cara. Noté que sonreía en la oscuridad. Noté que se le levantaban las arrugas.

—Harry —dijo—, para mí ha sido un reconocimiento, un instante de belleza. Qué extraño que un hombre de apariencia tan mediocre haya creado un cuadro maravilloso. Nuestro vecino, que vive en la casa *dybbuk*. Qué extraño, qué extraño. —Luego suspiró, y dijo de nuevo—: Qué extraño.

Entonces sonó el teléfono.

—No contestes —dijo Esther, rápidamente—. No lo hagas. No contestes, querido, no, no, no.

—Tengo que contestar. Debo hacerlo.

Descolgué el teléfono y dije: «¿Sí?»». Desde el otro extremo del continente, desde la costa oeste, empezó a hablarme mi hijo Aaron. Con una voz de cólera incansable, me maldijo a mí y a su madre, acostada a mi lado. Una vez más fui invitado a escuchar la historia de cómo había arruinado la vida de mi hijo, destruido su alma, de cómo le había sacrificado a los diablos y ángeles de la ambición frustrada. De un modo soporífero hallaba palabras con que herir mi corazón. Acusación: había esperado de él más de lo que él podía dar de sí. Acusación: había concebido esperanzas sobre él que le habían, dijo, enloquecido. Acusación: yo era quien era. Loco, enfermó y lleno de maldad, describió con detalle su locura y su enfermedad, sus terribles

impulsos de hacer daño a los demás y a sí mismo, como si yo no hubiera escuchado esta historia muchas veces, varias veces, innumerables veces. Cuchillas, alambres, gas. Me llamó a mí, a su padre, un hijo de puta. Me dijo que no quería que siguiese siendo su padre. Luego rompió a llorar y pidió dinero. *Exigió* dinero. Desde la nada, desde la eterna noche de su vida, *exigió* dinero en efectivo. Yo también lloraba de tristeza y rabia, apretando el auricular muy fuerte contra la oreja para que Esther no oyera una palabra. Tapando el micrófono con la mano, le pregunté si había hecho daño a alguien, si se había herido él mismo, y respondió que no, pero que lo estaba pensando, que cada minuto lo planeaba de antemano, planeaba monstruosas calamidades personales, necesitaba ayuda, pediría ayuda, pero antes necesitaba el dinero, ya, en aquel mismo instante, *mi* dinero, cantidades extraordinarias de dinero. No me hagas ser tu salero sacrificial, dijo, y luego se corrigió, tu cordero sacrificial, no lo hagas, no vuelvas a hacerlo. A sabiendas de que era un error, dije que vería qué podía hacer, le enviaría lo que tuviese. Pareció calmarse por un momento. Respiraba de forma estruendosa. Me deseó cordialmente buenas noches, como al término de una actuación eficaz.

Tener un hijo o una hija así es como tener una porción del alma muerta, marchita y sin posibilidades de sanar. Ves al alma perdida de tu hijo flotar en los éteres de la eternidad. La ética es un sueño, y la ternura un fantasma diurno que se desvanece cuando llega la noche. Esther y yo, con los ojos abiertos, permanecemos abrazados hasta el alba. Mi querida mujer lloró en mis brazos, los dos teníamos el corazón destrozado. Vivimos en una ciudad grande de la que somos los únicos habitantes.

Kafka: *Una vez que se responde a una falsa alarma del timbre nocturno, ya no tiene remedio.*

SIETE

EN CUANTO el perro *Bradley* regresó con su legítimo dueño (yo), ahorré un poco de dinero para el pago de una entrada —en realidad, económicamente me iba bastante bien— y me mudé de mi apartamento en un sótano a una casa blanca de madera al lado de la de Harry y Esther Ginsberg, que se convirtieron en mis amigos y vecinos. Todas mis pertenencias cupieron en una pequeña camioneta de mudanzas. Me llevé al perro, los caballetes, los tubos de pintura, mis cuadros y cada bien terrenal que consideré de supervivencia, y les busqué sitios donde parecieran encontrarse a gusto. Yo era la única entidad en la casa que no tenía un lugar donde estar. *Bradley* tenía el trastero y su cama, los cuadros tenían el sótano, las ropas tenían el ropero, el reloj tenía su pared y el equipo de música tenía sus estanterías. Yo recorría la casa tratando de descubrir mi lugar. Pero no me encontraba cómodo en ninguna parte, ni siquiera en el dormitorio, y por último decidí no preocuparme y continuar estando relajado e incómodo, siendo yo mismo. En definitiva, era un hombre solo, recién divorciado. Yo era a la vez un problema y una solución.

Un hombre que vive solo es una especie de rey, pero por desgracia sólo por un minuto, y su reino es remoto, no lo visita nadie y goza de pequeñas y pocas comodidades. La soledad y el mal humor son las pautas del día. Es fácil controlar los estados de ánimo y la soledad de rey siempre que exista un proyecto real, un plan, o drogas narcóticas que hayan sobrado de la desvitalización de un diente, pero las drogas se acaban al final.

Pasé las primeras semanas ocupado con cuestiones de negocios (pasé de ser un asalariado a un empresario), pero en cuanto hube organiza— do el negocio en el centro urbano y vi que navegaba por su cuenta, volví a pintar en casa durante mi tiempo libre. Pintaba lienzos y sacaba al perro a dar paseos interminables por la ciudad, y *Bradley* y yo veíamos deportes en la tele, aunque los resultados a menudo me dejaban indiferente. ¿Por qué iba yo aplaudir a aquellos tíos dopados con esferoides? Veía algunos lanzamientos, algún medio tiempo y apagaba el chisme, demasiado confuso respecto a mis preferencias deportivas para que me importase.

Por lo general, los fines de semana bajaba al sótano y bregaba con los pinceles y los lienzos. Tenía una radio de pilas encima del calentador de agua y sintonizaba la emisora de FM, y surgía una obra maestra del repertorio,

Brahms, por ejemplo, una de esas cuatro sinfonías, y todo iba bien hasta que empezaba a escuchar. Como soy visual, transformaba en visual todo lo audible, y mientras escuchaba aquella densa música de Brahms —a mí me sonaba a lamento excitado—, me imaginaba una hoja barrida a lo largo de un campo, y luego me veía a mí mismo como esa misma hoja barrida por el viento sobre un ventisquero, y después veía el lecho seco de un arroyuelo y gente que, al amanecer, regresa de una fiesta a su casa, y la clave de *re* mayor me producía náuseas y mareo, y pensaba: no se trata de una buena higiene emocional, se trata de mí. No quiero ser una hoja, que se vaya al infierno, soy un rey y no una hoja, *soy Bradley W. Smith*, y voy a apagar esa música. Pero una vez que has conseguido imaginar que eres una hoja seca y que esa imagen concreta se te haya metido en la cabeza, es muy difícil expulsarla de tu almacén mental, te quedas con ella.

Así se embrolla la vida la gente, obsesionándose con imágenes.

Esperaba a que diesen las noticias y anunciaran algún grave desastre mundial para apartar mi pensamiento de Brahms, pero a veces no ocurren desastres cuando los necesitas, nada más que un par de escándalos para mantener a la gente interesada por el escenario informativo, y entonces me ponía a pintar la hoja en la que me había convertido, ponía la hoja que era Bradley en una esquina del cuadro y poco a poco el resto del lienzo perdía importancia y lo sobrepintaba y lo volvía abstracto, y la única resolución pictórica era aquella hoja que era yo, Bradley, y que se elevaba de una densa niebla de abstracción. Al cabo de un rato nadie habría podido decir qué era lo que yo había pintado exactamente; la pintura se había reordenado de un modo muy distinto al de las pautas ordinarias. No quería parecer melancólico —no soporto el patetismo—, pero lo que allí había pintado seguía siendo una hoja, abstracta, irremediable y demencialmente metafórica. Rothko no la habría hecho igual. Franz Kline no la habría hecho así. Nadie la habría pintado de aquel modo. Era mi propia hoja autobiográfica, que me perseguía y surgía en mis cuadros.

Lo turbador de estar solo es esa voz interior que te dice que deberías emparejarte con alguien, que la soledad es un error. A la voz interior no le importa con quién. Se limita a atosigarte, a atormentarte —en mi caso—, primero con reinas acogedoras, luego con chicas del vecindario, y por último con cualquiera a quien le gustase verte de vez en cuando en la mesa y, ocasionalmente, en la cama. Levantas la vista del periódico y te das cuenta de que nadie te quiere, nadie te desea. Las vías de la naturaleza son misteriosas,

pero explican un cierto grado de desesperación en las personas que están solas, el vacío que sientes a veces.

Algunas veces hablo de estas cosas con Harry Ginsberg. Supuse... bueno, *es* un filósofo, al fin y al cabo. Estaba retirando con una pala la nieve de su acera, y yo estaba haciendo lo mismo y me acerqué a echarle una mano. Era marzo, cuando estás harto de la nieve y de los cielos encapotados, y ese cansancio también llega a calarte por dentro, sobre todo esos días en que el dinero, cada vez más dinero, no parece solucionar nada.

Harry estaba alicaído, preocupado de nuevo por Aaron.

—Buenos días —dijo, cabizbajo.

—Qué tal —dije esta vez, para animarle, apoyado en mi pala para nieve—. ¿Cómo le va, Harry?

—Prefiero no pensarlo —dijo él, empujando nieve en mi dirección. Luego recostó la pala en el brazo, como yo había hecho—. Hoy estaba pensando en un cuento. Un poema, creo, que mi madre recitaba. —Me miró y aspiró aire—. Sobre un dragón con hocico de goma. El dragón borraba de noche todas las señales que había en la ciudad. De día nadie sabía adónde ir ni qué comprar. No había señales. Los letreros, la información, habían desaparecido. Interesante, ¿no? Un mundo sin ningún tipo de signos. El poema estaba en yidis. La ausencia de señales es quizá una fijación judía. Muy curioso. Pienso a menudo en aquel poema.

—Muy interesante —dije—. Harry, ¿dónde conoció a Esther?

—En un mitin político —contestó con una punzada de impaciencia que le ensombreció la cara—. ¿Por qué lo pregunta?

—A veces pienso que necesito conocer a alguien.

—Ah —dijo—. ¿No hay concentraciones ni reuniones en su cafetería?

—Sí, bueno.

—Vaya a alguna —dijo, reanudando su tarea—. Conozca a alguien. A *cualquiera*.

Advertí que no estaba de humor para hablar conmigo y lo dejé solo, disgustado con la nieve, con el hecho de que nevase.

Sin embargo, resolví seguir su consejo. Un mes después, fui a un congreso en Indianápolis de minoristas de café y les pedí a Chloé y a Oscar que se quedaran en casa para no tener que pagar los gastos de puplaje de *Bradley* en la perrera. Serían su canguro, y así lo hicieron. Se instalaron en casa con una sonrisa cautelosa.

En el congreso de Indianápolis, tuve un ligue de una noche con la subdirectora de un Starbucks en Minnesota, y la experiencia fue sumamente grata, pero muy difícil de recordar después de haber acabado: ella era, y no lo digo como crítica, agotadora en cuanto ibas un poco más allá de su belleza superficial, y en el desayuno acabamos decidiendo no conversar, en vista de la dificultad de encontrar temas de interés común. Nuestra súbita y sorprendente apatía hizo que el tiempo transcurriera lentamente, mientras tomábamos los huevos revueltos, el café y las tostadas. Una vez disipada la nube de la borrachera, y recobrada la sobriedad, era evidente que ella me veía astroso y anodino, como muchas veces nos parece la gente por la mañana. Recuerdo que su cabello pelirrojo olía a humo cuando estábamos en la cama. Una pelirroja humeante, como si tuviera la cabeza en llamas.

Cuando volví de Indianápolis, la casa estaba limpia y ordenada, y cada cosa en su sitio. Quiero decir que la pareja, Chloé y Oscar, tenían pinta de marginados andrajosos, pero como estaban enamorados, su vida interior era típicamente dinámica y ellos escrupulosos y limpios, como si quisieran que el mundo siguiera existiendo un tiempo para poder habitarlo.

Llevaba en casa sólo un par de días cuando advertí que un cambio imperceptible se había producido en la planta baja y el dormitorio de arriba. Estaba friendo algo para la cena cuando creí oír un sonido, una especie de grito que procedía de la sala. Pensando que sería *Bradley*, inspeccioné la sala pero no vi ningún cambio. A un lado estaba la librería y allí, contra la pared del lado oeste, el equipo de música. Me encogí de hombros y lo olvidé enseguida. Mientras fregaba los platos, con las manos resbalosas de jabón y el grifo salpicando en el fregadero, oí el grito de nuevo, más nítidamente, y esta vez supe que no había sido de dolor, sino de sorpresa. Había placer en él, en algún sitio. Este recuerdo auditivo me dejó muy perplejo.

Entré en la sala, receloso, e hice una inspección a fondo, seguido por el perro. Finalmente recogí un papelito escondido debajo de la esquina de la alfombra. Reconocí en él la letra de Chloé. Parecía escrito en clave.

Sala §

Cocina §

Mesa de la cocina

Dormitorio ¥ Ducha del dormitorio = Sótano

Parecía una lista de control. Al principio supuse que Chloé había

recorrido la casa para asegurarse de que todo estaba en su sitio. Tiré el papel a la papelera y volví a la cocina para preparar la cena.

Después de cenar recuperé la lista de la papelera y volví a examinarla, escudriñando los símbolos crípticos garabateados. ¿Qué habrían hecho en mi casa aquellos chicos? *Sala*, habían escrito, y a renglón seguido el extraño símbolo §. Entré en la sala y me senté, no en el sofá, sino en el suelo. Cerré los ojos e imaginé a la pareja, a los canguros de *Bradley*, en aquel mismo cuarto, acoplados de tal forma que sus cuerpos formaban una §. Se reían, se corrían a la vez y luego, solemnes, descansaban.

Imaginé a Chloé y a Oscar, recién llegados al amor, haciendo lo que hacen los jóvenes, explorar una casa, practicar el sexo en las habitaciones, y luego a ella haciendo una lista de dónde y cómo, y mientras estaba allí sentado volví a oír, clarísimo, el grito feliz, y pensé: esta casa no está encantada, pero *tiene memoria*, esta casa se acuerda de lo que ha hecho la gente aquí y luego reproduce esos sonidos como un loro africano que se distrae, aburrido. Recorrí las habitaciones, abriéndome paso por entre las pasiones que la parejita había vivido, e imaginando el modo en que se habían entrelazado en la cama formando una ¥, un árbol con dos copas y cuatro ramas, un impulso. Oí sus gritos de amor. No me asustó ni sorprendió el descubrimiento.

En el sótano sentí a los dos pasando por delante de mí, capté el recuerdo de cuando habían estado físicamente presentes allí y el chico, Oscar, incitaba a la chica, Chloé, mientras miraban mis cuadros y hablaban de ellos, ella inclinada y él, detrás de ella, extendiendo la mano para tocarla ahí, en la base del cuello, un punto delicado. Luego la rodeó con los brazos, todavía de pie detrás de ella, como codiciando su corazón animal. Se hablaron. Hicieron el amor rápidamente, de pie, pienso, y la espalda de Chloé se humedeció cuando llegó al clímax. Luego apagaron las luces y subieron. Estaban todavía algo asustados e impresionados por el grado y la majestad de su atracción recíproca.

Les sigo escaleras arriba. Les veo entrar en la cocina y observo cómo preparan una cena de hamburguesas y patatas de bolsa. Recobran su sano juicio hablando y escuchando la radio. Observo cómo se dan de comer el uno al otro. Esto es amor en tiempo presente, al final me canso de ellos, cierro los ojos y al abrirlos de nuevo ya se han ido y la casa vuelve a ser mía, al menos de momento.

Aun así, seguía sin haber un sitio confortable para mí en la casa. En mi estado actual, no puedo sentirme un rey. La pasión ocupa un espacio que no

está desocupado hasta que otra pasión lo ocupe.

OCHO

OLIENDO a cebolla y a ajo, lo que Oscar y yo hicimos fue tumbarnos en la cama y parlotear sobre el futuro. Era en *su* habitación, porque yo me estaba mudando del palacio de mis compañeras de piso a un apartamento propio y ahora pasaba más tiempo en el dormitorio de Oscar, salvo los días que estuvimos en la casa del señor S. El dormitorio de Oscar: como ya le he dicho: trofeos de tíos bronceados corriendo sin moverse en la estantería, las zapatillas de deporte de Oscar todavía colgadas de un clavo, y nieve cayendo fuera. En su estante: juegos de tablero como Monopoly y Clue, testigos de relevos de su equipo de atletismo, estuches de vídeo rotos, pistas de autódromo muertas y guerreros Ninja igualmente muertos. Y justo ahí arriba, encima de nosotros, colgado de la pared, un crucifijo de bronce sobre el que no quise preguntar nada, qué *hacía* allí ni nada. Un día estaba muy a gusto debajo de las mantas, con la mano pacíficamente encima de la polla de Oscar, ya sabe, agarrándola, y la tenía despierta sólo a medias, como el propio Oscar, porque ya habíamos hecho el amor un par de veces y él hablaba del futuro.

—Tengo esa imagen —dijo.

—¿Qué imagen?

—¿Sabes cuándo la gente riquísima tiene un cuarto delante de la puerta?

Dije que sí.

—Eso tiene un nombre.

—¿Qué?

Se metió más abajo en la cama y me besó, el contacto de una lengüecita y un labio en el pezón. La tachuela en su lengua daba, no sé, un gusto metálico. Al lado de la cama teníamos un cuenco de copos de maíz que habíamos calentado en el microondas un ratito antes. Cuando me besaba, el interior de su boca sabía a copo de maíz con mantequilla. A veces a maíz quemado. Los pezones se me erizaban, era casi doloroso.

—Hay un nombre para eso, para ese cuarto delante de la puerta principal. Donde ponen los relojes grandes de pared y esas mierdas. Ya sabes. Y también esas cosas donde meten los paraguas.

—¿Un vestíbulo, dices?

—Sobresaliente, joder —asintió—. El *vestíbulo*.

Estaba tan contento consigo mismo o conmigo que se despertó totalmente

y se le empinó en el acto. Su polla me levantó la mano. Cuando la tiene así es como un barómetro humano. Empecé a bajar la cara hacia ella pero él dijo: «No, no, espera». Me puso los dedos en la cara y volvió a recostarla sobre la almohada. Su verga tiesa no flaqueó. Permaneció anidada en mi arandela de chica, y a través de ella notaba los latidos del corazón de Oscar.

—Ves, aquí estoy, volviendo a casa. Ha llegado Oscar. El Oscar del futuro.

—¿Sí?

—Sí, tienes que imaginártelo. ¿Vale? Aquí llega Oscar, que vuelve a Gasa .

—Muy bien. Vuelves a casa. Lo imagino.

—Vale. ¿De dónde vuelvo? De esa mierda que hago. Del *trabajo*.

—Vale.

—Es, esto, el final del día. La hora de marcharse. Están silbando las sirenas de la fábrica. Y yo vuelvo a casa, ¿vale? Y en mi camión he salido a un desvío que me obliga a rodear ese nuevo cajero automático y ese estanque donde los patos ya han volado al sur y ese minicentro comercial y el multicine. Estoy conduciendo, con las manos en el volante. Y bueno, no me *importa* el desvío. *No* estoy callejeando. Estamos inventando el futuro, ¿vale? ¿Ahora? ¿Es eso lo que hacemos?

—Vale.

En el exterior, oí el sonido de un avión o algo así que despegaba. La caldera de la casa se encendió.

—Estoy volviendo a casa.

Se distrajo y me besó en la boca y durante un rato hubo un caracoleo de lenguas. De nuevo en acción la tachuela en la suya. Oscar meneó la cabeza como si despertara.

—No estoy volviendo a casa, *estoy* en casa, ¿ves?, entro por la puerta. Mi camión está en el camino de entrada.

—¿Dónde estoy yo, Oscar?

—¿Dónde estás? Ah, vale. Estás dentro, cariño. Dentro de la casa grande, Chloé, estás haciendo esas chorradas de la casa. ¿Cómo cojones quieres que lo sepa? Tienes que decidirlo tú misma, ¿vale? Porque serás totalmente adulta y feminista y todo lo demás. Quieres que se haga algo en la casa, pues das órdenes y se hace. Eres ruda. Eres una mujer de las que mandan matar a todos los prisioneros. Una tía durísima. Nos parecemos en eso. En ser duros, me refiero.

—¿Estoy en casa? ¿Vivo contigo?

—Sí, estás dentro.

—Ah. Vale.

Me moví y deslicé su polla en mi interior. Estaba ultradura como un palo de escoba, pero más blanda porque Oscar es humano.

—No me distraigas —dijo—. O sea que entro por la puerta y cojo las facturas que han echado en el buzón, ¿vale?

—Vale.

—Y, Chloé, esas putas facturas son *enormes*. ¡Nunca has visto unas iguales! Son facturas de hipotecas y mierdas, facturas del puto dentista, facturas de, no sé, el oculista y el matasanos, y facturas del teléfono y la electricidad, son las más grandes y colosales que has visto en tu vida, y han llegado por correo, y yo las he cogido. Las tengo en la mano.

—¿Qué tiene de bueno eso?

Estábamos tumbados juntos, haciendo lo nuestro con las caderas, relajadamente, pero es raro porque ¿es tan secundario que me esté poniendo cachonda? Estaba mojadísima ahí abajo y también estaba intentando concentrarme en lo que decía.

—¿Qué tiene de bueno recibir facturas?

—¿Oye? No me estás escuchando —dijo él—. Porque he cogido esas facturas, que son como, ¿vale?, uf, la deuda nacional, ya sabes, pero mira qué expresión tengo en la cara.

—¿Ahora?

Era como si sus ojos no enfocaran a nada. Miraba fijamente hacia el Monopoly, al otro lado de la habitación, y hacia el tarro lleno de peniques, y el otro tarro lleno de cordones de zapato viejos.

—No, ahora no. En el futuro. Mírame, al Oscar del futuro. Esto... ¿parezco asustado?

—No té veo.

—Sí me ves. Mira mejor. Cierra los ojos.

Los cerré.

—Vale, ahora imagina al Oscar del futuro. Soy yo. Soy yo volviendo a casa. Mírame a la cara mientras tengo en la mano todas esas facturas que pagar. ¿Parezco asustado?

—No.

—¿Qué parezco?

Mantuve los ojos cerrados.

—Un hombre. Seguro de sí mismo y eso. Un héroe, incluso. ¿Estás sonriendo?

—¡Sobresaliente, joder! Estoy sonriendo. ¿Sabes por qué?

—Porque puedes pagar todas las facturas, ¿no?

—Oh, sí. Porque soy mayor y no me asusta nada y puedo pagar todas las facturas porque tenemos cantidad de dinero y... no tengo miedo a nada...

Lanzó un grito y de repente se corrió, para mi sorpresa. Cuando se corre, los hombros le dan un tirón hacia atrás, y esa vez también lo hicieron. Me hizo tan feliz verle que me corrí con él, justo sobre la línea de puntos, pero rápido. Eficiente. Es como si estuviéramos conectados con cables. Si algo le ocurre a él, me ocurre también a mí. Estamos coordinados. ¿Se dice así? Debería. Pues ahora se dice.

Nos tomamos un minuto de respiro, aunque no nos separamos. Sin condones, que no me gustan, tomo la píldora. Es curioso lo de Oscar, se corre y enseguida está empalmado otra vez, empinado y sonriéndome. Extraño. Quizá aquel mes fuese su apogeo sexual, río sé. Quiero decir que en algunos sentidos era todavía un crío. Se veía que para él el sexo era como una droga y algo de lo más ilegal. Tenía en los ojos ese brillo del adicto. Pero también podía llegar a cansar, igual que te cansas de robar. Pasa de ser un buen rollo a ser un curre. Llegas a un punto en que quieres hacer otra cosa. Se pierde la onda. Ocurre.

—Ahora tú —dijo.

—¿Yo qué?

—El futuro, tía. Estamos hablando del futuro.

Me puso el dedo en el lóbulo de la oreja, donde me lo habían perforado, por sugerencia suya, donde gracias a él ya no tenía pocos *piercings*.

—No veo nada.

—Claro que ves. Las tías siempre ven el futuro, es lo que *hacen*. Los tíos no, no tanto, menos los hombres del tiempo, ya sabes, los meteorólogos. Los que hacen los pronósticos. ¿Qué ves?

—No veo nada —repetí.

—No seas tonta. Cierra los ojos. —Lo hice—. Vale. ¿Qué ves?

Descansé la cabeza en su pecho.

—Bueno, ¿quizá ese vestíbulo del que estábamos hablando? Con la... ¿cómo se llama? ¿Paragüero?

Yo hablaba despacísimo. El modo de hablar del amor, como tanteando.

—¿Sí?

—¿Hay una mesa de madera? Y hay, esto... un jarrón, que es de cristal rojo y tiene flores dentro y... espera un segundo.

—¿Qué?

—El corazón te suena raro.

—Ah, ya, eso.

Apliqué el oído al pecho de Oscar, donde normalmente los seres humanos hacen *pun-pun, pun-pun*. Pero a Oscar le hacía otro ruido, *pun-chas-pun, pun-chas-pun*.

—Tengo no sé qué en el corazón —dijo—. Válvulas y mierdas. Como un murmullo.

Se encogió de hombros. La polla se le bajó de donde estaba, pero estaba poniendo la expresión de confianza en sí mismo y ese aire despectivo de un sudaca, como ese actor, no sé cómo se llama. Hasta en la cama cuidaba mucho la expresión.

—No es nada —dijo.

—¡Jódete y *baila*, Oscar! Es algo. ¿No deberían mirártelo?

—Ya lo han mirado. Y me han dicho: *Olvídate, vivirá*. Así que háblame de ese jarrón que has dicho, Chloé.

Pero ahora yo no tenía ganas, no *quería* imaginar el futuro. La onda también se había perdido en esto. Pero pensé que quizá tenía que hacerle un favor a Oscar.

—Hay flores, ya sabes, la gente pone flores en jarrones.

—¿Qué flores?

Ahora tenía las manos en mi pelo, una cuestión delicada porque tengo el pelo muy corto.

—No lo sé. —Me costaba imaginar las putas flores en el maldito jarrón porque el corazón de Oscar hacía ruidos y la muerte le estaba mirando de cerca—. Rosas —dije. Aspiré hondo, para imaginármelos—. ¿Rosas rojas, con pétalos? Como las que tienen ellos.

—Vale. Eso ya está. ¿Qué hay arriba?

—Oscar, estoy un poco cansada de esto.

Le dirigí una gran sonrisa forzada y luego desistí de la idea.

—Vamos, Chloé, ¿qué hay arriba?

Cerré los ojos. Lo estaba pensando. Estaba imaginando. Imaginar, a veces, me cuesta mucho trabajo.

—¿Sí? —preguntó.

—Todavía estoy subiendo la escalera.

—Vale. —Aguardó—. ¿Ya has llegado?

—Sí. Casi. Tengo la mano en la barandilla.

—¿Qué hay arriba, entonces?

Entonces tuve un problema. Porque lo que estaba viendo eran los niños que Oscar y yo tendríamos. Como unos tres niños con sus ropas infantiles, petos Oshkosh con babas en los baberos, dando alaridos y brincos de arriba abajo y armando jaleo y divirtiéndose, como en una fiesta de críos. Y quizá un bebé en una cuna.

—¿Sí? —preguntó.

—Dormitorios grandes, Oscar. La alfombra más gruesa que hayas visto en tu vida.

—Vale, la veo. Es, esto... tiene que ser blanca.

—Sí. Es el segundo piso. Alfombra blanca en los pasillos. Lo que pasa, Oscar, es que nunca he estado en una casa de dos plantas. O sea que me cuesta describirla.

—Yo sí —dijo él—. Arriba tienen dormitorios.

—Vale. —Me cerró los ojos con sus dedos. Lo hizo con mucha suavidad—. Vale. Supongo que, esto... tengo que imaginar el resto —dije.

—¿Qué hay en el dormitorio, Chloé?

—Nosotros.

—¿Y qué más?

Respiré hondo, desde ese sitio que ¿cómo lo llaman? Diafragma. Con lo que quiero decir desde el corazón. Porque yo también tengo el mío.

—Niños, Oscar. Hay niños por todas partes. Son nuestros. Tenemos... ¿cuántos, tres? No los puedo contar.

Su polla empezó a empinarse de nuevo.

—Esperaba que dijese eso.

—Pero mierda. ¿De verdad lo esperabas? ¿En serio?

—Sí. Porque yo soy una persona que se asusta, como he dicho antes. Sin miedo. Así que eso también incluiría a los niños, ¿vale? Me *gustan* los niños, tía. Que se meten en líos y tal. Yo he sido niño. Absolutamente.

—¡Absolutamente! —dije, tan feliz que los dedos del pie me hacían cosquillas, unos chismes con pilas me los estaban tocando—. Entonces...

—¿Sí?

Yo estaba pensando en su corazón.

—He tenido esa idea.

—¿Qué idea?

—La he traído —dije.

Entonces lo que hice fue levantarme de la cama, desnuda, y fui hasta mi mochila y estaba a punto de sacar de ella lo que quería enseñarle, pero antes tuve que lavarme porque goteaba, y le dije, como el príncipe de Gales: *Disculpa. Vuelvo enseguida.*

Salí al pasillo, supongo que se llama así. La habitación de Oscar está en un lado y la de su padre, el Bat, bueno, el dormitorio del Bat está en el otro lado, y eso es todo lo que hay en este pequeño rancho. El hermano mayor de Oscar se ha ido de casa y la madre no está porque se ha muerto y tal. Eran como las cuatro de la tarde. Iba al cuarto de baño a limpiarme los líquidos de Oscar. Y eso hice. Pero cuando volvía a su habitación creí ver algo por el rabillo del ojo. Era su padre, el Bat, en la cocina, sentado a la mesa, pelando alguna fruta horrible, y me dio la impresión de que me lanzaba una mirada apreciativa, sin nada de ropa encima. Quizá fuese una imaginación mía. Puede ocurrir.

—Creo que tu padre está en casa —dije, en el umbral, con la mano en el pomo de la puerta.

—Que se joda —dijo Oscar.

—No, creo que de verdad está *en casa*. —Aguardé—. Está pelando algo de comer —dije para demostrarlo.

—¿Qué ibas a enseñarme?

Saqué de mi mochila la cámara de vídeo. La sostuve sobre mi hombro desnudo y apunté el objetivo hacia él.

—¿De dónde la has sacado, Chloé?

—Digamos que la he robado. Sus dueños no la echarán de menos. Me refería a mis padres, a quienes yo conocía muy bien.

—¿Y qué plan tienes?

Depositó la cámara en el suelo, volví a la cama con él y descansé el antebrazo en su pecho.

—Pues esa chica me dijo que grabas una cinta, ya sabes, de nosotros en la cama, y te inventas un nombre y una historia y luego, *nosotros*^ bueno, lo que hacemos es grabar una cinta de nosotros haciéndolo, lo que solemos hacer, quizá con algún añadido, alguna fantasía, ropa que te quitas delante de la cámara, y hay una dirección que tienen las revistas de la industria del sexo a la que mandas la cinta o, bueno, primero les envías una muestra y luego la cinta, y ellos te mandan un montón de pasta. Esa chica que conozco, Janey, nos lo haría todo. Quiere entrar en la industria del vídeo.

Oscar no pareció muy entusiasmado al respecto. Se le notaba que estaba como indeciso. Porque a fin de cuentas acababa de estar hablando de una *casa* y, bueno, de *jarrones y escaleras*. Y de tanto dinero que no te asustaba ya nada en el mundo. Es difícil ganar mucha pasta en Doctor Enchilada o en Jitters. Pero era *él* el que había dicho que nuestra vida sexual era tan buena que podríamos sacar dinero de ella, pero sin decir nada de cómo, dejando que lo pensara yo. Fue *él* quien dijo que éramos *grandiosos*, o alguna palabra parecida. Le dije que lo consideraba un chico listo y que sabría pensar una historia para interpretar. Sería algo inofensivo.

Pero también me daba un poco de repugnancia, incluso mientras estaba diciendo lo que decía. O sea, Oscar tiene un cuerpo bonito y yo también tengo un cuerpo bonito, pero veía a todos esos viejos viendo nuestra cinta y babeando. Perdona, eso no es *siempre* el camino para tener jarrones y flores y niños arriba. Es un mal karma radical, unos tíos babeando. Además, por lo general, los tíos que babean no se afeitan. ¡Son gárgolas! Pero pensé, oye, unas pocas veces, ¿por qué no, oye?, no arriesgamos nada. Y no tenemos que *ver* a los tíos. Estaremos a salvo dentro de la pantalla de televisión.

De todos modos, le dije el nombre de aquella amiga mía, la tal Janey que nos ayudaría a que saliera bien. Y a que fuera algo de buen gusto. Para empezar, fue ella la que me dio la idea. Dijo que sabía qué hacer con la cinta, venderla. Había filmado películas en la universidad local. Sabía iluminar y enfocar.

Entonces, como si de pronto lo hubiera descubierto, dijo:

—Es extraño, Chloé, pero te quiero. —Aguardó—. Es la primera vez que digo esto.

—Oscar, te quiero, para mí lo eres todo —dije yo.

—¿Crees que podemos ganar dinero con eso?

—Quizá.

Luego dije lo de que no arriesgábamos nada y que cobrábamos el salario mínimo y que estábamos desesperados en aquel mismo momento.

—Es un poco chungo —dijo él—. Pero está bien, supongo. Por el dinero.

—Eso.

—Y además es como un *trabajo*.

—No, no es así.

—Chloé, cuéntame algo de cuando eras niña.

—¿Por qué?

—Quiero saberlo. Quiero verte desde entonces.

Me miró directamente a los ojos. No estaba colocado. Así que me levanté y me senté sobre él a caballo.

—Vale —dije—. ¿Lo de cuando mi hermana y yo íbamos en el coche durante un largo viaje? íbamos sentadas en el asiento de atrás. Y *el tiempo pasa más despacio atrás que en el asiento de delante porque delante todo lo ves antes*, por si no lo habías notado. Pasa lentísimo, como un zombi. Y entonces lo que mi hermana Rhonda y yo hacíamos era coger kleenex, unos kleenex de papel normales, de mi madre, que tenía tropecientos mil en su bolso, y los cogíamos y hacíamos un *concurso*. Lo inventamos nosotras. — Tenía mis manos encima de sus hombros, sujetándolo—. Yo abría mi ventanilla, sólo un poquito, y ponía allí el kleenex, justo en el *borde*, en esa ranura que forma la ventanilla, y luego la cerraba. Rhonda hacía lo mismo con su kleenex en el otro lado. Así que los pañuelos sobresalían como banderines, pero encajados en el cristal, y el coche corría con aquellos kleenex blancos a ambos lados, como orejas. Y Rhonda y yo mirábamos nuestros respectivos kleenex mientras el paisaje pasaba pitando, vacas y granjas y ciudades y vertederos, y la que conseguía que su kleenex durase más sin que lo rompiera el viento era la que ganaba. Sé que parece una bobada. Pero a mí, en fin, me gustaba. Era un pasatiempo. —Aguardé—. Bueno, querías que te contara algo.

Fue entonces cuando oí pasos al otro lado de la puerta. Estaba segura de haberlos oído.

—Oscar —dije—. Oscar, creo que tu padre está ahí fuera. Creo que está escuchando.

Oscar miró hacia la puerta.

—¿Papá? —dijo—. ¿Estás ahí?

Oí que crujía el suelo de madera. El Bat estaba allí, allí *plantado*, emitiendo auras diabólicas. Jesús. Mi filosofía es que si alguien está parado fuera de la puerta de tu habitación, sin decir nada, *no* van a ser auras buenas. Van a ser maleficios del diablo.

—¿Papá?

Oscar se incorporó en la cama. Bajó los pies hasta el suelo y se levantó. Metió la mano debajo de la cama. Sacó un cuchillo de la caja que guardaba allí. La hoja era muy brillante y puntiaguda. A mí no me gustó que Oscar estuviera desnudo en aquellas circunstancias. Un hombre tiene que estar vestido para pelear. Por lo menos en calzoncillos, como en el boxeo. Es mi opinión. Aunque seguramente Oscar le habría tumbado, es un búfalo.

—*Voy a decirte una cosa* —dijo la voz diabólica—. Vas a sacar ahora

mismo a esa chica de tu habitación y de tu cama, Oscar. O si no —y aquí tosió, como habría hecho un murciélago humano— lo haré yo mismo. Esto no es un motel.

—Puto borracho idiota —dijo Oscar, entre dientes—. ¿Te gustaría hacer eso?

—¿Me has oído? —preguntó el Bat, batiendo sus alas de murciélago fuera de la habitación, donde yo no podía verle.

—Sí —contestó Oscar, en voz muy baja. Pero también peligrosa, porque no tenía miedo de provocar un revuelo—. Es un asqueroso hijo de puta —dijo en voz baja, volviéndose hacia mí—. Pero yo también puedo serlo, si hace falta. Mejor que te vistas, Chloé. Pero no te asustes. Mataré al hijo de puta si hace falta. ¿Sabes por qué?

Yo me estaba poniendo las bragas —negras, las que había comprado para que él las viera— y los vaqueros y luego el sujetador y mi camiseta, que llevaba escrito, en la parte de delante, hormonas furiosas, de un lado al otro de las tetas, y luego mi chaqueta y la mochila. Me vestí aprisa.

—¿Por qué?

—Porque estoy tan puesto contigo que te protegería. —Se agachó y se puso su ropa, pero no deprisa como yo. Despacio y con tiento, subiéndose lentamente los pantalones por las piernas, donde se le ven los músculos, hasta la cintura. Como tomándose su tiempo. Era Oscar de los pies a la cabeza. Luego guardó en su sitio el cuchillo grande y sacó uno del cajón de su cómoda. Éste estaba doblado—. Tengo que irme de aquí. Marcharme de esta casa.

—Guay. Ven a vivir conmigo. Te haremos un sitio.

Mi apartamento era diminuto pero siempre podría hacerle un sitio a Oscar, en vista de que él había dicho que me amaba.

—¿Estás haciendo lo que te he dicho? —preguntó el Bat.

—Podríamos saltar por la ventana —propuse. Podría decir que la voz, en fin, me temblaba—. Saltar desde aquí al césped.

—Ni de coña —dijo Oscar—. Vamos. —Me cogió de la mano y me llevó hasta la puerta—. ¿Estás lista? —preguntó. Yo asentí—. Vamos a hacer las presentaciones.

Oscar puso la mano en el pomo y abrió la puerta de golpe. Delante de nosotros apareció el Bat, su padre, de pie en el pasillo, con sus manos mugrientas cerradas en un puño. Tenía la boca abierta y se le veía casi hasta el estómago. No mandarías a nadie postales con una foto de aquel tío. Me había esperado alguien más viejo. Y más grande. El Bat era más bajo que Oscar,

como más enanito, mal encarado y de baja estofa, con el pelo largo y moreno de un hispano peinado hacia atrás en ondas como de matón, y aquel lunar pardo justo a la derecha de la nariz. Parecía uno de esos tipejos con un cigarro en la boca que manejan un *balancé* en una feria de mala muerte en un pueblo perdido, esperando a que alguien vomite. Porque eso le hacía gracia. A aquel tío le habían afeitado la sonrisa hacía mucho tiempo. Por el olor en el aire sabías que incluso de día estaba siempre borracho. Había sobrepasado la etapa de la afición al trago. Tenía esos ojos de mire-usted-fijamente-al-jurado y extrañas orejas en punta de murciélago para captar gritos. Además: la cara de aquel hombre tenía la expresión más de muerto que yo había visto en un ser humano, como si fuese un violador *fallido* o algo parecido, y no pudiese superarlo. Los hombrecillos flacos y correosos son los más malos. Te matarían por una moneda. Bajo la luz del pasillo, me miró y *jadeaba*. Tuve la sensación de que sería el primer espectador del vídeo que pensábamos hacer.

—Hola, señorita —me dijo, mirándome, midiéndome con la mirada.

—Me llamo Chloé —dije—. Encantada.

Mantuve la buena educación porque quizá algún día aquel demonio fuese mi suegro. Pero no le tendí la mano. Faltaría más. De todos modos Oscar me tenía agarrada la otra mano.

Pero lo que Oscar, que me tenía los dedos enlazados con los suyos, hizo como un valiente, fue conducirme por el pasillo, como si fuéramos dos chicos impasibles, y sacarme por la puerta de la calle, sin decir nada. Supongo que no quería armar camorra en aquel preciso momento.

—No vuelvas por esta casa, si yo no te invito —dijo el Bat—. No quiero que aquí pasen estas cosas. Habrá problemas de los que no me hago responsable. Problemas muy graves.

Oí cómo se iba apagando aquella voz inútil, una voz con un filo de maldad que flotaba en el aire, se elevaba hasta la atmósfera y, como nada se pierde en el universo, en dirección a las galaxias, pensé: «¡Jo, qué mal embajador de la Tierra es ese tío!».

Los padres bajitos pueden ser muy raros. Tiene que haber algo en los padres bajos que les vuelve locos. Si eres de estatura media o alta sueles ser un padre como es debido. Si no, es misteriosamente irreal para todo el mundo, y además inexplicable.

Subimos al cacharro de Oscar, el viejo Matador AMC, con puertas que cantaban cuando las abrías. Me encantaba ese sonido y creo que debo mencionarlo.

—Ese hijo de puta —dijo Oscar—. Voy a matarle.

—Procura no volver a verle nunca más —dije.

Él descansó la cabeza sobre el volante. A mí me encantaba aquel coche y quería animar a Oscar, pero no se me ocurría cómo.

—Es culpa suya —dijo—. Por su culpa fui un yonqui durante una temporada. Así empecé.

—Guau —dije—. Ya *lo* veo.

—Pero no quiero hablar de esto. —Puso el coche en marcha y el motor giró mágicamente—. Chloé —dijo—, *tenemos* que ganar dinero. Tenemos que establecernos. Si no, voy a terminar matándole. ¿Quién es esa Janey, la del vídeo?

Entonces se lo expliqué otra vez. Cuando terminé, él asintió. Supuse que era su visto bueno.

Charlie, ahora ya lo sabe. Ahora ya sabe cómo nos metimos en el mundo del espectáculo.

NUEVE

A VECES pienso que mi vida es como un asesinato misterioso, sólo que no me han asesinado todavía y no entra en mis planes que lo hagan. Pero es desconcertante —me refiero a mi vida—, al igual que lo es un asesinato misterioso, algo falta o ha muerto a la vista de todo el mundo —como le ocurrió a Bradley W. Smith—, y no sé *qué* significa este presentimiento de violencia. Necesito un detective que hurgue en mi vida, que me dé la solución al misterio que aún tengo que dilucidar, y el crimen que lo ocasionó.

Por ejemplo: todas las mañanas, al volante del Turbo, mi coche, en el trayecto de quince minutos hasta Jitters, tomo tres curvas. En dos de esas curvas alguien ha plantado crucecitas blancas de madera para conmemorar muertes repentinas por accidentes de tráfico, y al lado de cada cruz hay un ramo de flores artificiales. ¡Flores artificiales! Son petunias, y probablemente violetas. Pasan las semanas y no se marchitan. Aguardo a que se mustien, como en un ciclo natural. Pero están tercamente inánimes y por consiguiente inmarcesibles, de modo que tienen que ser de plástico, con azules y amarillos y blancos manufacturados. Imagínate: una tristeza de flores de plástico. No es algo que ennoblezca. La calidad de la aflicción posee un halo de rebaja, como una reliquia arrojada al azar al cubo de la basura. Yo me limito a tomar nota y a archivarlo todas las mañanas. Me fijo en estas cosas para protegerme.

Es corto el trayecto que hago al amanecer los días laborables, y en él, salvo esas cruces, hay pocos signos de violencia. Busco cambios minúsculos en el paisaje. Cruzo en línea recta el instituto de ladrillos rojizos y amarillos, tomo despacio una de las curvas fatales y después aparece la guardería de día del centro comercial, con su letrero decorado con globos seudofestivos y un oso que ondea la bandera norteamericana, seguida por unos acres de tierra de labranza llena de rastros, con dos letreros de se alquila clavados cerca de la autopista.

Al parecer, el último cultivo comercial de esta parcela fueron calabazas. Hace dos años, en vísperas de Halloween, las calabazas cubrían el césped que daba a la autopista, y el granjero, con el sombrero de la tienda de piensos en la cabeza, recaudaba dinero sentado a una mesa. La chimenea de la granja despedía humo día y noche, desde el otoño hasta la primavera. El humo de leña se esparcía por la carretera como una porosa cortina azul y envolvía a los

coches que pasaban en un olor, igualmente azul, a cuarto de estar doméstico. El granjero también olía a humo de leña, y su piel parecía de madera procesada. Guardaba sus exiguas ganancias en una cajita de acero. Rara vez sonreía. Un buen día no volvimos a verle. Le compraron otra sección de su parcela y ahora hay allí apartamentos, una urbanización llamada Polo Fields. Ya no hay más fuegos.

Hay un cajero automático cerca de la segunda curva (uno pensaría que el director del banco intentaría retirar la cruz blanca y las flores de plástico del borde del césped segado del establecimiento, pero no), y luego hay una calle comercial donde está el consultorio de mi veterinario, el doctor Hasselbacher. Después de esa calle, en este trayecto, hay tres inmuebles separados de apartamentos y urbanizaciones, uno llamado Appleton Estates y el otro One Pine Lane. En este último, hay plantado cerca de la entrada el epónimo pino blanco, un árbol *simbólico* de metro y medio de alto. Es increíble que los críos no lo hayan derribado a patadas. Quiero decir que, día tras día, escolares recién lavados, con mochilas, hacen cola a la espera del autobús, y se empujan entre sí, niños madrugadores, vestidos de ropas de colores vivos, sobre todo amarillos y azules oscuros. Los chicos, valientemente, arrancan a patadas la corteza del árbol. Las chicas les observan, alguna con avidez.

Me gusta ver a estos niños, aunque ojalá dejaran en paz al árbol. Me acuerdo de cuando yo era niño. Fui un niño prometedor. Todas las mañanas cuento a esos escolares multicolores e intento recordar cuántos llevan mochilas y cuántos llevan tarteras con el almuerzo. A veces sus padres les acompañan y esperan con ellos, sonriendo distraídos y orgullosos. Este pensamiento me mantiene ocupado y por un momento borra la imagen de esas cruces y flores de plástico.

Conduzco con una mano en el volante, y en la otra mano sostengo la taza que contiene café mezclado con helado de vainilla y trozos de chocolate.

Paso por delante del gimnasio. Muchas veces el encargado está fuera, disfrutando de un pitillo.

Hace varios meses, en una de las conversaciones por teléfono que mantenemos las mañanas de domingo, mi padre se exasperó cuando le pregunté si alguna vez le había costado levantarse al amanecer o sentirse motivado por su trabajo en la agencia.

—Hijo, la mañana del lunes es la mañana del lunes —dijo—. Todo el mundo tiene que levantarse. No hay alternativa, sólo hay el trabajo. —Mi

padre, un hombre afable, se vuelve algo desabrido en las conferencias por teléfono—. Brad, si quieres pan en casa, tienes que ir a trabajar como todo el mundo —dijo, como si a mí no se me hubiera ocurrido esta idea.

—Era sólo una pregunta —dije.

Mi pobre padre: manchas hepáticas, le faltan siete años para la jubilación, un bypass cuádruple, todavía con kilos de más, asiste todas las semanas a reuniones de los Alcohólicos Anónimos. Tiene postillas en el cuero cabelludo, no sé de qué. Me lo imagino de pie junto al teléfono, un entrecano y rechoncho superviviente de la guerra de Vietnam que intenta dar consejos valiosos a su hijo.

—A nadie le gustan los quejicas —resolló—. ¿Por qué hablamos de esto? —No aguardó una respuesta—. Un hombre tiene que presentarse en el lugar donde esperan que se presente. —Tosió y expectoró flema en el auricular, o al menos así sonó—. Tienes un buen empleo. Pero ya que quieres un consejo, te diré una forma de mantener alto el ánimo. Acuérdate de esto. De algo que me dijo un día tu abuelo. Era su modo de combatir el desánimo. Cuando te sirvas la primera taza de café del día, si te sientes fatal, añade un poquito de helado. Alegra. Luego te pones en marcha como cada cual, como te he dicho, pero llevas el helado dentro. Olvídate del arte. Confía en el helado.

Antes alcohol, ahora helado, pensé. Jesús, el pobre hombre, debería ser yo quien le consolara y tranquilizase.

—No —dije—. Papá, es que... ya sabes, mi matrimonio se está rompiendo...

—Escucha, Brad —dijo él—. No me lo digas. No puedo... no sé. Ya has pasado de sobra la edad en que uno cuenta a sus padres muchas de sus cosas. ¿Es que qué? —A mi padre le preocupa lo que cuestan las conferencias casi tanto como le preocupo yo, y a veces abrevia las conversaciones. Tiene buena intención, de verdad. No estoy dando de él su imagen más favorable—. Si no te gusta ese trabajo de la cafetería, pues búscate otro problema... perdón, otro empleo. —Esperó, y la voz se le calmó un poco—. Hijo, créeme, todos los días me quemo los sesos trabajando. Tengo la cabeza llena de agujeros de bala. Es lo que te hace el trabajo. La vida es sufrimiento, como dicen las religiones principales. Afronta los hechos.

—Bueno —dije—, ya que hablamos de este tema de consejos y demás, ¿cómo conseguiste estar casado con mamá tanto tiempo? ¿Cuánto fue, treinta...?

—Treinta y ocho años.

—Treinta y ocho años —dije—. ¿Cómo lo lograste?

—Eso no es una pregunta. No se pregunta eso. Pero ya que lo preguntas, te responderé. Es sencillo. ¿Quieres saber el secreto? Voy a decirte cuál es. Éste es el secreto. *Mantuve la boca cerrada*. —Esperó, una pausa glacial—. Ése es el secreto.

Hubo otro largo intervalo sin hablar, durante el cual olí a una fricción de alcohol en algún lugar de la casa (¿habría *Bradley* encontrado la botella en el cuarto de baño y la habría derribado? Tendría que ir a ver), y luego deseé suerte a mi padre y colgué. Muchísimos meses antes, después de haber conocido a mi futura esposa, mi padre me dijo con preocupación que mi matrimonio con Kathryn no saldría bien. Hasta entonces nunca me había recordado que me lo había advertido. No era de esos padres, hasta aquel momento.

Llego al bulevar, aparco el coche y busco en el cielo indicios de lluvia o nieve. Esta mañana concreta, el cielo tiene una extraña coloración rosácea, como de papel de celofán. El aire huele a vertidos de fábrica. Franqueo una de las entradas de servicio. Trabajo en la galería.

Cuando entro por esa puerta trasera, huelo las judías y los asadores y el olor antiséptico-afrutado-lacado del producto de limpieza para suelos, y a continuación, aún más tenue, ese aire extraño, como de nube artificial, característico de una galería comercial bajo techo.

El contenido de iones del oxígeno lo ha alterado la gente que procura ahorrar dinero privándose de oxígeno para respirar. Te sientes mareado y con unas ganas locas de comprar. El aire huele a fabricado, y la luz parece manufacturada o quizá reciclada de una luz anterior.

Encima de nosotros, en el atrio del centro, cerca de nuestra entrada, hay una claraboya que tiene una forma geométrica mística, como un emblema masónico. No me entienda mal; creo en los negocios y en el beneficio. Sólo que... en fin, enfrente de nosotros hay una tienda de ropa, Snooker, especializada en prendas de poliéster lustroso que tienen un morbo como de guardaespaldas, y a su lado hay, en un lado, Video Village, y enfrente All Outdoors, donde venden lo que llaman productos para la selva —aunque no hay ninguna en miles de millas a la redonda—, ropa para excursiones y demás, junto con cintas de efectos sonoros en onda alfa de rompientes que mueren en la playa y pájaros casi extintos que cantan sus canciones de despedida. El sitio huele a cedro y esparto. Más cerca de nosotros, hay una especie de callejón

comercial que lleva a la entrada norte, y allí hay una concesión de bollos de canela, un laboratorio de revelado en una hora, una juguetería y una tienda llamada Maternidad, junto a otra de nutrición para culturistas. Allí venden megavitaminas, proteínas en polvo y cintas y revistas de motivación. El último comercio de esa hilera es eCce-sorios («Todo lo eXCesivo que usted quiera»).

Fuera, en el patio, hay una ensaladería que se llama el Marquis de Salade. El negocio siguiente al nuestro es Heppelworth's, que vende planificadores semanales, mensuales y anuales, y posters y libros de motivación. Allí venden *motivación*, predicadores de la agresión, curas agresivas para la desgana de las mañanas de lunes. ¡Motivación! Casi todo el mundo menos nosotros, en nuestro rincón del centro, vende motivación. Casi todo lo que hay por aquí es una cura para las mañanas de lunes. Bueno, supongo que nosotros también, con nuestro café. Los artículos de mayor venta en Heppelworth's son los posters enmarcados con fotos de gaviotas sobrevolando costas neblinosas del Pacífico y textos líricos impresos debajo. Esos productos dejan un margen de ganancia enorme. Aquí tiene una muestra de las leyendas impresas en los posters.

ÉXITO: Por grande o pequeño que sea tu esfuerzo, contiene la semilla de su propia recompensa. El principal activo de cualquier inventario eres tú.

Hay otro de un río impetuoso que discurre entre bosques de pinos. Al pie se lee el pensamiento siguiente:

EL FUTURO: No puedo ir más lejos de lo que van mis esperanzas. Por consiguiente, son ellas y el imponente pragmatismo de mis sueños los que definen mi persona.

A veces, en mi pausa de descanso, entro en Heppelworth's. Hablo con el gerente, Windtunnel —no es su verdadero nombre, no quiero que me ponga un pleito—, del trasiego de clientes y del negocio. De vez en cuando, Windtunnel nos visita en Jitters, en su tiempo de descanso, aunque siempre toma el café más barato que tenemos. Tiene cara de lechuza, con esos ojos abiertos de par en par, inexpresivos y homicidas, y le huele el aliento a producto de limpieza para suelos. Total, que en Heppelworth's miro los carteles que Windtunnel expone y, por supuesto, presiento la llegada de la alucinación. Estoy tan poco motivado que me entran ganas de pegar un puñetazo al dependiente más a

mano. ¡Pero me abstengo! *Eso* es disciplina. Empiezo a idear mis propios posters motivadores. Los pondría debajo de fotos de cementerios de coches y bosques despejados y cielos grises, enfermos de indiferencia nubosa. El Evangelio según Bradley. *El libro de Job*, pronunciado «job».⁴

DISCIPLINA: *Soy un hombre pacífico. Mi misión es la paz: hoy no pagaré a ningún cliente. Es una práctica comercial sólida y una vía segura de ganancias.*

Luego vuelvo a Jitters.

Tras haberme abandonado Kathryn, iba a trabajar después de haberle dado al perro *Bradley* su temprano paseo matutino. Debo admitirlo: el negocio me estimulaba. Me gustaba tener un sitio donde ir por la mañana. Me gustaba tener un propósito. Me gustaba llegar antes de que la galería comercial hubiese abierto. Es lo que podríamos llamar una sensación de amanecer. Sin duda existe una palabra alemana para eso. Cada día es un día nuevo si está lleno de esa sensación, un día virgen hasta que la actividad humana lo jode y se convierte en historia.

Miraba, a través de la persiana de seguridad de malla de acero, los espacios interiores en penumbras del Briardale Mall. Ya sabe, las tiendas tienen un peculiar vacío gélido cuando no hay nadie dentro, cuando no hay nadie comprando nada. Sucumben a la inanidad.

Me sentaba a inspeccionar nuestros libros y hojas de cálculo y luego me aseguraba de que todas las tazas y los platillos estuviesen en su sitio. Hacía las mezclas del día y rellenaba con ellas los termos de suministro. Abría la caja registradora y hacía las cuentas. Hojeaba el *Specialty Coffee Retailer*. Miraba a través de los barrotes del centro comercial vacío. Superficies relucientes. Todas lavadas y brillantadas. Como una hora después, la panadería nos entregaba el pan y los pasteles del día. Charlaba con el chico del reparto, Hans.

Jitters pretende ser acogedor. Tenemos suelos de madera y techos artesonados a medias. Tenemos mesas y sillas y sofás y muebles amplios — imitaciones de Pottery Barn— desperdigados por todas partes. Superficies blandas. Tenemos... bueno, mis cuadros en la pared. Ahí está *El festín del amor*, al fondo. También hay un retrato de *Bradley*, mi perro, cerca de la entrada, pero es un cuadro muy abstracto. No se sabe si es un perro o un artilugio, aunque en su abstracción tiene un aire cordial, como *Desnudo*

bajando una escalera, salvo que es un perro. Si uno mira donde debe, se ve a *Bradley*. Está comiendo piensos recomendados para perros. Era cubismo más una gota de encanto.

Si todo estaba listo para la jornada y disponía de un rato libre, me ponía a dibujar. Dibujaba el dragón con hocico de goma, el dragón de que me había hablado Harry Ginsberg. Empecé con el arte dibujando caricaturas. Dibujaba el dragón en hojas pequeñas de papel de motivación que había birlado en Heppelworth's, y el dragón borraba todas las leyendas de la tienda, todas las motivaciones. Luego dibujaba imágenes del bicho curioseando, comprando y prendiendo fuego a JCPenney's y Nordstrom's y comiéndose todos los bollitos de canela justo al fondo de la galería y luego la máquina Combate Mortal de la juguetería. Y luego dibujaba a mi dragón descansando: igual que Dios, el séptimo día. Algunos de los dibujos eran técnicamente muy difíciles.

Cuando abren las puertas exteriores de la galería, llegan las personas de la tercera edad y empiezan a recorrer las tiendas. Huelen a colonia antigua, llevan los codos en alto y según pasan parecen muy satisfechos de su forma física.

Chloé entra justo entonces, Chloé que trabaja en Jitters porque dice que hay una convergencia armónica exactamente en este preciso lugar de la galería. Dice que es un lugar sagrado, lo mismo que Sedona, en Arizona. Tan buena chica como es, Chloé me desquicia los nervios todos los días. A veces entra tan henchida de la sesión de sexo que acaba de tener con su novio que tengo ganas de aplaudir. Desprende olores sexuales, como una flor del césped delantero que intentase hacer una declaración sobre jardines, cosa que por supuesto las flores no necesitan hacer. En la camiseta, por delante, lleva escrito hormonas furiosas. Está enamorada de Oscar ahora, la cosa ha ido más allá del sexo, y Oscar le ha dicho (después de consultarme: «¿se lo digo a Chloé?») que está enamorado de ella. Los dos tienen una pinta muy punki, pero no son más que un par de críos que se visten y disfrazan para aparentar un aire intimidatorio.

Ese día concreto ella entra y dice:

—¿Cómo le va, señor S?

—Oh, muy bien —le digo—. Como siempre. Lunes, ya sabes. Al venir me he estado fijando en esas crucecitas que hay en las curvas.

—¡Lunes! —exclama ella—. Exacto. Y esas cruces. ¿Alguna vez le he dicho que fui al colegio con uno de los tíos que, esto, *tuvo* unas de esas cruces? Era un gilipollas *completo*. Ni siquiera era un gilipollas divertido,

como hay algunos, ya sabe. Hasta muerto, tiene suerte de que le pusieran una cruz. Lo siento. Yo, a aquel tío, ni le miraba a la cara.

—¿Cómo se llamaba?

—Bumford —dice ella—. Bumford McGonahy. Un *perdedor*. Con nombre de tal. Esas cruces. Me hacen llorar a lágrima viva. Era un miserable. Supongo que debería ser más compasiva, ¿no?

Se pone el delantal y empieza a ordenar los pasteles, como si fueran una obra de arte.

—¿Cómo está Oscar? —pregunto—. ¿A qué hora entra?

—Usted debería saberlo —dice—. Yo soy sólo una empleada. Usted es el jefe. —Sonríe y luego deja de pensar—. Alrededor de la una. —Se endereza—. No. A la una y media.

Tenemos encima luces en hilera, cinco luces sobre la zona de servicio, y Chloé tiene la costumbre de moverse de un lado para otro detrás del mostrador, de tal forma que aparece debajo de cada una de las luces, como una actriz en el escenario. Tiene buen cuidado de no situarse en los pequeños espacios vacíos de sombra entre las luces. Ejercita el estrellato. Zarandea la cabeza para realzar el pelo. Me rompería el corazón si no fuera mi empleada y una niña y además la amante de Oscar.

—¿Usted cree —me pregunta, frotándose el pómulo— que es malo hacer algo malo si de ello va a salir al final algo bueno?

—No entiendo —le digo. Estoy apilando, sin reservas, tazas de café cerca de la entrada—. ¿Qué clase de cosas malas?

—Pues no muy malas, sólo malas.

Ahora se ha colocado detrás de la vitrina y alcanza a ver su reflejo. El cristal forma un ángulo, pero cuando ella está debajo de las luces ve su cara reflejada en él, aunque ella no sabe que yo sé que se ve. Cuando está exactamente en el lugar preciso, se mira y besa el aire como si su reflejo la estuviese besando, tan complacida está con su belleza informal, desaliñada y greñuda. Seguro que cada vez que se desviste se desenvuelve a sí misma como un regalo de Navidad. Tengo la impresión de que bendice su cuerpo cada media hora por sus diversos encantos silvestres, ahora que sabe lo que son y puede utilizarlos.

—Bueno —dice—, como exhibirse uno mismo.

—No te sigo —digo, porque he perdido la concentración. He estado colocando en la rejilla de lectura los ejemplares del *New York Times* y del *Detroit Free Press*—. ¿Exhibirse cómo?

—Olvídelo —dice rápidamente. Se reorganiza—. ¿Ha oído el boletín del tiempo esta mañana, señor S?

Le digo que no.

—*Mucho* tormentas y *mucho*⁵ truenos. Un cielo feo. Claro que en una galería comercial nadie se entera.

—Nadie —convengo.

—¿Qué es lo peor que le ha ocurrido en su vida? —pregunta, mirándose las uñas púrpura, con el ceño fruncido. Está preparando los rellenos de los bocadillos.

—¿Lo peor? —Aguardo—. ¿En qué sentido?

Entro detrás del mostrador y me pongo la bata de gerente.

—Sólo curioso. Sí. Lo más curioso.

Me sonrío de un modo extraño, directo.

—Hmm —digo—. Difícil de decidir. No se me ocurre ahora. Bueno, te diré algo, que no es lo peor pero que acabo de recordar en este momento. Es lo siguiente. —Me enderezo para rascarme la ceja—. Una vez, en la universidad, un grupo de estudiante» conseguimos billetes de avión baratos para pasar en París unos días. Allí hadamos autostop. Bueno, cuando estás en París vas a la catedral. Gran atracción turística.

Chloé asiente.

—Así que los cuatro que estábamos entramos en Notre Dame. Y Notre Dame, como sabes, fondona como iglesia. Hay personas, feligreses, llamaríamos, que entran a rezar. Cantan misa rodas las mañanas, a pesar de todos los turistas que pululan por allí —Chloé deja de preparar los rellenos y alza la vista hacia mí—. Total, que entramos. Empezamos la visita por la parre de atrás. En esa parte de la catedral se pueden comprar, a alguna monja, velas votivas que enciendes para un ser querido que necesita ayuda, y lo puedes hacer aunque no seas católico. Y como yo conocía a una persona que estaba enferma, compré una vela y la encendí Una vela de esas parece un alma, ¿no crees? Y fui a ponerla en el candelera.

—Son casi las nueve, señor S.

—Lo sé. Ya casi estamos listos. He venido temprano. Déjame acabar la historia. —Veía a dientes fuera de nuestra puerta de seguridad, a la «pera de su dosis de café matutino—. Bueno, estábamos viajando, yo estaba cansado y la mano me temblaba. Y aquellos candeleras eran flacos y larguiruchos, como de hierro forjado muy fino, y delicado, porque aquello es Europa. Es donde estamos. Y como me temblaba la mano, la extendí hacia el candelera, aquel

candelera suelto o candelabro o como se llame de velas votivas, y de alguna manera, no sé cómo ocurrió, mi mano hizo que rodas aquellas llamitas, todas aquellas almas, se cayeran, y cuando se vinieran abajo, encendidas por el bien de algún alma, debía de haber cientos de ellas, todas cayeron al suelo por mi culpa, y todas se apagaron. ¿Y sabes lo que hizo la monja, Chloé, la monja que había allí?

—¿Le habló en francés?

—No. Podría haberlo hecho, pero no lo hizo. No, lo que hizo fue gritar.

—Guau.

—Sí, la monja me gritó a la cara. Yo me sentí como...

—Se sintió muy mal, señor S. Le creo. Pero, verás, señor S, eran simples *velat*. No eran almas *de verdad*. Todo ese rallo es superstición.

—Oh, ya lo sé.

—En serio, señor S, no debería ser tan morboso. Creí que cuando me contara lo peor que había hecho en su vida, pues que me diría que haber pegado a un ciego para robarle el coche.

—No. Nunca he hecho eso.

—Oscar sí, una vez. Dígale que se lo cuente.

—Lo haré.

—Pero estaba borracho. —Se toca bonitamente su pelo perfecto—. Y el tío no era ciego de verdad. Decía que era. para aprovecharse de la gente. Era un farsante. Oscar le caló. Ya son las nueve, jefe. Tenemos que abrir.

—Bien —digo, y quito el cerrojo de la persiana, aprieto un interruptor y lentamente la persiana se levanta para la jornada laboral. Las velas son sólo veías para Chloé. Al instante me siento mejor. Bendita sea.

Comienza la procesión, y tenemos empleados de tiendas cercanas que entran a tomar una taza de café y quizá algo más, un brioche. Ponemos la música: un piano de jazz tranquilo, para contrarrestar al Mozart que la galería pone siempre en los altavoces para ahuyentar a las ratas. Miro a todos nuestros clientes y sonrío. Charlo con ello*. A muchos les conozco por el nombre. Pero, en realidad, Chloé tiene razón. Soy demasiado morboso. Tengo que corregirme.

Por ejemplo, cuando estoy conversando con gente, fichando a esas mujeres jóvenes que entran y salen, incluso mientras hago las cosas de todos los días, sueño despierto. Estoy plantado detrás del mostrador y primero pienso en mujeres, posiblemente mujeres que podrían ser mis novias o mi esposa, las fantasías habituales, ya sabe, una cena a la luz de unas velas, por

ejemplo, y luego, cuando me aburro de eso, pienso en mi propio funeral, una idea que siempre me alegra. O sea, me imagino la iglesia, llena de supermodelos que escuchan consternadas mi panegírico y sollozan. Y enfrente del público estaría alguien como ése, cómo se llama, ese Robert Schiller, el evangelista de la tele, el que tiene el pelo plateado y una sonrisa eléctrica, cantando mis alabanzas con una elocuencia increíble.

—Bradley W. Smith —diría, meneando su cabeza distinguida— Nadie entendió de verdad a Bradley W. Smith, salvo, quizá, su perro. Y aunque desconocido para muchos, era una gran persona...

—... ¿Me pone una taza doble de descafeinado, por *favor*.

—Sí, claro —digo, interrumpiendo mis fantasías.

Probablemente no es sano divagar despierto sobre tu propio funeral. Es morboso, como dice Chloé. Pero, como suele decirse, es difícil abandonar un hábito. Y que es inofensivo.

A eso de las once, entra mi vecino de la casa de al lado, el profesor Harry Ginsberg, bastante empapado, con el poco pelo que le queda pegado a ambos lados de la cara. Sacude su paraguas, que tiene en el mango una cabeza de pato. Luego me hace un gesto de saludo con la mano —no hacia mí, sino a mí— antes de decir:

—¿Ha visto lo que hay fuera, Bradley? Vale la pena verlo, en serio. Sonríe y menea la cabeza, y de su cara caen gotas de llovizna al suelo.

—¿Qué?

—Un cielo tan oscuro, chico, que no se puede leer debajo, ¡y en pleno día! Vaya a ver.

—Harry, no puedo dejar el negocio.

Él inspecciona el local y espía muestras de mi arte.

—Veo que ahí al fondo ha colgado *El festín del amor*. Su mejor obra. ¿Está en venta?

—No, Harry, está *hors de commerce*. Y es...

De repente se oye un chasquido, como si alguien restallara un látigo, y un rugido bajo, y un extraño canturreo que viene de no sé dónde, y Chloé, que está recogiendo mesas con la bandeja, alza la vista.

—¿No ha oído eso? —me pregunta Harry—. Han dicho que habrá tomados.

—En las galerías no existe el clima, Harry —le digo—. Ni siquiera tomados. Somos impermeables... ¿se dice así?, impermeables a los estados del tiempo.

—Yo debería tener ese optimismo —dice Harry, abriendo la boca y riéndose en silencio, cosa que no me afecta en absoluto—. Impermeables a los estados del tiempo, una expresión interesante. Yo debería...

Otro bramido, esta vez más largo, parece aproximarse y silencia la meditación de Harry sobre mi frase, y cuando el sonido de la tormenta empieza a reverberar en toda la galería, como el eco en una bolera, mis clientes lo oyen y todos levantan la mirada y en eso las luces parpadean y el CD de Oscar Peterson guarda silencio dentro de Jitters, y Mozart abandona su pedestal en la galería y entonces oigo el estruendo de cristal que se hace añicos.

—Dios santo —dice Harry Ginsberg. Se toma su café expreso y sale al atrio.

En ese momento se va la luz de Briardale. El alumbrado de emergencia parpadea, son puntos de evacuación alimentados por baterías, y todos menos uno de mis clientes se levantan y se van. ¿Por qué se van? Aquí están a salvo. Una mujer que está cerca de la entrada toma su taza de expreso mientras lee *The New York Times*, y ni siquiera se mueve cuando todo el mundo abandona el local a la carrera. La luz dentro de Jitters es ahora la de emergencia: fría, glacial y cegadora. Pero ella sigue leyendo, con la cabeza gacha, profundamente concentrada.

Se oye el viento que estremece la claraboya que parece un emblema masónico, y luego el asalto del granizo, y se oyen las ráfagas que azotan las puertas exteriores, pero por lo demás todo permanece muy tranquilo dentro de la galería. Windtunnel, con su altanería imperturbable, se acerca desde Heppelwoth's y dice:

—Han saltado los plomos, ¿eh?

—Sí, eso parece.

—La luz volverá dentro de un segundo —dice, mirando al techo.

Se ha adiestrado para ser un optimista, un optimista profesional, un maniaco del éxito, contra viento y marea. ¡Mira qué corbata lleva! ¡Un estampado de yates!

—Eso espero —le digo—. ¿Quieres tomar algo?

—No —dice Windtunnel, respirando en mi dirección, con un aliento tan cargado de gaulteria que podría aturdir a un buey—. Quizá dentro de un rato.

Y se vuelve hacia su mercado de motivación oscurecido, del que han huido todos sus clientes. Su puerta de protección desciende hasta media altura.

Chloé se reúne conmigo cerca del mostrador.

—Esto es un flipe —dice—. Vaya desbandada.

—Sí —convengo—. Vamos.

Salimos a la galería. Se oye el vano embate del viento contra el exterior del centro comercial, pero haría falta un tomado fortísimo, de grado cinco en la escala, para destrozar este sitio, y hasta ahora no ha alcanzado esa potencia. Desde aquí vemos las profundidades de la galería. Las frías luces de emergencia están dando un meneo a todas las mercancías, y si miras a la tienda de maternidad, todos sus artículos se han vuelto espectrales. Los dependientes tienen los codos apoyados encima del mostrador de la caja, incluida Marilyn, un encanto de niña, pura dulzura. Debería hablar con ella. Los zapatos huérfanos de la zapatería vecina son como elementos o pistas de un crimen. Reina ahora en la galería un color gris uniforme. Los pocos clientes que hay parecen angustiados o descorazonados. Renquean sin rumbo, de un lado para otro. Es como si, al apagarse el fluido eléctrico, la mercancía se convirtiese en una ruina. La gente pierde su deseo de comprar. No tiene ganas.

¿Por qué se nos da la luz?, piensas. ¿Por qué nos la quitan?

En el centro de la galería, la fuente ha cesado de manar en el aire desionizado, y el agua plana acumula polvo. Aquí y allá, en los recodos al fondo de la galería, los clientes deambulan totalmente desmotivados, confusos, abandonados, con el síndrome palpable de la «mañana de lunes», y todo lo que tenemos en venta pierde su atractivo. No es más que filfa, productos para solteronas. Dos ancianos unidos por el brazo se ayudan mutuamente a caminar hacia la salida.

Sobre la abundancia de mercancías reina un vasto silencio.

—Guau. Esto es increíble —dice Chloé, y yo asiento—. ¿Sabe en qué me hace pensar esto? —pregunta.

—¿En qué?

—Pues... en aquellas velas que se le apagaron.

Me sonrío, y arquea una de sus cejas rubias, mientras piensa lo que va a decir a continuación. Pero no dice nada, y en su silencio hay una elocuencia sexy.

—Hmm —digo, fingiendo que ya no pienso en ello. Pero en realidad *estoy* pensando en ello.

Chloé y yo volvemos a Jitters. Ella camina hacia el fondo del local, y se quita el delantal, se contonea, con las caderas conscientes de sus posibilidades. Se sienta en una especie de sillón de orejas cerca de los servicios, y parece adormilarse. Oscar, por la noche, la mantiene activa. La

despertaré cuando los clientes vuelvan. Soy un jefe exigente pero justo.

Entonces ocurren dos cosas. Me acerco a la mujer sentada a una mesa cerca de la entrada, leyendo *The New York Times*, y le pregunto:

—¿Cómo puede leer con esta luz? Es muy débil.

—Estoy acostumbrada a las bombillas débiles —dice ella, sin levantar la vista.

—En ese caso, aquí estaría a sus anchas.

Mi ocurrencia parece sobresaltarla y me sonrío, y a la luz tenue veo que tiene los ojos azules. Al final se presenta, y descubro que se llama Diana.

No quiero adelantar acontecimientos, pero Diana será mi segunda esposa.

La otra cosa que ocurre es que, antes de que vuelva la luz, un hombrecillo extraño, de pelo grasiento, aparece fuera de lo que supongo que podríamos llamar la entrada de Jitters. Permanece ahí parado, desplazando su peso de un pie al otro. Es un hombre menudo, pero parece fuerte y correoso, y la primera vez que le veo tengo la impresión de que no está mirando al brioche, sino de que busca a alguien y de que encuentra a quien busca, que es Chloé. Aunque ella está al fondo, echando una cabezada, él la mira fijamente.

—¿En qué puedo ayudarle? —le pregunto, para ocupar el tiempo.

Él mueve la cabeza. Desde donde estoy huelo el whisky en su aliento. Hasta noto que es un whisky barato, una mezcla canadiense, el peor de todos los whiskies posibles. La siguiente vez que miro en su dirección ha desaparecido.

Cuando le hablo a Chloé del hombre y se lo describo, lo único que ella dice es:

—¡Puaj! Es el Bat. El señor repugnante. —Luego mira su reloj—. ¿Dónde está Oscar? ¿No debería estar ya aquí? ¿Dónde está Oscar, señor S?

Le digo que no lo sé. Pero a la una en punto Oscar entra en Jitters con sus andares arrogantes. Después de darle un beso espiritual, Chloé le cuenta lo de la misteriosa aparición del Bat. Oscar se limita a decir: «El viejo idiota». Luego se pone el delantal.

Pero en realidad no estoy pensando en ellos dos porque estoy pensando en Diana, de la que ya he obtenido su número de teléfono. Me he atrevido porque ella todavía no se ha degradado con un compromiso con alguien ni un anillo de boda. Me he fijado muy bien en eso. Antes de que volvieran a encenderse las luces de la galería, he estado pensando en cenar con esta mujer, Diana, cuyos ojos azules y cuya impavidez en medio de la tormenta y la zarabanda habían borrado de mi mente todo pensamiento de panegíricos

funerarios y velas votivas y crucecitas blancas acompañadas de flores de plástico que asomaban de la tierra y desplegaban sus retoños zombis en una mustia mañana de lunes.

NUDOS

DIEZ

—OIGA... ¿cómo me ha dicho que se llamaba? —pregunta Diana.

—Charlie.

—Oiga, Charlie. Verá, supongo que todo esto es muy interesante y demás, pero me pone los pelos de punta. En primer lugar, mi historia *no* es una historia. En segundo lugar, no es suya. Es mía, ¿no? Pensé que mi vida era mía, no de usted. Tercero, yo... acabo de perder el hilo. Oh, ya sé: es privada. Mi vida no es de dominio público. ¿Entendido? Por favor, no escriba sobre mí.

—Oh, no lo haré. No exactamente. Pero inventaré una réplica de usted.

—Ojalá no lo hiciera. No tengo tiempo de discutir. Soy una mujer ocupada. Soy osteópata, ¿sabe?

—Oh, eso es fascinante —digo, sin ironía, porque lo creo realmente—. ¿Osteópata? ¿Qué hacen los osteópatas? ¿Le importa que se lo pregunte? Nunca he sabido muy bien qué hacen.

—No, lo siento. No tengo tiempo de explicárselo. Averígüelo en algún sitio.

—Muy bien. Quizá la haga abogada.

—¿Abogada? ¿Cómo va a hacer eso? A todo esto, ¿cómo dice que se titula ese proyecto suyo?

—*El festín del amor*.

—Ah... *ya*. Como el cuadro de Bradley. Es eso, ¿no?

—Sí. Como el cuadro de Bradley.

—Es lo mejor que ha hecho —dice ella.

—Ahí entra usted —le digo—. Ya ve, también tiene opiniones que aportar.

—No era una opinión —dice ella—. No he dicho nada. Y no voy a decir nada, créame.

—Muy bien —le digo—. Pero deseará haber hablado conmigo.

—¿Qué quiere decir eso? —pregunta—. ¿Me está amenazando? Le voy a dar un consejo. Como un favor. Gratis. No me amenace. —Su voz consigue de algún modo elevar el tono y permanecer serena al mismo tiempo—. No

amenace a la gente, y menos a abogados. No amenace a sus propios personajes. Se lo digo por su bien. Se va a meter en una madeja de pleitos y de... *subtramas*. —Hace una pausa. Luego parece reírse. Al menos creo que es risa—. Probablemente es usted inteligente. No siga dando vueltas sin parar a esa mierda. Usted ya me entiende.

ONCE

LO CIERTO es que yo no necesitaba un amante. Ya tenía uno, un hombre casado que venía a veces y me traía ramos de bellas flores cortadas, o sopa que había hecho en su casa la noche anterior.

Sacaba de matute la sopa de su casa —mi sopa preferida es la de puerros y zanahorias—, en tarros de plástico, fingiendo que se las tomaría para almorzar. Cómo introducía de nuevo los tarros en casa no es cosa mía. Usaba, de preferencia, camisas blancas con puño doble, ligeramente almidonadas, aunque a veces llevaba una chaqueta de cuero y gafas de sol cuando venía a verme, para estar guapo. La última vez que vino así le dije: «Pareces del Village, querido», chinchándole, y no volvió a presentarse así. Como amante furtivo era fiel y de fiar. No era abogado, a Dios gracias. Trabajaba para una empresa farmacéutica, y tenía horarios flexibles. Yo no estaba enamorada de él, que yo supiese, pero él me gustaba, a veces a rabiar, y disfrutaba hablando con él, acostándome con él y cocinando con él, cualquier cosa que se pueda hacer entre cuatro paredes y fuera de la vista de testigos.

Era atlético y fortísimo, divertido cuando quería serlo, y afectuoso. Como amante era muy cordial y entusiasta, y limpio como un cuchillo. Tenía una melena espesa, facciones absolutamente preciosas y rizos en el cuello. Sólo le vi sudar cuando estábamos físicamente acoplados, y su sudor no olía a nada, aunque sí su cuerpo, un olor maravilloso, como a pan. Podíamos hacer el amor un día entero. Sabía hacerme llegar una y otra vez, pero no hasta un punto de ebullición. ¿Cómo explicarlo con exactitud? De este modo: no tenía que prestarle más atención de la normal. Tal vez hubiese debido.

Lo único malo de un enredo así es que los dos no pueden salir mucho juntos. Pone a prueba la amistad más que al sexo. La vieja historia: no pueden veros en público, eres siempre Anna y Vronsky a una escala más pequeña y de barrio a las afueras. No podéis trabajar en el jardín juntos. No podéis rastrillar las hojas. No podéis ir a los multicines ni tampoco a conciertos o a exposiciones. No tienes ocasión de mostrarte a la pata la llana y lleno de opiniones las mañanas de domingo, cuando lees el periódico. Las veces en que puedes concertar una cita, te ves con tu amante en cuartuchos, el escenario ilícito de eros furtivo y, por tanto, más intenso. Las trabas suponen un desafío a tus recursos sexuales. A veces te pasas toda la tarde aplicándole inventiva al

sexo, en la cama o en el suelo o debajo de la ducha, a falta de algo mejor que hacer. Armas trifurcas. Las provocas y las ves aplacarse. Claro que a él no le importaba todo esto, pero, como yo, veía sus limitaciones.

Una vez intentamos lo que hacen los casados: fuimos juntos a unos grandes almacenes a comprar un par de guantes de conducir. Todo el asunto resultó incómodo como una charada. En el mostrador, la dependienta me dejó probarme varios pares, y David sonrió y frunció el ceño y expresó su criterio y me ayudó a elegir los que compré, de una piel muy fina y color habano claro.

—¿Es este par el que quieres de verdad, Diana?

—Sí —sonreí.

—¿Estás segura?

—Sí, estoy segura.

No estaba en absoluto serio mientras recorría los pasillos conmigo; estaba simpático mientras admiraba los suéters y los relojes y los broches de diamantes y a mí, pero todo el episodio fue como un teatro de aficionados: dos amantes fingiendo que no son clandestinos. Pero incluso entonces estábamos bajo las luces y cámaras de vigilancia. Nuestros ojos no paraban de buscar a alguien que nos conociese a los dos, la esposa incluida.

Él decía que ella, su mujer, no había logrado conservar el interés por él, aunque hacían el amor en cierto modo por guardar las apariencias, y ella ponía una emisora de radio que emitía noticias las veinticuatro horas, para no tener que oír los ruidos que hacían juntos, los crujidos y gemidos. A él le gustaba acostarse en mi cama porque no tenía que escuchar las noticias cuando yo estaba encima y le cabalgaba hasta derrengarle. En fin: pobrecillo.

A pesar de todo, decía que amaba a su amor, etcétera. Y por supuesto estaban los dos hijos, dos chicos. Yo decía: «No tienes que explicarme ni disculparte, cariño; *no* quiero casarme contigo. No te quiero. Pero, oh, cielo, eres mi amigo, mi compañero, y eres agradable y hábil en la cama». Parecía dolido cuando yo le piropeaba por estas virtudes secundarias. Y yo decía: «No, no. Un hombre en su sano juicio que sabe ser un amigo y un amante para una mujer es un *hallazgo*. Tú eres un hallazgo, David —le decía mientras estábamos tumbados uno enfrente del otro en el agua caliente y jabonosa de mi bañera, y él me deslizaba anillos de jabón en los dedos y luego me daba masajes en los pies—. Eres un auténtico hallazgo y me satisfaces, hasta un cierto punto. Al fin y al cabo, nada me satisface del todo y tú no puedes cambiarlo».

Así que yo estaba en Jitters, en la Galería Briardale, tomando el café de la mañana y leyendo el periódico durante una avería eléctrica. Vestida con mi traje gris y el bonito y elegante acompañamiento de un pequeño alfiler de oro que David me había regalado. Sorbía una mezcla especial, *Cima de los Andes*, y leía, en la sección de artes y ocio del *New York Times*, un artículo sobre el coreógrafo Mark Morris, de cuya obra admiraba sus simetrías ritualizadas. En la universidad había tenido aspiraciones, ya olvidadas, de ser bailarina. Pero me sentía relajada y valorada, concentrando mis fuerzas. Tenía entre manos un asunto importante y complicado, y para alcanzarlo estaba adoptando una actitud zen, fríamente distante; calculaba cada paso estratégico y detalles minuciosos para hacerlo realidad. Preveía mi victoria. Tenía un par de ases en la manga, y la previsión de mi victoria —de mis futuras victorias— no es que me hiciera feliz, exactamente, pero me sentía satisfecha de mí misma. El cliente, a esta altura, casi no contaba.

Cuando la luz se fue en la galería, yo era la electricidad, y no me importó nada. Pensé en mis cuatro colegas en sus oscuros bufetes, a un kilómetro de distancia. Me imaginé a aquellos personajes belicosos —amigos míos, nominalmente— atascados en ascensores o salas de conferencia sin ventilación, pensando en quién tendría la culpa de aquel apagón eléctrico.

Si Dios volviese a la tierra, habría abogados que le pondrían un pleito.

Siempre tomo café antes de ir a trabajar. Suelo llegar al despacho un poco tarde. Tengo bastante éxito —llevo litigios— y dispongo de un margen para fijar mis horarios, salvo cuando debo ir al juzgado. Tienen que tenerme en cuenta. Nadie me dice cuándo tengo que llegar al despacho. Nadie puede. A mí no me *dictan* nada.

Divido mis jornadas en secciones claramente definidas y repartidas. Tengo un compartimiento para cada cosa, incluidos los preparativos para el día laboral, desde el café y el periódico hasta las páginas de artes y ocio. Y siempre he orquestado mis asuntos amorosos buscando, bueno, mi interés personal de un modo glacial y metódico. Así organicé mi aventura con David.

Como estipula la ley, en cuanto se fue la luz, se encendieron los focos de emergencia. Una iluminación, sin duda, suficiente para seguir leyendo la prensa. Encima de mí retumbaron sonidos de conflicto meteorológico. A juzgar por ellos, caía granizo del cielo. Me dio igual. Seguí leyendo.

El gerente del local apareció a mi lado.

—¿Cómo puede leer con esta luz? Es muy débil.

No me molesté en alzar la vista.

—Estoy acostumbrada a bombillas débiles —dije.

—En ese caso, aquí estaría a sus anchas.

Vaya, un contendiente. Alguien que reclama su granito de atención. Es un momento siempre crucial cuando tienes que dejar lo que estás haciendo para mirar a un hombre que ha iniciado este tipo de conversación. Así que marqué el párrafo donde había interrumpido la lectura del artículo sobre Mark Morris, levanté mis ojos azules y le medí con la mirada. Ante mí, apoyado en una silla, se erguía un hombre más bien alto y de un aspecto algo indefinido. Me dirigió una sonrisa cautelosa. No se amilanó cuando le miré. Irradiaba una especie de anticuada deferencia semisexy implantada en una cara todavía pasable. Tenía ojos meditabundos y obsesionados, ojos de pintor, como resultó ser, muy separados en su rostro apuesto a medias, de una forma vaga. Yo todavía no sabía si se mostraba amable para ligar o para aumentar la satisfacción del cliente. O si quería ligar concretamente conmigo o era su actitud general con las mujeres. Pensé: está y no está, dondequiera que «esté». Posiblemente los chicos de la escuela primaria le habían llamado Rana.

Permaneció como plantado bajo la luz fría y sucia de los focos de emergencia, y sonreía pertinazmente. No parecía nada tonto. Era pura simulación. Se imaginaba que él y yo éramos camaradas en una calamidad climática, afrontando codo con codo un cielo verde. Solidaridad meteorológica. Oí el retumbo del granizo contra la claraboya. El tiempo es decimonónico en sus efectos, pensé.

—La he visto antes —dijo él.

—Este sitio está cerca de mi trabajo —dije.

—Yo pensaba que el atractivo residía en nuestro ambiente. —Se recostó en la pared—. En nuestro modo de procurar que los clientes se sientan a gusto. No los clientes... los *invitados*.

—Está cerca del trabajo.

—O que quizá le atrajesen los cuadros, la atmósfera, todos estos muebles confortables que usted ve, o quizá incluso la calidad del café.

—Está cerca del trabajo.

—Muy bien —dijo él—. Es el personal, los empleados amistosos y sencillos que hay aquí regularmente, como Chloé, que está echando una cabezadita allí al fondo. —Hizo una seña en dirección hacia una punki medio dormida en un reservado de la parte trasera. Estaba a punto de levantarme y huir de sus deficientes tentativas cuando dijo—: Lo siento. Veo que la

exaspero. No es mi intención, ¿sabe? Veo en su expresión que estoy estropeando mi intento hospitalario. La dejaré que termine su café. Perdón por haberla molestado. —Aguardó—. A propósito, ¿dónde *está* el trabajo, para usted?

—Como a una milla de aquí. —Señalé hacia el oeste con un dedo—. Usted no es *especialmente* exasperante, ¿sabe? No específicamente. He conocido a peores.

—Gracias. ¿Qué hace usted? ¿Cómo se gana la vida?

Se lo dije.

—Ah.

Un trueno súbito estalló fuera. Los dos nos movimos, aunque creo que yo debí de estremecerme y sorprenderme, pues un mes más tarde él me dijo que yo había temblado y que él se había fijado y lo había captado. Aquel pequeño movimiento, aquel temblor mío, encendió una llama. A Bradley le interesan los miedos y las fobias. Hizo una seña hacia el centro de la galería, donde no había nada que ver.

—Un tiempo violento —dijo.

—Sí.

—Bueno, ya ve... una mejora.

—Ah —decidí asentir, aunque no enfáticamente. ¿Una mejora de qué? No lo pregunté.

Lo que hice fue asentir sin entusiasmo, un asentimiento que no otorgaba una conformidad definitiva. Comprendo que mi ironía y mi distancia pueden resultar fatigosas, pesadas. Pero el comportamiento esquivo es profundamente erótico, al menos para mí. Sé combatir mi propia frialdad cuando la situación lo exige, cuando capitulo ante el encanto y la efusión. Me sonrió como quien encara un fuerte viento en contra, que yo había generado y que colaboraba con la tormenta de fuera.

—¿A usted le gusta?

—¿El qué?

—El... el tiempo violento.

—Oh —dijo él—, desde luego.

Era un hombre muy agradable.

—A mí también, supongo. —Me estaba esforzando en ser un poco sociable—. Cuando era niña me daban miedo los truenos. —Bajé la mirada hacia el periódico. Había una retrospectiva de Paul Hindemith en el Lincoln Center. Y algo de, cómo se llama ese niño prodigio: Korngold. ¿Dónde estaba

el artículo sobre Mark Morris?—. Era muy convencional en aquel tiempo — dije, recordando la conversación.

—Pero ya no lo es, probablemente. ¿De qué tiene miedo ahora?

—¿Ahora? —Lo pensé un momento—. Es usted muy directo. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque no parece que la asusten muchas cosas. No parece miedosa;

—¿Miedosa? Tiene razón. No lo soy. Bueno, ya que lo pregunta, me *afectan*, supongo que emocionalmente, los espacios abiertos —dije—. A veces pueden conmigo. Los campos. Me desquician un poco. Cualquier lugar sin límites. Sufro una ligera agorafobia. Y también me horroriza aburrirme. Si me aburro, me asusta la forma en que me aburro. Pero no es nada grave.

—Mi ex —dijo él—, tenía miedo a los perros.

Una pausa. Él no dijo nada y yo tampoco. Los truenos y el viento en el exterior creaban un estruendo de efectos sonoros teatrales, pero fuera, a lo lejos, sin relación alguna con la gente que estaba en la galería comercial, salvo con los que querían luz eléctrica y no la tenían.

—¿Sabe? —dijo él, probando suerte—. A veces, cuando estoy aquí trabajando, miro los... *recovecos* de este sitio, y veo a toda esa gente que pasa y pienso en las cosas que les gustan y las que les asustan, y al pensarlo me quedo desolado.

Desolado. Nunca he oído a nadie emplear esa palabra en una conversación. ¿Cuál sería la siguiente? ¿*Descorazonado*? ¿*Entristecido*? ¡Qué manera de ligar más contraproducente y poco intuitiva! El estilo más allá de un estilo. Él siguió sonriendo, a pesar del sesgo que había tomado la conversación y de su ineptitud para esta clase de charla.

Yo seguía sin saber su nombre. Compradores espectrales desfilaban por delante de nosotros en su camino hacia alguna parte. Los vientos fustigaban la galería, la azotaban.

Su sonrisa parecía y resultaba extrañamente dulce, y luego me tomé el tiempo y la iniciativa de mirar sus manos. Tenía manos bonitas. Había en ellas una inteligencia física. No tenía —ni tendría nunca— el atractivo visible que poseía David, el poder sexual de hacer que notaras dolorosamente su presencia física en una habitación sin que tuvieses que mirarle siquiera, y nunca tendría los hombros de David ni su facilidad de palabra, pero David era hermoso e ilícito y estaba comprometido. Era tan pretencioso como modesto aquel otro tío.

—Y luego pienso... —Él continuaba hablando mientras yo me preguntaba

cómo sería aquel tío en la cama, a largo plazo, o en el sofá una mañana de domingo, casado, por así decirlo, mientras el sol entraba por las ventanas, y cómo sería al volante de un coche o recogiendo con un rastrillo las hojas— en que incluso eso, las cosas de que tienen miedo, puede hacer a las personas atractivas. Y después de haber pensado en sus... miedos, empiezo a imaginarme, aunque no es que yo disponga de *tanto* tiempo, cómo me llevaría con ellas si llegáramos a formar una pareja, adónde viajaríamos de aquí para allá, Bali, o Fuji o quizá las islas Orkney, y...

—Quiere decir Fiji.

—¿Qué?

—Ha dicho «Fuji» y son las islas Fiji. Lo primero es una película. Lo segundo es una isla en... bueno, ya sabe dónde.

—Oh —dijo él. Procuraba sonreír, pero era una sonrisa valerosa, una sonrisa de enfermería, y lamenté haberla causado.

Sin duda le había quitado el viento de las velas. Su desaliento no era una buena señal. Los hombres debían estar más a mi altura que eso.

Tienen que devolver el golpe para contentarme. Tienen que hacerme frente.

—Tome—dije, interrumpiendo su silencio. Saqué una tarjeta de visita de mi bolso.

—¿Qué?

—Le estoy escribiendo el número de teléfono de mi casa. Me llamo Diana.

Cogió la tarjeta y miró un poco perplejo el número escrito en ella.

—Gracias —dijo por fin, como si hubiese encontrado un cuentagotas de elocuencia y estuviera decidido a utilizarlo.

—Y ahora —dije—, como manda la costumbre, dígame *usted su* nombre.

—Soy Bradley —dijo, deprisa, como si los niños del parvulario se hubieran burlado siempre de su nombre y le doliera decirlo—. Bradley Smith. ¿Puedo pedirle una cosa?

—¿Qué?

—¿Puede levantarse, por favor, para que la abrace?

Bueno, eso fue bonito. Pero antes me dejó hacer una traqueotomía que permitir que un hombre me abrace nada más conocerme.

—No —dije—. No, la verdad, por supuesto que no voy a hacer eso. Aún no. No. Es demasiado pronto para abrazos con un desconocido. En realidad, voy a *levantarme*, pero si va a haber abrazos, Bradley, tendrá que ser un poco

más adelante. Es una de las cosas que sabrá de mí. Me disculpará, pero ahora tengo que ir al despacho, haya o no avería eléctrica. Estoy perdiendo el tiempo.

No debería haber dicho esto, con una pizca de condescendencia en el tono, pero no sé seguro si él lo notó. Así que me puse de pie y él me observó hacerlo. Me evaluó con la mirada. Oh, pobrecillo: apuesto a que supo que ya estaba superado. Creo que supo que yo sería siempre más rápida, y no sólo verbalmente, sino que mi filo sería siempre más agudo que el suyo, haría cortes más profundos, porque yo era el animal superior y él estaba acabado a su edad. Soy una de esas mujeres que no ven belleza en ninguna clase de debilidad o patetismo. La mayoría de los hombres no pica tan alto, retrocede ante un desafío parecido, aunque la mujer sea una beldad, cosa que yo no soy, pero casi, si te gustan los ojos inteligentes y los ademanes que se corrigen a mitad de camino. Pero vi cómo se guardaba mi número de teléfono en un bolsillo y mantenía los dedos sobre la tarjeta, aquel pequeño fetiche flamante y a buen recaudo en su nido. Debía de haber sido un tío valiente, a su manera.

Se metió detrás del mostrador y volvió para darme un pedazo de papel. Era un boceto hábilmente dibujado de un dragón que borraba con el hocico el letrero en la puerta de Jitters. En el dibujo yo estaba sentada dentro, leyendo. Unos toques de lápiz bastaban para que yo fuese reconocible, nada más por la postura. Me lo guardé en el bolsillo. Lo había firmado Bradley. Un original.

¿Qué me ofrecía una relación con Bradley Smith? ¿Era un ejemplo clásico de una mujer fina que se vende barato? A medida que pasaban las semanas y le iba conociendo mejor, pensaba en toda una lista de adjetivos expresados de modo negativo: no parecía ignorante ni mal hablado ni bravucón, ni desconsiderado; no era repulsivo ni zafio ni violento ni lastimero ni desdenoso; no vestía mal, no era inconsciente ni sucio ni pestilente y no era especialmente irónico. Tampoco era feo. Y no carecía de atractivo.

En otras palabras, valía para marido. Tan sencillo como eso.

Ya he dicho que yo no necesitaba un marido. Pero todavía no había tenido ninguno, aunque había recibido algunas ofertas tibias, y estaba dispuesta a vivir la experiencia de casarme, por retro que pudiese parecer, por no hablar del hecho de que parecía haber llegado el momento de que uno de ellos, uno de esos hombres sin ataduras y dotados de cualidades negativas, entrase en mi vida y me eligiese. Dios, suena espantoso. Además, tarde o temprano quería tener un hijo, y no quería tenerlo sin tener un marido. No quería el extraño progresismo político ni el leve patetismo de que me colgaran la etiqueta de

madre soltera. Quería hacerlo todo a la manera antigua.

Como mi madre me dijo una vez: «Están loquísimos, querida... los hombres. Lo que tienes que buscar es uno que tenga una locura lo suficientemente grande, tranquila y generosa como para incluirte».

Le miraba pintar sus lienzos en el sótano. Hacíamos excursiones en canoa por el río Huron. Yo jugaba con su compañero, el perro *Bradley* (un perro de necesidades especiales, lamento decir, cognoscitivamente cuestionado, y baboso). Hacíamos viajes de fin de semana a Chicago y escuchábamos jazz. Bradley hizo un cuadro del dragón con el hocico de goma llevándome en su lomo. Aquel cuadro realmente me daba un vuelco el corazón. ¿Cómo podía él saber que desde niña había querido cabalgar en un dragón? Cenábamos en su casa a la luz de unas velas. Teníamos relaciones sexuales, satisfactorias, bastante, buenas, aunque Bradley perdía cuando le comparaba con David en este terreno, cosa que yo no podía evitar. Parece algo vergonzoso decirlo, pero un orgasmo *no* es tan bueno como otro. Y qué, pensaba yo. Sentados la mañana del domingo, a la pata la llana, cambiábamos opiniones. íbamos a galerías donde él expresaba sus criterios sobre el arte expuesto (rara vez le gustaba y lo denunciaba y denigraba en sus cuchicheos a mi oído). Me enseñó sus ejemplares de ART-neu/s. Conocí a sus vecinos, los Ginsberg. Fuimos a Five Oaks y conocí a su hermana y a su cuñado, el barbero. Trabajábamos en el jardín, yo iba a mi gimnasio. Era una vida apacible. Yo le hablaba de Derecho y él desconectaba mientras fingía escuchar. Yo le asustaba y él, humildemente, trataba de ocultarlo. Poco a poco tomé posesión de él del mismo modo que tomas posesión de una mecedora. Acepté, con condiciones, la bondad que él me ofrecía, aunque me parecía un poco insulsa, como lo son las cosas cómodas que nos resultan conocidas, y su insipidez no tiene nada que ver.

A ratos perdidos, me sorprendía a mí misma inclinándome hacia él y besándole el claro que tiene hacia el lado de la coronilla. Conocí a sus padres. Él conoció a los míos. Siempre estaba nervioso, temiendo decir algo que revelase que era un necio o un imbécil. Pobre, desde el principio su actitud era transparente. Si yo amaba algo de él era su sencillez, su falta de máscara, que no tuviese disfraz. Era este tipo de hombre: hacía esculturas de globos, más o menos cada dos semanas, para divertir a los niños del vecindario que vivían en la manzana siguiente y a veces iba a su jardín. Se reprochaba que no le salieran mejor. Sin duda del Medio Oeste, un tío totalmente fuera de onda,

con el corazón donde es debido, en la mano, a plena vista. Era auténtico y poco interesante, de carácter tranquilo y fiable, la clase de hombre que te sosiega el pulso en lugar de acelerarlo.

Me pidió en matrimonio. Y acepté.

La siguiente vez que vino David —porque la vida apacible no basta—, trajo sopa de arroz con pollo, junto con un vino perfectamente helado que a él le gustaba, un *sauvignon* blanco. Esta vez no vino con chaqueta de cuero; venía de la oficina.

En el lado derecho de la cara tenía una mancha de tinta de bolígrafo. (Se afeita toda la barba.) En cuanto hubo cruzado la puerta, pero en el instante mismo de cruzarla, enrosqué mi pierna alrededor de la suya, me ensalivé el dedo y, lenta y placentemente, le limpié la mancha de tinta.

Mientras lo hacía, nos contamos las cosas que habían pasado, pero por algún motivo yo no entré en materia, por lo menos no directamente, y no le dije que Bradley me había propuesto que nos casáramos y que yo había aceptado. Después de la sopa y el vino, fuimos a mi dormitorio, donde me besó y me desvistió, desabrochándose diestramente la falda, y se arrodilló a mis pies para bajarme despacio la ropa interior. Le gustaba ponerse de rodillas mientras yo estaba de pie, para rendirme homenaje. Me rodeaba con sus brazos, me besaba y luego apretaba su cara contra mi abdomen, y yo notaba el roce de su barba y suspiraba de placer. Debo confesar que hacía que me temblaran las rodillas. Después de eso me quitaba la ropa. Esta vez sentí su cuerpo un poco más, lo deseé más, aprecié su musculatura. Vi su reflejo en el espejo de la cómoda, sobre un extremo de la cual había colocado el dibujo que había hecho Bradley de mí montando al dragón.

David y yo hicimos el amor un buen rato. Mientras estábamos ocupados con esta actividad, yo continué estudiándole, entre jadeos, del mismo modo que se examina una costumbre que estás a punto de abandonar. Este hombre, este hombre concreto: con todos sus rasgos físicos adultos, todos ellos entregados a una acción viril, sin ninguno juvenil. Lo juvenil no era su estilo. Hicimos corcovas y contorsiones, forcejeamos y nos ensartamos el uno en el otro. Primero hicimos el amor —su tranquila ternura— y luego follamos brutal y ciegamente, y después volvimos a hacer el amor y luego follamos de nuevo. David me sacaba de dentro un animal que yo no sabía que tenía, y siempre me sorprendía verlo, ver la fiera que yo llevaba dentro. Por primera vez en mi vida se me ocurrió pensar que un tío que es diestrísimo haciéndole el amor a una mujer, a la misma mujer, y que es inventivo y sumamente bueno cada vez

que lo hace, que es cuidadosamente brutal en algunos momentos y solícito en otros, que conoce tus puntos tiernos y se concentra en ellos y parece que está idolatrando tu cuerpo y que siempre se esfuerza en conducirte hacia una dulce locura, no es alguien a quien desdeñar o menospreciar o rechazar por defectos secundarios, ni siquiera como amante, como un ser recreativo.

Cuando terminamos, aspiré y olí el olor fuerte y melifluido de nuestro brutal ardor sexual, que, aquella noche, me despertó nostalgia de nosotros, de los dos. Cercené esa nostalgia, pero siguió rezumando.

Tras un descanso, besé su espléndido estómago plano, salpicado de pequeños pelos, y le cosquilleé con mis cabellos, y avancé hacia el punto en que el olor era más intenso. Fue entonces cuando levanté la mirada hacia él y le dije:

—¿Sabes una cosa, David? Bradley me ha pedido que me case con él.

Él asintió. Sabía todo lo de Bradley. Evidentemente nunca le había tomado en serio. Tenía los dedos enredados en mi pelo, mi pelo que adopta poses agresivas. Frunció el ceño y retiró la mano.

—¿Tu artista? ¿Y tú qué le has dicho, Diana? —Aguardó como si realmente tuviera curiosidad—. ¿Qué le has respondido?

—Le he dicho que sí.

Siguió un largo silencio, durante el cual mantuvo sus dedos en mis cabellos, acariciando mi cuero cabelludo. Yo seguí besándole, más bien como un lapso de espera hasta la etapa siguiente de lo que fuéramos a hacer o decirnos.

—¿Que sí, eh? Bueno. —Recostó la cabeza. Se quedó callado. En la habitación entraron sonidos de grillos, y la música de *A Love Supreme*, del CD de Coltrane, y el rumor de coches que pasaban por la calle—. Interesante. O sea que le has dicho que sí. —Y después dijo, ahora con un tono un poco más quejumbroso y una expresión desagradable, intranquila—. Bueno, Diana. Has aceptado casarte con él, ¿eh? —Permanecía alerta. Se estaba acelerando—. ¿Es lo que has hecho, de verdad?

—Sí. Es lo que he hecho —dije.

—Vas a casarte con él. En serio. Jesús, qué ruin eres. Vas a casarte como si fuera una travesura. Es tu lado chistoso. Pero sabes qué vas a atrofiarle totalmente. Ese tío se va a marchitar como un árbol en una tormenta. Querida, te lo vas comer vivo. Es lo que haces con los buenos tíos, y lo sé porque tienes un pasado y me tienes a mí y yo te he visto en acción. Te *conozco*. No digas que no, niña, conozco cada centímetro de ti. No aguantará más de un año, a ti y

a tus filos cortantes. No es un hombre a tu altura. Me lo has descrito, aquí, en esta misma cama. Vaya mujerota que estás hecha, Diana, ¿qué demonios estás pensando?

—Oh, no soy *tan* ruin...

—Sí, lo eres.

—No, con él no. Además, tú no le conoces. Me hace ser una buena chica, a veces. Tú no sabes lo que él sabe y no sabe hacer. Soy distinta con él que contigo. Por cierto, ahora que lo dices, quizá debería disculparme.

—¿Con quién? ¿Conmigo? ¿Por acostarte conmigo? —preguntó—. No estás hablando claro. No es propio de ti. No deberías disculparte conmigo.

—No, no, no me refiero a eso. No me has entendido. *Adrede*. Bueno, Bradley...

Por alguna razón no pude terminar mi pensamiento. No recordaba con quién creía que debía disculparme. Él se quedó confuso un momento. No era propio de mí. Me enturbiaba una nube la cabeza.

Justo entonces sonó el teléfono. Él me dijo que no contestara, pero yo sí lo hice, inclinándome sobre él de tal forma que mis pechos rozaron sus piernas. Era una llamada inoportuna, de un reparador de ventanas. Colgué bruscamente y miré a David.

—¿Qué decías de Bradley? —me preguntó, como si no nos hubieran interrumpido—. Y ya que hablamos de él, ¿por qué estás aquí *conmigo*? —En sus ojos, pensé, brillaba un destello de algo parecido a la curiosidad—. Vamos a aclarar las cosas. Si tienes intención de casarte con ese Bradley, el cafetero, el bocetista ése, ¿qué estás haciendo exactamente en la cama conmigo? ¿Y cómo no me lo has dicho hasta ahora? Se supone que tienes que estar encelada con tu nuevo amor. Deberías estar absorta en eso. —Se rascó el hombro y me frunció el entrecejo—. Deberías ir toda ufana colgada de su brazo. Tendrías que estar acurrucada a su lado, escuchando esos álbumes que tienes de Mingus. Pero en vez de eso estás aquí, en la cama conmigo. Yo creía que esa idea tuya de casarte era una pifia. Siempre has dicho que *era* una pifia.

—¿Una pifia? No, nunca he dicho eso. Estoy segura de que no lo he dicho. No emplearía esa palabra. No sé. En cuanto a nosotros, a ti y a mí, estamos follando. ¿A qué te refieres con eso de que qué hago aquí contigo? Estoy haciendo lo que siempre hacemos. Hablamos y hacemos el amor, hacemos el amor y hablamos.

—Pero si vas a casarte con él...

—*Voy* a casarme con él.

—Entonces no deberías estar así, amartelada y desnuda conmigo, ¿no te parece? Corrígeme si me equivoco. Tendrías que estar con Bradley, tu prometido, tendrías que estar con él, donde sea que esté. —Aguardó un momento—. Exclusivamente.

—¿Exclusivamente? Oh, vamos. No me seas mojigato —dije, reponiéndome—. *Exclusivamente*. Vaya palabra. No veo por qué. Por qué no debería estar yo aquí, quiero decir. *Tú* estás casado, en definitiva. Tú eres el casado. La parte culpable. —Señalé hacia su dedo—. Cuando estamos desnudos, tú y yo aquí solos, tú sigues llevando tu anillo de casado. Yo todavía no estoy casada. Soy simplemente esa fea figura tradicional, la otra mujer. La querida. —Tenía su polla en mi mano. Estaba resuelta a que aquello fuera liviano, cómico, sociable, y no una escena desquiciada, y empecé a chuparle juguetonamente, pero él no me dejó seguir, me apartó de golpe y se incorporó.

—Para. Tenemos que hablar. Eso es distinto —dijo—. Que yo esté casado.

—No lo es —le dije—. Es exactamente lo mismo. No puedes criticarme.

—Te equivocas —dijo él—. Tú, que eres nueva en esto, que no te has casado nunca, dándome lecciones de ética mientras te acuestas conmigo. Le estás traicionando *antes* de haberle sido fiel. ¿Cómo le llamas a eso? Ni siquiera has intentado serle fiel. *Hubo* una época en que yo le fui fiel a Katrinka. Eres tan impaciente, Diana, ni siquiera le has dado una oportunidad a tu matrimonio. Estás harta de antemano, cielo santo. Eres como un niño monstruoso que quiere verme jugar con todos tus juguetes, por puro aburrimiento.

—Estás celoso, David. Es encantador.

—No estoy celoso. Lo que estoy es sorprendido. Realmente sorprendido.

—Realmente sorprendido. Oye lo que dices. Oye las palabras que usas. Tú no eres quién para darme lecciones sobre lealtad, amiguito. ¿Qué es esto, una especie de solidaridad masculina?

—Bueno —dijo David—. Bueno. —Se serenó, se incorporó en la cama y me miró. Yo miré a otro lado—. Oye, Diana —dijo—. Mírame. —Lo hice. Sin ningún problema—. Eres una mujer muy fuerte, ¿sabes? Y eres hermosa. Pero lo malo es que eres una gángster. ¿Qué te crees que estás haciendo, con esto de acostarme conmigo, como una chica soltera? ¿Estás jugando con ese tío? ¿Le quieres? ¿A ese Bradley? ¿Quieres al tío con el que vas a casarte?

—No es tan sencillo.

—Pues claro que sí. Siempre es muy sencillo. A ver, ¿le quieres? —Es digno de que le quieran, David. Eso es lo que cuenta.

—No. No te he preguntado eso. Ser digno de que te quieran es distinto. ¿Le quieres?

—Qué pregunta. No lo sé —dije—. Más o menos.

Sonreí y me encogí de hombros. Él se echó hacia atrás y me abofeteó, fuerte.

Me levanté de la cama en el acto, de inmediato. Permanecí desnuda al lado de la ventana. La brisa que levanté al pasar apagó las velitas de iglesia que siempre encendemos para hacer el amor.

—Bastardo. Sal ahora mismo de esta puta casa —dije.

—Oh, no, nada de eso —dijo él, con una expresión calmada y sexy—. No, creo que voy a quedarme aquí un rato. —Se metió reptando debajo de la sábana—. Tomaría un café, si eres tan amable, Diana. —Lo pensó un momento—. Un descafeinado.

A renglón seguido me miró de un modo extraño que no puedo describir, como si pegarme le hubiera gratificado.

—No vuelvas a hacerme eso —dije—. No vuelvas a pegarme nunca, bastardo.

Lo dije con calma.

—¿Te vas a casar con un hombre al que no estás segura de que quieres? —preguntó desde donde estaba, con un tono de tranquila virulencia—. ¿Vas a hacer eso? Furcia, te mereces unas bofetadas.

—No vuelvas a llamarme eso.

—¿Qué?

—Esa palabra. Odio esa palabra.

—Sí, estoy de acuerdo. Es una palabra fea. Pero verás, alguien tiene que devolverte la cordura. Cariño mío, debería darte una buena paliza. —Nada más decirlo estaba de pie, poniéndose los calzoncillos. Tal como estaba, tenía buena planta (el defecto de David es la vanidad) y, sin poder evitarlo, le observé. Tenía piernas bonitas y muslos poderosos, cada centímetro de los cuales yo había besado y lamido con la lengua, y ya no me importó nada—. No he pegado a una mujer en mi vida. Ahora le veo sentido, si eres tú —dijo. Su voz se elevaba hacia el grito y pronto llegaría a serlo—. Te ahorraría toneladas de pena si te diese una buena tunda para que no te cases con alguien a quien no quieres. —Los ojos le brillaban de cólera—. Maldita. —Caminaba de un lado para otro—. Has contratado a ese tío como un pasatiempo. Es

indigno de ti. Discúlpame mientras friego los platos. Tengo que calmarme.

Entró en la cocina. Cuando oí el sonido de agua corriente, me senté en la cama y acuné mi cara entre las manos durante unos minutos. Las mejillas me ardían de la bofetada de David. Hice pequeños pliegues en las sábanas con los dedos de los pies. Trataba de pensar pero parecía haber perdido mis facultades cognitivas básicas. Era algo nuevo para mí. Me desenvuelvo bien en las complejidades de la argumentación. En cierto modo —no sé por qué— no esperaba que él reaccionase así. Por fin me levanté, me puse un camisón y entré en la cocina.

David estaba allí en calzoncillos, lavando y enjugando los boles de sopa, lavando y enjugando los vasos de vino, todo ello con su habitual cuidado minucioso. Miré la curva de su columna vertebral en la parte que se introducía en los calzoncillos. Pensé en lo mucho que iba a añorar su cuerpo, las sopas, el vino, las charlas: al cabronazo entero que aquel hombre era. Echaría de menos la conmoción que creábamos juntos. Eso sobre todo. Hacer el amor con él era como entrar en un túnel de lavado de automóviles, salvo en que salías más sucia y más viva por el otro extremo.

—¿Todavía no has hecho el café? —preguntó.

—Todavía no. Pensé que lo harías tú.

—¿Por qué no lo *haces* ahora mismo? Y vete al diablo, si no te importa, mientras lo haces.

—Ese lenguaje grosero no es propio de ti, David.

Se volvió y me enseñó el dedo: extendió los brazos como en la ópera, y yo comprendí que estaba todavía tan enamorada de él, tan febrilmente, que detesté que me diera la higa.

—No te pongas quisquillosa conmigo, Diana. ¿Cómo soy? ¿Qué hago? Anda, dímelo, si tan segura estás, si me conoces tan bien. ¿Qué soy yo, aparte de tu amigo, y el hombre que te hace el amor cuando podemos vernos? *Diana, soy el tío que cuida de ti.* ¿Quién más lo hace? —Se estaba enfureciendo otra vez. Volvía a encolerizarse—. ¿Quién más se ocupa *realmente* de ti? Nadie. Creo que voy a salir fuera ahora mismo, si no te importa. Si no salgo voy a Estropearlo todo, te-voy a poner un ojo morado. ¿Y entonces qué pensarán los vecinos? ¿Por qué no me haces ese café mientras estoy fuera?

—No estás vestido.

—Tengo los calzoncillos puestos. Además, ¿crees que me importan un cojón los vecinos?

Cruzó la cocina, pasó por delante del florero con las flores cortadas que

él había traído —gladiolos, esta vez— y que estaban en la mesa del desayuno, y se dirigió a zancadas hacia la puerta de atrás. Me puse una bata, lo más rápido que pude, y corrí a ver dónde había ido. No le vi. En la sala, el equipo de CD, al ir girando su selección de discos, había llegado al Miles Davis, *Sketches of Spain*, que habíamos programado con todo cuidado para que hiciera de fondo a los cuchicheos de después del coito. Pero no vi rastro de David.

Acerqué la cara a la ventana para tratar de verle. Extrañamente, por un momento rememoré la palabra de Bradley, *desolación*, mientras hacía pantalla con las manos a ambos lados de la cara y clavaba la mirada en la oscuridad. Pájaros nocturnos y grillos gorjeaban como locos.

Mi casa es espaciosa, y tengo un amplio jardín delantero con azaleas plantadas en el lado norte, y cuando hice pantalla con las manos para que la luz no me molestara, le vi en cuclillas al fondo, debajo de un árbol, en calzoncillos, arrancando al azar manojos de césped con la mano derecha mientras se bebía una cerveza que debía de haber encontrado en la nevera. Hablaba solo, algo nuevo en David, absolutamente nuevo y nunca visto por mí, aunque yo no podía saber con absoluta certeza lo que estaba haciendo en aquella luz tenue, aparte de estar activamente enfadado conmigo. La cara, sin embargo, era la clásica cara del hombre lloroso, aunque no pareciera haber lágrimas en sus ojos. El hijo de puta me amaba y nunca me lo había dicho. Era tan riguroso...

Tiró la lata de cerveza y la hierba que había arrancado y echó a andar hacia el garaje. Cuando, rodeando la casa, reapareció en la puerta delantera, estaba en cueros. En su congoja se había quitado los calzoncillos. Dios sabe lo que hizo con ellos. Arrojarlos, quizá, a la copa de un árbol. Estaba en un estado de semicómico desespero erótico. Por fin me había real y verdaderamente sorprendido. Yo estaba estupefacta, y estaba pensando en el teléfono más próximo, pero David se limitó a entrar en casa y volver al dormitorio, y lenta y casi tímidamente se puso su ropa de corte elegante, prenda tras prenda, escrupulosamente, aunque por supuesto sin los calzoncillos. Me pregunté qué le diría a su mujer para explicar su ausencia, pero tal vez ella estuviese dormida, perdida en sus sueños, cuando él volviera. Quizá no se fijaba nunca en lo que él se ponía. Se abrochó los gemelos: David. Perdía la compostura veloz y brutalmente, pero la recobraba con la misma rapidez. Era un hombre muy particular.

Yo le había seguido al dormitorio. Me picaba la cara.

—David —dije—. Esto no significa...

—... No deberías casarte con alguien a quien no quieres —dijo, de espaldas a mí—. Oh, cariño, es un error afectivo. —Aguardó. Clavó la mirada en el dragón dibujado que estaba encima de la cómoda—. Sí, verás que tengo razón. Oye, ¿dónde está ese dichoso café? ¿La taza que te he pedido? ¿Una y dos y *diez* veces? No me lo has hecho, ¿verdad? No ibas a hacer eso por mí, ¿eh? Tan poca cosa. Bueno, ahora es demasiado tarde.

Ésas fueron las últimas palabras que oí de sus labios antes de que Bradley y yo nos casáramos. Más adelante David y yo reanudamos nuestra relación. Fui yo quien llamó. Yo fui la instigadora. Luego me llamó él. No tardamos mucho en estar de nuevo en el punto donde estábamos antes, vapuleándonos mutuamente. Comparada con cualquier otra persona, tengo muy malas pulgas, pero David no se queda atrás y por eso somos tan compatibles. Sobrellevamos con aplomo nuestra hipocresía. Y también nos conformamos, sobre todo con lo que tenemos y con lo que no tenemos. Él es mi otro yo. Bueno, ya sabe, son las cartas que me tocaron en suerte y así juego mis bazas, y no me preocupa mucho lo que usted piense.

DOCE

COMO a la mañana siguiente era sábado, y mi Esther estaba por fin durmiendo, quizá sólo durante unos minutos, ese sueño en que uno cambia continuamente de postura, yo me deslicé sigilosamente fuera de la cama y me di una ducha. Tuve cuidado de que no se me cayera la pastilla de jabón. Me afeité (tengo facciones porcinas, toscas, hirsutas, y una narizota como un jabalí, pero a pesar de todo soy agraciado, creo) sin mirarme a los ojos, evitando los autocomentarios sobre las bolsas que había debajo de ellos. Me calenté un poco de avena y di de comer a los peces rojos, *Julius* y *Ethel*.

Entré en mi estudio y saqué el talonario del cajón del escritorio. Estoy habituado al revoltijo, a la difusión de filosofía en papeles y marcalibros y a la divulgación del pensamiento. Rellené un cheque para mi hijo Aaron Ginsberg (con una suma inferior a la que él había pedido). Y entonces me percaté: «No, no, no, no puedo enviarle al chico un cheque con el número de mi cuenta bancaria escrito en él. Son arteros, él y sus extraños y peligrosos amigos. Descubrirán una manera de ordenar al banco que les gire *todo* el dinero que haya en la cuenta. No sé cómo lo harán, pero sabrán hacerlo. Esos hijos nuestros se han hecho amigos de ordenadores, y los terribles ordenadores peligrosos les ayudarán a ayudarse».

Así que aquella radiante mañana soleada, fui en coche a la sucursal de mi banco que abre los sábados. Para entonces eran las nueve en punto, según los relojes oficiales. El sol vertía sus rayos ardientes sobre los paisajes de mi vida, el mundo real que tan infeliz había hecho a Platón. La cajera de mi banco se llamaba Theresa. Me parece recordar que llevaba gafas. Pero no estaba yo en condiciones de tener impresiones exactas sobre el aspecto de aquella chica, sobre su belleza o su fealdad. Quizá perteneciese a alguien, en el terreno amoroso. Quizá despidiera un olor a lilas. ¿Qué me importaba eso a mí? Si se me permite preguntar, ¿qué me importaba a mí aquella mañana el olor a una bolsita de lilas que despidiese una cajera de un banco? Estábamos en galaxias distintas. Nos alumbraban luces diferentes y proyectábamos sombras separadas. Yo estaba afrontando una catástrofe y ella trabajando de empleada en un banco.

«Theresa —le dije, con la garganta seca, cuando llegué a su ventanilla—, necesito un cheque de caja a nombre de mi hijo, Aaron Ginsberg. Librado

contra mi cuenta de ahorro.» Le entregué la libreta y el impreso de reintegro, y ella consultó mi saldo y rápidamente imprimió el talón en una máquina. «Gracias», le dije. Ella debió de sonreír, como hace esa gente continuamente, pero debo confesar que no me causó la menor impresión. Volví a mi coche Ford y regresé a casa.

De nuevo en mi estudio escribí una breve nota a mi hijo, pidiéndole... ¿pidiéndole qué? ¿Una garantía de que iba a gastar juiciosamente el dinero? No estábamos en la tesitura de intercambiar tiernos mensajes de padre a hijo. (Resonaba en mi cabeza una canción enloquecedora: *Twentieth-Century Blues*.) Le pedí a mi hijo Aaron que no cumpliera su amenaza de poner fin a su vida. Sobre mi escritorio había una foto de él, sonriendo al sol blanco como algodón en una pista de tenis, un día insólito en que era saludable y feliz.

Adjunté el cheque a esta nota. Pegué un selló en el sobre: la bandera norteamericana. Bueno, no pretendo que esos detalles tengan un patetismo opresivo. Puse el sello y escribí su nombre y dirección, el número de un apartado de Correos. Fui caminando hasta la esquina y eché la carta al buzón. Se mezcló en la oscuridad con otras cartas, compañeras que se susurraban sus mensajes de amor, nostalgia y perfidia.

Pero tan pronto como hube bajado la solapa metálica del buzón, recordé que Aaron me había indicado que le enviara el dinero por correo *urgente*, como indicando su estado de emergencia suprema, la sangría de su amenaza de suicidio. ¿Qué podía hacer? La carta había sido enviada sin pensarlo. Sopesé brevemente la posibilidad de llamar a una compañía aérea y reservar un billete para un vuelo inmediato a Los Ángeles, con objeto de intervenir personalmente. Pero para entonces ya sabía que para Aaron yo era peor en persona y, por consiguiente, más ineficaz como padre que cuando me veía reducido microscópicamente a una mera voz por teléfono. En persona, la sola visión de mis rasgos parentales le inspiraría una instantánea expresión de asco, antes de que yo hubiese cometido el primer delito paterno del día.

Dentro de casa, Esther dormía inquieta, la pobrecilla.

Encerrado en el ámbito uterino del Ford, sin saber dónde ir pero consciente de que por mí propio bien no debía ir a ningún sitio cercano a la Empresa Docente Fusionada, conduje hasta la cafetería de mi vecino en la galería comercial. Bradley no estaba. En su lugar me encontré delante de una muchacha americana que tenía escrito en la camiseta hormonas furiosas, y que me preguntó qué deseaba tomar.

—Café, por favor, señorita.

—¿Alguno en especial?

—Uno cualquiera.

—¿La mezcla del día?

—Bien, bien.

—Ahora mismo.

—Perdone —le pregunté—, pero ¿dónde está el jefe? ¿Dónde está Bradley?

—Ahí atrás, en la trastienda —dijo ella—. Ordenando existencias. ¿Le conoce?

—Es mi vecino —le informé—. Vive en la casa de al lado.

—Guau. Usted es el vecino del señor S. En serio. Eh, ¿quiere un kleenex? —preguntó—. Tome —dijo, y me tendió uno.

—¿Para qué?

—Parece necesitarlo —dijo ella. Señaló mi cara. ¿Lágrimas, o algo así?

—No me había dado cuenta —dije—. Gracias. Muchas gracias.

Después de pagar, cogí el café y el kleenex y fui hasta una silla cerca del fondo. Me enjuagué los ojos. Los tenía húmedos pero todavía no llorosos del todo. Yo era el único cliente. Busqué desesperado, en derredor, algo que leer. Pero los periódicos estaban en la entrada.

Ella se acercó a limpiar las mesas vecinas de la mía.

—Entonces —dijo—, ¿qué hace usted?

—Enseño filosofía —dije.

—Oh, caramba. Un filósofo podría servirme, esta misma semana —dijo ella—. Ahora mismo. En este mismo momento. —Se detuvo y se puso la mano en la cadera—. Por ejemplo: estoy a punto de hacer algo, ¿sí? Quizá no le importe que se lo pregunte. Y lo que voy a hacer, ¿es malo? ¿Pero va a producir un resultado que es bueno? En su opinión, ¿debería hacerlo?

—¿Cómo se llama usted, señorita? —pregunté.

—Chloé. Clo-é.

—¿No Chlué? ¿Clo-é?

—No. Lo familiarizo. Todo el mundo debería hacerlo.

—La respuesta es que no, Chloé. El fin nunca justifica los medios. Casi toda filosofía ética que merezca respeto le dirá eso. El imperativo categórico de Kant... bueno, las malas acciones hacen que el resultado sea malo.

—Es lo que pensé que usted diría. Gracias. Esto... —dijo ella—. ¿Le debo algo?

—¿Cómo?

—¿Dinero? Por su opinión. Porque su trabajo de filósofo es dar consejos, ¿no? Y además, es vecino del señor S. Como su trabajo es pensar, debería pagarle. En fin, ¿le debo algo?

—No, Chloé, nada. Pero gracias por el ofrecimiento.

Bajé la cabeza. Ella se retiró, en silencio. Tomé mi café. Ni una sola vez, Aaron, de niño adulto, me había pedido consejo. Que yo recordase, ya de adulto nunca me había hecho ni siquiera una pregunta.

Bradley volvió. Se paró junto a mi silla. Se sentó para conversar como vecinos. Me preguntó cómo estaba. Y yo se lo dije, a aquel hombre cordial, se lo dije todo porque apenas le conocía, y porque Chloé se ocupaba de los clientes, y porque había colgado *El festín del amor* al fondo del local, y porque era un ser tan humano, tan vacío —no lo digo como crítica— que yo podía llenarle, aquella mañana, con mis dificultades, sin causar una inundación. Hacia el final, me puso la mano en el hombro. Era una especie de consuelo.

—¿Y cómo está *usted*, Bradley?

—Estoy enamorado —dijo—. Es reciente. He conocido a una mujer maravillosa.

—¿Y quién es la afortunada?

—Se llama Diana —dijo—. Vamos a casarnos, creo.

—Bueno, tiene que traerla para que la conozcamos Esther y yo.

Y dicho esto me levanté para irme.

TRECE

PUEDO estar *tan* desmotivada... Por ejemplo. ¿Sabe ese polvo que flota en el aire? Yo era totalmente capaz de pasar *horas* sentada, mirando las pelusas de polvo colgando delante de mí. Si había luz del sol en la habitación, sólo las partículas de moléculas visibles o lo que sea, yo estaba de maravilla y extasiada.

No estoy diciendo que sea profunda, lo único que digo es que miro el polvo, y tampoco estoy emporrada cuando lo hago. Simplemente lo observo. Me concentro, pienso en el misterio de ese polvo, en el sentido de que esté en el mismo universo que nosotros.

Cuando intenté que Oscar lo contemplase conmigo, dijo: «Qué majara estás, Chloé. Caray, polvo». Lo dijo *sonriendo*, criticando mi interés por el polvo. Pero se veía que no captaba nada de la profundidad del polvo. Pobre chico. Bueno, hay gente que tampoco sabe cantar.

Pero lo que digo es que puedo motivarme cuando tengo que hacerlo. Dejo de meditar sobre el polvo y levanto el culo y termino el trabajo. Lo cual quiere decir que si tengo que pensar en el futuro, me activo.

Los amigos de Oscar, esos hombrecitos del instituto, de su pandilla de deportes —Speedy y Ranger y Fats (que no era gordo;⁶ ¿de dónde sacan los tíos *esos* nombres?)— vinieron a nuestro apartamento y empezaron a darle la murga a Oscar para que fuese con ellos a jugar al baloncesto, porque era a principios de verano y Oscar y yo librábamos en Jitters aquel día. «¡Oscar! Oye, tío —le dijeron, primero gritando desde abajo de la ventana—, vamos a hacer algunas canastas, colega, coooooole, Oscaaaaar, necesitamos otro tío.» Oscar oye la llamada de las necesidades masculinas y les grita que sí desde arriba y va y se pone los *shorts* y los Nike y me da un beso y le dan con el puño en los hombros en el aparcamiento y unos azotes en el culo y se va. Como puaf, como un marido. El nido vacío.

Tenía que cavilar si Oscar y yo teníamos perspectivas como pareja, juntos. Y allí estaba yo, Chloé, sola. Pero con las llaves del antiguo Matador AMC de Oscar, y estoy allí sentada y me digo: «Voy a que me lea el futuro una pitonisa». Así que cojo algo de dinero y me lo meto en los bolsillos y en los zapatos por si acaso me roban, y conduzco a Ypsilanti, donde están los adivinos. No hay que ir a los de la tele. La mayoría de los de la tele se

equivocan, y además son muy caros.

Le había estado leyendo las cartas de tarot a Oscar y quería una segunda opinión. Y supuse que tendría que coger algo suyo, y cogí un calcetín barato y el testigo de relevos de su equipo de atletismo y uno de sus cuchillos, que él me había dicho que no tocara, pero que cogí por su bien y por el mío.

Tienes que ir a Ypsilanti para descubrir el futuro. O a Willow Run. Mire, lo que tiene que hacer es salir de los barrios de clase media de Ann Arbor y Pittsfield Township, y luego explorar por allí, franja abajo, pasando los aparcamientos y la Arby y la Dairy Queen, y luego ves la Universidad Eastern Michigan, con su depósito de agua tieso como una polla (pero tiene un condón de ladrillo; vaya a verlo si cree que estoy de coña), y luego el centro de Ypsi, y allí, doblando hacia el este, *allí* es donde se pone interesante de verdad y chungo, en la zona en declive, que es donde las pitonisas tienen su tinglado.

Bueno, muchísimas ciudades tienen su zona en declive, ¿no? Donde están las viejas fábricas en ruinas y los almacenes. Porque en el este de Ypsi hay esas antiguas plantas de montaje de coches, esos viejos solares cochambrosos de acero y chatarra, y las chatarrerías se las arreglan para estar cerca de bares *topless* y salones de tatuaje, y de esas videotecas como alucinantes donde no quieres saber *qué* o a *quién* alquilan dentro, y fuera, en el bordillo, hay gatos y perros famélicos que te miran mendigando un bocado cuando te ven pasar en coche, y hay una alambrada alrededor de casi todos los almacenes, así que enseguida sabes que allí hay un karma bastante peliagudo. Es como si el futuro ya hubiese ocurrido y quedase atrás, ¿no? ¿No es algo así?

De todos modos, tienes que ir allí un día de sol. Si no, no funciona. Pillas resfriados en la psique si vas un día nublado. Luego tu psique estornuda tu buen karma a la capa de ozono y allí, por supuesto, se consume.

Y así iba yo conduciendo el Matador al sol y pasando por delante de Supermat y de una casa de empeños y luego un solar lleno de hierba salvaje, con una cosa en el medio que no se podía identificar, excepto que era de metal, y nadie ha descubierto cómo manipularlo, y es ultramortal. La herrumbre nunca muere, dijo el poeta. ¿Dónde está la síquica profesional cuya consulta pensé que estaba aquí? La vi la última vez que me hallé en esta situación. En ese hiperescoria había, bueno, *zapatos* por todas partes, zapatos sin nadie dentro, zapatos viejos. Aquí y allá, en la acera, zapatos de cuero marrones. Muy *Plan 9 del espacio exterior*. ¿Cómo es posible que haya gente, hombres, por

ejemplo, que se dejan los zapatos ahí? ¿Qué hacen esos zapatos ahí en el suelo? Mi consejo es: tíos, buscad una papelera.

Y ahora estoy cerca de Willow Run, donde construyeron los grandes bombarderos de la segunda guerra mundial, en aquel entonces en que la vida tenía un objetivo en esta zona y la gente sabía para qué servía su trabajo, y veo más casas de empeños con barrotes de hierro en la fachada, y un corro de tíos tipo tío-alto-con-cerveza-en-bolsa-de-pa-pel-estruza, de pie pero sobre todo sentados en la acera, sonriendo con toda la boca abierta pero sin un puto diente, *ja, ja, ja, eh, tío, hay una chica en ese Matador grandote, no tiene puesto el seguro de la puerta del conductor*, y entonces veo el sitio que estaba buscando, que vi la última vez que estuve aquí. Y que sabía que estaba aquí. Que tenía que estar.

Médium profesional Se adivina el futuro Se lee el tarot y las palmas Entre sin llamar

Aparco el Matador delante de la puerta, lo que es, para empezar, un acto peligroso, pero me imagino que la síquica tiene que tener algún control sobre lo que pasa fuera de su tienda y en el vecindario —para algo es síquica, ¿no? —, y entro.

Está oscuro. No hay bolas de cristal. Tiene ese burdo sofá de pana que huele como si pan de carne y comida de gato le hubiesen caído encima, y hacia un lado hay una mesa ensamblada a medias y dos sillas, y una lámpara de baratillo de iglesia con pájaros y conejitos pintados, y en las paredes hay un reloj de Laurel y Hardy, con los ojos que se mueven de un lado para otro, como péndulos pero no del todo. Hay más cosas de Laurel y Hardy en la habitación: tazas de porcelana de L&H y una bandeja de recuerdo de L&H colgada de la pared, y una estatua de L&H de unos treinta centímetros colocada en el rincón. En la otra pared hay un cuadro de arroyo-junto-al-molino-viejo como los que se pueden comprar en Woolsworth. Un gato-vampiro negro se frota contra mis tobillos y ronronea. Dios, odio a los gatos. Soy la única chica de mi edad que conozco que odia a los gatos.

Entretanto, en una emisora de radio Am suena al fondo, con interferencias, música *country-western*, para tarados, si me lo preguntan, Tricia Yearwood o alguien así cantando que me engañas con esto o me engañas con aquello. Oigo una voz: «Ahora mismo salgo», y luego el sonido de la cisterna del retrete y a alguien que hace gárgaras.

Sale la señora Maggaroulian, que sé que se llama así porque su tarjeta profesional está encima de la mesa, y su nombre está también impreso en letra pequeña en el escaparate, y dice:

—Hola, estoy contigo dentro de un minuto, cielo.

Miro la pared. En ella están pegados los precios. Leer el tarot cuesta doce dólares, la lectura de las palmas otros doce, y las predicciones garantizadas del futuro, basadas en determinismo síquico, que ella sabe cómo hacer, son también otros doce. Cada cosa cuesta doce dólares. Si escojo todo lo que ofrece, una cosa de la columna A y otra de la columna B, más un suplemento de la C, me va a costar el jornal de un día.

¡Pero! No te dan gratis el futuro, jódete y baila, así que aflojo casi cada billete doblado que tengo y se lo entregó a la señora Maggaroulian, y ella se pone sus gafas de leer, que lleva colgadas de un collar de cuentas alrededor del cuello, y cierra con llave la puerta de entrada y guarda mi dinero en una cajita de acero debajo de la mesa, su escondrijo. Para entonces ya me he fijado en que es una mujer grande, o sea, grandísima, igual que un gigante es grande, a la menos comparada con la forma y el tamaño normal de las mujeres, y tiene una peluca de mohair, o eso parece, y algo en la mandíbula que parece vello facial. Su nariz parece hecha de plastilina. Su vestido no parece de confección, porque es un mantel sujeto con imperdibles. Lleva esmalte de uñas negro, no del negro sexy sino de uno que asusta. Tiene las manos y los pies grandes, y también grande la boca y los piños. Esta tía de Ypsi no es la mejor idea comercial que una se hace de una síquica respetable. Pero en fin, si fuera más guapa estaría trabajando en la red de radiodifusión de Dionne Warwick a cuarenta dólares por minuto y cuchicheando predicciones. Eh, me importa una mierda si *es* una *drag queen*, por mí estupendo, lo que es por mí podría estarse follando a la reina de mayo, yo sólo quiero que me adivine el futuro, con tal de que sea cien por cien exacto.

Me sienta a la mesa y dice:

—Cielo, ¿qué quieres saber?

Le digo que tengo un novio, Oscar..., y la señora Maggaroulian asiente, porque por supuesto sabe lo que yo quiero saber porque es capaz de leer la mente. Dice que primero me leerá las palmas.

Me coge la mano, abre los dedos y estudia la palma como si fuera un mapa de carretera. Frunce el ceño.

—Ésta es tu línea del amor —dice, pasando el dedo por una raya—. Fíjate en esto.

—¿En qué? —digo.

—¿Tienes una relación con ese Oscar? Esa relación con Oscar va a terminar pronto, te lo aseguro.

—¿Cómo que «terminar»? ¿Está segura?

—Vamos a preguntárselo a las cartas —dice ella, como si en realidad no le *gustara* mi mano y ya no quisiera leerla, y saca sus cartas de tarot y, no te lo pierdas, besa antes la caja. Cosa que yo jamás haría. No besaría una baraja de cartas. Dice a las cartas con doloroso detalle las preguntas que quiere hacerles y luego las extiende en la mesa. No hablaré de las cartas que salieron —una suerte *pésima*—, pero fue como un tren misterioso y mágico que descarrila;

—Bueno —dice la señora Maggaroulian, con voz de gaita de *drag queen* que imita a una tía a lo Monty Python—, te diré que la verdad es que he visto cartas mejores.

—¿Hay alguna esperanza? —pregunté—. ¿Para los dos, Oscar y yo? Porque yo le quiero y todo eso.

—¿Has traído algo de él? —pregunta la señora Maggaroulian, enfatizando la palabra *algo* como si fuese un caramelo—. ¿Algo que le pertenezca? ¿Que haya tocado a menudo?

—¿Aparte de mí, se refiere? Sí. Este calcetín —digo, dejándolo caer encima de la mesa—, y este testigo de relevos. —Aguardo un momento, y hago todo lo que puedo por sonreír entre dientes—. Y este cuchillo.

Ella coge el calcetín con una mano y el testigo con la otra. Levanta la mirada hacia mí y la peluca de la cabeza se le desplaza un poquito hacia la derecha, hacia la una en la esfera de un reloj. Oigo el tictac de Laurel y Hardy consumiendo mi precioso tiempo. Me temo que va a hablarme de los días de gloria del equipo de relevos.

—No tengo que coger el cuchillo de Oscar —dice—. Cógelo tú. No lo necesito para verlo todo con claridad. Cielo, ¿cómo has dicho que te llamabas?

—Chloé.

—Chloé, cielo, ya sabes que no siempre acertamos. A veces es una buena idea no tomarse el futuro al pie de la letra. Nosotras, las síquicas, bueno, no sé. Tenemos también días malos. Tenemos días buenos y días malos.

Deposita en la mesa el testigo y el calcetín.

—¿Hoy tiene un mal día, señora Maggaroulian?

—Sí, querida. Tengo dolor de cabeza. Tengo un fortísimo dolor de cabeza. Como martillitos.

—¿Qué ve de Oscar, señora Maggaroulian?

La habitación se llenó justo entonces de olor a pan de carne, como si pasara en ese momento un tren con un cargamento de carne picada. Empezaba a tener ganas de marcharme de allí, unas ganas tremendas. Sentía que las células de mi piel daban vueltas por la habitación. Mis células de piel individuales querían liberarse de mí sólo porque yo estaba allí. La señora Maggaroulian seguía tratando de sonreírme y seguía sin conseguirlo.

—Bueno, cielo —dijo—, todo lo que veo de tu novio no es muy halagüeño. Laurel y Hardy me están diciendo que sus perspectivas de futuro no son brillantes. ¿Me has dicho que todavía vive?

—¿Oscar? Oh, sí, sigue vivo.

Decidí no preguntar nada sobre Laurel y Hardy ni sobre el modo en que hablaba con ellos. Hay cosas que más vale no indagar.

—Bueno, eso es estupendo. Vete a casa y dale un besazo y un gran abrazo, cielo. Eso es lo que yo haría en tu lugar. Verás, como no he visto gran cosa en tu futuro, voy a... —Se levantó y se acercó a su cajita de acero y sacó dos billetes de cinco dólares y me los devolvió—. Te voy a hacer un pequeño reembolso. Diez dólares. Considéralo como un reembolso sobre tu futuro. Deberías parar a comprar una hamburguesa cuando vuelvas a casa, cielo. Cómprate dos. Y patatas fritas. Y se las llevas a Oscar. Te garantizo que te lo agradecerá muchísimo. Si le quieres, está obligado a seguir viviendo un tiempo. Luego te vas de noche a la bolera con él, como una buena novia. ¿Te gustan los bolos? Juegas a los bolos, ¿no?

—Supongo.

—Bien. Vete a la bolera con Oscar. Porque veo que... ¿te apetece comer algo? Estoy preparando pan de carne ahí dentro, en la cocina.

—No, gracias. —*Supuse que debía preguntarlo*—. ¿Es malo lo que ve, señora Maggaroulian? Tiene que decírmelo. Le he pagado todo ese dinero. Son mis ahorros de esta semana. Sueldo y hasta propinas, que los clientes meten en el tarro del mostrador. Tengo que saber. Lo de Oscar.

—Escucha. —Me concedió un momento para que la mirase a los ojos. Allí dentro vivía otra persona por lo menos. No se notaba si lo que había dentro de la señora Maggaroulian era algo humano o sólo un ser humano a título honorífico. Quizá fuese un inquilino extraterrestre. El fisco no se atrevería a hacerle una auditoría a la señora Maggaroulian, porque verían que ella era una forma de vida alternativa, y no tienen tablas de ingresos para eso —. No puedo creer que esté vivo, ese Oscar tuyo —dijo—. Pero si le quieres

de verdad, seguirá vivo algún tiempo más. Créemelo. La gente puede mantener vivas a otras personas, ¿sabes? Ahora vete, cielo. Vuelve a casa.

—Sí. —Me detuve en la puerta—. Señora Maggaroulian —dije—, ¿es usted una chica de verdad?

Ni siquiera alzó la vista.

—No, querida —dijo, con desdén—. Soy una señora.

Cuando entré en el apartamento, Oscar estaba despatarrado en la cama, medio dormido después del ejercicio, la ducha y las cervezas. En la tele encendida había un partido de béisbol, y él tenía los ojos cerrados y me imaginé que, en el peor de los casos, estaba muerto. Así que me quité los zapatos y dejé las dos hamburguesas y el paquete grande de patatas fritas encima de la mesa de la cocina y fui corriendo adónde él estaba y le sacudí con fuerza. Y, justo entonces —¡sorpresa!— él abrió los ojos.

—Eh, Chloé —dice—, ¿qué pasa?

Me siento a horcajadas sobre él y le zarandeo, y él me sonrío.

—¿Qué tal el baloncesto? —pregunto.

—Fantástico —dice—. Jo, he jugado a tope, como un hombre de acción. Oye, veo que te has llevado el coche. ¿Dónde has ido?

—A Ypsi —digo—. A ver a una síquica. La señora Maggaroulian. Quería averiguar algunas cosas.

—¿Sí? —dice él—. Bien. ¿Qué te ha dicho?

Y entonces fue cuando respiré hondo y miré a Oscar y le dije:

—Oscar, he tenido una idea. No te cabrees, ¿vale?

—No —dice Oscar—. No, no voy a cabrearme. ¿Qué idea es?

—Bueno —digo—, sé que es pronto y demás, y quizá deberíamos ir con tiento y eso, y sé que se supone que las chicas no deben decir esto, pero después de hablar con la señora Maggaroulian he estado pensando que quizá debiera. Mira, esto va a sonarte rarísimo, porque aquí es sábado por la tarde... total, que lo que me estaba preguntando es, Oscar, que quizá deberíamos casarnos. Oscar, ¿quieres casarte conmigo?

Y Oscar, que me había dicho que me amaba, unas mil veces sólo la semana pasada, ni siquiera se para a pensarlo, sino que se sienta en la cama y dice: «Oh, sí». Nada más. «Oh, sí.» Como si fuese una gran idea que no se le hubiese ocurrido últimamente, pero que debería haber pensado. Luego dice:

—Es una idea estupenda, Chloé. Casarnos tú y yo. Yo sería tu marido y tú mi mujer, ¿no? Guau. Me *gustaría* hacer eso.

Hay cosas que una cree que no pueden ocurrir y de pronto ocurren.

Le di el besazo más grande que le he dado en mi vida, y luego fui a coger el bolso, y echamos un polvo de cuatro estrellas y después le di las hamburguesas, las dos, la suya y también la mía, de mi mano a su boca, bocado tras bocado tras bocado.

CATORCE

¿SABES lo que odio? Odio que alguien se dirija a mí y me diga: «¿En qué estás pensando, Bradley? Dime. ¿En qué estás *pensando!*». Pues no. Si es tu hora de «un penique por tus pensamientos», te devuelvo el penique. Porque, en primer lugar, piense lo que piense, es una cuestión privada —y no creas que te digo a *ti* todo lo que pienso, tampoco—, y, en segundo lugar, porque la mayoría del tiempo no estoy pensando en *nada*. Lo que digo es que no hay *pensamientos*, per se. Día tras día tengo aquí arriba un largo pasillo, interrumpido por imágenes espontáneas de mis cuadros, o de mi perro, o la cafetería, o recuerdos, o una mujer, su cara o su cuerpo o algo que ella ha dicho, en caída libre a través de las sinapsis.

Y me da igual si mezclo mis metáforas. Ahora estoy hablando de mi segundo matrimonio. Puedo mezclar mis metáforas sobre ese matrimonio si me da la real gana. Tengo derecho.

Digo todo esto porque no paraba de preguntarle a Diana qué estaba pensando *ella*. Estábamos en alguna parte, en un restaurante, por ejemplo, antes de o durante nuestro compromiso, y ella se sumía en aquellos estados en que miraba al vacío o a los grisines que había en el recipiente de cristal. Y yo sabía que estaba manteniendo una seria conversación consigo misma. Casi la veías mover los labios. Entonces le decía:

—Eh, Diana. ¿En qué estás pensando?

Ella sonreía, de golpe. Se tocaba su anillo de compromiso. «Nada.» Como si la hubieran devuelto a la tierra desde una región de asteroides.

—Nada. ¿Por qué lo preguntas, Bradley?

Cuando ellas —las mujeres— te hablan en serio, te llaman por tu nombre completo. *Bradley*.

—Porque parecías totalmente ausente.

—Estoy pensando en nosotros —decía ella, y me cogía la mano.

Me daba otra gran sonrisa, como la que pones para una bombilla de flas, como la sonrisa con la que llegas a Francia después de siete horas apretujadas de vuelo. Pero aquellas sonrisas tuyas tenían muy corta vida. Aparecían en su cara, como una ilusión óptica, y desaparecían tan rápidamente que no estabas seguro de haberlas visto.

Tenía la mirada todo el tiempo ausente durante las comidas, ausente en el

coche, ausente después de hacer el amor. Parecía una mujer que contempla el mar desde la borda de un crucero que se dirige a alguna isla, y a la que el flequillo le cae sobre la frente mientras sus pies se mueven al ritmo de una melodía interior. Era una gran aficionada a examinar los techos. Las molduras captaban su atención, la retenían. Tumbada a mi lado, sabía transportar lejos su existencia corporal, pero al cabo de un momento ya no podía seguir. Quiero decir, Dios mío, que yo estaba tan enamorado de ella que casi no lo notaba. Me sentía tan poderoso que creía estar hecho de plutonio. El hombre radiactivo. Me imaginaba a Diana caminando hacia mí, mirándome con *reconocimiento* —soy tu mujer, tú eres mi hombre, somos pareja—, .y pensaba: ¿cómo he tenido tanta suerte? No puede decirse que me venda barato.

Estaba convencido de que otros hombres me envidiaban. Yo ansiaba a Diana. La deseaba, no su dulzura, porque carecía de ella, sino sus ácidos y sabores, el modo en que me hacía sentirme más vivo. Oír hablar a Diana o besarla, despertar a su lado, era saber, o sea, cualquier hombre en su sano juicio sabría que era una diosa, y no una de esas de la Nueva Era, sino de la antigua, la auténtica especie de diosa, las que ya no existen, con ojos que despiden rayos. Su belleza me llenaba los ojos; sus ojos me ponían a prueba.

Quiero decir que Diana era difícil, pero después de uno de nuestros momentos de retozos permanecía echada en una postura inmóvil y solemne, mientras con los dedos llevaba el ritmo de su propia música inaudible y sus dedos tocaban mis costillas como un traste, y contemplaba el techo como si... bueno, era entonces cuando le preguntaba qué estaba pensando, y ella se volvía hacia mí y me sonreía como una bombilla de flas y decía: «Estoy pensando en ti, cariño».

Y yo no sabía si eso era bueno o malo, dado que ella siempre estaba ceñuda, y le empezaba a sobresalir el labio inferior, en un mohín como de leer poesía o alguna otra cosa cuya averiguación era un esfuerzo digno de mejor causa. En realidad no quería saber lo que ella estaba pensando. Me limitaba a mantener esa puerta cerrada. También Barba Azul mantenía cerrada las puertas de uno de sus castillos. Bueno, me dije: es abogada, y estará estudiando su siguiente caso.

En nuestra boda, que no se celebró en una iglesia, porque ni ella ni yo creíamos en algo tan grande, sino que tuvo lugar en el espacioso traspatio de un salón de recepciones cerca del río Saline, ella había dicho, con notable fuerza: «Sí, quiero». Estábamos debajo de un amplio toldo blanco y luego hubo un baile. Pero pareció casi sorprendida cuando al terminar la ceremonia

me incliné para besarla, como se hace al final del acto. Le aturdió mi beso, el hecho de besarla. Lo supe por la forma en que me miró. Abrió los ojos como platos y durante una fracción de segundo pareció asustada cuando mis labios se unieron a los suyos. Más tarde dijo que había estado examinando el diseño del enmaderado del quiosco de música, y que se había distraído. ¿Distraído? ¿En nuestra boda? ¿En el momento del beso? Yo pensaba que técnicamente la boda no había acontecido si los novios no se besaban.

Pero después del beso se acordó de sonreír. Sabía ser cortés. Y, concluida la fiesta, un carruaje tirado por un caballo nos transportó hasta el motel. El carruaje tenía la elegancia de una antigüedad, con taraceas de madera, y cuando subimos nos rociaron de arroz y flores sus amigos abogados y mis amigos artistas y del café, y nuestros padres y parientes y algunos mirones. Chloé y Oscar habían asistido con ropas compradas en una tienda de segunda mano, y también nos lanzaron flores. Asistió mi hermana Agatha, su marido Harold y mis sobrinos, e igualmente mis amigos y mi padre y mi madre, y algunos amigos de Diana, entre ellos un antiguo novio suyo que se llamaba David y a quien prácticamente no llegué a conocer, entonces.

Hizo sol y no había ni una nube en el cielo. El cochero llevaba un sombrero de copa. En esto fue distinto de mi boda con Kathryn, que se celebró en el ayuntamiento, donde no es típico que la gente se disfrace. Nos alejamos al trote del lugar de la boda y besé de nuevo a Diana, y esta vez ella no pareció sorprendida. Recuerdo que el caballo olía a paja y avena.

Mi padrino había dicho, mucho antes de esto: «Puedes acabar siendo el hombre más feliz del mundo, compadre, o puede que acabes como alguien de la tele».

La primera noche, después de haber hecho el amor como marido y mujer, como casados, no sólo como amantes, Diana dijo: «Bradley, eres un encanto», mientras se adormilaba. Pensé: bueno, acepto los cumplidos cuando me los hacen, pero «encanto» no es lo que un hombre quiere oír en estas circunstancias. Quiero decir que ella no tenía quejas. La había satisfecho. *Parecía* satisfecha. Habíamos gemido juntos durante el acto. Pero ¿«encanto»? Cuando has hecho el amor con una diosa, quieres un cumplido vehemente. O que se quede sin habla. El silencio es suficiente.

La agorafobia de Diana representó un problemilla por lo que respecta a la luna de miel.

Su idea había sido quedarnos en Ann Arbor y quizá, a modo de descanso, pernoctar en distintos hoteles y moteles en torno a la ciudad durante una o dos

semanas. Tendernos en tumbonas sin hacer nada, al lado de las piscinas cubiertas, y pedir comidas disparatadas y abundantes al servicio de habitaciones, si es que había alguno. Hacer el amor cantidad de veces y, metafóricamente, consolidar nuestra unión. Ir al cine si nos apetecía. No obstante sus atractivos, esta perspectiva no me complacía. Le faltaba, no sé, el carisma de lo exótico.

A Diana no le gustaban nada los espacios abiertos ni le interesaban sitios donde nunca hubiese estado. No le gustaba viajar y no le gustaban los aviones, excepto cuando sus asuntos profesionales requerían un traslado rápido. Sin embargo, propuse que fuéramos en coche a la península Upper de Michigan y que pasáramos la luna de miel en una pensión al borde del lago Gogebic, cerca de los montes Porcupine. Al final impuse mi criterio. No di el brazo a torcer, y ella se encogió de hombros —Jesús, qué hermoso era ese gesto en ella— y accedió. Yo había estado antes en aquella pensión, solo, y pensé que a Diana le gustaría el panorama. Hablamos con las manos enlazadas de las cosas que haríamos allí.

Alojamos a *Bradley* en una perrera. Chloé y Oscar se ocuparían de mi negocio. Harry Ginsberg dijo que vigilaría mi casa. Diana no había vendido la suya. La había arrendado.

Presentí que tendríamos problemas cuando empezamos a atravesar el puente Mackinac. Diana empezó a respirar fuerte, y se tapó la cara con la mano y se alisó las cejas. No debería decir esto de mi ex esposa, pero se tiró pecios, en serio, de puro miedo. El cielo y el puente y el agua, muy abajo, eran para ella en aquel momento, según me informó, extraña e intensamente *incorrectos*. No se ve gran cosa desde aquella altura, salvo la infinitud de agua fresca y algunas islas insólitamente lejanas. Malevolencia espacial. Diana sentía que aquella injusticia se forjaba contra ella. El aire vacío mostraba un interés desagradable por ella. Curioso que sufra esta fobia una mujer tan fuerte en otras cosas. Encendí la radio, creyendo que ayudaría, pero estaba sintonizada con una emisora carca, y la primera cosa que sonó en los altavoces fue: «En fin, no les daría falsas esperanzas en este día extraño y melancólico. y por supuesto Diana extendió la mano y cortó en seco *aquella* canción.

No es infrecuente que la gente sienta fobia en ese puente. Algunos paran el coche en un extremo y hay que escoltarles a pie o en automóvil hasta el otro lado. Llegamos sin percances a St. Ignace, la primera ciudad a la que llegas en la península Upper, pero el episodio de pánico al horizonte había sentado un

mal precedente.

Muchos seres humanos no han estado nunca en la península Upper de Michigan. Conserva sus orígenes un tanto misteriosos. Su mapa ha sido trazado por cartógrafos, sí, pero hay lugares allí arriba donde ha habido visitantes que han estado quizá una o dos veces, pero nunca han vuelto, porque no quisieron regresar y no querían regresar nunca. No hablo de Marquette, donde rodaron *Anatomía de un asesinato*, sino de sitios como Matchwood, donde hay un letrero roto de un concesionario de American Motors cerca de una granja abandonada y no hay otro lugar habitado en millas a la redonda, y vastos campos que hace años dejaron de cultivarse, y bosques espesos llenos de árboles —no exagero— de una especie que no has visto nunca, probablemente árboles híbridos que han surgido de aparear, podría ser, pinos blancos con sauces, mutuamente injertados en aquellas soledades. Me refiero a que son árboles raros, bárbaros y tristes, y a que hay bosques enteros de ellos que crecen sin que nadie los observe ni los clasifique.

Para los turistas hay zoos diminutos desperdigados a la salida de las principales carreteras, con animales encerrados en jaulas del tamaño de una maleta de mano, y otras atracciones para visitantes, como parajes sorpresa y restaurantes donde hacen las empanadas que comen los lugareños. Cruzas esa extensión singular mientras todas las emisoras se apagan, una tras otra, Brahms y las Ronettes y Hank Williams, y empiezas a preguntarte cómo se te ha ocurrido llevar allí a tu flamante esposa, la mujer cuya intimidante belleza prodigiosa te somete a prueba. Las amplias panorámicas abiertas te despiertan dudas rayanas en la consternación. Cuando llegas a las cataratas hay que pagar para verlas; tienes que pagar a un tipo que mastica un palillo y que de alguna manera se las ingenió para comprar entera la maldita cascada.

Al atravesar la península Upper, Diana y yo procuramos estar alegres — los dos llevábamos gorros vistosos y mandábamos postales a los amigos cada setenta millas más o menos—, pero para cuando llegamos al lago Gogebic, el lejano aroma de una equivocación se cernía en el aire, y parecía dirigirse hacia varias direcciones a la vez. Pero mejoró mi ánimo después de haber deshecho el equipaje en la pensión y haber probado la cama. Nos dieron una habitación en el piso de arriba, decorada con cantidad de baratijas de anticuario, y con una cama al lado de una ventana justo a la izquierda de la cabecera, y varias flores cortadas encima de la mesilla, junto a la sonrisa simplona de un gato de porcelana. Como el cristal de la ventana era antiguo y defectuoso, el lado de fuera cobraba varias dimensiones visuales, diversos

planos geométricos.

—Mira —dije, señalando afuera.

Al anoecer, el sol había bañado al lago en un tinte dorado como el que se ve en los cuadros malos y en las películas malas, aunque el día había sido bueno y no una imitación barata de un buen día. Diana se incorporó en la cama y se tendió transversalmente sobre mí, de modo que sus pechos me rozaban. Yo estaba sentado y repantigado contra la almohada y la cabecera, leyendo una guía turística local. Era algo tan cordial y al mismo tiempo tan erótico, que Diana me envolviese de aquel modo con su cuerpo. Y pensé: así debería ser el matrimonio, esta intimidad, eros y amistad, Diana y yo, algo excitante y sereno.

—Oh, sí —dijo ella—. Muy bonito.

Estaba simplemente allí tumbada, tendida sobre mi entrepierna, contemplando con mirada lánguida el paisaje a través de la ventana, con los codos en la cama al lado de mis piernas, y miré su espalda y tuve ganas de tocar una tras otra cada prominencia de su columna vertebral. Tracé dibujos en su espalda. Dibujé con un dedo un dragón que se alzaba del valle, por encima de la cintura de Diana, y llameaba con alas poderosas hacia sus hombros.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella.

—Dibujando un dragón.

—Jumm. Dime cuando hayas acabado.

Dibujé algunas escamas a los lados y fuego en sus fauces. Pero mi dedo trabajaba cada vez más despacio, porque Diana me estaba dando placer.

—Ya está —dije, unos minutos después.

Ella se dio la vuelta. Le sostuve la cabeza con mi mano derecha. Posé la izquierda plácidamente en su cavidad torácica y luego en su pecho. Levantó los ojos hacia mí. Era una escena cariñosa y familiar.

—Eres tan dulce... —dijo ella—. Dime que me quieres.

—Te quiero, Diana —dije—. Te quiero muchísimo.

Para mí era fácil decir la verdad. Ella sonrió.

—Qué bonito —dijo ella—. Yo también te quiero, ya lo sabes. ¿Qué te gusta de mí, Bradley?

—Lo hermosa e inteligente que eres —dije. Con el pulgar jugueteé con su pelo—. No lo sé —dije—. Es como si el amor no *necesitara* razones. No puedo dejar de mirarte. —Mi voz se había convertido en un murmullo ronco—. Me duermo con tu imagen en la mente y cuando me despierto sigue ahí. Creo que eres una diosa —dije, hablando en serio. Mi polla seguía empinada,

y en la postura en que estábamos posiblemente Diana la notaba debajo de su cuerpo, cosquilleándole la espalda en el punto mismo donde le había dibujado aquel dragón—. ¿Por qué me quieres? —pregunté, todavía en un susurro, un poco asustado por lo que pudiese responder. Era la primera vez que hablábamos de esto.

—No lo sé —dijo.

—¿No lo sabes?

—Eres mejor persona que yo.

—¿Me quieres por eso?

—Bradley, creo que la gente no debería hablar de estas cosas.

—¿Por qué no?

—Hay cosas que no deben decirse. Quiero decir que, en realidad, Bradley —dijo, y en ese momento levantó la mano y acarició mi mejilla—, todo este asunto del amor es simplemente el modo que tiene la naturaleza de traer más bebés al mundo. Lo demás es sólo... —Buscó la palabra—. Lo demás es sólo *superestructura*.

—Bueno, quizá. Pero y si —dije, sin dejar de mirarla y de ver su sonrisa sensual y taimada como un alba en su cara— el amor que sentimos, si es algo esencial, y si es lo que hace posible el alma del mundo, si es lo que ha creado el mundo y lo mantiene en marcha, y si los bebés, los bebés son también el producto de eso, de la creación del alma, no sólo el producto, sino...

—A eso me refiero —dijo ella—. Eres tan raro y metafísico. Para ser el dueño de una cafetería.

—¿Por qué?

—Por decir eso. Por decir que el amor no es sólo una necesidad... biológica.

Yo abarcaba su pecho con mi palma abierta y ella me tocaba con la mano la mejilla, y estábamos discutiendo, aunque todavía parecía un diálogo amoroso.

—Bradley, ¿qué vamos a hacer aquí, en el lago Gogebic?

—Pasar la luna de miel —dije, declarando lo evidente, cosa que había esperado que en aquel momento no tuviese que hacer—. Comer y hacer el amor. Eso es todo. —Ella se volvió, de forma que su espalda ahora estaba en contacto conmigo—. Y podríamos salir. Explorar. Hacer excursiones.

—Sabes que no me gustan.

—Estás en forma, Diana. Corres en el gimnasio.

—Ya sabes de qué hablo. —Miró afuera—. Esto no tiene nada que ver

con la *forma física*. Los espacios abiertos me ponen los pelos de punta.

—Pero mira —dije—. Mira lo que he traído. —Me deslicé por debajo de su cuerpo, fui hasta donde estaba la maleta y de ella saqué dos silbatos como los que usan los entrenadores de fútbol, con las bolitas dentro. Meten mucho ruido—. Eh, eh —dije.

—¿Para qué son?

—Si te pierdes en el bosque, silbas.

—Me pierdo en el bosque y silbo —repitió ella—. ¿Y qué pasa con mi agorafobia, Bradley? ¿Te sientes más tranquilo si tengo un silbato? ¿Es una ventaja? ¿Te *has traído eso*? ¿Pero por qué precisamente ahora te preocupas de eso?

—No me preocupo —dije—. No fue por eso. Nos vi a los dos, caminando al aire libre, y pensé: ¿qué puedo hacer por Diana? No puedo ayudarla ahí, no puedo ayudarla respecto a los grandes espacios abiertos.

Le tendí el silbato. Ella lo cogió y le dio vueltas en la mano. Luego, dulcemente, levantó la otra y puso el dedo índice sobre mi labio inferior. Pasó por él el dedo, de un extremo al otro.

—No somos compatibles, ¿sabes? —dijo. Endureció la mirada, como si por un instante sus ojos vieran un poco a través de mí.

Lo que ella había dicho me pareció tan extraño que me negué, casi, a oírlo. Sentía solamente su dedo en mi labio.

—No es cuestión de ser o no compatibles —dije—. Se trata de cómo lo lleves. De lo cariñoso que seas.

—Soy cariñosa con mis amigos —dijo Diana—, y mala con mis amantes. —Me acarició la boca—. Junta los labios y sopla —dijo, citando una frase sacada de algún sitio—. Oh, a la mierda —dijo—. Deja ese silbato y hazme el amor otra vez, ya que te apetece.

Apuntó hacia mí y hacia una evidencia, mi erección. Así que lo hice, le hice el amor porque me lo había pedido y porque me apetecía, aun cuando —y es difícil explicarlo— estaba dolido y enfadado, por lo que fui más brutal en la cama de lo que suelo serlo, más rudo, más brusco, y poco a poco comprendí, mientras observaba su reacción, que a ella le gustaba aquel modo de tratarla, casi como si estuviese acostumbrada, y pensé: «Oh, no», pero me lo guardé para mis adentros.

Puedes disfrutar del sexo en tu luna de miel y sospechar, con todo, que hay en el aire algo turbio.

Al día siguiente fuimos a los montes Porcupine. Son escarpados en esa región y han abierto senderos entrecruzados en los bosques y parques del estado, pero es un paisaje melancólico, propenso a tempranas nieblas matutinas y a indescriptibles sonidos forestales. De vez en cuando rasgan el silencio. De pronto, a ochocientos metros a tu espalda, un bebé llora una vez y luego se calla. Unas ramas chasquean y caen a tus pies. Estas escenas naturales, en apariencia inofensivas, te inspiran premoniciones de perdición bucólica.

Salimos de la carretera general hacia una rural y seguimos conduciendo hasta que el asfalto pasó a ser tierra, y aparcamos cuando encontramos un claro con un letrero que indicaba una senda. Yo me había interesado por las setas. Había llevado un cuaderno de bocetos y bosquejé algunas. Me llamaron la atención sus sombreretes rojos y su imitación estructural de flores y paraguas y órganos sexuales. Diana no se atrevía a tocarlas y pareció desconcertarla, o incluso entristecerla, mi interés por ellas.

Tenía el pelo peinado hacia atrás y recogido con aquella gorra, y llevaba una camiseta de color amarillo claro. Se había llevado una chaqueta por si empezaba a llover y cuando llevábamos allí un par de horas comenzó a lloviznar. Era una lluvia tan fina que no se vislumbraba el agua que caía. Se percibía su presencia como un elemento grisáceo en el aire.

Yo había llevado también una pequeña guía de campo —mi cazadora tenía cantidad de bolsillos—, y estaba inspeccionando las marcas distintivas de lo que creí que era un ángel destructor cuando oí a Diana tocando el silbato. Salté por encima de varios leños muertos y me abrí camino por un sotobosque que no pude identificar hasta encontrarla parada cerca de un tocón. Temblaba, pero aquello no tenía sentido, pues estaba sonriendo con aquella áspera sonrisa suya. Le palpitaban los pechos debajo de la camiseta.

—He oído algo —dijo—. Además, creo que nos hemos perdido.

Le dije que no, que mi mapa indicaba la existencia de un camino al otro lado del risco que teníamos delante. Ella se encogió de hombros —¡Dios, cuánto me gustaba ese gesto suyo!— y accedió a seguirme.

Cuando recorríamos el sendero vi una plaquita de bronce grabada que alguien había clavado en un árbol.

En este lugar, en 1983,
E. L. Orlan descubrió que el sentido de la vida reside en el saber, la amistad,
el amor y el servicio al prójimo.

Se lo señalé a Diana, pero ella se limitó a reírse. Pensé que estaba haciendo esfuerzos heroicos por amar la intemperie, pero no llegaba a traspasar ciertos límites. Le cogí de la mano.

Detrás, y luego a la derecha, sonaron dos notas que no eran de un pájaro ni de otro animal. Era más como una rama agitada que se frota contra el tronco de un árbol.

No había nadie alrededor.

—¿Quieres que hagamos el amor aquí? —pregunté—. ¿Quieres retozar en medio del bosque?

Ella sólo me miró. Bajamos una pendiente hacia un claro que formaba un mosaico campestre. Ella no estaba dispuesta a fornicar en el bosque. ¿Cómo se me había podido ocurrir?

Más adelante, enfrente del claro se divisaba un camino. Al otro lado había una granja de paredes combadas y necesitadas de una mano de pintura, con un vasto espacio delantero sembrado de objetos demasiado pequeños para verlos a distancia.

Cruzamos el camino y examinamos los objetos expuestos a la venta delante de la casa: varios relicarios de un azul vivo de la Virgen María, conejos y ciervos de madera y una colección indefinible de otras criaturas de una cerámica de Dios sabe qué, todas ellas de ojos grandes, todas ellas esbozando una sonrisa insincera. Eran esas monerías zafias de los souvenirs pintados. Me vino a la cabeza la expresión *objetos contundentes*. Imaginé a una esposa descontenta lanzando a su marido una de aquellas mofetas al término de un largo fin de semana. Casi choqué con un letrado.

SE VENDE TODO LO EXPUESTO

—Son feísimos, claro —dijo Diana—. Pero para eso hemos venido.

Cogió una comadreja, me apuntó con ella e hizo ruidos terribles de besos.

A veces le gustaba hurgar en tiendas de mercachifles. Las cosas desechadas, desgarradas y melladas tenían su chispa para ella. Me sonrió febrilmente. Así que *yo* me encogí de hombros.

—Tener buen gusto, al ver esto, es pan comido —dije—. Además, son sosos.

—Oh, no sé —dijo, y depositó la comadreja en el suelo—. Mira,

podríamos hacer el amor aquí mismo, aquí en el suelo, ahora, y no serviría de nada. Es más complicado de lo que tú crees.

Estaba pensando en qué habría querido decir con eso cuando la puerta mosquitera de la granja se abrió de golpe y una mujer ciega bajó los escalones del porche en dirección a nosotros. Supe que era ciega porque sus ojos azules eran lechosos y no miraban en una dirección concreta. Ella también sonreía, como los animales. Y, al igual que en ellos, sus ojos eran un poco demasiado grandes para su cara. Su pelo castaño decaía, si puede decirse así, dentro de una redecilla.

Llevaba una rebeca marrón, y mientras yo la observaba ella sacó un cigarro del bolsillo izquierdo y un mechero Zippo del derecho. Encendió el cigarro y dio una larga chupada teatral. Tenía los modales educados y agradables de un gnomo por debajo de cuyo puente acabas de merodear.

—¿Puedo ayudarles en algo? —preguntó.

—Oh, no —dijo Diana, y miró hacia el horizonte de aquel modo muy suyo, turbado y con estilo—. Hemos hecho una excursión. Y hemos llegado aquí.

—Han llegado aquí —dijo la mujer-gnomo, con una voz como de cámara de ecos.

La miré con una gran desazón. Nunca me han gustado los hombres o las mujeres que viven al lado de caminos de tierra. Es una cuestión de temperamento, del mío o del de ellos. Miré a la izquierda y vi un automóvil verde gorgonzola en la entrada.

—Son ustedes tan jóvenes... —dijo ella—. Bueno, desde luego que pueden echar una ojeada. Tómense su tiempo.

—Somos recién casados —dijo Diana, velozmente.

La propietaria de aquel terreno expelió una humareda horizontal. Me pregunté si no sería una señal a alguien a quien no veíamos, un mensaje o algo así. La salud emocional es una cosa relativa en cuanto estás lejos de las ciudades. Pensé que era el momento de irnos.

—Soy la señora Watkins —dijo la anciana. Tendió la mano y se la estreché por cortesía. Luego lo hizo Diana—. Sí, es el apretón de una mujer buena —musitó la señora Watkins, dando otra bocanada del cigarro—. Me agrada tanto su visita. Pero tienen que venir al patio de atrás. Tienen que ver a los niños. Esto —trazó con la mano un arco hacia los animales— es sólo un muestrario.

Se dio media vuelta y se encaminó hacia la parte trasera de la casa.

Parecía saber dónde estaba todo. La seguimos. Tuve ganas de sacar el silbato de mi bolsillo y pitarlo. Diana agarró mi mano. Parecía estar pasándolo de maravilla. El aire vasto y el horizonte no le estaban pesando ni oprimiendo de la forma habitual.

Prescindí de todo tacto.

—Se las arregla muy bien —dije a la señora Watkins.

Vimos el patio trasero.

—Usted cree que soy ciega, pero no lo soy —dijo la señora—. Tengo cataratas y esas cosas, pero no soy ciega. —Mientras lo decía, miraba fijamente a mi codo derecho—. Veo todos los colores, y veo que tiene muchos bolsillos en su cazadora. Da la impresión de que ha estado recogiendo setas.

En ese momento no la estaba exactamente escuchando, porque había concentrado mi atención en el traspatio. Delante de mí estaban los niños, niños de piedra y niños de yeso, en un revoltijo de posturas.

Un chico alzaba las manos en el aire, como manejando las cuerdas de una cometa. Otro, tumbado en el suelo, con la cabeza recostada en su mano derecha, miraba sin expresión a lo lejos, pero directamente hacia mí. Aquellos niños estaban allí desde siempre. La señora Watkins se acercó al chico que volaba una cometa y le puso la mano encima de la cabeza.

—Los hizo mi marido —dijo—. Los hacía los fines de semana.

Advertí el pretérito indefinido. Junto a mí había una chica de rodillas, con las manos unidas en una plegaria y la cabeza hacia arriba. Llevaba al aire libre tanto tiempo como aquellas montañas. Tenía carcomida parte de la cara, seguramente a causa de la lluvia o de las caricias de la mujer ciega. Aunque puede que sea una vergüenza confesarlo, diré inmediatamente que no considero que la escultura sea una forma de arte. Si la viese en un museo pasaría de largo. No quiero mirar ni tocar esas cosas. Rodin, Miguel Ángel, Degas: para mí, no son más que un amasijo.

Al otro lado de la chica rezando había otra —muy blanca y también de yeso, supuse— encorvada en busca de un gusano. De uno de sus dedos colgaba una etiqueta con el precio. No pude verlo, porque lo había emborronado la lluvia.

—Son todos muy dulces —dijo la señora Watkins—. Mi marido adoraba hacer estos niños. Era un amor constante que ocupaba sus horas de ocio, las que tenía. —Alzó hacia mí la mirada, pero sus ojos erraron mi cara y enfocaron el cielo gris de Michigan. Muy posiblemente era bondadosa. No había manera de saberlo. Alargó la mano hacia atrás y la posó sobre un chico

con la boca abierta. Parecía cantar más que estar gritando—. ¿Algo de aquí les interesa?

—Me interesa todo —dijo Diana.

Y entonces deslizó la mano por debajo de mi camisa y me rodeó con ella la cintura. Supe que quería besarme en presencia de la señora Watkins, y yo no iba a permitirlo. La mano de Diana ascendió por mi espalda y presentí los escalofríos. Me molestaba verme rodeado de aquellos niños de cemento. Se parecía mucho a estar con Kathryn en la Sociedad Protectora.

La señora Watkins aplastó la colilla en un espacio libre entre dos estatuas y diestramente se llevó la mano al bolsillo izquierdo en busca de otro cigarro. Admiré su mechero Zippo. Esos chismes servían realmente para encender cigarrillos, y se cerraban con un convincente chasquido *metálico*.

—Aquí viene toda clase de gente —dijo, expeliendo más humo de su cigarro recién encendido—. Como pueden ver, he vendido la mayoría de los niños.

—¿Les ha puesto nombres? —preguntó Diana.

—Oh, no —dijo la anciana, recostándose—. Sería sentimental.

—Creo que tenemos que irnos —anuncié. Era más que de sobra para un día—. Tenemos el coche aparcado al otro lado del risco, y nos llevará tiempo regresar antes de que anochezca.

Era mediodía aún. Nadie me prestó atención. Me estaba fijando en que casi todas las caras de los niños estaban demasiado carcomidas, y la falta de detalle era un poco exasperante. Sin duda habría una venta de liquidación bastante pronto.

—Quiero éste —dijo Diana, apuntando al niño reclinado y con la cabeza apoyada en el brazo—. ¿Cuánto cuesta esto? No, quiero decir cuánto vale éste.

—Se lo dejaría por treinta y seis dólares —dijo la anciana.

—Bradley, tendrás que traer el coche hasta aquí para cargarlo —dijo Diana, sonriéndome con expresión curiosa y rascándose el cuero cabelludo, como pensativa—. No podemos llevarlo.

—No me has preguntado si yo lo quería.

—Oh, éste es para mí —me dijo Diana—. Lo pondré en algún sitio. Estaba depositando billetes de dólar en la mano de la señora Watkins.

—¿Qué setas coge por aquí? —me preguntó ella, señalando los bolsillos de mi cazadora.

—No conozco sus nombres —dije.

—Déjemlas ver.

—No, no, creo que no —dije.

Diana me metió las manos en los bolsillos y sacó todas las setas. Se las entregó a la anciana, que las dejó caer al suelo. Entonces la señora Watkins cogió una de sombrerete rojo en la mano izquierda —con la derecha sostenía todavía el cigarrillo— y la olisqueó varias veces.

—Esta es una *russula* cáustica —dijo—. No es venenosa pero produce vómitos. *Emética*, la llaman. Pero tiene una estructura muy delicada. Repasó con los dedos las laminillas de la seta antes de devolvérsela a Diana. Luego se agachó para recoger otra. Yo quería marcharme de allí, pero Diana lo observaba todo con notable atención. Estaba ocurriendo algo y yo no sabía qué.

Nuevo olisqueo de la señora Watkins.

—Ésta es un pie zopo. No es buena para comer. Hay cantidad en el bosque. —La tiró al suelo, cerca de uno de los niños, y volvió a agacharse—. Ah —dijo. Aplastó la segunda colilla—. Esto es otra cosa. Es un quitasol. Es una de las mejores.

Entonces, y no puedo decir que yo estuviese preparado para aquello, la señora Watkins —con sus cataratas— arrancó con los dientes un pedacito de la seta y lo masticó.

—Sí —dijo, sonriendo como la duende vivaracha que era—, es exactamente eso. Tome —dijo, ofreciendo la seta a Diana.

—No —dije—. Tajantemente no. No haga eso.

—Cállate, Bradley —dijo Diana—. Cállate, y punto.

—No, no, no —dije, y se la arrebaté de la mano.

—Dámela —dijo ella—. O esto va a convertirse en algo muy serio.

—Ya es bastante serio ahora —dije.

La señora Watkins nos miró con su sonrisa imprecisa. Quizá su intención fuese buena.

—Tú no sabes lo que es esto —dije—. No sabes lo que es nada de esto. Ya basta, por favor, Diana.

—Oh, sí lo sé —dijo ella. Me arrancó la seta de la mano—. Es sobre nosotros. —Mordió la seta. La miré mientras la masticaba y la tragaba. Luego se inclinó hacia mí. Susurró—: Es una sensación. Es sobre este momento exacto y sobre dónde estamos exactamente ahora. —Estaba mordiendo pedazos de la seta y los masticaba y se los tragaba—. Es sobre un favor que me están haciendo. Es un sortilegio. Es un hechizo. De una mujer a otra.

—Oh, Dios —dijo la bruja—. Una pelea.

Dio media vuelta y volvió a su casa. Trastabilló en los escalones cuando los subía.

En el trayecto de vuelta, con el chico reclinante en el maletero, Diana me dijo:

—Cuando volvamos, te voy a hacer el amor de una manera que te voy a dejar despedazado.

Cuando llegamos a la pensión, el dormitorio olía a lilas, a pesar de que no era la estación de esas flores. Dejamos la estatua, o lo que fuera, en el coche. No estaba dispuesta a acarrearla hasta la habitación. Puede que fuese una broma, aquel chico, pero no paraba de pensar en él, en sus catorce kilos de peso arrellanados en el maletero, mirando en la oscuridad a la rueda de repuesto. En el dormitorio, a solas, Diana puso más ardor en los retozos que nunca hasta entonces, pero era una fogosidad errónea, como si tratara de deshacerse de una presión interna por medios físicos. Me cabalgaba y cerraba los ojos, y no se inclinaba para besar mis párpados, y no había en aquello ni una brizna de afecto, ni una señal de amor. Era sólo algo que ella necesitaba. Se revolvía, y cuando zarandeaba la cabeza de un lado para otro, el sudor de su frente me caía en la cara. Me abofeteó varias veces, como un juego sexual, y por más que se corriera no estaba saciada y quería correrse más veces y más fuerte. Derribó de la mesilla el conejo de porcelana, y también las flores. Yacían inánimes en el suelo, en un charco de agua. Diana me dijo que íbamos a saltarnos la cena. La seta no la había mareado, pero supongo que le concedía una especie de licencia. Toda aquella sesión de sexo micológico se adentró más y más en lo profundo de la noche y siguió y prosiguió hacia la mañana. Me quedaba dormido y despertaba notando los toqueteos de Diana. No me dejaba dormir. Teníamos moraduras. Nunca imaginé que esto ocurriera, pero por muy ingenuo que a veces creas que soy, supe a esas alturas, a lo largo de la noche, al observarla, que estaba intensamente enamorada de otro y que siempre lo había estado y que la atormentaba, y ahora me lo estaba anunciando, lo ponía en evidencia.

Tuvimos grandes momentos juntos, Diana y yo, pero no podía durar y no duró. Trajimos a casa la estatua del chico y, a pesar de mis protestas, Diana la colocó en el jardín.

QUINCE

HAY UN cuento de Kierkegaard que me gusta especialmente. Un filósofo construye un palacio enorme pero, para sorpresa de todos, no vive en él sino que establece su residencia en una perrera adyacente. El filósofo se ofende cada vez que alguien le recrimina que viva de esa manera ridícula. *¿Pero cómo habría podido construir el palacio, responde, si no hubiese vivido también en la perrera?*

Parece un chiste judío. Kierkegaard realizó grandes esfuerzos por vivir en el palacio de pensamiento que se había construido, pero naturalmente no pudo gobernarlo, proclive como era al furor polémico y a una singular especie de desdicha espiritual derivada del despecho. Además, uno acaba cogiendo apego a la caseta del perro y al cuenco de sobras diario. Tercamente ocupamos la perrera para demostrar que teníamos razón al habernos establecido en ella.

La historia *sobre* Kierkegaard que me gusta es la que cuenta que se cae de un sofá en una fiesta, borracho. Tendido en el suelo, empieza a referirse a sí mismo en tercera persona cuando los demás invitados intentan ayudarlo a levantarse. «Oh, déjalo ahí —dice, hablando de su propio cuerpo—. Mañana por la mañana lo barrerán las criadas.»

La siguiente vez que Aaron llamó por teléfono —como la policía secreta, los expertos en terror, siempre hacía la llamada en pleno corazón de la noche—, me informó de que el dinero que le había enviado era un «plazo». Teniendo en cuenta los delitos emocionales cometidos contra él, dijo, postergaría su muerte intencional hasta el pago siguiente.

Esta vez fui más valiente. Le dije que estaba diciendo tonterías. Entre ambos, en el éter electrónico, a miles de millas, fermentó un silencio que se fue espesando, salado y condimentado, mezclado con los sonidos de la respiración de Aaron.

—¿Tonterías? —preguntó—. ¿Tonterías?

—Eso mismo —dije, valerosamente, tocando con ternura la raya en la pernera de mi pijama. A Esther le gusta plancharme los pijamas, la relaja;

—Desvarías —dije a Aaron, con gravedad paterna—. Y además —añadí para irritarle—, pareces una colegiala con toda esa pamema del suicidio. Por

favor. Un poco más de agallas. Si quieres matarte, Aaron, eres libre de hacerlo. Pero antes tienes que dejar de reprocharnos. Es demasiado tarde para esos lamentos. Ya eres un adulto. Tu vida es un don con el que puedes hacer lo que quieras. Todos esos reproches que disfrutas haciéndome, a mí y a tu madre, no... no tienen sentido, no puedo aceptarlos. Somos personas decentes, tu madre y yo, que te quiero tiernamente. Si buscas malvados, Aaron, búscalos en otra parte.

Yo estaba desquiciado de miedo al decir aquellas terribles palabras condenatorias. Pero las frases me salían como si quisiera decirlas.

—Esta vez te la has cargado —dijo—. Esta vez no hay vuelta atrás...

Suavemente, con el corazón roto palpitando, colgué el teléfono y deposité el auricular en su soporte.

Confíe a Dios en aquel momento la vida y el alma de mi hijo, lo puse en las manos de este Dios en quien no creo.

¿Y Kierkegaard? El propio Kierkegaard dice que los dioses crearon a la especie humana y sus tribulaciones simplemente porque se aburrían.

DIECISÉIS

UN MES después de volver a Ann Arbor, ya hablábamos de divorcio. Diana vivió conmigo una temporada, unos pocos meses desgastados. Luego, cuando sus arrendatarios se fueron, se marchó de aquí y volvió a su casa. Se llevó el niño de piedra que había comprado en la península Upper y lo colocó en el traspatio. Sobre el niño cayó nieve durante todo el invierno; azotado por la ventisca, poco a poco lo sepultaron los copos. Diana también conservó los dibujos que yo había hecho de ella a lomos del dragón. Se los quedó. Aquel dragón nos borró a los dos.

Es lo único que voy a decir sobre este tema por ahora. Como dice Chloé, hay cosas a las que más vale no darles muchas vueltas. Si quieres leer algo, lee el espacio blanco que queda en esta página. Soy yo, el que está en ese espacio.

DIECISIETE

NO PODÍA quitarme de la cabeza a la señora Maggaroulian. Cuando dormía se presentaba en mis sueños, acercando una silla para una charla íntima entre chicas. La peluca le resbalaba hacia la frente y el esmalte de uñas parecía a punto de descascarillarse. O sea, parecía una casa de empeños humana, la señora Maggaroulian, pero tampoco era alguien que cuidase la apariencia. Todo su interés como persona residía en su verdad interna. La Maggaroulian exterior era un caballo que alguien debía de haber sacado a pastar hacía años; estaba claro que ni siquiera tenía una estrategia para la vida contemporánea. Era posreforma y prácticamente poshumana. Podías prenderle fuego y no creo que lo notase o que le importara.

Pero en mi cabeza y en mis sueños no desatinaba. Me hablaba de Oscar y de mí, de los dos como pareja, y me decía que sacara de inmediato la licencia de matrimonio, porque el tiempo se nos estaba agotando. Decía que teníamos que casarnos cuanto antes porque nuestra eternidad personal se estaba consumiendo velozmente hasta el tamaño de una moneda. Casi no nos quedaba eternidad, me dijo la señora Maggaroulian. A poco que nos descuidáramos, nos arrojarían por la fuerza desde una ventana del tiempo. No adornaba las cosas. Continuaba diciendo que no se puede poner nombres en los sueños. En su descargo aducía que ella sabía todo lo que había que saber pero que tenía un permiso del universo para decirme un ínfimo porcentaje antes de que yo despertase.

Le conté a Oscar parte de todo esto. Confiaba en él.

La señora Maggaroulian estaba chapada a la antigua. Se notaba que creía en el matrimonio por el modo en que hablaba al respecto. Un sacramento, citaba de alguna parte, frotándose sus manazas. En ella sonaba raro que hablase del matrimonio. Era como si un perro hablase de llegar a ser el alcalde de Cleveland. Pero si el perro insiste lo bastante, habla que te habla sobre las dificultades y las responsabilidades de ser alcalde, y de que hay que tener un control sobre todo y no meter la pata, empiezas a creerle. Bueno, ella podía llamarlo como le apeteciese —a lo que había entre Oscar y yo—, porque, como usted sabe, íbamos a casarnos. La señora Maggaroulian me estaba diciendo lo que yo ya sabía. O sea, sabía que éramos sagrados y que al casarnos lo seríamos aún más. Lo único que ella decía es que nos diéramos

prisa, que metiéramos la quinta velocidad.

Janey, mi amiga, la artista del vídeo, me llamó y me dijo que quería tomar un café conmigo, y entonces nos vimos en una cafetería de la competencia, Goodbye Blue Monday, que estaba más en el centro de Ann Arbor que la galería comercial donde estaba Jitters. El GBM estaba decorado al estilo *eurochic*, con posters en las paredes de gente con boina y Woody Allen en francés y toda aquella vida parisina de alto copete por todas partes. Janey estaba sentada a una mesa del fondo, leyendo el último número de la revista *Bust*. Era una adulta completa, pero al acercarte a ella veías los puntos donde había tenido granos. Cuando me sonrió, fue una sonrisa voraz. Sin domar, aunque no en el buen sentido. Tenía el pelo castaño como un lobo. Hay chicas en las que casi da lo mismo que se laven o no el pelo. El champú no les ayuda. Puedo ser un mal bicho, tengo que vigilar esta tendencia.

Tus antenas te decían enseguida que Janey era una mujer que se lo montaba físicamente con otras mujeres, pero que no pensaba hacer nada a ese respecto, y que se había pasado su joven vida dando largas, encendiendo cigarrillos y apagándolos, frustrada. Hacía cantidad de gestos fallidos. Moderna como soy, he dormido con otras chicas alguna que otra vez, pero eso se ha acabado ahora que Oscar me quiere y que vamos a organizar la vida juntos. Janey era bonita de una forma predatoria, como esa pianista, Liberace, pero sin las ropas que ésta se ponía para confundir y despistarte. Janey llevaba téjanos y camisetas, como yo. Mirándola bien veías por qué quería filmar porno todo el día. Miraba con aquellos ojos de pescado muerto a todo lo que nadaba alrededor. Era un fantasma famélico, que succionaba a la gente con su aspiradora kármica y la guardaba en la bolsa del polvo. Además, se *mordía las uñas*. *Detesto* esa costumbre. Aun así, éramos amigas, quizá por pura conveniencia.

Total, que ella estaba allí sentada con la cámara de vídeo encima de la mesa. Me recibió con un saludo como hastiado, como si yo fuese una *decepción* para ella antes de haber cambiado las primeras palabras, muy en plan agente de Hollywood, y echó la cabeza hacia atrás con un meneo *de* chica de mundo, acompañado de su sonrisa de lobo patentada, que les sienta mejor a los tíos que a ella.

—Ey, Barlow —dijo. Barlow es mi apellido—. ¿Qué te cuentas?

—Poca cosa —dije—. ¿Y tú?

Ella agitó una mano como si la tuviera mojada.

—¿Nunca te hartas de este tiempo? Hace un tiempo tan despejado por aquí... —Como yo no sabía de qué estaba hablando, fingí una sonrisa que me salió auténtica—. Voy a mudarte a Seattle o a algún sitio donde tengan un clima real. Lluvia real, ¿sabes? Lluvia y heroína. Lo opuesto de lo que hay aquí. Ah, y adivina qué. Estoy descubriendo algo —dijo, dando un sorbo de su cappuccino—. Adivina lo que es. Me recosté en el asiento.

—Ni idea.

—Intenta adivinar.

—Janey, tengo que estar en el trabajo dentro de un par de horas. No tengo tiempo para adivinanzas. —Ella me miraba como si quisiera zamparme, y me lanzó una expresión rápida, como un horizonte de sucesos que descendía y se posaba en su cara, y luego desapareció y Janey volvió a ser normal—. ¿Por qué no me lo dices?

—De acuerdo —dijo—. ¿El vídeo que hicimos? ¿El de tú y Oscar, que yo rodé y dirigí? No vamos a ganar un pastón con eso. De hecho —dijo—, no vamos a ganar ninguna pasta, casi.

—¿Cómo cuánto?

Ella se recostó.

—Como casi nada. Como ni un céntimo.

—Jo. —Sentí ese puñetazo en el brazo que sientes cuando estás decepcionada. No me había importado que Janey nos filmara en nuestro halle de apareamiento porque pensé que sacaríamos suficiente para el depósito de un mejor apartamento. Además, se notaba que a ella el sexo hetero la aburría mortalmente, cuando lo hacían en su presencia, y no prestaba atención, salvo técnicamente—. Esperaba mucho más —dije—. Teniendo en cuenta lo fácil que fue hacerlo.

—Pues estás muy equivocada. Me figuro que es más difícil de lo que yo creía entrar en la industria del sexo. Parece que a esos tíos les molan los detalles. La gente está cansada de vídeos como el nuestro. Quieren exotismo. No decían nada de eso en el anuncio. Pero escucha. Dijeron que el vídeo era demasiado *soso*. Te aseguro que me sentí ofendida. Oye, que *me curré* aquel vídeo. Me costó mucho trabajo.

—¿Cómo que soso? —De repente me brotó el orgullo. ¿Oscar y yo, sosos? ¿En la cama? Ni hablar.

—Me llamaron. —Eché hacia atrás la cabeza y levantó los ojos igual que un tiburón después de morder una pierna o un zapato—. Dijeron que quizá, *quizá*, utilizaran unos minutos de la cinta en una antología dedicada a la

juventud actual. Pero dijeron que sería difícil comercializarlo. No hay audiencia para gente como tú y Oscar. Lo único que les gustó fue el tatuaje de una calavera de Oscar y el «Muere» que hay debajo. Dijeron que era sexo muy del Medio Oeste. Y que la ambientación era mala. *Sin imaginación*. Les pregunté qué tenía de malo y me dijeron que era sólo un dormitorio en algún sitio. Cuando les pregunté dónde tenía que ser dijeron que, bueno, un sitio distinto, como una oficina o un aparcamiento de coches de segunda mano. — Tamborileó con los dedos en la mesa—. Y no te ofendas, Chloé, pero dijeron que eras mona pero no voluptuosa. ¿Qué se esperan? Y que vuestro vestuario no era bueno. Fue *muy* crítica, esa gente.

—¿Cómo es eso del sexo muy del Medio Oeste? ¿Y qué tenía de malo el vestuario?

—Pues, como te he dicho, dijeron que no era lo bastante exótico. ¿No son exóticos la ropa de atleta y el uniforme de animadora? Pues dijeron que no eran. Vuestro cuerpo estaba bien, pero nada especial. Te quitaste los zapatos. Eso es tabú. ¿Qué rollo se traen con los pies? Total, que no hay que descalzarse. Y dijeron que vosotros no tenéis «presencia». Oye, *discutí* con ellos. Chloé, te lo aseguro. Te defendí. Y dijeron que había otros problemas.

—¿Cuáles?

—Lo del amor.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Dijeron que parecía como si Oscar y tú estuvieseis enamorados.

—¿Y qué?

—Dijeron que lo del amor le quita morbo al vídeo. Es la palabra que usaron. «Morbo.» Lo echa a perder visualmente. Que uno lo sepa al mirarlo. Le quita la chispa. Resulta chungo verlo. La forma en que os miráis rompe la cosa, como si hubiera algo entre vosotros. Y tampoco le gustaba nada el modo en que lo hacíais. Chungo, dijo, demasiado en plan sencillo, y también demasiado Medio Oeste. ¿Te imaginas? ¿El puto tío al teléfono, que trabaja para quien trabaje, diciéndome que era chungo? Me cabré bastante. Me echaba a mí la culpa del ritmo, como directora. Dijo que el vídeo habría sido mejor si le hubierais echado imaginación.

—Ni hablar.

—Es *lo que* yo pensé. Bueno, el tío era un cabrón, y supongo que el resultado es que no voy a hacerme rica contigo y con Oscar. —Pinchó con el dedo una bolsa—. Aquí está tu cámara. Voy a agenciarme otra.

—¿Qué pasa con el dinero?

—¿Qué pasa?

—Hablaste de una cifra.

—Primero tengo que firmar un acuerdo. Luego me dijo que me mandaba el cheque por correo. Todavía no ha llegado.

—¿Dijo eso?

—Ésas —dijo Janey, con una especie de extraño semisusurro— fueron sus palabras textuales.

—¿O sea que no tienes el dinero?

—Chloé, ¿te mentiría yo?

Hizo un mohín que duró una fracción de segundo.

—No lo sé. Supongo que no.

En ese preciso momento se me ocurrió que Janey no había hablado con nadie, que había hecho el vídeo para ella.

—Hay otra cosa.

—¿Qué cosa?

—He andado preguntando por ahí. He hecho algunas pesquisas. He encontrado a alguien. No te creerías con qué gente he hablado. Pero supongo que el Medio Oeste es como cualquier otro sitio. Conozco a alguien en la ciudad que os pagaría a ti y a Oscar un montón de pasta por hacer algo. Yo soy la intermediaria, así que me llevo cincuenta dólares del trato.

—¿Qué?

—Bueno, es bastante, uy, sencillo. Lo único que tenéis que hacer tú y Oscar es el amor. Eso lo sabéis hacer, desde luego. Lo único que tenéis que hacer es sexo, y lo único que os hace falta es amor.

Pareció asqueada.

—Sí.

—Hay una pega.

—¿Qué pega?

—Bueno, esa persona de la ciudad quiere mirar.

—¿Mirarnos?

—Sí, supongo. Verás, él estará en la habitación, sentado en una silla, mirándoos. Eso es todo. No es exactamente lo que se llama un empleo, Chloé. O sea, no es trabajo. Haces el amor y después té pagan.

Me deprimí al instante. Normalmente soy alegre. Aquella escena se estaba poniendo peor y peor y peor y peor y peor y peor y peor, como un suceso de la vida de alguien del que ni siquiera quieres oír hablar en un relato. ¿Qué había sido de lo sagrados que éramos, Oscar y yo? Me daba cuenta de lo

bajo que había caído, por culpa de la cuestión económica, por ansia de dinero fácil, y me inquietaba la idea de arrastrar a Oscar conmigo. Pensar en vestíbulos puede corromperte, me figuro.

—Janey —dije—, ¿alguna vez pensaste, cuando estábamos en quinto, que tendríamos esta conversación?

—Ni *la semana pasada* pensé que la tendríamos.

—¿Y quién es ese tío?

—No lo sé. Un tipo vulgar y horrible que he conocido. Es inofensivo. El típico hombre con ojos. Hay cantidad en el mundo.

—¿Es seguro?

—Pues claro. No ocurrirá nada. Es un tío de mediana edad y calvo, un pelele, un fracasado. Además, cielo, Oscar... bueno, yo le he visto desnudo, ¿no? Ese novio tuyo es fuerte. Puede que haya andado un tiempo liado con drogas, pero seguro que sabe cuidarse. Quiero decir que parece un hijoputa curtido. —Dejó de suspirar de admiración—. Aunque ya sé que es muy dulce y todo eso.

Movió el brazo hacia atrás por un costado y se rascó la espalda, con aire disgustado, como si yo debiera hacerlo por ella, rascarla.

—Ese dinero —dije—. ¿Cuánto era? Quiero saber la cantidad exacta.

Ella dijo la cifra y luego añadió:

—Quizá pueda sacar más, pero lo dudo. Ya es una pasta.

—Bueno, se lo diré a Oscar. Pero no creo. No creo, de verdad. —Aguardé—. Verás, estamos sin blanca y nos vendría bien el dinero y demás...

—Bueno, es como ser trabajadores del sexo por una noche. Una sola noche. Montar un número para un tío solitario. Eh, he oído que vais a casaros. Guau. Sois tan tradicionales...

—¿Lo has oído?

—Sí, se dice por ahí. Enhorabuena.

Inició el gesto de tenderme la mano, pero se lo pensó mejor y la detuvo a mitad de camino en el aire.

—Gracias. Nos casamos dentro de una o dos semanas.

—¿Dónde?

—Bueno, mi jefe, el tal Bradley Smith, nos ha ofrecido su jardín trasero para la fiesta.

—¿Quién va a casaros? ¿Un clérigo, o algo así?

—Primero iremos al ayuntamiento. Ya sabes: el secretario. Lo hace un secretario.

—Eh —dijo ella—, ¿te acuerdas de aquel tío de la escuela, Buddy Preston? —Asentí—. Pues se ha hecho pastor mandando veinte dólares y uno de esos impresos que vienen en las cajas de cerillas. Podría casaros, y sería legal. Últimamente ha casado a unos cuantos. —Se pasó los dedos por el pelo—. A una pareja que conocíamos del instituto. He olvidado sus nombres. Buddy lo hace como una actividad complementaria. Gana un poco de dinero así. Vi una de sus bodas hace poco. Una boda de verdad. Y es amigo nuestro. Bueno, no amigo. Un conocido. Te acuerdas de él, ¿no? Ahora vive en Dexter.

Le miré un largo rato. Yo estaba irritadísima.

—¿Tengo cara de majara?

—Pues no.

—Estoy hablando de mi boda. Jesús, Janey. Quiero una boda como es debido en el ayuntamiento. No quiero un oficiante de pega. Vamos, Janey. Ten un poco de respeto por mis sentimientos, por favor, ¿quieres?

—Vale, perdona.

Di un sorbo de limonada. No tomo café, es malo para la salud.

—Oscar y yo no vamos a la iglesia ni nada, así que nos hemos decidido por el ayuntamiento.

—Déjame ver tu anillo.

Se lo enseñé. Extendí la mano hacia ella y ella me la tomó con la suya. Yo sabía que lo que de verdad la emocionaba no era el anillo, sino mis dedos tocando los suyos.

—Guau. Es precioso. Con una piedra y toda la pesca. ¿Es de oro. ¿Dónde lo has comprado?

—No lo he comprado. Me lo compró Oscar.

—¿De dónde lo ha sacado? ¿Es un anillo de compromiso?

—Más o menos. Pero es un compromiso cortísimo. Lo compró en el departamento de joyería de Service Merchandise. Hizo el viaje sólo para eso.

Como no quería dar la impresión de que me regodeaba, no dije nada más del anillo, que tenía una circonita auténtica. No era de cristal, si es lo que está pensando.

Janey se recostó y examinó el techo.

—¿Van tus padres?

—Mis padres me odian —dije. Traté de descubrir qué miraba en el techo, pero no pude—. Mi padre me echó de casa, ¿no te acuerdas?, en los tiempos de mis fiestas locas. Piensan que soy una perdida. Además mi padre obedece las órdenes que le da mi madre de que no me haga caso. Así que yo

también soy bastante dura con ellos, ahora que la pelota está en mi campo. Lo que hago es excluirlos de cosas como mi boda.

—Sí. Hay que ser radical —dijo ella.

—De todas formas, se lo diré después de la boda. Pero no están invitados. ¿Te acuerdas de Rhonda, mi hermana? Ella sí viene. Estará en la fiesta.

—¿Y los padres de Oscar?

—Sólo tiene padre. El Bat. Da miedo el individuo. No sé si aparecerá o no.

—¿Estoy invitada?

—Bueno, sí.

Le di la hora y la dirección, pero se le notaba que le jodía no recibir una invitación escrita, que no había ninguna. Procuró recuperarse poniéndose infantil.

—¿Os vais de luna de miel?

—Sí. El día siguiente vamos a un concierto de School of Velocity y pasaremos la noche en un motel de East Lansing.

—Chloé, sois tan populares... Vais a ser la pareja de recién casados. ¿Y qué le digo al tío que quiere veros follar como unos tortolitos? —Había vuelto al lenguaje de la calle, a hablar de negocios. Me sonrió como si tuviese una indigestión e intentara ocultarla—. ¿Te gustaría esa pasta? —Repitió la cifra—. Es una fortuna. ¿Y qué dirá Oscar?

—Es un poco chungo. Pero ya te he dicho que se lo preguntaré.

La cosa fue que yo quería contratar para Oscar algún seguro médico, porque Bradley no podía permitirse darnos una parte de beneficios en Jitters. Y pensé que si teníamos una póliza y a Oscar le sucedía algo estaríamos cubiertos. Sabía, ay, que no se consigue una póliza de seguros por quinientos dólares, pero casi. Lo que me preocupaba era lo del estado de salud al contratarla, porque nunca cubren eso. Bueno, quizá pudiéramos pagar el depósito de un apartamento que estuviera mejor.

En cuanto a nosotros, no puedo decir que me gustara la idea de que alguien nos mirara. Pero también pensé: bueno, si ese cliente quiere vernos a Oscar a mí, es *su* problema, ¿no? No es *nuestro* problema. Nosotros no miramos. Simplemente lo hacemos como siempre lo hacemos, como enamorados que físicamente lo demuestran. Una pobre y desdichada excusa para justificar que un ciudadano americano nos mirara desde el fondo de su

miseria personal y así poder pagar el seguro médico de Oscar o el depósito de un apartamento; en fin, la posibilidad de sacar algún provecho. Supongo que todo el mundo quiere mirar, en cierto modo. Sólo que: no tienes tantas ganas de hacer eso, quizá no tienes ninguna, es como si tu neumático se desinflara de aire, no haces nada de lo que sueles hacer cuando alguien se refocila poniéndote los ojos encima.

Y luego pensé en la clase de hombre que quería mirar. O sea, tenía que estar bastante desesperado para llamar a un servicio de esos sólo porque quería mirar. Me di un paseo por el parque Allmendiger para pensar en eso. Observé a los perros y a los padres y a los niños. Me imaginé al hombre volviendo a casa del trabajo, otro tío solitario que friega los platos de pie debajo de una bombilla y escuchando la radio, intentando ser alguien en lugar de un capullo, y una noche se da cuenta, bingo, de que está en el infierno, de que vive en él permanentemente, holaaaaa, de que no sale nunca de ahí dentro. Y el problema es que ahí no hay nada más que eso. Entonces lo que quiere es mirar cómo se está en el cielo, donde nosotros estamos, quiere ver a dos representantes de la cultura joven, que somos nosotros, Oscar y yo, simplemente tumbados y haciendo el amor, y quizá el tío se ilumine así, ya sabes, ahí sentado y mirando cómo aullamos de gusto como solemos.

Sería como llevar un perro a una persona que vive en una residencia de ancianos. Terapéutico. Sólo que al perro le puedes dar palmadas. A nosotros no podría tocarnos. He insistido en este punto.

Ver es creer. Ver es distinto de contar, o sea, no es igual que te lo cuente, ¿no? ¿No?

Bueno, eso creo.

Pero suponte que Oscar empiece a besarme. Cuando nadie mira lo hace por mí y por él, porque le gusta. Le gusta mi sabor. Me aspira aquí arriba y ahí abajo. ¿Me daría un sorbito? Quizá no si nos estuvieran observando. Le daría vergüenza. Pero cuando tienes a ese superpringado solitario de poliéster que juega al golf y te mira sentado en una silla, a ese tío que ha pagado, perdone la expresión, una entrada para el polvo, entonces lo estás haciendo para él. El asunto entero cambia. Se convierte en un espectáculo.

No es sano.

Aquella noche cuando estábamos haciendo unas hamburguesas en la cocinilla, todo está tan prieto que ni siquiera es una cocina, le conté a Oscar la propuesta de Janey ¿y sabe lo que hizo? Se sentó. Así, por las buenas, se

sentó. Luego empezamos a hablar. Al final él me gritó y yo le grité. Nos peleamos y acabamos llorando jímios, pero al final de la cena ya lo habíamos decidido.

Los dos nos dijimos que tampoco era gran cosa.

Al fin y al cabo, a todo el mundo le gusta mirar. O sea, a mí me gusta mirar a Oscar, incluso me gusta mirarle cuando está desnudo afeitándose, y a él le gusta mirarme.

Decidimos hacerlo. Pero no iríamos a la casa de nadie, sino que lo teníamos que hacer aquí. El tío tendría que venir, cerraríamos la puerta. Las condiciones eran esas. Y lo hicimos. Yo llamé a Janey y Janey llamó al tío.

El tío que vino no era más que un hombrecillo anónimo, de mediana edad, calvo y con asma, que llevaba un sombrero de fieltro gris y anticuado. Se notaba que le habían reconstruido quirúrgicamente el labio superior. De su boca descentrada se alzaban líneas de carne defectuosas.

Total, aquel ciudadano se sentó en nuestra silla, nuestro *mueble* —eso fue casi lo peor— y lo hicimos un rato, un tiempo suficiente, por lo menos. Lo malo fue que fingíamos. Y hasta entonces nunca había sentido que Oscar y yo actuáramos. No me atrevía a mirar al tipo que nos miraba. Me concentraba únicamente en Oscar. No separé de él los ojos. Me agarraba a él como uno que se aferra a un salvavidas que le mantiene a flote. Hubo un momento en que sus ojos me dijeron que no podía seguir, pero yo le dije que tenía que hacerlo y él siguió. Fue el punto más bajo a que he llegado en mi vida.

Cuando terminamos, el tío nos dijo que quería vernos haciéndolo otra vez, con algunas variaciones.

Oscar se sentó en la cama. Dijo, muy bien, sí, dentro de un minuto, Después dijo que quería hablar de una película que había visto. ¿Le gustaban las películas? El tío se encogió de hombros. Entonces Oscar dijo que había visto una titulada *Trampa cibernética* o algo parecido, y que en la peli hay un megaordenador malvado, propiedad del gobierno ultrasecreto, que analiza el ADN a partir de una muestra de sangre. Y el ordenador, su gran unidad central, lo predice todo de algunas personas desde aquí hasta el infinito, vaticina sus vidas completas basándose en el ADN, hasta su vida de ultratumba predice antes de que nazcan, en el período de su preexistencia. El ordenador también sabe si irás al infierno o no, incluso antes de tu nacimiento. Tu vida posterior está completamente trazada. Lo que no saca de la de sangre lo obtiene de muestras caligráficas. El ordenador quiere ejercer un control absoluto sobre

una sociedad de consumo, incluida la ultratumba. El héroe y su novia tratan de acabar con *el* ordenador, pero éste lo sabe todo de ellos, y entonces el héroe tiene que discurrir una manera de ser otra persona para derrotarle, y la heroína tiene que cambiar su identidad por la de una mujer de la limpieza que gana el salario mínimo. Los dos tienen que *imaginar* su huida.

Sentado en la cama, desnudo, Oscar contó este resumen de la trama durante unos diez minutos. Yo no sabía que fuese capaz de inventar historias. Entonces el tío calvo con las rayas faciales defectuosas dijo:

—Muy bonito, chico. Pero si quisiera ver una película, iría al cine a verla. ¿Qué tal si hicierais ahora el número por el que os pago?

—Muy bien —dijo Oscar, y encogió su hombro desnudo. Se volvió hacia mí y me dio un beso en la mejilla, como diciendo que el espectáculo debía proseguir.

La segunda vez fue más difícil, es lo único que voy a decir. Nos ganamos el dinero. Al final de la actuación, cuando ya habíamos terminado, nos pagó. No había visto tanto dinero en efectivo en toda mi vida.

Ni siquiera voy a contarle que vomité al día siguiente. Ni de que: me deshice de la silla donde se sentó aquel tío. Mi vida no es triste, tengo una buena vida y no voy a decir que es patética ni nada parecido. Peco me deshice de la silla.

Lo curioso es que, después de todo esto, y antes de que nos casáramos, dejé de considerarme una chica. Hasta entonces me *había* visto como tal, de vez en cuando. Pero después de eso no. Ya no era una chica. Huyó de mí. No encajaba. A partir de entonces, fue como si esa palabra me diera escalofríos.

DIECIOCHO

EL PEQUEÑO experimento del matrimonio con Bradley no había resultado y ahí estaba yo interpretando por primera vez el papel de recién divorciada.

Era sábado. Había ido a una fiesta de verano en un jardín con nubecillas de molestos mosquitos que perturbaban el aire en el espacio donde los demás invitados bebían y hablaban. Al fondo, cerca del garaje, un nido de avispas colgaba de un arce justo por encima de los cables de teléfono. No vi ninguna avispa, pero los invitados hacían molinetes con las manos delante de la cara para espantarlas. «Hola, Diana», decían, con un gesto como de despedida. La anfitriona, Lydia, sonrió aliviada al verme llegar. Rara vez decepciono como invitada. Suelo animar cualquier reunión social a la que me invitan. Hago mis pequeñas escenas inofensivas.

El tiempo parecía apacible. Oí trinos de pájaros, en algún lugar encima de nosotros.

Los anfitriones, una pareja de amigos míos, habían construido hacía años una terraza trasera de tablones grises paralelos clavados a una estructura. El gusto 4^e Lydia consistía en una cierta desenvoltura informal que triunfaba en las fiestas estivales, pero no en las de invierno; su matrimonio con Don era el tercero, y habían endomingado a toda una recua de hijos, hijastros y medio huérfanos para que sirvieran condimentos y entremeses. Uno de ellos, llamado Edgar —no es nada común que un niño pequeño se llame así— tocaba el piano en su estudio. Las ventanas estaban abiertas, y la música —Mozart para principiantes— se mezclaba con los rumores de la conversación.

La gente deambulaba ociosa. Iba y venía. Abiertas para su inspección, había neveras llenas de cerveza, y un jazz lento, entreverado de blues, se alzaba del estéreo como humo de velas y se combinaba cerca de la casa con el sonido de los minuetos de Mozart que tocaba Edgar. La casa, atiborrada de antiguallas recolectadas aquí y allá, estaba lo bastante apartada de la calle para preservar su intimidad, y los setos estaban sembrados de juguetes, triciclos y mecanismos de plástico rotos que funcionaban con pilas. Al entrar, reconfortaba aquel desbarajuste familiar. En la parte de atrás, veías sobre un árbol una casita que se caía a pedazos, cerca del nido de avispas. Y debajo del nido, en el jardín, se congregaban los invitados. Los invitados oficiales y los más o menos oficiosos, como yo, mezclando nuestras risas con los sonidos

de los grillos y el murmullo de los marginados, los fumadores de tabaco, amontonados en el rincón del fondo, inhalando ceñudos.

Lydia es una mujer alta y de líneas rectas, de su pelo negro y rizado que cae como cascada enmarañada por ambos lados de la cara y el cuello. No es exactamente hermosa, pero su inteligencia afanosa y risueña te recibe en la entrada y no tardas en confesarle tus pequeñas maldades, y ella te cuenta las suyas, y adquiere el atractivo de las personas a quienes les interesan los pequeños detalles. Los sucesos interesantes se le pegan. Es una anfitriona perfecta. Te sonsaca lo escandaloso por puro gusto de una buena historia. Quiere saber cosas de todo el mundo, y sólo después te acuerdas de que has omitido preguntarle por las suyas.

Escribe e ilustra libros para niños, todos ellos sobre una familia de cabras que poseen sus propios rasgos distintivos, como por ejemplo unas gafas de lectura, una sonrisita característica, un flequillo sin peinar y un ceño fruncido que Lydia ha copiado de sus dos ex maridos y de sus propios hijos. Me he preguntado muchas veces qué pensarán sus hijos cuando ven sus propios rasgos reproducidos en esas cabras, pero nunca he encontrado el momento apropiado para preguntarlo.

Todos los invitados eran de Burns Park, un desaliñado vecindario de académicos, compuesto principalmente de sabelotodos profesionales, gente con opiniones que se puede dar el lujo de expresarlas.

Todos tenían —teníamos— un cierto barniz festivo. Según cuánto haya bebido, por lo general aprecio más un brillo casero que un clima de amistad irónica. Como esto es el Medio Oeste, nadie brilla realmente porque no tiene por qué, es más un resplandor mate, como platería usada con frecuencia. Todos estábamos muy presentables, pero casi

nadie hacía ningún tipo de *afirmación*. Aquí, en Michigan, el verdadero estilo es difícil de mantener; los estilos son todos prácticos y de segunda mano. Todos tenemos una personalidad heredada. Pero es liberador: te libera de otras cuestiones de mayor importancia, de los grandes temas, de las pasiones sórdidas.

No había pensado asistir a la fiesta. Sabía que la gente iba a mostrar una especie de interés amistoso por mí, por la novedad de mi matrimonio con Bradley y su rápido desenlace. Estaba dispuesta a refunfuñar de un modo provocativo y sexy, siempre que pudiera contener mi belicosidad ingeniosa y sonriente dentro de unos límites aceptables. No quería compasión. Bueno, aquella gente era demasiado moderna para eso. A decir verdad, tenía de mí

misma esta imagen: yo era el árbol contra el cual se estrella un conductor borracho. El árbol no se mueve. Lo único que hace es permanecer en su sitio. Con sólo estar donde está mata a una persona. Esa sería yo. Tal es mi actitud: una inmovilidad neutral y letal.

—Hola, Diana —dijo una voz en el aire de la fiesta.

—Oh, hola —respondió mi voz. Con una sonrisa de cristal, indiferente.

—Estás monísima.

—Gracias.

Fui a servirme otra copa. Dije algo sobre el tiempo.

Inmediatamente antes de esta fiesta, *había* vuelto a casa, la había vuelto a amueblar, había preparado uno de mis casos y pensado en David a ratos. Bradley, que se había equivocado al casarse conmigo, no ocupaba mis pensamientos, pero David sí, y mis otras preocupaciones eran la duración probable de nuestro asunto y su posible asistencia a aquella reunión social. La estatua del niño estaba reclinada en mi patio trasero.

Si te has divorciado hace poco, y eres una mujer, durante cierto tiempo no sabes qué ponerte. Te pones el vestido de tirantes azul claro, pero no te gusta lo huesudos que tienes los omoplatos —la gente hará comentarios sobre tus hábitos dietéticos o tu estado físico, porque se muere de ganas de conocer tu estado de ánimo—, y entonces te lo quitas y te pones unos vaqueros, pero eso es pretencioso y exagerado si no son nuevos y de la talla exacta, así que los cambias por una falda sencilla, pero como la falda y la blusa son *demasiado* sencillas: al instante te conviertes en una de esas que visten ropa de confección insípida, sin clase ni complemento alguno. Así que lo que haces es ponerte una de las camisas que David se dejó en el dormitorio un día, una tarde de verano en que huyó de tu presencia en camiseta, abotargado y aturdido por el sexo, la camiseta con el logotipo de la librería estampado en ella. Luego te pones los vaqueros. No te metes la camisa, la azul de tela vaquera de David, sino que la dejas colgando por fuera. Luego sí la remetes. Te preguntas si la reconocerá su mujer, la mal llamada Katrinka. En tus momentos más malévolos, has empezado a considerar interesante la perspectiva de que sí la reconozca. Podría armar una escena y airear su indignación. Hasta puede que semejante perspectiva fuera maravillosa. Animaría la fiesta.

Antes de que comenzara el picor, hice un esfuerzo mundano. Conversé con un médico y un contable, un ingeniero eléctrico y dos docentes de la educación compensatoria, un profesor universitario de económicas y un

jardinero paisajista, con una persona que, hasta donde pude ver, tenía un trabajo *no* retribuido y estaba, además, muy orgullosa de ello, y con otra que en una fase vital anterior había programado ordenadores y ahora, tras haber sufrido una crisis personal, estaba muy contenta fabricando muebles. Hablé con un jefe de personal entrado en años que quería dedicarse a tocar jazz al piano. Algunas de estas personas eran mujeres y otras no.

Luego sentí el hormiguo en la planta del pie derecho, una urticaria de hiedra venenosa o una picadura de mosquito. Tenía ganas de quitarme la sandalia y empezar a rascarme. A veces me pica de ese modo todo el cuerpo. Cuando sucede, me rasco por todas partes, soy un sarpullido de los pies a la cabeza.

Depositó allí mismo, en el césped verde y crespo, mi plato de costillas y pollo de barbacoa, sin reparar en que se habían formado nubes, empezaba a llover y que enseguida llovía pertinazmente. Pronto todo el mundo menos yo se había metido dentro de la casa. Yo me quedé fuera. Preocupada, me quité la sandalia para rascarme el pie. Empecé a rascarlo, absorta en mi tarea. Me encanta hacerlo, es una de mis malas costumbres cuando me pica algo. Estaba sentada detrás de un árbol a resguardo de la vista, cerca del nido de avispas. Nadie me veía, o eso creí, abstraída como estaba, atolondrada y sin pensar en nada, ida. Por eso no noté aquella ligera descarga del cielo, la etérea caída de gotitas. No presté atención. Estaba debajo del árbol. Se habían refugiado dentro, la gente y la comida y los minuetos de Edgar, y no me había dado cuenta, y había sido recíproco. Nadie me había avisado. Me habían dejado sola.

En aquel momento estaba de espaldas a la casa, encorvada sobre el pie, y tuve en ¡a espalda la sensación de que un hombre me miraba. Una sensación concreta, como un zumbido en la piel.

Lo que recuerdo después era aquel tío, David, por supuesto, con los brazos cruzados sobre el pecho como un guarda forestal, que se inclinaba hacia mí, me cubría los hombros con su chaqueta y me decía: —Vamos a taparte. Vamos a guarecerte.

—Hola, David.

—Está lloviendo, Diana. ¿No te has dado cuenta?

—Parece ser que no.

—No prestas suficiente atención a lo que ocurre. —Miró hacia arriba con suave melancolía—. Nunca lo haces. No prestas atención a las circunstancias del entorno y luego estás empapada y tiene que venir alguien a arreglar el

estropicio. Eres tan terca, pero en ti no es valentía, es obstinación. Diana, Diana, Diana.

Advertí que le gustaba repetir mi nombre. Dije:

—Ah. Ya veo que me han descrito de cabo a rabo. ¿Dónde está tu mujer, por cierto? ¿Dónde está Katrinka?

—¿Kat? Bueno, está dentro, claro, con los demás invitados. —Miró hacia la casa—. Me han mandado a buscarte. Han dicho que estaba lloviendo. Y llueve, Diana. Llueve.

—No me había lijado.

Miré hacia el cielo y la lluvia me cayó en los ojos.

—Exactamente. Es lo que estoy diciendo. —Me miró con dulzura y el corazón me retumbó en el pecho, por lo menos una pizca—. Los partes meteorológicos habían anunciado lluvia.

—Bueno, me estaba rascando el pie. Creo que tengo hiedra venenosa.

—Veamos. —Se sentó, me levantó el pie y me quitó la sandalia—. Ah. —Lo tocó con el dedo. El punto urticante estaba justo debajo del arco—. Sí, aquí hay una dermatitis, está claro.

Luego se agachó, tapado por el tronco del árbol, y lo besó, me besó a mí, en el punto mismo en que tenía el picor. ¡Qué descaro! Mi amante. No recuerdo nada más de la fiesta, salvo una conversación que tuve veinte minutos después con Katrinka en el rincón junto al piano vertical. Al entrar en la casa, ya le había devuelto la chaqueta a David y él había desaparecido en la cocina. Katrinka y yo, viejas conocidas, estábamos hablando sobre la política de la elección del consejo escolar local, y luego hablamos de la hiedra venenosa (en el lindero de su jardín también crecía) y, mientras sosteníamos nuestros respectivos platos (yo tenía uno nuevo, con comida nueva) y comíamos de ellos, la conversación patinó, como un automóvil que ha perdido ligeramente el control, hacia los beneficios reales o presuntos de la vitamina E, y durante todo este tiempo, mediante un acto de voluntad tan decidido y valeroso que cuesta imaginar, ella mantuvo los ojos clavados en mi cara después de haber mirado, *examinado* sería mejor decir, una, dos y una tercera vez, la camisa tejana que yo llevaba puesta. Se veía, en el elocuente movimiento de sus cejas, que se estaba esforzando en recordar la camisa, que trataba de asegurarse de si la recordaba, de si pensaba o podía pensar que pudiera ser la camisa que sospechaba que era, la camisa tejana azul de su marido, dos tallas más grande que la mía. No sin un asomo de piedad, observé cómo una fina gasa de sudor le perlaba la frente, diminutos hilos de

transpiración.

Cuatro días después, como en una farsa, una ópera cómica, una comedia nocturna de media hora escrita para la tele por un comité, David desarrolló un sarpullido en el reverso de las manos y en la cara, cerca de la boca.

No recuerdo la última vez en que la hiedra venenosa fue considerada una enfermedad de transmisión sexual. En realidad, no puede transmitirse de un pie a la boca y ni siquiera de una mano a otra. Pero fue sin duda lo que podríamos llamar un catalizador, por accidental que fuese su aparición en David. De todos modos, Katrinka estuvo días pensando en mi camisa y al final dedujo que era de David: una mujer no olvida las camisas de su marido, y mucho menos una como Katrinka, un ama de casa de cuatro habitaciones en un barrio residencial de las afueras. Y cuandoató cabos, el lazo resultante fuimos nosotros, David y Diana, y fue la noche en que David se marchó de casa y vino a la mía, y sus hijos pequeños lloraban a moco tendido y le agarraban cuando él cruzó la puerta de la calle. No importa lo más mínimo que no se puedan transmitir los efectos de la hiedra venenosa. Katrinka pensó que sí. Tuvieron una pelea oportunista que resolvió el conflicto. ¿Recuerda la canción? Se convirtió en la nuestra.

Necesitarás todo un océano de loción de calamina.

Con la que nos frotamos el uno al otro, con gestos muy tiernos, nuestra primera noche como pareja oficial, no clandestina, David desdichado y aliviado y de nuevo desdichado y algo aliviado otra vez, sin saber en absoluto lo que sentía cuando yo le besaba ferozmente. Su alegría y su desdicha le mantuvieron despierto toda la noche.

Siempre me había amado, pero había ocultado su amor. A todos los hombres les gusta fingir que trabajan en la CIA y que conocen secretos muy peligrosos. Por eso sufren tanto al decirte que te quieren. Pero en cuanto estuvo aquí, en mi dormitorio, tras haberse revelado la verdad, habló de ello —de su amor— abiertamente, deshecho como estaba después de haber abandonado a los chicos. Como he dicho, fue franco al respecto. Era yo la persona a la que había que abrir con una palanca.

Hacia el final del verano, un mes más tarde, aquella noche en concreto había estado observando cómo jugaba al baloncesto con el tal Oscar y otros chicos en un parque. Chillaban. Yo no tenía idea de lo que se gruñían

mutuamente, eran aullidos masculinos, y su calzado crujía sobre el asfalto. En realidad me encantaba aquel sonido. Yo estaba repantigada en un banco del parque, a un lado de la cancha, estudiando a David. Él sólo llevaba zapatillas y *shorts*. Antes, aquel día, habíamos estado trabajando en el jardín. David me parecía hermoso. Me gustaba pensar en él. Mis gustos habían cambiado. Mi concepto de la belleza masculina se había modificado: él era ahora su definición. Arremetía en busca del balón, utilizaba los codos, lanzaba ganchos. Yo sólo miraba, sentada en el banco. Había pensado en jugar, pero decidí que no, por el momento. Yo también llevaba pantalones cortos. Pensé que mis piernas quizá le distrajeran, de tanto en tanto. Tenía las piernas más bonitas que un mes antes. Más tersas y torneadas. No sé por qué. Oh, en realidad sí lo sé: porque él las amaba.

Detrás de mí, los perros ladraban al paso de coches de bomberos, y en otra zona del parque dos equipos de softball daban gritos de aliento a sus bateadores y sus lanzadores. El sol se hundía en el horizonte.

David vino a mi lado cuando la oscuridad les impidió seguir jugando. Me levanté, y Chloé, la novia de Oscar, de la que me había hecho amiga, que estaba sentada en el otro banco, después de haber correteado con su camiseta de deporte, se levantó también. David se acercó. Estaba tan sudoroso que al principio su mano resbaló de la mía. Volvió a dármele. Enlazó sus dedos entre los míos. Yo olía su sudor. Un olor rancio. Quise tenerle de inmediato. Me rodeó el hombro con el brazo. Me arrimé a su cintura.

Subimos al coche y volvimos a mi casa, que poco a poco se estaba convirtiendo en la suya. Subimos al dormitorio y nos acostamos juntos. Él seguía mojado y el sudor, a medida que se le secaba, despedía un olor fuerte y dulzón, como de arándanos pasados. Dios, me encantaba.

Cuando por fin estuvimos desnudos, nos pusimos de pie y él me puso las manos en los pechos y empezó a besarme. Me sentí como salpicada de estrellas. Y pensaba: puede poseer cada centímetro de mí. Cristo bendito, chuparme los huesos hasta dejarlos limpios.

Le dije que le amaba. Se me escapó, sin más. Él no perdió la calma: hizo como si yo no lo hubiera dicho o él no lo hubiese oído, aunque me lo había oído decir cantidad de veces.

Más o menos entonces oí pasar por la calle la camioneta de los helados, al hombre del Buen Humor. Con aquellas campanillas lejanas, anteriores al tiempo de los discos. Se supone que son un carillón alegre, pero suenan sobrenaturales y afligidas, como el ángel de la muerte.

Y después hicimos el amor, con mayor calma de la que solemos, y miré a David y mi alma —no puedo creer que esté diciendo esto, pero así sucedió— se volvió visible. Mi alma era una espaciosa sala de espera, no especialmente atractiva, como una estación de tren victoriana, con gente que entra y sale. En esta sala de espera había sentimientos que yo ignoraba que tuviese, sentimientos desechados y otros sin un lugar donde ir, sin billete ni destino. Resultó que yo era *más espaciosa* de lo que había creído; había multitud de sentimientos allí dentro. Esto puede suceder de cualquier modo. No me importa que usted desaprobe lo que le estoy diciendo o los medios que usé para descubrirlo. Le previne: no soy una persona original. Pero en aquel momento sentí que lo era. Sólo le estoy contando cómo fue en mi caso. Era una persona distinta de la que había proyectado ser. Mi alma no era especialmente atractiva, pero la sorpresa consistía en que estaba allí, en que tenía una.

Amé a David y nos fusionamos. Él no me salvó de nada. Yo era la misma mujer de siempre. Pero, como dicen: una fase de mi vida se había terminado y comenzaba otra.

DIECINUEVE

TRAS el incidente de mi boda con Diana, *Bradley* tomó el mando de mis asuntos. Me instó a dar paseos con él, a comer regularmente, a gruñir a los desconocidos. Entre ellos no figuraban Harry y Esther Ginsberg, que venían de vez en cuando con diversos platos de alimentos cocinados, y dijeron que el culpable de mi divorcio no era yo, ni mis defectos circunstanciales, sino la casa en que vivía. Al principio creí que se trataba de una metáfora, pero no: se referían al recinto físico, las paredes y ventanas y techos. Afirmaron que en la casa vivía un *dybbuk*. Yo nunca había oído hablar de semejante cosa y ellos se negaron a explicármelo, diciendo que hablar de aquello traía mala suerte, como pronunciar el nombre inexpresable de la divinidad. Consulté el *American Heritage Dictionary* y no daba crédito a lo que encontré. Harry era filósofo y Esther científica, y los dos sostenían que a Diana y a mí nos había desunido una especie de fantasma judío.

En fin, son mis vecinos, y supongo que tienen buena intención. Yo les escuchaba hablar de su hijo Aaron, y ellos me escuchaban hablar de Diana. Que tengan su *dybbuk*. O, perdona, *mi dybbuk*. Al fin y al cabo, había, oído a Chloé y a Oscar aullando gritos de amor en mi casa mucho después de que cuidaran de ella, y había percibido su deseo, el recuerdo de sus cuerpos entrecruzándose en los pasillos. ¿Quién era yo para burlarme de un *dybbuk*?

Al final del verano estaba paseando por la ciudad con *Bradley*. No me sentía demasiado mal. Repasaba mentalmente, mientras caminaba, esa canción, *Funny Valentine*, tal como la canta Ella Fitzgerald. Siempre me había gustado esa cantante; me gustaba que cantara jazz con gafas. Llegué al parque. Había la luz justa para poder ver, luz de Magritte. Aquellos chicos jugaban al baloncesto, como siempre, Oscar incluido. Chloé correteaba dando vueltas al parque, en camiseta de deporte y sin perder de vista, desde lejos, a su amado. Y al lado de los aros de baloncesto había un banco y en ese banco estaba sentada ni más ni menos que mí ex mujer, Diana. Claro que sabía que no se había ido de la ciudad. Alguna que otra vez seguía yendo a Jitters, a saludar y tomarse un café. Se había cambiado el color del pelo. Era como si se lo hubiese untado de tinta rubia. Le sentaba bien. Descansaba en el banco con los brazos cruzados debajo del pecho. La observé —yo estaba a cierta distancia,

al otro lado de la calle, en las sombras— mientras ella lanzaba un manotazo a un mosquito. Sus piernas parecían más bonitas de lo que yo recordaba.

Al cabo de diez minutos estaba muy oscuro y dejaron de jugar. Y ese tío, David, se acercó a ella y Diana se levantó y él le rodeó los hombros con el brazo y ella le rodeó la cintura con el suyo y echaron a caminar hacia el coche, él abrazándole los hombros y ella ciñéndole la cintura. No tardaron más de quince segundos en llegar hasta el coche. Pero yo les recordaré así toda la vida.

Nunca había visto a Diana con tal aspecto de satisfacción. Es curioso cómo se nota que dos personas están enamoradas.

Pasaron por debajo de una de las farolas que hay cerca del aparcamiento. *Bradley* tiraba de la correa, pero yo no quería moverme. Y vi a Diana claramente, apoyada en aquel hombre, con la cabeza ladeada hacia la izquierda para descansarla en su hombro, y aquella eventualidad descabellada aconteció. Sentí un puñetazo en el estómago. De pie donde estaba, al otro lado de la calle, en las sombras donde posiblemente fuese mi destino vivir, para siempre desde entonces. Sentí aquel puñetazo en el estómago.

Al instante supe que la echaba de menos. Que era hermosa de un modo que antes no había advertido. De repente añoré su manera indolente de leer en voz alta las páginas editoriales del periódico del domingo, y añoré su forma de decir buenas noches susurrando hacia mí, y añoré todo lo de ella, incluso lo mala que podía ser en ocasiones. Recordé cómo se retiraba de un soplo el flequillo de la frente, sacando hacia fuera el labio inferior y soplando hacia arriba, un gesto perfeccionado por los años en que tocaba el oboe en el instituto. Enfermo de nostalgia, seguía estando realmente enamorado de Diana, o quizá por vez primera, al menos de aquel modo.

Subieron al coche y ahora ella le puso la mano en el pecho y empezó a besarle. Se besaron un rato. Debería haberme marchado. Lo intenté.

Unas manzanas más allá, pasó un coche de bomberos, tocando la sirena. Chloé fue a recoger a Oscar y se fueron a su casa en el Matador destartalado.

Trastabillé rumbo a la mía y no pude dormir. Fue la primera vez en que se me ocurrió pensar que había destrozado mi vida con un martillo.

El trabajo en Jitters se volvió distinto.

Entraban parejas de norteamericanos normales, cogidas de la mano, enlazadas por el brazo, tratándose con delicadeza. Pedían una libra de café o un descafeinado y se sentaban a charlar a una mesa, inclinados hacia el otro, y

sus rodillas furtivas establecían poco a poco un contacto indefectible. Esta escena familiar que yo había pintado en *El festín del amor* se me presentaba todos los días como un hecho consumado, una realidad. En verdad, sólo hay dos realidades: la de la gente enamorada o que se ama, y la de quienes permanecen al margen de todo eso.

La sola visión de la felicidad me hacía refunfuñar interiormente. Ahora, cuando paseaba por los parques, lo único que veía eran parejas de todas clases, como Chloé y Oscar. En los cruces me encontraba con parejas amarteladas en el asiento trasero, o a una mujer al lado de un tío en el delantero. Les miraba. Veía a la mujer jugando con la nuca del hombre. Enroscando los dedos en ella. Jugueteadando con los rizos. Algunas veces veía a gente sonriendo sin motivo. Sonriendo sin más, felices de la vida. Lo cual me enfurecía. La felicidad del prójimo me hacía sufrir.

Consuela saber que en Michigan la gente no sale desde noviembre hasta abril. Pero a partir de mayo y hasta septiembre está en la calle, a la vista, y de pronto eres soltero, tienes una ventana al paraíso y ningún camino para acceder a él.

Mi actitud ante mi arte cambió. Ahora no pintaba lienzos; los destruía. Harry Ginsberg vino a verme una noche y dijo:

—He oído hablar de la pintura de acción, pero esto es nuevo. Brad— ley, por fin eres un pionero en el terreno visual. Eres posacción y pospop. Esto que estás haciendo es pintura devastadora. Eres el primer pintor del nuevo milenio.

Me agradó su comentario.

Una noche dejé a *Bradley* en la parte de atrás de la casa y fui en coche a Jackson, Michigan, que está como a unas treinta millas de Ann Arbor. No sabía qué haría al llegar allí. Era sólo un sitio adónde ir. Jack— son es una de esas ciudades sin remedio que las revistas citan en los ultimísimos puestos cuando enumeran las comunidades más habitables de Estados Unidos, uno de esos lugares de clase trabajadora donde todo el mundo repara el automóvil en el patio delantero cuando no está enzarzado en una pelea o rompiendo botellas de cerveza en la cabeza más cercana. Las casas no están pintadas y los arcones se derrumban. Allí son capaces de matarte por una moneda, y te roban todo lo que no esté bien amarrado. Y son blancos. ¿Qué puedo decir? La gente de allí se divierte como puede.

Cuando la lucha de clases estalle en Norteamérica, como sucederá sin

duda el próximo decenio, probablemente comenzará en Jackson. A esos ciudadanos no se les engaña.

En resumen, que me dirigía hacia la única atracción turística de Jackson, las Cascadas. Un tipo llamado Sparks las construyó en los años treinta. Era un magnate de la radio. Pensó que Jackson necesitaba el panorama de unas cataratas. Que necesitaba *algo*. Pero no había ningún salto de agua visible, aparte de los ya dañados por la central eléctrica. Entonces construyó las cascadas en el parque central de la ciudad. El lugar es enorme, del tamaño de un campo de fútbol. El agua brota de la cima, donde la bombean, como un despliegue de los que hay en los vestíbulos de los hoteles de Las Vegas, y te sientas en las sillas que han puesto, después de haber pagado cuatro dólares, mientras unas luces controladas por ordenador juegan sobre las cataratas —el espectáculo sólo abre de noche—, y por los altavoces adosados a postes de teléfonos suena música de Mantovani, Neil Diamond y los roí Strings. A este lugar fui a rumiar mis pensamientos.

El agua no fluye durante el día. Es un remanso. Los mosquitos se reproducen en ella. De noche nacen y enloquecen. Te acosan.

Era un martes por la noche. Pagué la entrada y me senté en un asiento de tribuna. La dirección te da un matamoscas, uno pequeño con la leyenda *Jackson Cascades*, y se supone que tienes que matar a los mosquitos con este artefacto. Por los altavoces de campo de concentración sonaba a todo volumen *Song Sung Blue* de Neil Diamond, y yo estaba allí sentado con la cabeza entre las manos preguntándome qué cojones hacía yo en Jackson, Michigan. Los colores del agua variaban del magenta a un rosa vivo, y tuve el presentimiento de que mis padres me habían dejado suelto en el mundo sin haberme explicado nada importante.

Debajo de mí había familias sentadas como yo y como yo presenciando el espectáculo, pero más animadas. Un niño con un peto Oshkosh corría formando círculos cada vez más grandes. «¡Voy a explotar!», gritaba. Asentí. Por mí estupendo, chaval. Puedes explotar ahí mismo. Estoy mirando, tengo una buena atalaya.

La música era ahora de Mantovani, esa bazofia de cuerda, vertiendo melaza sobre el desventurado George Gershwin.

Delante de mí estaba sentada la pareja perfecta de instituto. Él se parecía un poco al tipo con el que salía Diana, y ella se parecía un poco a Diana. El parecido era suficiente para ilustrar las bromas de mago que hace Dios. Estaban hablando. Luego, que Dios me ayude, se besaron. *Fuera donde fuese*

veía a gente besándose. Era una confabulación del besuqueo. Aquellos dos tenían las manos unidas, y con la mano libre ella le estampaba mosquitos en la espalda y él golpeaba con el matamoscas la de ella.

Me parecieron insufribles. Otra pareja de enamorados, esta vez en las cataratas de Jackson, palmeándose mosquitos mutuamente en la espalda, y ambos con un aire paupérrimo, sabiendo que el sistema estaba amañado en contra de ellos, pero no les importaba porque estaban sedados por el amor.

Abajo el amor, pensé, y todo su teatro. Sentí una especie de desespero energético, visionario.

Volví corriendo a mi coche. Cuando volvía a casa, como era de esperar, me detuvieron por exceso de velocidad. Yo, el señor Todt, conducía a ochenta y cinco millas por hora en la I-94. Me hicieron una prueba de alcoholemia. Sobrio sobrio sobrio. Oh, soy un hombre sobrio, y el agente del estado me puso una multa que confirmaba mi delito de sobriedad.

Al llegar a Ann Arbor, *Bradley* me recibió con una gran alegría, que por una vez no fue contagiosa. Entré en la cocina y encendí la luz fluorescente del techo. Te sobresalta cuando la enciendes, porque empieza a derramar claridad y una luz azul parpadeante de cadáver sobre el fregadero, el mostrador de formica y el escurridor de platos rojo. En esta ocasión entendí a Harry y a Esther; había, en efecto, un *dibbuk* viviendo en la casa conmigo. Lo vi en el cuarto de estar. Tenía la apariencia de una butaca. Los demonios son muy inteligentes disfrazándose.

Me senté. Tenía la cabeza llena de feroces y acuciantes impulsos de lesionarme. Sentí la ambrosía del arrebatado enloquecido. Quería expulsar de algún modo el dolor de mi cuerpo. Quería que aquel dolor impreciso se concretase. Es mi forma de explicarlo.

Saqué el cuchillo más afilado y me corté la punta misma del dedo meñique. De mi mano izquierda.

Permanecí sentado, sangrando mientras mi perro gemía y me ladraba. Luego llamé a mi vecino, Harry Ginsberg, y él me llevó en mi coche al hospital. No hizo comentarios ni preguntas. Es un buen hombre. La filosofía le ha enseñado a mantener la boca cerrada cuando es necesario. Insistí en que cogiera mi coche porque sabía que iba a dejar el tapizado sintético empapado de manchas de sangre, y así fue: unos grandes manchones expresivos. Harry me depositó en la entrada de urgencias y se fue a aparcar el coche. Al final me introdujeron en una habitación donde una mujer negra, la médico, dijo que era la doctora Margaret Ntegyereize, me vendó. Me preguntó cómo me había

hecho aquello. Se lo conté. Tenía hermosos ojos, Margaret, y no tenía anillo de boda, y me enamoré de ella en el acto. No pude conseguir con tacto su número de teléfono, pero resolví obtenerlo a hurtadillas.

Al llevarme a casa, Harry me dijo —¿cómo podía no saberlo?—que Jackson Pollock se había rebanado la punta de *su* dedo meñique a los siete años. ¡Siete! Jesucristo. Ni siquiera mi dolor era original.

VEINTE

EN AQUEL entonces, antes de enamorarme de Diana y de casarme con ella (que fue después de que Bradley la conociera, se casara con ella y ella le dejara por mí), antes de todo eso, solía cazar en los bosques y las marismas del norte. Ciervos, sobre todo, pero también patos y faisanes. Ahora que he perdido esa pasión, recuerdo a mis presas con extraña claridad. Veo a cada uno de los animales que maté y limpié y preparé para comer, cruzando mi línea de visión como pájaros mecánicos en un campo de tiro, cuando salen volando por un lado y Caen por el otro. Veo sus ojos, pequeños destellos. ¿Compasión por esos animales? ¿Por qué habría de sentirla? Eso es para otros. Eran una forma de vida, yo tenía otra. Nunca fui uno de ellos.

Podría ser que no lo pensara en absoluto. Las células de mi cuerpo en su conjunto pugnaban por estar al aire libre con un arma en la mano, persiguiéndolos.

Cada fase de esa persecución me ponía tenso y alerta. No me decía: me gusta cazar. Aquello no tenía nada que ver con el gusto. Era mucho más sencillo: yo era un cazador, y eso simplificaba mi identidad. En realidad no tenía que reflexionar nada a ese respecto. Cazaba del mismo modo que un manzano produce manzanas, como si fuese meramente una segunda naturaleza. Mi padre me enseñó a cazar. En los campos y bosques sentía su presencia, el peso de su carne y de sus huesos encima de mis hombros, el sonido de su voz áspera en mis oídos.

Contaba los días que faltaban hasta que se abría la veda de caza al igual que otros hombres contaban en el calendario los días hasta la temporada de béisbol o de fútbol. Mi ropa de caza estaba guardada en un armario del sótano, la anaranjada brillante para cazar ciervos, la de camuflaje para los patos. Iba a aquel rincón concreto, abría la puerta, tiraba de la cadena que encendía la luz y me limitaba a mirar la ropa allí colgada, que a veces oscilaba en la corriente que yo había introducido, o movida por los ventiladores del horno, que se columpiaba como fantasmas colgados de la percha. Tenía una cerveza en la mano y la bebía mientras miraba el contenido del rincón del sótano, con una expresión de animación suspendida en mi cara.

Tuve una serie de novias que toleraron esta conducta. Luego conocí a Katrinka. Me casé con ella.

Renuncié a todo esto cuando la dejé y me fui a casa de Diana, cuando dejé a los chicos, Carl y Jeremiah, y empecé a vivir con ella. Una vez que Diana me perteneció y una vez que empecé a experimentar cómo era vivir con ella y vivir sin mis hijos, salvo los fines de semana, y una vez que los perdí o al menos estuve separado de ellos, perdí todo interés por la caza. Tiré todas mis armas y ropas a la basura. No tenía intención de venderlas o regalarlas. No quería que cayesen en manos de otro hombre. Quería que su historia concluyese conmigo. Amaba a Diana, la amaba con una especie de violencia, y eso era lo único que importaba.

Hay otra historia que quiero contarle, y después habré acabado. No creo que la gente deba hablar de su salud, pero esta historia tiene más relación con el amor que con la medicina. Había ido al dentista a hacer una limpieza de rutina. La higienista dental, una mujer agradable, más o menos de mi edad, con quien me resultaba fácil conversar, acababa de terminar su trabajo cuando, al examinar mi garganta, dijo: «Hmm». Me pidió que abriera más la boca y que dijese: «Ah». Lo hice. Ella miró. Yo miré la vista que se veía por la ventana. Ella no dijo lo que estaba mirando. Conservé la calma. Ella llamó a la dentista, que también me examinó un largo rato: mis amígdalas, al parecer, y la úvula, donde había ciertas manchas.

—Hay algo aquí —dijo ella, con una imprecisión enloquecedora—. No creo que sea nada serio, pero voy a mandarle a un especialista. Para que le eche una ojeada.

—¿Qué ha visto? —pregunté.

—Probablemente nada —dijo ella—. Probablemente sólo un par de papilomas. Que son como verrugas, verrugas en su gargarita. —Me examinó atentamente—. De verdad —dijo—, creo que sólo son eso.

Me dio el nombre del especialista a quien tenía que ver, un tal doctor Hovhanessian. Cuando llamé a su consulta, descubrí que tendría que esperar un mes para una cita. Era agosto: «el doctor Hov estará de vacaciones», me dijo su secretaria, así que yo, mi garganta y sus verrugas, tendría que esperar hasta que él volviese.

El día de la cita fui en coche al centro médico, me presenté en la recepción y me senté en la sala de espera leyendo números atrasados de *Time* y *Newsweek*. Finalmente la enfermera dijo mi nombre y me introdujo en una consulta en cuyo centro había un sillón como el de un dentista. En la pared había varios carteles sobre la sordera y el cáncer de garganta. Yo había

pensado en este cáncer y en la posible asfixia y dolor que quizá lo acompañaran, pensado en la posibilidad de tener que hablar con una laringe artificial, pero lo cierto es que hasta aquel momento había hecho todo lo posible para comportarme como un hombre y mantener el asunto fuera de mi pensamiento. Soy bastante bueno para rechazar y excluir.

La mala salud es para los demás. Se supone que yo no caigo enfermo.

Pero en aquella sala de consulta, con aquel sillón negro delante de mí, el corazón empezó a palpitarme, y como la silla en que estaba sentado era una de esas sencillas de metal, con brazos de acero inoxidable, como rieles de trineo, descansando sobre las losas resbaladizas de linóleo con motas azules, me vi desplazándome lentamente sobre el suelo, bajo el impulso del corazón que me palpitaba contra la espalda. Descubrí que el miedo posee cierta potencia.

Por fin llegó el doctor Hovhanessian. Era un hombre de rostro ovalado, que afectaba un aire autoritario y ofrecía un aura general, quizá exagerado, de competencia. Intercambiamos bromas y tuvo la deferencia de interesarse por la labor de investigación que realizo para la empresa de medicamentos (soy biólogo molecular). Luego dijo:

—Vamos a echar un vistazo.

Cuando terminó el examen, nos sentamos en su despacho. Se recostó en su asiento y dijo:

—No tiene usted nada.

—¿No tengo nada?

—Le extirparon las amígdalas. Las manchas son depósitos linfáticos. Los tiene hace años.

—Oh. —Entonces sonreí—. Supongo que es un alivio.

—Lamento haberle hecho esperar —dijo. Se frotó la cara—. ¿Sabe usted? Cuando empecé a ejercer la medicina, pensé que mis pacientes querían que les diese un diagnóstico claro de su enfermedad y un programa claro de tratamiento. Pero me equivocaba. Lo que mis pacientes quieren realmente es que les diga que no les pasa nada y que estarán bien y vivirán hasta los cien años.

Asentí.

—A usted no le ocurre nada —dijo el doctor Hovhanessian—, y estará bien, vivirá otros cincuenta años, decenio más o menos.

Le di las gracias y salí del despacho y subí a mi coche. Lo que no hice fue volver al trabajo. En lugar de eso conduje a lo largo del río durante una o dos horas y luego entré en un bar del centro y pedí un scotch doble. En vez de

emborracharme, el scotch me produjo un grado más alto de lucidez. Tomé una decisión, la única que recuerdo haber tomado y cumplido. Decidí no tolerar en mi vida, a partir de entonces, ninguna forma trivial de infelicidad.

Aquello me había enseñado una lección. Nuestro tiempo aquí abajo es corto.

Aquella noche le dije a Katrinka que iba a abandonarla y le hablé de Diana. La historia de Diana sobre la camisa vaquera es una invención de ella. Fui yo el que inició todo esto.

No puedo hablar de amor directamente. Nunca he podido. La única manera de hablar sobre ello es hablar de caza y de visitas al médico.

VEINTIUNO

HABÍA comprado en la tienda de comestibles, no sé, comida, por ejemplo zumo de naranja, una chocolatina y helado para Oscar, y había salido al aparcamiento para cargar todas las compras en el Matador y marcharme a casa. Entonces vi, allí en la esquina, junto al contenedor, a mi futuro suegro, el Bat, apoyado en su camión, con una sonrisa abierta de cloaca en la boca. Se tomaba su tiempo, el amigo Bat. Tenía las alas plegadas pero su maldad me estaba augurando calamidades.

Supuse que por fin se habría enterado de que Oscar y yo íbamos a casarnos. Quizá Oscar le hubiese invitado a la recepción en una muestra de lo que llamaríamos un gesto amistoso.

La noticia debió de derribar la sique del Bat sobre el suelo del bar, entre las cáscaras de cacahuetes y el serrín. Su breve paternidad era ya obsoleta, no hacía falta que siguiera vivo. Nadie le quería aquí en la tierra. Total, explicaciones aparte, la bola de grasa de su cabecita me asintió directamente por encima de los coches en el aparcamiento. Como si fuera una señal de reconocimiento. ¡Espera sentado! Quizá pensara... mierda, ¿qué estoy diciendo? Me importa un *bledo* lo que pensase.

Arranqué el coche en dirección a Stadium, pero joder, detrás de mí, todavía a cierta distancia, venía el Bat en persona, encorvado sobre el volante, fumando sus Camel y bebiendo su cerveza sin marca sin quitarme ojo de encima. Bueno, ahora por fin tenía un perseguidor cien por cien auténtico, y no uno guapo como algunas mujeres, con una sonrisa de asesino y modales europeos, sino un auténtico ejemplar de roedor humano. Doblé en Dairy Queen, con la esperanza de quitármelo de encima, pero sus intenciones, por impuras, eran firmes. Iba a mi zaga, guardando la distancia. Notaba sus ojos de rata enclenque perforándome la nuca.

Llegué al centro y estacioné en el aparcamiento de la policía. Supuse que la proximidad de la ley le pondría los pelos de punta. Es más, cuando un desecho humano está en las cercanías de los juzgados, se pone nervioso y loco, y a la larga se va pitando. Creí que me había librado de él. Esperé un poco y luego me dirigí a nuestro apartamento.

Pero cuando llegué allí, el Bat ya había llegado y estaba aparcado al otro lado de la calle, como si tuviéramos una cita. Metí el Matador en el parking,

cargué con las bolsas de la compra y me encaminé hacia la puerta de entrada. No era cosa de emprender la huida. El helado se derretiría, malgastando el dinero que tanto sudor me había costado.

Oscar estaba en el trabajo. Debo decirlo.

Estaba intentando abrir la puerta con la mano mientras sostenía todas las compras. A mi espalda oí que el Bat decía:

—¿Necesitas ayuda?

—No —dije, intentando entrar en el edificio.

—Oye, quizá tú y yo pudiéramos almorzar juntos, ¿no?

—Bueno —dije—. ¿Almorzar? No lo sé. Quizá.

—¿O cenar? No es que yo quiera. Te has puesto en mi contra —dijo el Bat, acercándose. Aquel olor en el aire le precedía—. Has vuelto a mi casa. Has hecho otra visita, como se dice.

—No, no he vuelto.

No me daba tiempo a entrar en el edificio. Tenía que plantarle cara.

—Has estado en mi casa y te has traído aquí cosas mías.

—No, *nada de eso* —dije. Deposité en el porche las bolsas de la compra.

Él no iba a hacerme daño a plena luz del día. Los murciélagos no hacen eso. No aquí. Dios, apestaba. Apenas podía respirar. El mal tiene un olor. Que nadie diga lo contrario.

—Me has cogido mis cosas, chica. Podrías haber cogido las tuyas, pero han sido las mías y te las has guardado. Hasta te has llevado el plato de cristal que a mí me gusta. Quiero que me devuelvas todas las cosas de valor que te has llevado con esas manitas tuyas.

—¿Qué plato de cristal? Yo no tengo sus *cosas* —dije—. Excepto a Oscar, que no es suyo.

—Debería castigarte por descarada —dijo—. ¿Te gustaría? —Sonrió, haciendo una broma—. A algunas les gusta.

—No.

—He estado pensando en el modo de hacerlo. Castigarte, digo. —Se sujetó la barbilla con la mano, en una muestra de meditación—. Te dolería. Y sería una pena y un desastre, con esa carita tan mona que tienes. —Aguardó, en una postura pensativa—. Me lo estoy pensando todavía, sopesando lo bueno y lo malo. —Volvió a sonreír, lo cual era un espectáculo espantoso. La sonrisa de los demonios, en general, antes de que se te echen encima—. Pasear tu persona desnuda por mi casa y después robarme al mismo tiempo a mi hijo y

llevarte mis cosas de valor; debería arreglarte las cuentas aquí mismo, señorita.

—¿Aquí mismo, sería?

Quizá pudiese enredarle con tecnicismos. Pareció confundido, durante un microsegundo.

—Aquí o en otro sitio.

—¿Gomo éste?

—Intentas liarne. Lo único que digo es que me devuelvas lo que has robado. Mientras tanto no te pierdo de vista, para que no te lleves ni una más de mis pertenencias y luego menees ese culito de rata que tienes.

Hizo unos movimientos de bamboleo y volvió andando a su vehículo antes de que yo pudiera corregirle su lenguaje grosero. Es triste cuando la juventud tiene que corregir a sus mayores. Le oí riéndose entre dientes. Me tranquilizó que no tratase de hacerme daño en el porche. No podía hacerme daño porque aquella semana, como estaba totalmente enamorada, yo era inmortal. También me alivió ver la maldad en una forma tan pura y comprender lo *estúpida* que era. Lo que le pasa al papá de Oscar es que un tarado. Si Dios mismo hubiese intentado darle clases particulares no habría sacado nada en limpio. Pero en definitiva era el padre de Oscar, y me apenaba pensar que nunca tendríamos días alegres de Acción de Gracias alrededor del pavo, reuniones familiares, álbumes de fotos y esas cosas. A cambio sólo tendríamos esa mezquindad de borracho hijo de puta. Tendríamos sesenta kilómetros de mala carretera separándonos siempre.

Me maravillaba que Oscar hubiese salido adelante con un padre como el suyo. Lo cual demuestra lo inexacta que es la ciencia genética.

Llevé los comestibles arriba y metí el helado en el congelador antes de que se derritiera.

Oscar había sudado lo suyo trabajando en Jitters durante *el día* y yendo a clases de radiodifusión en la escuela Arbogast por las noches. No quería pasarse la vida sirviendo cafés. Oscar no era un fracasado. Tenía futuro en el mundo radiofónico. Sería un hombre de radio. Los dos estábamos *de acuerdo* en eso. Practicaría su potencia glótica en el cuarto de baño, donde había un buen eco. En la ducha, conmigo, mientras yo le lavaba la espalda o el pecho, recitaba con su voz de la radio anuncios que él mismo había escrito. Escribía anuncios para un par de tijeras con tres filos en lugar de dos. Servían para cortar perfectamente dos cosas al mismo tiempo. Escribió otro anuncio para un horno de bolsillo que se podía llevar en el abrigo durante el invierno. Oscar

tenía muchas ideas, algunas increíbles.

Grabó una cinta para un programa de radio que quería hacer, una mezcla de gótico, tecno y rock progresivo. La escuché en casa. Nadie creería que no estaba ya en antena. Su nombre de pinchadiscos era Bone Barrel. Tenía una voz de medio bajo y sabía poner un tono solemne y que daba miedo.

En fin, *algo* tenía que hacer él en vista de que el asunto del sexo no había sido lucrativo y además había sido una basura moral. Empezábamos a planear el porvenir. Él trabajaría en la radio y yo haría algo completamente distinto, aunque todavía no lo había decidido. Oscar dijo que debería ser una estrella de cine, y lo consideré. Yo me creía tan buena para muchísimas cosas que podría elegir la que quisiera. Empezaba a pensar que quizá podría ser asistencia social. No me importaba trabajar en el sector de servicios. De todos modos, Bradley me había preguntado si quería aprender contabilidad para llevarle los libros en Jitters. Así que quizá lo hiciera. Tenía muchas opciones.

No vimos al Bat durante un par de días. Volvió a su guarida, me figuro. Y llegó el día de nuestra boda.

Fue un día soleado de agosto, el día trece. Nos pusimos ropa informal. Bradley Smith se reuniría con nosotros en el ayuntamiento porque iba a actuar de testigo. Queríamos que fuese él porque es como un adulto oficial, y porque siempre ha sido supermajito con nosotros. Además iba a organizarnos una fiesta esa tarde en el jardín trasero de su casa, y queríamos que tuviese el honor de asistir a la ceremonia en calidad de testigo.

En el trayecto al ayuntamiento, con la licencia de matrimonio en el salpicadero, se la chupé a Oscar allí mismo, en el Matador, de tanto que le amaba. Empecé en un semáforo cerca del nuevo banco automático y acabé unos dos kilómetros más tarde, cerca de un minimercado y una tintorería. No sé si me vio alguien. Creo que no. Oscar dijo: «Cariño, me dejas asombrado». Ya lo *creo* que lo estaba. Al correrse sólo lanzó un pequeño maullido y aceleró sin darse cuenta. Nos salía del alma todo lo que hacíamos. En cierto modo había esperado que usted notase la lechada de Oscar en mi aliento una hora o así después de haber dicho yo «Sí, quiero», pero no sé si se puede detectar ese olor en una charla. No le dejé ninguna mancha; me lo tragué todo, limpia como un alfiler que soy, aunque no había mucho que tragar porque, para que nos trajera buena suerte en el matrimonio, habíamos hecho el amor cantidad y a lo loco unas dos horas antes en el suelo, antes de vestirnos. Por

cierto, el esperma de Oscar sabe a cerveza de trigo con un chorrito de Clorox. Éramos una pareja de diablillos, eso está claro. Todo lo que hacíamos era santo en lugar de escandaloso. Créame lo que le digo.

Cuando llegamos al ayuntamiento, Bradley nos esperaba con una sonrisita. Tenía vendada toda la mano izquierda. Entramos, y cuando salimos, una hora después —había otra pareja esperando, y eso retrasó la ceremonia—, con Bradley de testigo y el alcalde oficiando, Oscar y yo éramos marido y mujer. En cuanto estuvimos casados nos besamos, aunque era superfluo, en vista de cómo éramos.

Yo era la mujer de Oscar. En los viejos tiempos hubiese sido la señora de Oscar Metzger, pero como vivimos en la era moderna, sigo siendo Chloé Barlow. En todo caso, era hora de celebrarlo.

Pusimos el radiocasete y una colección de CD en el jardín del jefe, y él sacó varias mesas que llenó de comida, y a un lado había neveras con cerveza y Bradley se había agenciado jarras y jarras de vino. No íbamos a quedarnos secos, por mucho que bebiéramos o a quien invitáramos. Yo no sabía por qué Bradley quería darnos aquella fiesta, a no ser porque habíamos empezado a trabajar para él y le habíamos sido fieles. Oscar y yo éramos leales a Bradley Smith, a pesar de nuestro salario mínimo y de la opresión que sentíamos teniendo que trabajar de firme.

El sol hizo lo que lleva décadas haciendo: brilló. Lo primero que hice al llegar allí fue quitarme los zapatos para poder bailar. Quería bailar en la hierba y notarla debajo de mis pies descalzos como una mujer africana que se acerca a su nuevo marido. Quería ser igual de primitiva. Yo misma descalcé a Oscar y empecé a darle de comer con la mano, incluso el pastel que Bradley se había acordado de comprar. Le haría la respiración boca a boca si hiciese falta.

Estaba mi hermana Rhonda, y el Buitre, y Janey, filmando sus vídeos, y una banda de mis amigas melenudas del instituto, y una pareja de las Spice Girls con las que yo vivía antes, además de algunos amigos de Oscar como Ranger y Spinner y Fats, y un tío cuyo nombre era tan vulgar y corriente y poco imaginativo como Don. *Bradley*, el perro de Bradley, correteaba por el jardín, ladrando a todo el mundo para que le hicieran caso y comiendo los entremeses de tus manos. Bradley el humano, no el perro, había invitado a esa amiga nueva, la médico, que era negra y de lo más chic. Yo estaba bebiendo bastante, y Ranger había traído un porro grande que encendió en el otro lado de la casa,

y aunque yo era la novia pillé un cuelgue.

Me ocurren cosas raras cuando estoy pirada. Hace dos años, antes de conocer a Oscar, en mis días locuelos, fui a una fiesta de verano. Allí pillé una buena. En aquella fiesta vi a Jesucristo, al auténtico, que también asistía a la juerga. No hay tanta gente que haya tenido ese honor. Estaba reluciente. ¡Relucía! Quiero decir, *parecía* un tío de lo más normal, pero se veía que *no* lo era. Aquel tío allí plantado, esperando no sé qué, era el Hijo el Hombre, como se le llama, y era algo tan obvio que una lo sabía sin necesidad de preguntárselo a nadie. Vestía de blanco y llevaba sandalias, y era tan hermoso que sólo querías, en fin, comértelo. Tenía un millón de vatios de voltaje. No había tenido necesidad de presentarse porque su divinidad era flagrante. No se quedó. Tenía cosas que hacer. Bebió limonada y luego preguntó por una dirección. Jesús asintió cuando le dije dónde era. No era la ciudad celestial, sino la dirección de una calle en el lado oeste. Me dio las gracias. Y luego se marchó. Jesús estaba de *recados*, si puede creérselo. Ojalá se hubiese quedado. Probablemente siempre está atareado. Todos los habitantes del mundo quieren hablar con él continuamente, y no sólo la población de reclusos... *todo el mundo*.

Lo que digo es: vi a Jesús un día y sigo estando viva, todavía estoy aquí. ¡Hablando de suerte!

Yo era la mujer más guapa que había aquella tarde en la fiesta de mi boda. Nadie despegaba los ojos de mí. Bebí y bailé y fumé la hierba de Ranger y besé a Oscar, y si un hombre o una mujer querían bailar conmigo y colocarse con sólo estar un momento a mi lado, pues muy bien, pero después volvía junto a Oscar. Harry y Esther Ginsberg, los vecinos de Bradley de la casa de al lado, pasaron por la fiesta. Harry y yo tenemos mucho en común. A los dos nos interesa la filosofía. Comparamos notas. Me pidió baile y accedí. Es un caballero, y es dulce, y tan inteligente que se ve que pensar le incordia y le ocupa mucho tiempo. En un discursito mientras bailábamos me ordenó ser feliz, y yo le expliqué que ya lo era, pero él dijo que no, que tenía que ser *consciente* de que era feliz. Le pregunté qué era el mal, y me lo explicó. Quería bailar un vals y lo bailé con él. Él me enseñó cómo y yo aprendí los pasos en un periquete.

En un cierto momento miré a la calle y vi al Bat fuera, de pie y observando, pero luego desapareció. Debería haberme preocupado, pero no lo hice.

Bradley bailó con esa médico negra, la doctor Ntegyereize, y ella bailaba

mucho mejor que él, pero a ella no parecía importarle. Hacían buena pareja. Tenías la sensación de que Bradley se había pasado la vida buscando una doctora de urgencias y que por fin la había encontrado, y encima era guapa. Los que decían que Bradley era invendible como novio y como marido tendrán que comerse sus palabras con tenedor y cuchara a partir de ahora.

Había hecho un dibujo de Oscar y de mí cabalgando a lomos de un dragón, y lo puso en la puerta trasera de su casa, para que lo vieras cuando ibas al cuarto de baño a hacer tus necesidades.

Al final de la tarde, cantidad de invitados —nuestros parientes y amigos— estaban medio borrachos, pirados o las dos cosas, pero era una conducta normal y totalmente aceptable en una boda. Al salir de la casa, después de haber ido al cuarto de baño, miré a la mesa que Bradley nos había puesto. La luz que había encima despedía un brillo celestial, llameante, y durante un segundo la mesa se transformó en una hoguera, lo mismo que la comida y el vino. Era como si la fiesta se volviese incandescente, delante de mis propios ojos, y oí voces que decían mi nombre, Chloé, como si lo dijera el aire, o Dios, en mi homenaje. Aquella mesa delante y toda la fiesta brillaban tanto que te deslumbraban. Era exactamente como uno de los cuadros de Bradley, el de la mesa que había colgado al fondo de Jitters.

Oscar empezó a bailar conmigo y a cuchichearme cosas de amor y sexo al oído, y a envolverme con su cuerpo (para ser un chico que a veces no articulaba bien, sus cuchicheos eran bien elocuentes, por lo menos para hablar de mí), y yo tuve miedo de que se desnudara allí mismo delante de todos, impúdico y loco de amor como estaba, entregado en cuerpo y alma sobre el césped, así que nos despedimos con una disculpa y nos lanzaron arroz y dimos las gracias a todos y acomodamos nuestros cuerpos sudorosos en el coche (olvidé mis zapatos en el jardín de Bradley), pero en vez de ir al concierto de la School of Velocity y pasar la noche en un motel de East Lansing volvimos descalzos a nuestro apartamento y allí hicimos el amor toda la noche, con mis piernas anilladas alrededor de él, oh qué polvo dulcísimo, como tortolitos, que es como se debe hacer en todo caso, dadas las circunstancias, recién casados y todo eso. Ahora éramos legales. Nos quedamos dormidos al amanecer, los pájaros trinaban fuera y nosotros teníamos todos los miembros confundidos y enredados.

—Que sueños con angelitos, chica —me dijo.

—Tú también —dije.

He sido más feliz en mi vida que la mayoría de la gente, de modo que cuando Oscar murió, cuatro meses más tarde, no estaba preparada para eso, pero me esforcé en estarlo: para entonces estaba embarazada y había memorizado cada centímetro de Oscar para que no se me olvidara ni una sola partícula de dentro ni de fuera. No pensé que la señora Maggaroulian pudiera equivocarse en algo tan gordo, y no lo hizo.

DESENLACES

Los soviets me obligaron a cometer la barbarie de poner un final feliz a Romeo y *Julieta*, porque los vivos pueden bailar, pero los muertos no pueden bailar tumbados.

SERGEY PROKOFIEV

VEINTIDÓS

AQUELLA muchacha descalza, Chloé, con sus vaqueros azules de novia, se me acercó para preguntarme algunas cosas en su fiesta de boda, que resultó que se celebraba en la casa de Bradley, al lado. Preguntó por qué el amor — por el cual pareció que entendía el amor sexual— atraía (en sus propias palabras) una *maldad tan extraña*. Dijo que como yo era filósofo debía de saberlo, y que necesitaba la respuesta deprisa. (No soy un filósofo; enseño filosofía antigua y anticuada, y hay, en definitiva, una diferencia entre hacer filosofía y enseñarla, una diferencia de estatura y de modestia.) Su pregunta no fue totalmente clara. Bellamente joven, permanecía bajo el sol caluroso. Ella se refería a los «asquerosos», pero capté su intención. Tenía una cerveza en la mano y una sonrisa socarrona. Tenía los labios tan agrietados que debía de dolerle al sonreír.

Cuando le pregunté a qué se refería con lo de «asquerosos» me dijo que a la pornografía en general, y luego señaló a un hombrecillo extraño que nos miraba fijamente desde cierta distancia, cerca de la calle. ¿Quién era? Chloé no me lo dijo. Pero él, el hombre raro, parecía ser el problema de «asco» al que ella aludía.

Oh, dije —para entonces ya había bebido algo de vino y mi sintaxis no era la perfecta—, la fuerza de Eros, que es divino y al que se le conoce como tal desde la antigüedad y, por lo tanto, no incluye la moralidad, que queda fuera de él; piensa en las bacantes, cuando esta fuerza se desencadena, en las cabriolas de chivos, pues bueno, cualquier fuerza tan poderosa es anterior a la moral. Eros, le dije a Chloé, es tanto un demonio como un ángel: las caras son las mismas pero las expresiones difieren. Lo positivo atrae a lo negativo y se combaten.

Mencioné *El matrimonio del cielo y el infierno.*, a Freud y a Sade, la mezcla de lo angélico con lo demoníaco, el control de estas fuerzas por medio de rituales, el matrimonio entre ellos. Me disponía a hablarle de Spinoza y de Platón, del *Simposio* y de *Fedro*, pero me pidió que bailáramos justo cuando yo estaba a punto de pontificar.

Le enseñé a bailar el vals a aquella muchacha descalza. Esther bailó con el novio, que era guapo y también estaba descalzo, aunque por lo demás llevaba pendientes y un collar de dientes de animales. La música no era de

vals, pero tararé uno. Los huesos delicados de Chloé debajo de mi mano despertaron en mí un inesperado impulso de protección. Era la hija de alguien. A sus padres no se les vio en la fiesta. Lo interpreté como que su padre no la había entregado en la ceremonia. Ella misma se había entregado, la chica valerosa.

Después de la última llamada de mi hijo Aaron, había decidido no interferir en las ironías mal comprendidas de su vida. No le molestaría con mis intenciones paternas. No le llamaría para pedirle noticias. Las que tenía siempre tendían a ser apocalípticas. Que llamase él. Mi plan era ése.

No logré cumplirlo. Por las tardes trabajaba en el jardín, plantando bocas de dragón y petunias, o desherbando, y mientras lo hacía pensaba en mi hijo. Eran pensamientos tortuosos, zumbaban como mosquitos alrededor de mi cabeza, porque no tenían más contenido que las imágenes que ofrecían. Echaba fertilizante al suelo. Aaron en un columpio, Aaron jugando al fútbol, Aaron repantigado en una silla leyendo la historia de la segunda guerra mundial, escrita por un negro para Churchill. Recordaba sus tímidas muestras de afecto hacia su madre y hacia mí, juegos de pluma y bolígrafo que nos había comprado, tarjetas de cumpleaños caseras, tareas escolares del parvulario que nunca tuvimos el valor de tirar.

Recuerdo cómo se hizo la cicatriz en la frente y la cicatriz en la rodilla. Recuerdo su cara cuando era un Bar Mitzvah.⁷

Procuraba pensar en mi nuevo proyecto, el libro sobre Kierkegaard y su admirador Wittgenstein, pero mi atención seguía fija en mi hijo.

Por fin, cediendo a mis impulsos, un jueves, alrededor de la hora de la cena, llamé a su apartamento en Los Ángeles. Se oyó el mensaje grabado de que aquel número había sido desconectado y ya no estaba en servicio. Llamé a información y pregunté el número de Aaron Ginsberg en Ambrose Street. Ya no había nadie con ese nombre en aquella dirección. Obtuve los números de todos los Aaron Ginsberg sin la dirección de calles, las listas nuevas, pero ninguno era él.

Llamé a la floristería de Los Ángeles donde había trabajado durante mucho tiempo de repartidor. Se había marchado, me dijeron. Se había mudado. ¿Adónde? No lo había dicho. Lo había absorbido el éter, y allí se había dispersado.

En la cena, esa noche, comuniqué la noticia a Esther.

—Aaron ha desaparecido —le dije—. Le he llamado pero su número está

desmontado. O sea, desconectado.

—Oh, querido. Nadie desaparece. ¿Qué quieres decir?

Se lo expliqué. Quizá no desaparezca nadie, pero *él* sí lo había hecho, no para el mundo, por supuesto, sino para nosotros.

—Ya te lo he dicho: su teléfono está desconectado. Ya no trabaja en la floristería.

Esther posó el tenedor en la mesa.

—Se habrá mudado, Harry. Nos dirá adónde en cuanto pueda. Tenemos que tener paciencia con Aaron. Le está costando tiempo madurar.

¡Madurar! Es uno de esos norteamericanos que nunca crecerá. Intelectualmente sigue estando en pañales. Pensé en llamar al servicio de personas desaparecidas en Los Ángeles. Pensé en llamar a la embajada marciana.

—No lo hagas todavía —dijo ella—. No ha desaparecido.

Apenas me atreví a mirarla a la cara.

—No ha desaparecido —repitió, para tranquilizarme—. Estará en alguna parte. Siempre está en algún sitio.

Pero *había* desaparecido. La policía no descubrió su paradero. Me recomendaron a un detective privado que, con gran desembolso por nuestra parte, descubrió unos pocos rastros de él en el Pacífico noroeste, pero no encontró a la persona, a Aaron, nuestro hijo.

Norteamérica, como todo el mundo sabe, es lo bastante grande para que un niño se pierda en ella. La tendencia del país a absorber a sus habitantes y a tornarlos anónimos e invisibles se había puesto en acción. Aaron era ahora un fugitivo, huía de nosotros, y su pista se había borrado.

Mi vicio es el consuelo de las abstracciones. Los hechos concretos, por lo general, me invalidan. Cuando mi hijo desapareció de la faz de esta tierra yo tenía el proyecto de estudiar sociología, quería dedicarme a una ciencia social para conocer mejor las pautas de los hijos descarriados en una economía postindustrial. Quería sondear la religión: el judaísmo, y hasta el cristianismo, de ser necesario. Una capacidad excepcionalmente desarrollada para la abstracción no excluye tener en cuenta al alma, palabra que no pongo profusamente entre comillas. Pero *yo no sabía cómo buscarle*, y ya no sabía tampoco cómo pensar en él. Respecto a Aaron, no podía refugiarme en un conjunto de ideas conocidas. Aaron se había consagrado a ser invisible con gran empeño e imaginación, como si finalmente hubiera descubierto su camino, que consistía en eliminarse.

Esther y yo tenemos dos hijos que han prosperado, Sarah y Ephraim. Les amamos y pensamos en ellos. Pero ni la mitad de lo que pensamos en Aaron, que ha fracasado y además es invisible. Hurgamos y escarbamos en su ausencia del mismo modo que la lengua busca el diente que falta. Aaron es nuestro hueco.

No es un chico, es un joven. Tenemos —tuvimos— que cederlo a los malévolos, criminales peligros del mundo. Y ahora se había despedido sentidamente del dominio público. Lo hizo para hacernos daño.

Cuando estamos a solas por la noche, Esther y yo evitamos mirarnos a la cara. La desaparición de Aaron es demasiado visible en nuestras caras para soportar la mutua visión de él en nosotros. Esther y yo nos conocemos tan profundamente que ya no necesitamos confirmar nuestros pensamientos. Conozco sus humores; ella conoce los míos. Aaron ha logrado su propósito. Es decir: para romper el corazón de un filósofo, hay que aplicar mucha fuerza y una astuta estrategia, pero una vez conseguido el objetivo, el corazón yace a tus pies como una gran ruina de piedra. Si logras romperlo, la tarea está hecha de una vez por todas. No tiene remedio.

Agobiado de este modo, enseñé a Chloé a bailar el vals el día de su boda, tarareándole compases de *Die Fledermaus*.

VEINTITRÉS

NO PARECE justo que me haya pasado el tiempo hablándote de Kathryn y de Diana, que me hicieron infeliz, pero no de Margaret, que hizo lo contrario y me llenó de alegría, una palabra en la que no confío y que hasta ahora no había empleado en mi vida. Cuando conocí a Margaret, no me sentía inclinado a decirle a nadie lo que había entre nosotros. La gente no va al psiquiatra y paga su buen dinero para hablar por extenso de lo feliz que es. Hablar puede estropearlo. Normalmente no le cuentas a tu amigo, al final de la jornada, sentado ante una cerveza, los detalles de la suerte que has tenido y lo bien que te ha ido el día y la semana y el año, a menos que seas la clase de persona que se regodea. No haces eso. Es una provocación. Buscas otro terreno neutral. Si eres listo, te guardas tu felicidad para ti mismo.

La primera vez que llamé a Margaret para invitarla a salir me preguntó por qué la llamaba, y le dije que había admirado el color de sus ojos. Quería decir *ojos* pero dije *jos*. Creo que la conmovió mi cordialidad atolondrada. No tenía muchas ganas de salir conmigo —tenía un novio con el que rompía y se reconciliaba—, pero al final decidió probar suerte conmigo, al principio sólo tomar un café en Jitters.

Poco a poco aprendí que está tan acostumbrada a las urgencias que es una persona relajada y cortés para el resto de sus días. Casi nada la turba. Como ser humano, como persona, ejerce un efecto calmante. Como médico, está habituada a ver sangre, heridas de bala, huesos rotos y todas las demás formas de calamidad. Una dieta cotidiana de urgencias sitúa a la vida en una perspectiva estable y sosegada. Pocas semanas después de nuestra primera cita me dijo que yo parecía alguien que había ofrecido amor a un montón de gente sin que hasta entonces nadie lo hubiese aceptado. Luego me dijo que yo no era un hombre corriente y, cuando le pregunté por qué, me dijo que mostraba «el corazón abierto», lo que me hizo mirar al suelo, sin saber qué pensar. Las mujeres usan palabras así en los momentos más inesperados. No, no es cierto. Sólo Margaret empleó esas palabras, quizá porque es médico. Yo le estaba mirando la cara con tanta concentración que apenas oía lo que me estaba diciendo. Cuando comprendí lo que había dicho, la besé y ella me devolvió el beso. *Bradley* nos observaba desde cerca y movía el rabo. Margaret nunca me llamó Sapo. Tal vez nunca hubiese visto uno.

Estábamos de pie en la cocina. Llovía fuera. Se apoyó en el mostrador de la cocina. Dijo:

—He oído hablar de hombres como tú, pero hasta ahora no había visto a ninguno.

Fui a ella goteando sangre, con el corazón hecho jirones por causa de Diana, y ella me lo curó en una semana.

Había nacido en este país. Sus padres, diplomáticos africanos, la enviaron a escuelas de Estados Unidos, donde decidió quedarse después de terminar su período de residente. No tenía aversión a los blancos. Le gustaba la medicina de urgencias y quería ejercer en un gran hospital de prácticas. No diré nada más a este respecto.

Es lo más profundo a lo que llego: algunas veces, simplemente, lo sabes. Chloé y Oscar lo sabían. Sabes cuándo dos personas están hechas una para otra. En realidad, nunca había experimentado esta tesitura extraña, pero me ocurrió con Margaret. Antes yo siempre procuraba que mis relaciones funcionasen a fuerza de voluntad y deferencia forzada. Esta vez no tuve que esforzarme en nada. Un soplo de facilidad nos inspiraba. Fuera yo lo que fuese, pues bien, era lo que Margaret, al parecer, quería. No estoy seguro de que buscase un hombre blanco como yo, un comerciante aquejado de modestia, pero dijo que le daba igual mi color o mi carácter, de todos modos, porque estaban bien cómo eran. No había pensado en que pudiese amar a un hombre de mi raza, pero en cuanto aparecí en su vida, resultó que era el hombre que ella amaba, como se dice, contra viento y marea. Hasta la fecha no sé exactamente qué amaba de mí, y no lo sé porque no tengo que saberlo. Me ama, y punto. A mí, a mi menú completo. Ella lo pidió entero.

Cuando dos personas se aman hacen las cosas a dúo. Vamos al cine, vamos a bailar (ella baila mejor que yo), vamos a la tienda de comestibles y nos cogemos de la mano en los pasillos (escandalizando a los racistas), elegimos muebles, cocinamos, hacemos el amor, hablamos del futuro, jugamos con el perro y lo llevamos de paseo, hacemos planes para casarnos, de dónde, cómo y cuándo. Congeniamos. (Evito decir estas cosas en público; la gente detesta oírlo, como si la obligaran a comer azúcar en crudo.) Ya no hay de qué hablar con desconocidos, ya me entiendes. Todo lo que quiero decir quiero decírselo a ella. La vida se ha convertido en lo que yo me figuraba que debía ser, por satisfecho y horrible que suene. De hecho, en realidad no me apetece hablar más de esto. Como dice el poeta, todas las parejas felices son iguales,

son las infelices las que tienen historia.

Ya no soy una historia. La felicidad ha hecho que me diluya en la vida real.

El arte. Primero la dibujé al carboncillo y luego hice un retrato de Margaret. Hacía años que no dibujaba figuras humanas. La dibujé y pinté desnuda y vestida, dormida y despierta, con su expresión divertida o con la pensativa, cuando frunce el ceño. Hice rápidamente cada retrato, cada estudio. La inspiración me daba confianza y eficiencia. Además, a ella no le gusta demasiado posar para esos retratos. No es nada vanidosa. Así que hago la mayoría de memoria. Al principio me costó mucho trabajo captar el tono de su piel, el modo en que la luz lo alumbra. Pero gracias a pruebas y errores aprendí las tretas de sombrear su piel con el color que tiene, primero al carboncillo y después al óleo. Deberías ver lo que he conseguido, pero no te dejaré verlo porque no pienso enseñar nunca estos cuadros en público. No están en venta.

Aquí estoy hablando de ganancias y pérdidas.

Oscar murió un sábado de mediados de noviembre jugando al fútbol con sus amigos y con Chloé. Justo antes, esa tarde, habían estado viendo el partido televisado en que el Wolverine de la Universidad de Michigan derrotó al State Buckeyes de Ohio, y el espectáculo les enardeció y les puso la sangre al rojo vivo. Yo estaba trabajando en Jitters con otro empleado que había contratado, Stusnick, y había dado a los chicos, a Oscar y a Chloé, el día libre. Harry y Esther Ginsberg paseaban por el lindero del parque con el perro *Bradley* (les había dado un juego de llaves de mi casa), preocupados por su hijo Aaron, que había desaparecido.

Aquel grupo de gente había ido al parque y se había encontrado con otra del vecindario que iba a dar un paseo, a liberar la tensión física de aquel partido, y entre aquellos vecinos, aquellos aficionados nerviosos, resultó que estaban Diana, mi ex, y su nuevo amor, David, que era deportista y a quien le gustaba —creo que ya lo he dicho antes— ir al parque a jugar al baloncesto o al fútbol. Oscar y sus amigos les invitaron a sumarse al partido. Oscar y David se conocían de otras veces en que habían jugado al baloncesto. Cuantos más jugadores, más divertido. Por lo visto, también estaba allí Kathryn con su compañera, Jenny. Embarazada y todo, Chloé estaba en la banda, mirando y animando. Esta ciudad es pequeña. Todos los radios de la rueda encajaron esa

tarde, todos los engranajes concordaron, todo el mundo se juntó en aquel momento.

Estamos en febrero. Saco a mi perro a este campo, a la nieve. *Bradley* y yo recorremos la cancha, con su costra de invierno. En febrero, el cielo encapotado es más neutro y desvaído que lúgubre. Es un factor significativo en la común experiencia de la depresión entre los lugareños. La nieve cruje debajo de tus botas y se adhiere a los pantalones y a los puños de la camisa, y en cuanto sales a la intemperie, se te pega a la psique y al final tienes que ir al médico. El pasado te empapa en este clima porque el presente casi no existe. Estoy en el centro de la cancha, en el sitio exacto donde me imagino a Oscar corriendo para alcanzar aquel pase y luego, es decir, ahora, cuando *Bradley* persigue a una ardilla, me imagino a Oscar dando un salto, fuera del alcance de todos los demás, y le veo, incluso en este instante, en medio del invierno, atrapando el balón como lo hizo en noviembre, para después caer al suelo, todavía sin soltarlo, y quedarse inmóvil.

Veo a todos inclinados sobre él. Hasta el perro *Bradley* se ha acercado a examinarle. Los amigos de Oscar le están hablando, a Oscar o a lo que queda de él. Veo a Chloé que sale corriendo a la cancha. Alguien —su amigo Scooter— zarandea suavemente al caído. Dicen que ha debido de golpearse con algo que le ha dejado sin conocimiento.

¿Qué le ha golpeado?

No lo sé. Está desfondado. Eso es todo. O, oye, quizá no. Quizá sea otra cosa. ¿Oscar? Eh, chico, Oscaaaaar. Joder.

Quizá deberíamos llevarle al hospital.

No. Está bien. Estoy segurísimo de que está bien.

¿Le toma alguien el pulso? No parece respirar.

Se agachan. Escuchan. Diana le toma el pulso. Chloé la aparta y empieza a gritar que hay que llevarle a urgencias. Vamos, vamos, vamos, dice. Levantadle, tíos. ¡Levantad/e!

Así que lo suben al coche más próximo, que resulta ser el de David, y David y Diana y Chloé se aprestan a llevar a Oscar —*el cuerpo de Oscar*— al hospital universitario donde, al mismo tiempo, Margaret acaba de terminar su turno y se dirige a buscarme, en la dirección opuesta.

Pero todos han olvidado el tráfico que hay después del encuentro de fútbol. Todas las calles de Ann Arbor están embotelladas de coches; La ciudad es pequeña y el tráfico tarda mucho en despejarse. El estadio acoge a más de cien mil espectadores. Cuando David claxonea y agita los brazos

frenéticamente, los conductores que están delante responden alegres tocando la bocina y agitan los brazos y hacen la V de la victoria o, copiando los gestos que David ha hecho, levantan el puño en alto, a menos que sean hinchas del Ohio State, en cuyo caso miran hoscamente alrededor, sentados en sus asientos y aferrando el volante con las manos. Por mucho que David claxonee nadie se hace a un lado, nadie le deja pasar para que lleve el cuerpo de Oscar al hospital. No hay espacio para moverse. El tráfico se ha detenido en ambas direcciones, como sangre en una arteria obstruida. David no puede gritar. ¿De qué serviría, en esa algarabía feliz de la muchedumbre? Todos están gritando. Es uno más entre muchos. No se apea del coche porque sería en vano: los coches que hay delante también están atascados. El sedán con sus ocupantes avanza despacio, a trechos, hacia el hospital.

Lo peor es que los coches que hay a la derecha y la izquierda están detenidos en el mismo atasco, y sus pasajeros contentos y ebrios presencian cómo Chloé se inclina para bombear aire en la boca de Oscar. Interpretan mal lo que están viendo. Creen que es pasión. Creen que es el festín del amor en el asiento trasero. Es evidente que no la ven apretarse con los dedos las ventanillas nasales mientras trasvasa su aliento a los pulmones de Oscar, porque le lanzan sonrisitas y sonrisas y muecas, y claxonean para colaborar amorosamente en lo que piensan que es un boca a boca festivo de Chloé. ¡Adelante, chica! ¡Ponte morada!

Y no *paran de hacer gestos* indicándole que siga hasta que ella separa su *cara de la de Oscar*. Entonces fija los ojos en ellos y grita, pero el tumulto ahoga su grito. Después vuelve a aplicar la boca sobre la de él, para *mantenerle vivo*.

Transcurre un largo rato.

Y sigue sin estar vivo cuando llegan *al* hospital, y nada de lo que le hacen le *devuelve a* la vida. Ha sufrido (aprendemos más tarde estos *términos útiles*) una miocardiopatía hipertrófica, la jerga médica para *decir* «hocum». *Malditos sean los médicos con su jerigonza y su desparpajo, malditos sean todos salvo Margaret, mi amada excepción. La fibrilación ventricular no surtió efecto. A la postre Oscar fue declarado muerto. La autopsia mostró que poseía un corazón anormalmente dilatado, por la pista de atletismo y el baloncesto y el código genético, pero me niego a renunciar a la metáfora y creo que su amor por Chloé lo había ensanchado.* Margaret me explicó todo esto a su manera africana, *sosegada y zen, empleando* vocablos como *commotio cordis*. *Contra los terrores y las tristezas de la muerte tan sólo*

existe la protección de nombres y *adjetivos polisilábicos* latinos, los conocimientos prácticos y las oraciones, para quienes rezan.

VEINTICUATRO

ALLÍ estaba yo, enjaulada. Estaba sentada en el asiento al lado de David, mientras Chloé se inclinaba sobre Oscar en el asiento de atrás, tratando de insuflarle vida. Todo alrededor, la gente, aquellos hinchas, aquellos simios, chillaban. Armaban jolgorio. Festejaban. Sus caras reflejaban todas las manifestaciones de *júbilo*. Como soy de un temperamento difícil y belicoso, quise matarlos antes de que les tocara el turno.

Sentada en el coche, me contenía, aunque me embargaba una cólera justa, y pensaba en a quién demandaría.

Me había encariñado con Oscar y Chloé, que día tras día me servían café en la galería comercial. Gozaba del espectáculo de los sentimientos que se profesaban. Me parecieron más bien estimulantes, aquellos dos huérfanos, sin nada, en realidad, que les distinguiera. No eran las típicas personas de clase media con sus tediosas formas habituales, y no tenían un chavo en el bolsillo. En las rayas de cansancio que les cernían los ojos se veía que habían dado muchos traspies en la vida. Al verles trabajar juntos en Jitters, algunas veces pensaba: David debería casarse conmigo. Podíamos hacerlo. Sólo que, al tener dinero, nos sería más fácil, lo haríamos con un poco más de estilo y un poco menos de emoción.

Y ahora, en el asiento de atrás, Oscar, a juzgar por todas las apariencias, ya no estaba vivo, ni siquiera se estaba muriendo. Había consumado con éxito su muerte. Al observar cómo Chloé intentaba mantenerle con vida, aplicando sus labios a los de su marido, rompí a llorar. Yo *nunca* lloro.

Soy abogada. Cogí el teléfono del coche. Marqué el número de urgencias. El encargado me dijo que ninguna ambulancia avanzaría más

rápido que nosotros en aquel atasco. Un helicóptero no podría aterrizar donde estábamos, teniendo en cuenta el embotellamiento. Fui informada de que una maniobra así sería peligrosa. Llegaríamos antes en el coche.

De modo que nos quedamos en el coche.

Soy abogada. Pienso en las responsabilidades. Y en mi cólera pensé: demandaré a la universidad, por organizar el partido; a la ciudad de Ann Arbor, por sus planes claramente inadecuados para controlar y desviar el tráfico. Dentro de la ciudad, demandaré al departamento de policía y a determinados individuos de dicho departamento que, apostados en los cruces,

dirigen mal los coches, autobuses, camiones y furgonetas; presentaré una denuncia contra el alcalde, por permitir que los aparcamientos congestionados y repletos obstruyan las salidas de la ciudad; y otra contra la sección de urbanismo, por la proximidad de los edificios. Demandaré a los arquitectos, por el diseño de los mismos. Incoaré un pleito contra los fabricantes de automóviles, por el tamaño y la forma de esos vehículos. Demandaré al departamento de atletismo; no, eso ya lo he hecho; a los anunciantes que han patrocinado estas competiciones deportivas; al club de hinchas del Wolverine; a todos y cada uno de los comercios que hay a lo largo de esta calle, por estar donde están y obstruir nuestro trayecto; al conductor del coche que está delante y a su novia borracha —ya tengo apuntada en la memoria el número de su matrícula— y a los dos pasajeros de atrás, que nos hacen señas mientras David les levanta un dedo y luego claxonea, se habrán quedado sin blanca para cuando yo haya terminado con ellos, y lamentarán haberse hallado en las cercanías de este coche; en mi iracundia demandaré a los conductores y pasajeros que tienen delante *ellos*. Demandaré al fabricante del balón que Oscar atrapó, esa causa inmediata; llevaré a los tribunales a los ejecutivos de esa empresa y arrastraré su nombre por el barro, hasta el punto de que ni sus propios hijos querrán volver a hablarles; demandaré a los fabricantes de la ropa que Oscar lleva puesta, incluidos los zapatos (¡quizá se haya resbalado! ¡Puede que no se adhiriese bien! ¡Quizá se cayó por culpa de su calzado!). Averiguaré qué comió mientras veía el partido en la tele, y demandaré a los fabricantes de la cerveza bebida y a los del refrigerio arteriosclerótico que ha consumido. Demandaré al artista que le hizo a Oscar en la espalda el tatuaje de la calavera con la bandera pirata (me lo dijo Chloé) y la palabra «Muere» debajo, maldita sea, le denunciaré por *vaticinio*. Demandaré al padre de Oscar, el Bat, por no cuidar de su hijo ni prevenir esta eventualidad y, en general, por poner en peligro el bienestar de Oscar y Chloé. Demandaré a los médicos, llevaré a los tribunales sus culos de facultativos potentados y se los voy a clavar en la pared, por *lo que fuese* que le dieran, por *lo que fuera* que le hicieran, con su sabiduría y con su ciencia, oh, ellos pueden intentar cualquier cosa, que les jodan a todos, yo me ocuparé de mostrar que sus esfuerzos son poco profesionales, erróneos, disparatados e incorrectos. Demandaré a los médicos y a la industria de medicamentos por no haberle devuelto la vida. Demandaré a Jesús, que es un conocido de Chloé, a la que un día conoció en una fiesta, por no estar allí cuando le necesitábamos; y demandaré a Dios, que distribuye infortunios ecuánimemente.

Tales eran mis pensamientos mientras avanzábamos, palmo a palmo, hacia el hospital de la universidad.

Oscar había sido un joven físicamente bello y en un estado de salud magnífico, salvo por su corazón ahora difunto. Una vez terminada la desfibrilación eléctrica, la intubación, la epinefrina, la licodaina y la procainamida y las compresiones torácicas, recolectaron a Oscar. Le vendieron para piezas de repuesto, desde la piel a los huesos. Ayudó a salvar vidas ajenas, etcétera, etcétera.

Chloé necesitó a una persona espabilada, de mal carácter y mal genio para que la acompañara a la funeraria a ocuparse de las diligencias. Yo fui esa persona. Chloé y yo éramos solidarias como lo son las mujeres. Lo primero de todo, llamé al padre de Oscar, el Bat. Ah, ahora era un encanto. Su apellido era alemán, Metzger, aunque dijo que sus amigos le llamaban Mac. Dudo que así sea. No era un nombre verosímil. El Bat no tenía amigos. Confabulados quizá, pero no amigos. Yo *no* le llamaría Mac, por mucho que lo pidiera. Le pregunté si deseaba echar una mano en los trámites funerarios, y dijo que no. No parecía afligido; no noté el menor rastro de pesar en su voz, y esa ausencia me enfureció. El, un penoso ejemplo, explicó que Chloé había *matado* a su hijo, momento en el cual saqué algunos de mis cuchillos verbales y arremetí contra él. Algunas de mis palabras no entraron en su cabeza necia, pero mi perversa elocuencia le redujo a un hostil silencio. Entonces trató de replicarme, pero como no estaba acostumbrado a las artes de la argumentación, trastabilló y volví a amenazarle. La conversación, como diría, se agrió enseguida, y admitiré que al final le colgué el teléfono, que estaba, a juzgar por su dicción pedregosa, borracho como un sacristán. Tuvimos más suerte con el director de la funeraria. El tal señor Kleinschmidt era un hombre bastante agradable, de hombros anchos y complexión atlética, un tipo con empuje, como la mayoría de sus colegas, y nos enumeró las posibilidades, y Chloé se decidió por un ataúd sin mirilla, para que fuera expuesto, y por la cremación. Luego nos introdujeron en un sótano cavernoso donde estaban los modelos de féretros. Algunos de ellos, sobre todo los que tenían el exterior de aluminio pulido, parecían electrodomésticos enormes, destinados a oscuros propósitos. No parecían en absoluto ataúdes. Aunque yo le había ofrecido dinero para los gastos, Chloé no quiso aceptarlo. Tenía su orgullo. Optó por pagar a plazos, pero yo revisé hasta el último centavo de los conceptos que Kleinschmidt puso en la factura.

Para la exposición del féretro, el hombre tenía algo pensado. Se acercó a uno de cerezo y lo señaló.

—Le puedo dejar éste a un precio de saldo —dijo—. Pero tengo que explicarle algo.

—Parece bonito —dijo Chloé, un poco dubitativa—. ¿Cuál es el trato?

—Bueno —dijo él—. Está usado.

—¿Usado? ¿Quiere decir que han enterrado a alguien ahí dentro?

—Oh, no —dijo él—. Nunca haríamos eso. No, es el que utilizamos la última vez que expusimos un féretro, antes de la cremación. El cuerpo permanece dentro y luego lo sacamos y lo incineramos. Todo el paño interior y el acolchado se quitan, se cambian, ¿entendido? La madera es la misma. Así que *en realidad* no está usado, no en el sentido en que podría pensarlo. No ha sido *enterrado*. —Aguardó—. En la tierra.

—No sé —dijo Chloé—. Un ataúd usado. —Se volvió hacia mí—. Diana, ¿qué opinas?

—Creo que está bien —contesté—. No creo que a Oscar le hubiese importado.

—Supongo que no.

—Bien —dijo Kleinschmidt—. Asunto arreglado. Ahora necesitamos algo para las cenizas.

—¿Las cenizas?

—Bueno, es la palabra que empleamos. Ya sabe. Las... cenizas. La urna.

Le seguimos al fondo de la sala, hasta un nicho donde estaban expuestas las urnas. Parecían una colección de esculturas, los recipientes de baquelita y las cajas de madera. Una de ellas era de una especie de cerámica, con un delfín de bronce ejecutando un salto en uno de los costados.

—Ésta no —dijo Chloé—. No creo que a Oscar le gustaran los delfines. —Esperó—. Bueno, nunca vio uno. —Señaló—. Ésa. Ésa es la que quiero.

La que había indicado era una caja de caoba bruñida y reluciente, de unos cuarenta y cinco centímetros hacia ambas direcciones, que parecía un estuche de baratijas un poco demasiado ancha para el tocador.

—Me gustaría ésa —dijo Chloé.

En ese momento se le empezó a humedecer la frente y apoyó la mano en mi hombro. Los ojos, extrañamente brillantes, se le empañaron como si estuviera pirada o aburrida. Estaba a punto de preguntarle si se sentía bien cuando los ojos se le pusieron en blanco y se desmayó. La agarré por los hombros justo a tiempo de impedir que se golpeará contra el suelo.

Entre Kleinschmidt y yo la transportamos arriba, él sosteniéndola por los hombros y yo por las piernas. No quise que la cargara él solo. Tendimos a Chloé en el sofá. Él sacó unas sales de su mesa.

—Pasa continuamente —dijo—. A hombres y a mujeres. Le sorprendería.

—En absoluto —dije.

Cuando volvió en sí, Chloé se frotó el cuero cabelludo y dijo:

—Eh. —Intentó una sonrisa—. Hola otra vez. Diana. Me estaba preguntando dónde estaría Oscar. Supongo que lo estaba pensando cuando me he desmayado.

—Está muerto —le dije—. Oscar ha muerto, Chloé.

—Oh, sí, ya lo sé. Me refería a su cuerpo. Ya sabes: lo que queda de él.

—Está abajo —dijo Kleinschmidt—. En la parte de atrás del edificio.

—¿Puedo verlo?

—¿Por qué no vuelve después del almuerzo? —le propuso Kleinschmidt—. Nos llevará algún tiempo prepararlo.

—Muy bien —dijo Chloé—. Podría comerme una tonelada de hamburguesas de queso. Tengo que recuperar fuerzas, ¿no?

La llevé a un restaurante donde, me alegra decirlo, comió como un caballo, se lo zampó todo, hamburguesas de queso, patatas fritas, una ensalada y un batido de chocolate. Ni siquiera hizo un alto para hablar.

—Por la mañana tengo náuseas, pero a la hora de comer me muero de hambre —dijo, masticando una patata frita cubierta de ketchup. Me gustaba casi todo de ella, incluso la manera en que masticaba con la boca abierta y que desaprobaba la exigua ensalada de dieta que había pedido—. Sería capaz de salir a la calle y comer *hierba* —dijo, señalándola—. Sería más barato. Hasta puede que también más nutritiva, sin contar los herbicidas. —Cuando volvimos a la funeraria, la introdujeron en una sala con una vitrina para ver el cadáver—. ¿Quieres entrar? —me preguntó.

Dije que no.

Unos veinte minutos más tarde, salió y dijo:

—Bueno, ya está.

—¿Qué aspecto tiene? —le pregunté.

—Ya no parece el mismo —contestó, componiendo una expresión que acabó siendo de una concentración ceñuda—. Lo que voy a hacer, entonces, es recordarle como era.

Después de la exposición del cuerpo y de la cremación, los amigos de Chloé y Oscar organizaron un velatorio para ambos. Hubo un tumulto

controlado de bebidas y baile e historias sobre Oscar. Chloé se llevó la caja de madera que contenía las cenizas y la colocó en una estantería, cerca del equipo de música. La interrogué sobre drogas. Me dijo — yo hacía de severa hermana mayor— que, como estaba embarazada, no pensaba beber ni fumar nada en el velatorio. Al fin y al cabo llevaba en su vientre al hijo de Oscar, y no quería joderle con ningún producto tóxico, quería que naciese grande y fuerte. Fueron sus palabras textuales. *Grande y fuerte.*

Cuando volví a Jitters a tomar mi taza de café matinal, la urna que contenía las cenizas de Oscar estaba en el estante de la pared del fondo, al lado del tablero con la lista de las diversas variedades de cafés y bebidas. Era como si fuese el sitio perfecto para aquella caja. Allí estaba Oscar, un poco más anónimo ahora, de regreso a Jitters después de su baja por defunción.

Bradley y yo habíamos vuelto a ser cautelosamente amigos. ¿Cómo se nos había podido ocurrir la idea de formar una feliz pareja? Nuestro matrimonio fue un paréntesis engorroso que nos avergonzaba un poco. Aun así, nos saludábamos con placer esas mañanas en que yo iba a tomar café en Jitters y Bradley, el Sapo, estaba detrás del mostrador.

Chloé superó su duelo con una expresión ausente, pero lo superó. Me dijo que sabía que Oscar había muerto, pero que no se lo creía. No le pregunté qué quería decir, aunque debería haberlo hecho.

No sé si David y yo seguiremos juntos. Hacemos el amor de una forma tan tempestuosa y teatral que nos hacemos pedazos, y al despedarnos abrimos agujeros. Hay veces en que, más que el amor, es una pelea. Nos agredimos. Creo que intentamos encontrar el alma del otro, a sabiendas de que debe de estar en algún sitio cerca de nuestro corazón desnutrido. No hay que envidiarnos, por sexy que parezcamos. No es sostenible. Nadie lo soportaría. Esta intensidad no puede durar siempre. Pero somos así, tercos y ruines y un poco egoístas, y sin embargo lo principal es que estamos obsesionados mutuamente y ahora estamos dispuestos a confesarlo, a pesar de lo bien que sienta estar enamorados a dos personas como nosotros, si es que lo estamos, lo cual no es nada bueno. Probablemente no deberíamos estar enamorados. Los dragones no deberían ser personajes de las historias de amor. Debiéramos dirigir la atención hacia otra cosa. Los orgasmos que tengo con David me suben a los hombros y me recorren los brazos y me dejan paralizada durante horas. Lo que creamos cuando estamos juntos es extraordinario, pero desde luego no es maravilloso. Odio la idea de casarme. Detesto ver a parejas que

pasan en coche por el lado opuesto de la carretera. Me crisan. Monto en cólera.

Algunos días me gustaría parecerme un poco a Chloé, que tiene pasta de estrella, pero no soy como ella ni lo seré nunca. Soy mala, porque carezco de una ternura utilizable y no tengo una pizca de bondad, pero no soy una malvada ni lo he sido nunca. Es lo que usted debería recordar de mí.

VEINTICINCO

ANTES de conocer a Oscar, yo estaba bien. Pero luego le conocí y le amé y se murió y, después de eso, en un mundo sin Oscar, no pude volver a ser como era antes de haberle conocido, porque ya no era la misma. Oscar me cambió.

En primer lugar, tuve que llorar a mares. No me sirvió de nada, pero lloré. Me pareció una tarea, como levantar una cerca o hacer trabajos forzados. Durante el día me encontraba bien, la mayoría de los días, pero me despertaba llorando y me dormía llorando, primero en sillas y luego en la cama. Me despierto y la almohada sigue mojada. Por la mañana lloro mientras desayuno mis cereales, y las lágrimas caen en la leche. Llora en la ducha y llora en el trabajo durante los descansos. En casa veo la tele y llora todo el rato cuando pasan un anuncio de artículos deportivos. Supongo que tampoco estaba bien durante el día.

No me ayudaba que Oscar apareciese constantemente en mis sueños. Hablaba y bailoteaba, con la visera de la gorra al revés y el anillo de boda en el dedo, y no paraba de hablar sobre bandas de música que le gustaban y partidos que quería ver, y pedía noticias como si nada hubiese sucedido. Yo le repetía que fuese real, que había muerto, y él decía: *No, no, cariño, lo has entendido mal. Eh, chica, mira mi mano.* Y yo miraba la mano que él había extendido y se la agarraba, alargando el brazo en sueños, dudando de él, y la mano estaba allí, pero su tacto, la piel tensada y áspera de Oscar, me producía un sobresalto de terror y de amor, y me despertaba en mi apartamento a oscuras como si acabaran de encender una linterna, y el tráfico seguía circulando por la calle, fuera de la ventana, y los faros iluminaban el techo, y este gran boquete que Oscar ha dejado en mí al morir.

A veces me enfurecía con él por haberme dejado sola en esta vida, en la tierra, pero eso tampoco funcionaba. Iba contra el karma. Vale, lo reconozco: lo único que hago es fingir que sé del karma. Leí algunas cosas en aquella revista e inventé lo demás. No sé siquiera de qué idioma viene. Así andaba yo. Todo el día extraviada y toda la noche sudando y temblando. Pero no estaba enferma, a no ser que se considere enfermedad estar embarazada y sola.

Aunque es curioso lo que representa socialmente estar encinta. Gente como tus padres, que no se tomaban la molestia de llamarte o de decirte que les interesabas, que se habían distanciado de ti, de repente empiezan a llamar

y a presentarse como si de golpe te hubieras vuelto *interesante*. Averiguaron mi paradero a través de mi hermana y recorrieron en coche sesenta kilómetros para venir a verme desde su casa, que está río abajo. Trajeron en una bandeja un pollo cocinado.

Aquel domingo mi madre vino de punta en blanco, con su vestido de ir a la iglesia y barra de labios de color ciruela y aquel turbante de pelo que se le tambaleaba en lo alto de la cabeza, y con el pollo, como he dicho, que dejó en el mostrador de la cocina. Chilló al verme como si fuese la sorpresa del mes. «¡Cómo has crecido!», dijo. Sí, le dije. Me estampó un beso en la cara y me puso la mano en la panza, gesto que se veía que no podía aguantarse. Luego recorrió con la mirada el apartamento, el de Oscar y el mío, y dijo que era una monada, y me cogió la mano para ver el anillo de boda e hizo *oooh* y *aaah* cinco meses más tarde, muchísimo después del plazo en que esa admiración me hubiese servido de algo. Me preguntó dónde lo había comprado y le dije la verdad, que en la joyería del Service Merchandise. Ella asintió, sabiamente.

Mi padre, Chester, estaba detrás de ella. No sé si quiero a mi madre, pero he querido a mi padre incluso cuando se enfadó conmigo y se portó como un misógino diciendo que yo no servía para nada. No lo tengo muy claro con mi padre.

La vida le tiene confundido y no se las da de saber de algo más que de su trabajo —trabaja en la fábrica de Ford— y de reparar electrodomésticos y piezas móviles, y entiende de deportes. Respecto al modo de educarnos a mi hermana y a mí, creo que recibía órdenes de Geraldine, mi madre. Él habría estado a gusto con dos hijos, pero con dos hijas estaba despistado y era cariñoso y tan generoso que era casi compulsivo en él. Total, que allí estaba en la puerta como si yo no le hubiese invitado, con el sombrero puesto y limpiándose las gafas con el faldón de la camisa, muy tímido y avergonzado por su enfado anterior conmigo. Así que le dije: «Entra, papá», y él entró, con sus cien kilos de peso y su aire medroso. Ese aire en un padre te produce una sensación muy rara y desconcertante. Se le notaba avergonzado. Sobre todo porque una vez me había puesto a parir y porque no había llegado a conocer a Oscar y durante un año o así no se había interesado por mi vida, tal como su mujer le había dicho que hiciera. Ni siquiera echó un vistazo a nuestro pequeño apartamento. Supongo que pensó que no tenía derecho a inspeccionarlo. Pero no soy de hielo. Tampoco nuestra casa. No pude contenerme, y entonces corrí hacia él y le di un abrazo.

Mi padre olía a grasa y a *aftershave* de baratillo. Al abrazarle chocas

contra su abdomen antes de llegar a su cara, pero no importaba. La barriga de mi padre es como el *vestíbulo* del resto de su cuerpo.

La tarde de sábado transcurrió normalmente hasta que mi madre preguntó si tenía una foto de Oscar. Fui a un cajón y saqué la foto de graduación del instituto, donde Oscar sonríe de un modo engraido como nunca le vi sonreír, y tiene el pelo mojado y es básicamente premí, preChloé, con lo que no parece él, no parece transformado, menos por las drogas que estaba tomando justo por esa época. En aquella época estaba un poco demacrado, por lo menos fuera de temporada, cuando no corría con el equipo de relevos y se metía drogas en el cuerpo. Más tarde, enamorado, Oscar pasó de tener dos dimensiones a tener tres o cuatro. Por ejemplo, hacíamos el amor en la cuarta dimensión. Pero de todos modos este retrato del instituto es la única foto que tengo de él, salvo la que Scooter le sacó en la boda, en la que Oscar y yo nos estamos besando y él tiene la mano plantada en mis tetas, cosa que no iba a enseñarles a mis padres, la foto, quiero decir, por motivos de seguridad.

—Tiene muy buen aspecto —dijo mi madre.

—Un poco flaco —dijo mi padre.

No tenía sentido contarles lo de las drogas, así que les dije:

—Acababa de pasar la gripe.

Ellos asintieron.

Pasaron conmigo el resto de la tarde, haciendo serios esfuerzos por reconciliarse. Hablamos de temas aburridos como el trabajo de mi padre y el de mi madre (es una mezcla de cajera y recepcionista en un concesionario de automóviles), y de que su casa estaba vacía por si yo quería mudarme, antes o después de que el niño naciera, podía volver a su casa y mi bebé podría usar la cuna que fue mía. Estuve a punto de decir: «Muchas gracias, muy amable de vuestra parte, pero, en fin, es demasiado tarde», pero no lo dije, porque estaban procurando ser responsables y correctos conmigo y pasar otra página de su historia de padres, ahora que yo era dueña de mí misma y ya no era su hijita. Además, quería demostrarles lo mucho que había madurado no diciendo *joder* todo el tiempo, una costumbre que es difícil de quitar. A los padres les asusta. Hay que tener cuidado con los padres cuando has llegado a ser una adulta. Son *sensibles*. Les hiere casi cualquier cosa que digas. Se les parte el corazón envejecido. Se encogen. Además, yo estaba en camino de convertirme en una de ellos.

Había otra llamada que estaba esperando y, efectivamente, al final llegó.

La esperaba a las dos de la mañana, pero el teléfono sonó a las siete de la noche, y supe que era *él*. Todo ese día en el trabajo había sabido que sería *él*, era un pequeño regalo que me había hecho la señora Maggaroulian, saber que mi suegro, el Bat, me llamaría antes de cuando en realidad lo hizo. Quizá yo sabía estas cosas porque llevaba en el vientre a su nieto, pero no creo. Creo que lo absorbí de Maggaroulian, fue lo que el *Weekly World News* llama «presciencia».

Después de haberme convertido en una mujer casada, hecha y derecha, el Bat había dejado de acecharme y Oscar y yo casi le habíamos olvidado, suponíamos que se habría refugiado en su cueva de murciélago durante un tiempo, hasta que decidiese ser una persona decente. Y como Oscar no necesitaba nada de la casa —se había llevado mucho antes sus cosas—, podríamos decir que habíamos perdido el contacto con él.

Total, que sonó el teléfono y contesté.

—Soy Mac Metzger —dijo el Bat—. Pensé que sería mejor hablar contigo.

—Ah, hola —dije.

Aguardé a que él dijese algo. Dijo:

—Ha llovido mucho desde entonces, ¿eh?

—Supongo. —Luego pregunté—: ¿Llovido?

Hizo caso omiso de la pregunta.

—He oído que estás encinta.

—Sí —dije—. ¿Cómo lo sabe?

—Todo se sabe. Bueno, además —añadió—, supongo que debo disculparme.

—¿Disculparse? ¿Por perseguirme?

—No. Porque había bebido demasiado, la última vez que te vi. Bueno, por fin lo he dejado, gracias a Dios.

—¿Lo ha dejado?

Parecía que los dos estábamos tomando las resoluciones de Año Nuevo, pero sin que fuera el primer día del año.

—Lo he jurado. Tuve que. El largo brazo de la ley me pilló en delito, podríamos decir, e iban a confiscarme el camión y mi permiso, con lo que tuve que ir a un tratamiento de grupo. Y he ido. Lo juré y me estoy enmendando. Es lo más difícil que he hecho en mi vida.

—Parece otra persona.

—Pues sí, soy distinto. Avergonzado de mi comportamiento. No sé qué

me pasó. Y además te perdoné que me robaras, que te llevaras mis cosas. Ya no me importaban esas posesiones materiales. Eran desechos. Podrías quedarte con ellas, por ser la mujer de Oscar, si me lo pidieras.

—Nunca le he robado nada. De verdad.

—Muy bien. —Aguardó—. Es lo que dijiste. Bueno, tú tienes tu versión y yo la mía. Diferencia de opiniones. Supongo que todo el mundo tiene su versión, ¿no? —Esperó a que yo manifestara mi acuerdo y, como no lo hice, dijo—: En todo caso, Oscar ya no está. Pobre chico. Supongo que estaba muy enfadado con él.

—Eso es.

—Estaba tan sorprendido y abrumado por la noticia que cogí una borrachera de muerte cuando me pediste ayuda para los trámites funerarios. No sé qué me pasó, lo que hice o dije. Los demonios, me figuro. Tengo un problema con los demonios, puedo decírtelo ahora. Siento no haber hecho más. Un chico de su edad era demasiado joven para sufrir un ataque cardíaco. Me dijiste dónde pusiste sus cenizas, pero tendrás que volver a decírmelo. Me quedé totalmente en blanco después de su muerte.

—En Saginaw Forest —dije, mintiéndole.

—Es un sitio bonito, he estado. Bueno, ahora que está muerto, Oscar podría hacer algún bien a los árboles, como te lo hizo a ti. Era un chico difícil. Y algunas veces, desde luego, fue insolente conmigo. El chico era un problema constante.

—A mí me hizo bien —dije—. Era la mejor persona que he conocido en mi vida. —Podría haber colgado, pero no lo hice—. Sí —continuó—. Lo era.

—¿Es verdad eso? Me alegro. ¿Sabes?, Oscar era muchas veces un terror, y cuando no lo era no había forma de arrancarle del sofá. Por culpa de las drogas. Le volvieron perezoso, y vaya lengua que se gastaba cuando yo le echaba en cara las drogas. Menuda casa la nuestra. Estábamos siempre en pie de guerra, él con su lengua de víbora y yo con mi mal genio, conque yo procuraba no estar, y cuando *estaba*, él podía ser tan malo como mi padre lo fue conmigo, y yo le pagaba con la misma moneda. Claro que le echo de menos. Siempre echas de menos a tus hijos.

—Sí —dije.

—Debía de tener un lado que yo nunca vi. Estaba muy orgulloso de él cuando corría en relevos. El chico corría como una flecha, y entonces sí que yo estaba contento y le reconocía como hijo. Pero casi todo el resto del tiempo tenía que soportarle y sus drogas y sus líos y su lenguaje, pero como digo

quizá había otro lado de la cuestión y me gustaría que me lo dijeras. Probablemente tú veías cosas que yo nunca he visto. ¿Las viste?

—Sí —dije—. Las he visto.

—Pues eso es lo que estoy diciendo, ¿entiendes? Tú has visto otras cosas. Tú conoces otra historia. Posiblemente tienes una versión distinta de Oscar. Posiblemente sabes cosas de él de las que yo nunca he tenido idea.

—Posiblemente.

—Así que estaba pensando que deberías contarme ese otro lado de Oscar que me gustaría mucho conocer, ahora que ha muerto y sus cenizas están en Saginaw Forest. —El Bat aguardó, y de golpe pensé que ya sabía adónde quería ir a parar—. Tú y yo deberíamos vernos cara a cara para que me cuentes ese otro lado —dijo, como si se lo pensara—. Quiero que me hables de Oscar.

En este punto hubo una larga pausa, mientras yo esperaba.

—¿Qué está sugiriendo, señor Metzger?

—¿Quieres decir que no hablo claro? Pensaba que sí. Maldita sea si te estoy confundiendo. Lo que estoy esperando es que me invites a tu apartamento.

—No sé —dije—. Quizá fuera mejor un restaurante.

—¿Quieres venir *aquí*? —preguntó—. Hay un poco de polvo. Tendría que limpiar y al final de la jornada suelo estar demasiado cansado para hacerlo. —Suspiró—. Pero podría limpiar, supongo. De acuerdo, estás invitada.

—No. Prefiero no ir a su casa.

—Entonces estamos en un callejón sin salida —dijo—. Yo tampoco quiero ir a un restaurante. No voy nunca. Así que aquí hay un problema de entendimiento.

—Ya sé lo que vamos a hacer —dije—. Es sólo una idea. ¿Por qué no viene aquí y conoce a mis padres? Les invitaré también. Como cuando la familia política se conoce, ¿sabe? Los abuelos, ahora. Porque la muerte de Oscar no cambia nada de eso. ¿Qué le parece?

Había burlado su acoso y él lo sabía.

—Es tu lado el que quiero conocer, no el de ellos —dijo, decaído de pronto.

—Tendrá el mío y el de ellos.

—Nunca me ha gustado andar de palique con los parientes —añadió.

—Pues eso es lo que yo soy.

—Oh, de acuerdo —dijo, furioso, como si le hubiera ganado en un juego—. Invita a tus padres si quieres. Claro, tendré mucho gusto en conocerles.

Súbitamente tuve punzadas de dolor en el estómago, que el Bat me producía sólo por hablar conmigo.

—Entonces, ¿cuándo quieres que vaya? —preguntó—. ¿Qué tal esta noche?

—Tengo trabajo —dije—. Es demasiado pronto.

—No me tienes mucho aprecio, ¿verdad? —preguntó de golpe, una pregunta que no pensaba responder.

—Ni mucho ni poco —contesté—. No pienso nada de usted, ni en un sentido ni en otro.

Él carraspeó, con un sonido horrible.

—Perdona —dijo—. Tengo algo atragantado en la garganta. Entonces, ¿el sábado por la noche?

—Bueno, llamaré a mis padres y le llamaré.

—Haz eso. Estaré esperando al lado del teléfono a que llames.

Llamé a mis padres, hablé con mi madre, que se mostró exultante de que la invitara y encantada de conocer al padre de Oscar, y volví a llamar al Bat. Así quedó organizado el encuentro.

Compré bolsas de patatas fritas, palomitas de maíz, cerveza, ensalada de patatas y hamburguesas, y bollos de hamburguesa, y ketchup y salsa y encurtidos. Comida para pasar un buen rato. No era un picnic, pero me figuré que la comida de un picnic pondría a todo el mundo en una mejor disposición de ánimo y les ayudaría a entenderse.

Supongo que debería estar asustada, pero no se me ocurrió estarlo con mis padres presentes.

Aquella noche nevó, porque era diciembre, y había invitado a mis padres temprano, pero no llegaron cuando estaba previsto. Miraba mi reloj mientras preparaba los bollos. Era uno de esos planes perfectamente ideado. Cuando sonó el teléfono, efectivamente, era mi padre diciendo que había derrapado fuera de la carretera y había tenido que llamar a un remolque, y que llegarían a mi casa, pero un poco más tarde. «Con retraso», fue la expresión que dijo. ¿Y había visto la nieve, la que estaba cayendo?, preguntó mi padre.

Más o menos en ese momento oí la llamada del Bat a la puerta. En este edificio hay una puerta principal que normalmente debe cerrarse con llave, pero nadie la cierra, siempre ponen ladrillos contra ella para que no se cierre. Puede entrar cualquiera. Y *entró* cualquiera. Y ahora mismo estaba llamando a

mi puerta.

No hacía falta mirar por la mirilla. No necesitaba a la señora Maggaroulian para saber quién estaba al otro lado. Lo único fue que, cuando abrí la puerta, el Bat no parecía malo ni ruin, sino más bien un pringado que hace cola en la oficina de empleo, humilde y dispuesto a pedir una moneda a los transeúntes.

Tenía una capa de nieve en la cabeza. Tenía nieve en los zapatos. Y era, una vez más, pequeño. Siempre me esperaba que el padre de Oscar tuviese la misma estatura que Oscar, pero era una miniatura, más bajo que yo, y lo único que Oscar había heredado de él era una especie de pómulo que, por un instante, me despertó la añoranza de mi difunto marido. El Bat traía en la mano una botella, y no parecía dueño de sí mismo. ¿Para qué traía una cerveza? ¿Qué había sido de su promesa de abstenerse de alcohol? Tenía en la cara una media sonrisa, casi jadeando por el esfuerzo de esbozarla, y llevaba una chaqueta, una corbata arrugada y zapatos de nieve.

—Hola —dije.

—Qué tal, hija. —Tenía la voz rasposa y cascada. Caminaba paso a paso —. ¿Me invitas a entrar?

—Claro.

Le ayudé a quitarse la chaqueta y la colgué en el armario. No se quitó la gorra. Di media vuelta y regresé hacia donde estaban las tres sillas y el sofá cama. Oí que me seguía. Soltaba aquella tos que no cesaba y que sonaba como el fin del mundo. Me senté en una de las sillas y aguardé a que acabara el acceso de tos. Por fin cesó.

—Tengo flemas —me informó el Bat. Miró alrededor del apartamento. Luego se sentó en una silla y me lanzó una mirada en la que se mezclaban a partes iguales la alegría y la malevolencia. Enarcó una ceja—. La nieve se me mete en las cavidades pulmonares y no puedo sacarla. —La tos se reanudó. Cuando dejó de toser, continuó—: Es algo malo. No sé qué es, realmente. No *quiero* saberlo.

—Debería ir al médico —dije.

—¿Tú crees? Lo único que te dan es malas noticias y facturas que no puedes pagar. No, antes prefiero verme en el infierno. Intentó recostarse en el respaldo, y como no pudo se inclinó hacia delante. Me sonrió—. Eh, ¿quieres esta cerveza para la reunión? —Me tendió la botella y buscó en su camisa un cigarrillo que procedió a encender—. Oye. ¿Quieres que te diga lo que hago? ¿Para los pulmones?

—Sí, claro.

—Tengo un curandero. Tenemos uno en nuestra iglesia. Me pone las manos.

—¿Le alivia?

—Ojalá lo supiera. No sabría decirlo. No estoy ni muerto ni vivo. ¿Tienes un cenicero?

Cogí un cenicero que guardaba debajo del fregadero y se lo di.

—Aquí tiene.

—Gracias —dijo él, toqueteando el cenicero y luego mirándome—. Lo reconozco. Pero no he venido a hablar de esto. Quiero llegar a conocerte. Un poco, por lo menos. Tú no me conoces. Por poner un ejemplo, no sabes que soy cristiano. Voy a una iglesia, voy a un curandero.

Se cruzó de brazos, sosteniendo el cigarro, y se tocó la frente. Yo estaba mirando la nieve en su gorra y en los zapatos. Estaba esperando a que se derritiera.

—Sí lo sabía. Lo de la iglesia.

—¿Cómo lo sabes?

Me miró, entornando los ojos.

—Me lo dijo Oscar.

Movió la cabeza y le cayó agua del pelo, pero seguía teniendo nieve en los zapatos. Se rió.

—Nací en Kentucky, en la misma calle donde vivía una curandera. Era una vieja que se llamaba Gladys... Tenía un poder increíble que daba miedo, así que yo siempre he creído más en eso que en la medicina. Resultó que era tía abuela mía. Me llamaba Little Mac.

—Como la hamburguesa.

—¿Qué?

—Ya sabe. La Big Mac.

—Ah, vale. —Paseó la mirada por el apartamento. Miró un largo rato, intensamente, a la ventana—. ¿Alguna vez has ido adónde Jesús?

—No, en realidad, Él vino donde yo. En una fiesta. Me preguntó una dirección.

Me miró fijamente durante unos instantes. Se levantó, fue hasta la ventana y volvió a sentarse.

—Eso es una blasfemia. Bueno, te la perdono. ¿No habías dicho que venían tus padres? —Se rascó una cicatriz encima de su ojo izquierdo. No pude evitar verla: le observaba atentamente.

—Se han retrasado.

—Ya veo. Habrán tenido problemas en la carretera. El parte del tiempo dice que hay, no sé, doce, quince centímetros de nieve.

Me miró del mismo modo exactamente que cuando le vi aquella vez en que pasé por delante de él en el pasillo, al salir de la habitación de Oscar. No puedo decirlo seguro, pero pensé que estaba calculando sus posibilidades. Sonreía de una forma que no era una sonrisa.

—Ahora háblame de ti —dijo el Bat—. Cuéntame tu historia. Me gustaría escucharla, de dónde eres y todo.

Hablé durante diez minutos, como una cotorra, con la esperanza de que mis padres llegaran para sacarme de aquel aprieto. Pero no terminaban de llegar y, entretanto, en mitad de la historia de mi vida, el Bat fue a la nevera y se sirvió una cerveza, no de la botella que había traído sino de otra, que abrió y se bebió en cuestión de cinco segundos. Recordé que supuestamente no debía beber, que había jurado dejar el alcohol y que en teoría estaba limpio. Luego abrió otra cerveza y se la llevó a su silla. Estaba como midiéndome otra vez las proporciones, con ojos como lagartos que reptaban arriba y abajo de mis brazos y piernas. El teléfono sonó de nuevo y corrí a contestarlo. Era mi padre, que llamaba desde el teléfono del coche y dijo que el eje se había torcido y que no podían conducirlo, ya que el coche se había caído en una cuneta y el capó se había roto y abierto. Como no quería mostrarme desesperada sólo dije «uy, uy». Mi padre dijo que no veía manera de llegar aquí en la siguiente media hora, cogerían un taxi, si es que había alguno.

Fui a la cadena de música y puse música suave, canciones como las que ponen en la radio.

—¿Quién era? —preguntó el Bat, desde su silla.

—Mi padre.

—Siguen retrasados, esos dos. ¿Me equivoco? Bueno, bueno. Tú y yo solos, Missy⁸ y Mac. No me disgusta cómo suena: «Missy y Mac». ¿Crees en Jesús, Missy?

—¿Otra vez ese tema? Claro —dije.

—Yo también. ¿Sabes por qué?

—No.

—Porque se interesa por mí lo mismo que se interesa por todo el mundo. A pesar de cómo soy, un gran problema en un pequeño formato. Eh, tengo una adivinanza para ti. ¿Qué le dice el elefante al hombre desnudo?

—No sé.

—¿Cómo comes con eso? —Sonrió ferozmente—. ¿Lo has cogido? ¿Cómo comes con eso? Me parece gracioso. ¿Sabes?, Oscar siempre decía que eras bonita, y supongo que eres, pero más como una belleza del campo. — Me examinó un momento—. Con esa sonrisa dentona que tienes.

—Gracias.

—Ya veo por qué Oscar quiso acostarse contigo y hasta casarse contigo. Tener todos esos atractivos casaderos en una pieza y demás.

—¿Cómo era la madre de Oscar? Me dijo...

—... ¿Te importa que diga lo que acabo de decir, alguna que otra grosería? A veces no puedo evitarlo. Me sale. No puedo parar. ¿Te importa?

—No, bueno.

—Debería importarte. Deberías decir: «Mac, no hables así, es asqueroso». Como aquella vez que te llamé una palabra sucia. No tendría que acordarme de haberla dicho, pero me acuerdo.

—Bueno, es asqueroso, supongo, pero...

—... No tan asqueroso como el acto, ya sabes. El que hiciste en mi casa, ¿te acuerdas? ¿Cuándo pasaste por delante de mí para exhibirte? Me llevé un sobresalto.

—Lo siento.

El Bat cogió la cerveza y dio un trago. Pareció pensativo un instante.

—Discúlpate, si quieres. Pero me gustó. —Me miró fijamente—. Ver tus formas. Sí que eres bonita. —Pareció pensar durante otro ratito—. Tus padres no vienen, ¿eh?

—No, llegarán de un momento a otro.

—No creo. Creo que me estás tomando el pelo. Estás actuando. Es lo que siempre has hecho conmigo, fingir. Me las prometía muy felices, al venir aquí con mi tracción de cuatro ruedas. Missy y Mac, pensé, quizá puedan ser amigos. —Se levantó y se encaminó hacia la zona de la cocina. Se rascó la cabeza, en algún sitio debajo de la gorra, con la botella de cerveza—. ¿Crees que soy una mala persona? Sinceramente. Dímelo.

—No sé lo que es usted.

—Ahí está la cosa. —Ahora se rascó la oreja con el dedo índice, y a continuación se examinó el dedo. Deseé que parara de tanto rascarse—. Ahí está, exactamente. Yo tampoco lo sé. No sé lo que hago de un minuto al otro. Estoy confuso, maldita sea. —Levantó la mirada hacia el techo—. Señor, estoy confuso y cansado. Estoy siempre cansado. ¿Tú crees, Missy, que tú y yo, ya sabes, podríamos de algún modo ser, en fin, amigos, y que yo podría echarte

una mano cuando el niño nazca? Me gustaría hacerlo. Hacerte de canguro. Podría serte útil.

—Creo que sí.

—Yo también lo creo. Empezaríamos desde el principio. Como si nada hubiera ocurrido entre nosotros. Porque seré un gran abuelo. Podríamos bautizarle. Lavarlo en la sangre del cordero. ¿Cómo le vas a llamar?

Le dije que no sabía.

Por un instante a su cara le ocurrió esa cosa. Yo nunca lo había visto antes y no estaba segura de que lo estuviese viendo ahora. Su cara se sosegó durante unos segundos, volvió a ser normal. Estaba tranquilo y en silencio. Entonces vi que todas mis inquietudes con respecto al Bat eran erróneas. No era más que un hombrecillo de mediana edad que bebía más de la cuenta y que una vez me había perseguido y que tenía problemas con los demonios.

—¿Quieres darme un abrazo? —preguntó el Bat—. ¿Un abrazo a tu suegro?

—Bueno, todavía no —dije, ablandándome—. Quizá más tarde. Pronto. Dentro de un ratito.

—Muy bien —dijo el Bat, rascándose más arriba, en el pecho. La cara se le estaba atontando otra vez, quizá por la cerveza—. Si me permites, voy a hacer pis.

—Está en su casa —dije.

El Bat desapareció en el cuarto de baño y yo busqué debajo del sofá cama la caja de cuchillos de Oscar, saqué uno y lo escondí debajo de una revista. Alargué la mano hasta el cuenco con las patatas fritas, cogí algunas y me las comí.

La puerta del cuarto de baño se abrió unos centímetros. «Eh», dijo, desde detrás de la puerta. A partir de aquí las cosas se vuelven un poco nebulosas, no están claras.

Al cabo de unos minutos, el Bat salió sin los pantalones, sin los calzoncillos y sin zapatos ni calcetines. La polla se le columpiaba de un lado a otro como una herramienta de inspección, a medida que avanzaba hacia mí a cámara lenta. Recuerdo que miré rápidamente a la ventana. Tal vez alguien nos viera. Se detuvo un momento, desnudo de la cintura para abajo, como si no acertara a decidir el siguiente movimiento. Luego dijo:

—¿Qué tal ese abrazo ahora?

—Mac —dije, tratando de controlar mi respiración—, no tiene el pantalón ni los calzoncillos puestos.

No podía correr; él estaba más cerca que yo de la puerta.

—Sí, ya lo sé —dijo, carraspeando—. Quizá debería ponérmelos. —Es una buena idea. —Me levanté. Me temblaban las rodillas. Tenía la cara fría como el hielo—. ¿Por qué no se los pone? Dé media vuelta y vuelva al cuarto de baño.

—Se me olvidó —dijo—. Creí que estaba en casa. Creí que éramos Missy y Mac, tranquilos de noche en casa.

—No —dije—. No es así.

Yo estaba midiendo la distancia hasta la puerta. Él echó a andar hacia mí, con la polla oscilante de nuevo.

—Me gustaría ese gran abrazo ahora —dijo— Luego me pondré los pantalones.

Yo no podía pensar. No se me ocurría ninguna buena idea para salir del atolladero.

—Las persianas no están bajadas —dije, notando que la lengua me temblaba—. Nos verán.

El Bat se dio la vuelta para bajar las persianas y entonces yo cogí el cuchillo debajo de la revista y lo escondí detrás de mi espalda. Respiré hondo. No había tenido más miedo en toda mi vida, pero al mismo tiempo no tenía miedo, es difícil de explicar. Pero voy a explicarlo, porque desde entonces lo he pensado. Es decir, sabía que él podía matarme, o violarme y matarme, pero también sabía que probablemente yo le mataría, si quisiera, y que quizá en cualquier momento cualquiera de los dos podía hacerle cualquier cosa al otro. Él no había decidido todavía lo que iba a hacer. Pero lo más asombroso es que sentí que el espíritu de Oscar me atravesaba en aquel mismo instante y a punto estuve de gritar «¡Oscar!», porque estaba allí, mi chico y mi hombre y mi marido, salió de la nada, de la muerte, y entró en mi interior, y yo podía pensar como Oscar y moverme como Oscar y ser fuerte como él, fuerte y sin miedo. Tal vez lo que hice fue únicamente pensar en Oscar. Probablemente es eso. Pensar que no tenía miedo. Aunque sí tenía, estaba muerta de miedo, pero también yo era aquella otra persona, en aquel preciso instante, como si la valiente estuviese en un lado y la miedosa en el otro. Iba a ceder espacio al lado valiente. Oh, Oscar, pensé, sigue en mí.

El Bat se me acercó, fresco como una lechuga, pero igualmente borracho. Concentrándose en cada movimiento, calculando las posibilidades.

—Ya está. Ahora las persianas están bajadas.

—No se acerque —dije—. No se me acerque más.

—Sí que eres bonita —dijo, acercándose—. Una preciosidad. Siempre lo has sido. Yo también puedo ser guapo. Puedo ser amable.

—Póngase la ropa, Mac —le pedí—. Además, estoy embarazadas

—Estoy tan confuso... —dijo—. Ayúdame. No tengo a nadie con quien hablar. Me canso tanto... Ayúdame, pequeña. —Estiró el brazo cuando estuvo a mi lado—. No pido mucho. Por favor. Te lo pido por favor. Por cortesía. Sólo un pequeño abrazo. No tiene que ser grande. ¿Y un beso? Una pizquita de amor.

Entonces el aire se descongeló.

El Bat me rodeó con los brazos y se apretó contra mí y yo bajé la mano y le apuñalé a través de la camisa con el cuchillo de Oscar hasta arriba del brazo.

Clavó la vista en su brazo un segundo y luego chilló de sorpresa y cayó de rodillas. Apareció sangre en mi blusa, cuando el cuchillo, como con desgana, se desprendió del brazo del Bat y cayó al suelo, reluciente de sangre, salpicando el linóleo. Fui a la puerta, agarré mi chaqueta y corrí afuera. Apagué las luces según pasaba. Pensé: «Avisaré a los vecinos. No, no, no: me alcanzará dentro de un minuto, me acusará de algo. De haberle atacado». Debería haber avisado a los vecinos, pero no pensaba con claridad. Lo único que quería era salir del edificio. Corrí hasta el Matador y lo arranqué. Le llevaba unos minutos de ventaja, pero no tenía adónde ir.

Si estás en tu sano juicio, vas derecha a la policía, pero yo no lo estaba, y además las carreteras estaban intransitables. Pensaba: «He hecho lo que no debía, y ahora van a detenerte, Chloé, por lo que has hecho». Me vi detenida, arruinada, mendigando en las calles. Pensé en Rhonda, mi hermana, demasiado lejana; en mis amigos, muy poco serviciales y pirados; y luego pensé en Bradley, mi jefe y mi amigo, y en su novia, Margaret, porque tal vez seguía pensando en Oscar, todavía le sentía, y estaba pensando en el día de nuestra boda, y *en* la fiesta que nos había organizado Bradley, en el festín del amor que había puesto en la mesa. Pensé en eso también.

No habían despejado todavía las carreteras, y una espesa capa de nieve lo cubría todo, y el Matador era de tracción trasera, y además estaba viejo y oxidado, y lo primero que supe fue que bajaba mi calle de costado y que luego no iba a ninguna parte, sino que giraba y giraba en un cruce. Pensé en el Bat y en su camión cuatro por cuatro que ganaba terreno hacia mí, y entonces apareció una cara en mi ventanilla y lancé un grito.

Pero era sólo un transeúnte que paseaba a su perro y que se estaba

ofreciendo a empujarme. Es increíble que no se marchase cuando grité de aquel modo. Pero se quedó, y empujó mi coche, y salí de allí.

Di vueltas por la ciudad buscando la calle de Bradley, junto al parque Allmendinger, y hubo un momento en que el motor se caló y tuve que arrancar de nuevo, y otro en que me encontré en una calle oscura donde caía la nieve y tuve que parar porque estaba llorando y temblando y tiritando. Pero después me armé de valor y cobré fuerzas y tomé otra resolución de Año Nuevo con dos meses de adelanto, que no sucumbiría al pánico como una cobardica, aunque fuese lo normal y lo más lógico, por impedida que me encontrara.

Las farolas desfilaban por encima de mí y me sentía desfallecida e impotente, y de repente caí en la cuenta de que no sabía dónde estaba, pero entonces pasé por el estadio donde Oscar me había dado un sorbito y giré a la derecha y luego a la izquierda y de pronto noté que mi bebé pataleaba, aunque era un poco prematuro, no podía ser él, conque supuse que era el corazón que me brincaba, que es el modo en que supe que Oscar me abandonaba, porque estaba pasando este minúsculo ataque cardíaco, como el que Oscar había sufrido, sólo que muy pequeño, así que ya era hora de que Oscar se fuese. Y entonces se fue, salió de mí por completo, después de haberme auxiliado en mi momento de aprieto. Volvió a morir.

Aparqué enfrente de la casa de Bradley, que estaba totalmente a oscuras. Abrí la puerta del Matador con su antiguo y reconfortante chirrido. Corrí hasta la puerta y mientras corría me entró nieve en los zapatos, y llamé al timbre, llamé y llamé y llamé, y el perro *Bradley* empezó a ladrar dentro, pero no estaba el Bradley humano, ni tampoco Margaret, y pensé, oh, por favor, que alguien me salve antes de que llegue el Bat.

Luego corrí a la puerta de al lado, donde vivían Harry y Esther, y me entró más nieve en los zapatos y creí que me iba a desmayar, pero aporreé la puerta con la aldaba, y dije:

—¡Socorro! ¡Socorro, por favor! ¡Que alguien me ayude, por favor!

Y oí a Harry que se acercaba a la puerta y al abrirla dijo, como si no supiera que era yo, como si mi voz no fuera la mía sino la de un hombre, como si pensara que era otra persona:

—¿Aaron? ¿Eres tú? ¿Aaron?

VEINTISÉIS

SÉ UNA verdad irrefutable: *Ayuda a tus amigos y a quienes amas; haz daño a tus enemigos.* La misma banalidad de este enunciado garantiza que la mayoría de los académicos —que goza haciendo daño a sus amigos— lo desdeñe.

En todo caso, permanecí insomne varias noches, pensando en cómo podría haber causado a Aaron un daño no intencionado. Despertaba febril, con la frente sudorosa, el pijama empapado de transpiración y en mi mente implacable el espectáculo de Aaron castigado por mi negligencia. Yo no había tomado en favor de mi hijo medidas heroicas, las medidas que, a instancias de la prudencia, uno juiciosamente se abstiene de adoptar durante el día pero cuya inadopción te atormenta la conciencia después de que ha anochecido. Intranquilo, asediado, me levantaba de la cama y recorría sin ton ni son el pasillo hacia el cuarto de baño. Encendía la luz. Todos los cuartos de baño, al margen de sus variaciones mínimas, vierten de noche una luz excesiva, del mismo modo que, por la noche, el sonido de todos los teléfonos resulta estridente. El nocturno resplandor existencial de los cuartos de baño presta un cierto aire fantasmal a la iluminación sin sombra. Bajo esta clase de luz uno descubre los primeros signos del cáncer.

Melancólico y triste en la edad madura, desconcertado por el enigmático caballero cristiano de la fe, Kierkegaard, que sin embargo captó la psicología espiritual como pocos pensadores lo han hecho, fustigado por recuerdos visuales de Aaron, volvía a la cama cómicamente desertado por el sueño. Se me ocurrió pensar que mis vagabundeos a lo largo de toda mi vida por los paisajes de la filosofía habían empujado a Aaron hacia el terreno de la contrafilosofía, de la cienciología, la teosofía, la antroposofía y las demás ciencias ocultas que le interesaban. ¿Quién sabe, quién sabía lo que le había impulsado? Quizá amase a los hombres y no a las mujeres. Pero en estos tiempos, ¿a quién le importaba, salvo a los ignorantes, la elección en uno u otro sentido? Le habríamos aceptado de buena gana, aceptado su homosexualidad, si se trataba de eso. Le habríamos acogido otra vez en casa. Él lo sabía. Si hubiera vuelto, nuestro querido hijo pródigo, engalanado con extrañas ropas y alhajas, vestido como un gitano, le habríamos abierto de par en par la puerta y le habríamos abrazado y besado. Pero no, él prefirió odiar y

ser odiado.

La única cura del insomnio que conozco es la siguiente: tumbado de espaldas, me imagino que estoy en una ciudad cosmopolita pero todavía bastante letárgica, una ciudad que hace mucho tiempo ha renunciado a la ambición mundana, una ciudad en suave decadencia, Lisboa, por ejemplo (donde nunca he estado). Estoy sentado en la terraza de un café una tarde tibia de verano, tomando café amargo y leyendo un periódico portugués. Esther está sentada a mi lado y comenta conmigo la arquitectura de la plaza —un barroco corroído— y los viandantes. Algunos son solitarios. Otros, los amantes, caminan del brazo. Todos son ineptos para trabajar. Las mujeres llevan pañuelos de colores vivos alrededor del cuello, y los jóvenes camisas con colorines de pavo real. De cuando en cuando vemos a un grupo de tres o cuatro que ríe discretamente al pasar por delante de nosotros. Luego altero la ciudad de forma que la plaza enfile el estuario. Entran y salen barcos que rebasan los puntos de anclaje, cerca del rompeolas en cuyo extremo está el faro del puerto. Soy a la vez uno de esos barcos (estoy subdividido), y me digo adiós afablemente. Nadie tiene que ir a sitio alguno, nadie tiene ninguna tarea que cumplir. Uno dispone, al parecer, de toda una vida para examinar las cuestiones capitales y desarrollar un conjunto coherente de opiniones y juicios sobre ellas. El significado de todas las cosas llegará en su debido momento.

Las gaviotas se posan y luego alzan el vuelo desde el muelle de Alcántara. El camarero me trae otra taza de café, suena a lo lejos la sirena de un barco sobre las olas rizadas, hay un indicio de lluvia más allá del embarcadero, un banco de nubes que se forma en el horizonte sugiere, pero no amenaza, el alivio de una tormenta. En la mesa contigua un hombre da de comer aceitunas a un loro encaramado encima de su dedo. Esther me murmura algo, una frase de consuelo, no la escucho del todo, aunque quizá registre sus palabras más tarde. Miro de nuevo alrededor, hacia el puerto, y ahora los edificios a mi espalda. Cerca, unos niños juegan a la rayuela. Dos eruditos del Talmud pasan discutiendo en un portugués salpimentado de yidis. Una pequeña orquesta afina sus instrumentos, un trío de ambulantes músicos de cuerda que disfrutan del aire libre y se disponen a interpretar a Rossini. No tengo mucha hambre, pero cuando llega el solícito camarero le pido un plato del manjar local, un buñuelo relleno de miel.

Doy otro sorbo de café.

Normalmente, esta fantasía nocturna basta para que concilie el sueño. Pero algunas noches, después de una virulenta reunión del comité de la

Empresa Docente Fusionada, tengo que calmarme cerrando los ojos y leyendo por extenso mi imaginario periódico en portugués imaginario. No leo portugués, pero lo hago en mi cura de insomnio. Echo un vistazo al diario en la acera del café cerca del puerto. El periódico que imagino contiene crónicas sobre temas triviales en una bella prosa, vivaz y casi cómica. Esto es el paraíso, leer un periódico que contiene asuntos intrascendentes escritos por estilistas vanidosos. La prosa en que informan que a una mujer le han robado el bolso en una peletería es digna de Gibbon, si este gran hombre hubiera escrito en portugués. Un hombre se ha roto un par de huesos, tras caerse de un balcón, y el reportaje destila el ingenio melancólico de Saint-Simon. En otra sección, cuentan que un gato se ha extraviado, pero el artículo lo ha escrito G. W. F. Hegel, y el lector apenas percibe la existencia del gato. Bueno, nadie admira la prosa de Hegel, pero es agradable y relajante imaginar que Hegel, que por fin ha recibido una lección de humildad, tuviese que escribir para un periódico. Hegel también firma la crónica del hipódromo. En otra sección, Proust narra un partido de fútbol, Heine ofrece en venta un apartamento y Colette cuenta una disputa entre dos vecinos. Virginia Woolf tiene a su cargo las columnas de finanzas, que, en el periódico que leo, detallan el modo en que se debe gastar el dinero, y en qué mercancías, pero no cómo hay que invertirlo. En esta ciudad de mi imaginación no existen las grandes inversiones. Los ahorros son ínfimos. Los bancos son pobres como ratas. Tienen que mendigar, organizar subastas.

Pero luego, o ahora (sigo despierto), bajo el periódico y miro al puerto y allí, en un bote sin remos ni motor, veo a Aaron, que se aleja a la deriva de la orilla, gritando. Detrás de mí, la gran torre del reloj de la plaza central tañe sus campanas lúgubres y melancólicas. Son campanas grandes, con una compleja combinación de notas, y sus tañidos pautan el ritmo de la vida social de la ciudad. Son las cuatro de la tarde. Aaron grita o chilla. Las campanas repican, repetitivas, y según pasan las horas sus redobles son tristes. No entiendo nada de lo que dice Aaron. *Mi hijo me está gritando*. El bote a la deriva le arrastra hacia alta mar. Gesticula. Dios mío, tengo que ayudarlo. Estoy sudando, tengo fiebre.

Alguien le salva.

Casi todas las religiones están obsesionadas por el sacrificio de un hijo perpetrado por un padre. Para los judíos son Abraham e Isaac, un ejemplo del que se apropia Kierkegaard para los propósitos de la fe irracional. Para los

cristianos, por supuesto, el hijo, Jesús, es sacrificado, ofrendado por primera y última vez, por Dios Padre; los gentiles no pueden superar esto. Tenemos a Absalón. En otro lugar, tenemos a Prometeo, entendido como un joven dios, que debe morir una y otra vez. Estos mitos me parecen más convincentes que los relatos de la muerte del padre, organizada por la horda primaria, una idea cuya vulgaridad de lugar común fue certeramente adoptada por Freud, un vulgar clínico.

Cuando yo estaba en la universidad, mi padre, un hombre brusco y poco efusivo, murió de un ataque en una escalera una tarde de sábado en que pintaba la casa. Cuando cayó fulminado al suelo, cayó con él el bote de pintura blanca, que le salpicó la cara y el torso. Mi padre murió tendido en el césped, con su cara y la hierba de alrededor pintadas de blanco como los payasos, como en una muestra de pintura acción. Creo que no me produce placer contar esta historia, pero Esther dice que sí, y la he contado cantidad de veces y compulsivamente a todos los que hayan querido escucharla. Mi padre me consideraba libresco y poco realista. Vendía tuberías de cobre en Chicago y quería que yo entrase en su negocio, cosa a la que me negué desde que tenía siete años. Mi padre era atrabiliario, como Aaron. Sufría de una angustia metafísica sin una causa manifiesta. Veo a mi padre en mi hijo. Los dos poseían un don para las observaciones crípticas, enervantes y rotundas. No le recé el *kaddish*.⁹ No soy ese tipo de judío. Complica las cosas.

Aquella noche de sábado yo deambulaba por la casa mientras Esther cosía. Procuraba no pensar en Aaron pero no podía evitarlo. Para distraerme de mi preocupación, había cogido un libro de Kierkegaard y estaba meditando sobre el dictamen que formula Wittgenstein en *Repetición* (Wittgenstein, que admiraba enormemente a Kierkegaard, era el Caballero de las Normas): «Quien sabe guardar silencio descubre un alfabeto que tiene el mismo número de letras que el alfabeto ordinario». ¿Qué significa eso de saber guardar silencio? ¿Qué *clase* de silencio sería ése? ¿En qué difieren esos silencios de los otros? ¿En qué se distingue ese silencio particular del taciturno mutismo? ¿Qué es un silencio intelectual? ¿Cómo conocer ese conocimiento o, si se quiere, cómo reconocerlo? Y, si se me permite preguntar, ¿qué naturaleza tiene ese alfabeto silencioso?

Wittgenstein consideraba que la metafísica era como la pelusa de un traje. Sin embargo, en cuanto eliminó esa pelusa el propio traje desapareció.

Tal vez estas meditaciones se plasmasen en un capítulo de mi nuevo libro, una refutación de los argumentos tendenciosos y afectados que Herbert Quain

hace sobre Kierkegaard y Wittgenstein en *El laberinto del Dios*.

Fuera estaba nevando, una espantosa nieve de noviembre, mojada, compacta y acumulativa. Sentado en mi estudio, cavilando sobre el aserto de K de que toda vida es una repetición —esos alfabetos silenciosos han tenido que existir antes de nosotros—, pero en realidad visualizando las andanzas de Aaron por la faz de la tierra, miré por la ventana.

Me imaginé a mi hijo perseguido por perros que ladraban.

Desvalido en mis fantaseos (¿dónde estaba Lisboa? Mi ciudad se había diluido en la despiadada evanescencia de toda fantasía), me imaginé a Aaron, solo y desdichado, un huérfano en aquella tormenta del Medio Oeste, empapado por la nieve mojada, un pobre desgraciado. Me habría gustado mucho decir que no pensaba en Aaron y que todos mis pensamientos eran libres, pero la ausencia y el silencio de mi hijo desaparecido los ocupaban por entero. En aquel momento se me pasó por la cabeza que *Aaron había descubierto el alfabeto secreto de Kierkegaard y lo utilizaba para escribirme cartas*.

Se oyó el estruendo de un coche en la calle. No era el coche de Bradley, que yo reconocía, sino un vehículo de sonido y timbre desconocidos. El conductor lo detuvo, abrió la puerta —que crujió— y la cerró con un golpe.

No soy propenso al pensamiento mágico. Debo decir, sin embargo, que la respiración se me aceleró en aquel momento. El corazón me latía más aprisa. Me levanté y me acerqué a la puerta de la calle. Tenía la intuición de que Aaron había vuelto a casa. Había desistido de su rebeldía y había regresado, arrepentido, muy posiblemente limpio de drogas y agradecido por nuestra clemencia. Quizá llegara acompañado de alguien. Habría hogueras de contrición por ambas partes. Bien, bien. Me dirigí al recibidor.

Un puño golpeó la puerta. Una voz ronca de chico pidió socorro. Abrí la puerta una rendija y olí el aire invernal. «Aaron —dije—. ¿Eres tú? ¿Aaron?»

Al abrir del todo, con Esther de pie detrás de mí, no vi a Aaron sino a Chloé, la camarera de la cafetería y viuda reciente, con la cara pálida, sofocada, afligida y aterrada.

—Chloé —dije—, ¿qué pasa? Entra. Entra, por favor.

—Ha intentado violarme —gritó ella—. Y le he clavado un cuchillo y ahora me detendrán y me llevarán a la cárcel. Estoy perdida.

Esther me apartó. Tomó la mano enguantada y agrietada de Chloé.

—Entra, querida —dijo—, entra ahora mismo.

Metió a Chloé dentro de casa y cerró la puerta, girando el cerrojo. No

soltó ni un instante la palma y los dedos de Chloé. Le abrió la cremallera de la chaqueta —la chica parecía incapaz incluso de esta simple acción— y se la quitó. Luego desató los zapatones de Chloé, la descalzó y la llevó a la cocina, donde la sentó a la mesa. Descalza, la chica regó con la nieve de sus vaqueros el suelo del pasillo, al pasar por delante del reloj de pared.

—No digas nada —le ordenó Esther—. Entra en calor un poco, y te haré un café. No, un café no. Un té.

—Ha intentado...

—... Un momento, por favor, Chloé. Espera —dijo Esther. Se volvió hacia mí—. Harry, déjanos solas.

—Qué tontería —dije.

—No, no —dijo Chloé—. Puede quedarse.

—No —insistió Esther—. Harry, vuelve a tu estudio. Por favor, abre un libro.

—¿Que abra un libro?

Ella se apiadó de mí.

—Haz lo que te digo. Abre uno de tus libros. Déjanos diez minutos. —
¿Quién ha intentado violarte? —pregunté—. Hay que llamar a la policía.

—¡Harry! —dijo Esther.

Se levantó y, con una voluntad de hierro, me empujó con las dos manos fuera de la cocina. Me empujó hasta la sala y luego por el pasillo hasta la escalera. Me habría empujado escaleras arriba hasta mi estudio, pero accedí mentalmente a subir.

No obstante, me detuve en el rellano y esperé. No podía evitar la curiosidad. ¿Qué violación? ¿Y quién era el violador? La puerta de la cocina se cerró tras Esther y oí dentro murmullos femeninos. Chloé dijo algo, Esther le contestó. Las mujeres excluyen así a los hombres de las conversaciones de importancia doméstica. En casa nos aturden sus planes particulares y estrategias. Subí trabajosamente.

Fueron a la policía y me dejaron en casa. Pero Chloé, como no había sido penetrada ni agredida por su suegro, se negó a denunciarle por agresión sexual o a testificar en su contra, aunque la alentaron a hacerlo. Calmaron sus temores de que la detuvieran, pues Metzger tenía todas las cartas aciagas de aquella baraja. Esa noche, más tarde, Chloé volvió a nuestra casa y llamó a sus padres, que habían regresado a casa con un remolque y en taxi. Esther no quiso dejar a Chloé que volviera a su casa en coche. Le dio un camisón suyo —

Esther y Chloé eran de la misma estatura— y la acostó en el cuarto de Aaron. Esther permaneció en vela, sentada en el borde del colchón, gran parte de la noche, hasta que Chloé se durmió.

A la mañana siguiente Esther se levantó, no diré que «alegremente», sino con seria determinación. Llamó a su trabajo y a su jefe, informando a todo el mundo de que no se presentaría a trabajar. En la cocina preparó zumo de naranja, huevos revueltos, tostadas y bagels. Chloé entró con un albornoz verde de Aaron que le quedaba muy grande, y debo decir que fue una conmoción verla vestida de aquel modo, descalza en nuestra cocina como lo había estado en la fiesta de su boda, y con el albornoz de nuestro hijo, entonces una sacerdotisa de Eros, ahora degradada.

Se esforzó en esbozar una sonrisa para ambos, uno de los gestos de cortesía más conmovedores que he presenciado en mi vida.

—Buenos días —dijo, y rompió a llorar. Esther se levantó más rápido que yo y la estrechó en sus brazos—. No puedo comer huevos revueltos —dijo Chloé, acurrucada en los brazos de Esther—. Porque estoy embarazada y me producen náuseas.

—No tienes que comer nada.

—Tomaría huevos duros —dijo ella, sin dejar de llorar.

—Por favor, siéntate, Chloé —le pedí.

—Lo intentaré —dijo, y consiguió sentarse a la mesa y se enjugó los ojos con una servilleta.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunté.

—No puedo volver allí —dijo ella—. Ese cara de mierda, perdone la palabrota, me va a perseguir. No puedo... —Meneó la cabeza—. No puedo pensar, de entrada.

—Bueno, pues vivirás aquí, entonces —dijo Esther—. Hasta que pienses algo. De momento estás bien aquí. Puedes instalarte en uno de los dormitorios de arriba, o podemos hacerte un apartamento en el sótano. Ahí abajo tendrás intimidad. Podrás entrar y salir a tu antojo.

Esther me miró con una expresión no de consulta —*¿Ese plan me parecía acceptable!*— sino de confirmación indiscutible: *Es lo que vamos a hacer.* ¿Para qué discutir? Me limité a asentir.

—Toma —dijo Esther, quitándose del brazo una pulsera verde que puso en el de Chloé.

—¿Qué es esto? —preguntó la chica.

—Malaquita —le dijo Esther—. Infunde valor.

Ese día, más tarde, llevé a Chloé en coche a su apartamento y la ayudé a recoger algunas de sus pertenencias: su ropa, su radio y discos, su televisor pequeño, las zapatillas de atletismo y los testigos de su difunto marido, retales patéticos. Lo transportamos todo en dos cajas de cartón. Las sillas y la mesa se quedaron a la espera de un trayecto posterior.

Poco después, Chloé rescindió su contrato de alquiler. Ahora es nuestra inquilina.

Decidió que quería vivir en el sótano. No quiero tener ventanas, dijo, aunque el sótano tenía unas de cristal cerca del techo por las que la luz se filtraba, ya muy menguada, en la habitación. Que Chloé viviera en nuestra casa fue idea de Esther; antes de que nadie se hubiera parado a pensarlo, era un hecho consumado. En consecuencia: reside en lo que fue antaño nuestra sala de juegos. Chloé vive ahora donde Ephraim y Sara y Aaron jugaban al pimpón. Lee *Cuidados del bebé y del niño*, del doctor Spock, ve la televisión, va a trabajar, escucha música, duerme y se prepara para el parto. De vez en cuando sube las escaleras que llevan a la cocina. Alguna que otra vez cena o desayuna con nosotros. Tiene su propio horario y hace lo que hacen las jóvenes de su generación. (No hago preguntas.) A veces la oigo cantar abajo, oigo los trinos intermitentes y solitarios de Chloé.

Se ha inflado. Emanan el anticipado calor procreativo del embarazo. Esther la acompaña a las clases de preparación para el parto. Vuelven riéndose y cuchicheando. Mi mujer parece haber recuperado una presunta juventud, y la disfruta. Tiene a menudo en la cara una sonrisa de calabaza. Yo, por mi parte, he accedido a ser el padrino del bebé. Es de lo más inapropiado —¿padrino, un judío?—, pero he decidido concederme lo que Kierkegaard denomina «la jubilosa seguridad del momento». Ni siquiera me aterrorizan los bautismos. Sencillamente, es lo que hacen los gentiles.

La nueva novia de Bradley, Margaret Ntegyereize, ha prometido, si está disponible, asistir en el parto. Como solía decir Jimmy Durante: «Todo el mundo quiere participar en el acto».

Bradley Smith y Margaret Ntegyereize... ¿cómo acabará su historia? No es una pareja más absurda que las otras, y quizá lo sea menos que otras. Es posible que Bradley se enamore de una mujer nueva cada dos años y que se case con ella, como... ¿cómo se llama?, Tommy Manville. Les veo juntos, a Bradley y a Margaret, caminando de la mano, a remolque del perro. Parece

que han terminado los días en que le daba la lata con mi conversación a Bradley. Si quiero mantenerme lúcido, debo hablar conmigo mismo.

¿Pero qué ha sido del suegro, Metzger? ¿No he olvidado mi alemán? *Metzger* significa carnicero. Este Metzger, de dudosa humanidad, es un caso muy difícil. Chloé le llama el Bat, pero yo prefiero su nombre sin ornatos metafóricos. No creo que vayamos a perderle de vista. Mientras haya Cupido, mientras haya Venus y, si se quiere, Adonis, habrá Metzger, la rueda rota, el clavo infectado de herrumbre.

Pensando que no convenía que lo hiciera ella, volví solo al apartamento de Chloé con el propósito de recoger el mobiliario restante. No había mucho, era poca cosa. Dejé allí el sofá cama. Ella no lo quería.

—*Oscar y yo nos matamos a polvos ahí encima* —dijo ella, cruda pero francamente—. No quiero volver a verlo. Su carrera ha terminado.

Pero recogí una lámpara, un par de sillas, una mesa. Le llevé sus libros —Edgar Caye y las profecías de Nostradamus— y un par de pequeños objetos que ella echaba en falta, entre ellos, para mi sorpresa, un colador de té y un recipiente de huevos. Resistí el patetismo de esta pequeña colección de accesorios de cocina. Todos los días hay chicas que se van de casa de sus padres, instalan la suya y, comprando escurridores de platos, coladores y prensadores de ajos, confieren existencia a una versión de sí mismas. Es su manera de interpretar un atardecer en Lisboa, leyendo el periódico cerca del muelle, excepto en lo referente a la realidad del hecho.

En uno de mis trayectos hasta el coche topé en la acera con un hombre al que tomé por Metzger. Tenía un ineludible aspecto mugriento. La palidez se mezclaba con una enfermedad incipiente en sus facciones notablemente innobles. Era a la vez pre y posvenérea. Al parecer la herida de cuchillo no le había aplacado los ardores. Me saludó con la cabeza y me agarró del codo. Creo en la gran valentía y la perseverancia de las clases trabajadoras, pero este Metzger era una excepción, un paso adelante del lumpen proletariado hacia el cubo de basura.

—¿Es suya esa silla? —me preguntó.

La puse en la acera.

—Creo que no tenemos el placer de conocernos —dije.

—Creo que no —añadió él.

—Harry Ginsberg —dije, tendiendo la mano.

—¿Cómo está usted? —preguntó, estrechándola.

—¿Y usted es...?

—Un amigo de la familia —contestó—. ¿Es suya esta silla?

—Sí —contestó.

—Verá —dijo—. Creo que me la robaron. Tengo mi camión aparcado allí para recogerla. ¿Quiere llevármela?

—No, lo siento —dije.

Quizá no lo haya mencionado: crecí en las calles de Chicago, y a pesar de mi aire abstraído y algo etéreo, no soy cobarde físicamente, sino más bien, en realidad, lo contrario. En mi juventud peleé con chicos y hombres que querían pelear conmigo, algunos de los mejores de Chicago, sobre todo matones irlandeses afrontados por judíos. Muchos de aquellos ciudadanos volvieron a su casa sangrando y con contusiones producidas por Ginsberg. Hace años que no me he visto envuelto en una reyerta, pero la perspectiva de un enfrentamiento con aquel hombre de probidad dudosa me colmaba de un júbilo desmedido. Hacía años que no practicaba el pugilismo, pero estaba listo. Me sentía feliz y truculento.

Yo había cogido dos patas de la silla, para transportarla. El hombrecillo de pelo grasiento agarró las otras dos. Iniciamos una danza grotesca en la acera, una pugna a cuatro patas. El murmuraba y yo guardaba silencio. Mi sangre, un tanto aletargada en la Empresa Fusionada, empezó a hervir.

—Puto judío avariento —dijo el maloliente y diminuto *shegetz*.

Dejé la silla en el suelo y le arreé una castaña. Se quedó inmóvil, como si buscara zepelines en el cielo. Luego sus rodillas cedieron y pareció como si se sentara, zumbado, en la acera. ¡Qué fácil había sido! ¡Y qué placentero! Había esperado que me costara un mayor esfuerzo someterle. Se levantó. Le solté otro mamporro, esta vez un simple gancho. Boxear es como montar en bicicleta: no se olvida nunca. Se fue al suelo de nuevo. Esta vez se quedó sentado, tocándose lo que pronto sería un ojo a la funerala. Llevé la silla al coche, volví al edificio, masajeándome los nudillos, cerré con llave el apartamento casi vacío de Chloé —excepto por el sofá cama—, y volví a la acera de la entrada.

Para entonces él se estaba levantando, aunque no con perfecto equilibrio.

—Tendrá noticias mías —dijo.

—¿Por teléfono o por telegrama? —pregunté.

Llegué al coche, me subí y me marché.

Algún día, creo, Metzger nos encontrará. El enemigo de Chloé ahora lo es mío, y pienso lo siguiente: que ese tarado haga lo que quiera. Estoy preparado.

Me agrada tener un enemigo que no es simbólico.

Tenemos que pensar, porque lo inesperado nos acecha siempre. ¿Quién dijo esto? ¿Beckett? ¿Kierkegaard? Ya no estoy seguro de mis citas.

Todas las noches cojo mi reloj del alféizar. Tengo mi lámpara y mi libro. Escucho a Schubert en el tocadiscos. Junto con mi familia, Schubert es el amor de mi vida; si regresara a la tierra, podría venir a mi casa y llevarse cualquier objeto que quisiera. Cerca, Esther lee o tricotea. Algunas noches de la semana jugamos al bridge, a la canasta o al scrabble. Otras noches, cuando Esther está ensayando el parto con Chloé, me quedo solo a guardar la casa. Aaron sigue sin llamar. Nuestro hijo ha desaparecido en el buche de este vasto continente. Pero continúo pensando que una noche, porque sin duda será de noche (todos los reencuentros ocurren de noche), probablemente una de primavera o de verano, en que el soplo de brisas frescas atraviesa el arce y los tilos del jardín delantero y los pájaros emiten sus consuelos, la portezuela de un coche se cerrará sin ruido y unos instantes después se harán audibles las pisadas de un hombre que se dirige hacia la puerta de entrada. El aire será fresco y limpio. Subirá con paso vacilante los escalones de la entrada. Cerrará la mano en un puño para llamar a la puerta. O quizá extienda el dedo índice para pulsar el timbre. «¿Papá? —dirá—. ¿Papá? Soy yo. Soy Aaron.*

Pero tal vez la persona que llame sea Metzger, el carnicero, que nos ha encontrado, que ha descubierto nuestro lugar en el mundo, nuestra ubicación y domicilio, nuestras vidas modestas. Desde la calle oirá a Schubert. La música entrará en su oído sin causar efecto alguno. Caerá como semilla en una piedra. Sabe tanto de música como un cerdo de naranjas. Quizá le acompañen sus amigos gorilas y descerebrados. Tal vez traigan armas de fuego. Muy bien. Que vengan. Aquí estaré. Estaré preparado.

Recuerdo el poema que tuve que memorizar en la universidad: «El amor rejuvenece a quienes la edad enfría, /ya quien le encuentra joven lo mantiene joven». Algo parecido.

Lo inesperado nos acecha siempre. De todos los dones desplegados ante mí, este solo pensamiento, en este momento de mi vida, es el más precioso.

VEINTISIETE

AL PARECER me toca pronunciar el discurso de clausura.

Algunas noches vago por la ciudad, protegida por la pulsera de malaquita hecha a máquina que me regaló Esther y por el bastón de testigo de las carreras de relevos de Oscar, que podría usar de arma. El ginecólogo dice que al niño le sentaría bien que yo hiciera ejercicio, y cuando lo hago veo por las ventanas, como por accidente, los cuartos de estar de la gente, aunque yo no siempre quiera. Pero es primavera y las ventanas están abiertas y las cortinas descorridas, ondeando en la brisa, como en esa película, *Ventana indiscreta*, de Hitchcock, salvo que en mi caso todo lo tengo delante, *Ventana delantera*,¹⁰ de Chloé. Por lo general la gente está ejercitando su deprimente vida vegetativa, que consiste en ver la tele o en segar el césped o desherbar el jardín, pero es increíble la cantidad de veces que sorprendes a alguien sentado en el porche, mirando al vacío. Supongo que no se debe hacer eso, mirar al vacío, porque no es productivo, pero créame, es lo que hace la gente con el tiempo de asueto que no emplea en nada. Parecen comadreas de tamaño humano. Y cuando ven a una mujer embarazada que pasa sin compañía, preñadísima como un globo y con un testigo de relevos en la mano, suelen dirigirme una sonrisa o un leve gesto de saludo, como si yo estuviera colaborando con el censo nacional bruto o contribuyendo a aumentar el bienestar de la humanidad. Las personas y las cosas pasan, igual que yo. ¿En qué piensa la gente, antes de verme, cuando está mirando al infinito en su barrio? Es lo que intento captar. Creo que están estupefactos, pensando en el amor, principalmente, en que lo tuvieron, en cómo lo obtuvieron, en cómo lo perdieron, y en todas las personas a las que amaron o no amaron, y en cómo acabaron odiando olímpicamente a alguien, en lo raro y destemplado que es eso. Bradley dice que están pensando en dinero, pero yo sé que no. El amor es lo primero. Tararean sus canciones de amor, por ejemplo las que cantaba Frank Sinatra o los Beatles o Madonna: ¿ha cantado alguna ella? Una canción de amor, me refiero, que no sólo sea de sexo y de sus escaleras de mano peludas. Supongo que sí, y se imaginan lo que les gustaría estar con alguna otra persona, o sólo con la persona con la que están realmente, que sentada en el porche les hace compañía en el viaje de la vida con su charla, sin charlar de nada en especial, sólo charlando. O sentados en la cocina, haciéndose

mutuamente bocadillos de pavo. O viendo la tele juntos. O bailando. O en el dormitorio, practicando alegremente el sexo o quizá no tan alegremente, según sea el caso. Una cosa que no he mencionado hasta ahora es que un día Oscar y yo hicimos el amor tan brutalmente que me levanté de la cama con una quemadura de sol. ¡Es cierto! Si él no hubiese muerto, podría corroborar lo que digo. Habíamos probado algo que no habíamos hecho nunca, no entraré en detalles perniciosos, y cuando Oscar me lo estaba haciendo me preguntó si era feliz y yo le dije que sí. Lo hicimos todo el tiempo que quisimos y después, cuando terminamos, fui al cuarto de baño y tenía la piel quemada. Y pensé: «Esto es totalmente inexplicable». Pero la tenía. Me la había quemado haciendo el amor con Oscar. Ojalá la tuviera todavía quemada. Ahora estoy pálida como una sábana. Quizá la piel se me tueste otra vez cuando mi bebé nazca. Daré a luz al bebé y se me bronceará la piel en el paritorio mientras paro. Los iones positivos me oscurecerán la piel y pareceré una indígena. Total que, como he dicho, pasaba por delante de las casas y veía todos aquellos arreglos domésticos, como supongo que usted los llamaría. Mujeres que viven con mujeres. Mujeres que viven con hombres. Hombres que viven con hombres. Mujeres que viven solas. Hombres que viven solos. Gente cuerda y gente loca, gente que ha perdido los cabales que les quedaban. Los locos lo están sobre todo porque el amor les ha enloquecido. Yo creo eso. Lo que digo es que la flecha del señor Cupido puede hacerte perder la chaveta. El amor contiene algún ingrediente de locura absoluta. Lo sabe todo el mundo. Mire al Bat si quiere una prueba. O sea, podemos decir que el amor es obsoleto y retro, vale, pero todo el mundo vuelve a su casa de noche con ganas de que le reciba alguien, hasta los malvados cruzan la puerta y dicen, con esperanza: «Cariño, ya estoy aquí», y o bien hay alguien que te da un beso o bien no hay nadie. Y si no hay nadie no hay besos, y tienes que apañártelas sin ellos. Quizá te agencies un perro para que el *perro* te bese, como hizo Bradley una vez. Quizá el gato te baile alrededor de los pies, maullando de felicidad. Sucede. No es una deshonra besar a un perro por la noche. A ellos no les importa. No digo que no te las puedas arreglar de una forma u otra, lo único que digo es que tienes que hacer algo, como la solución del perro. Así que total, vuelvo a mi casa en el sótano que les alquilo a los Ginsberg y por supuesto Oscar no está allí. No está porque se ha muerto. Es decir, sé que está muerto porque vi su cadáver, lo vi de cerca, pero aunque sé que está muerto, no me lo *creo*. No *creo* que esté muerto. Está por aquí, en alguna parte. Simplemente lo sé, no me pida que lo explique. Y eso es la razón, en parte, por

la que estoy aquí fuera, paseando. Busco a Oscar. Es en parte por lo que hice de él, por cómo le cambié. Aquel chico se hizo amigo mío. Supongo que yo le convertí en un hombre, pero no creo que eso sea un gran logro. Oscar habría llegado a serlo por su cuenta, sin mi ayuda. Hablo mucho del sexo que hacíamos, pero lo que olvido mencionar es lo *otro* que hacíamos juntos. Bailábamos y escuchábamos música y jugábamos a las cartas (yo le enseñé a jugar al rummy), e íbamos al cine y hablábamos *continuamente* de todas nuestras opiniones sobre cosas. Oscar tenía un montón de opiniones. Algunas eran únicas y experimentales. Decía que el universo se estaba expandiendo, que *tenía* que expandirse, para que cupieran todas las ánimas, humanas y animales, que habían muerto en él. Cada ánima ocupaba un espacio considerable. El universo tenía que amoldarse. Él pensaba que los ricos habían inventado la pobreza para que los pobres hicieran trabajos estúpidos y horribles que a nadie se le ocurriría hacer si no necesitara dinero. Decía que el dinero era el peor invento de Dios, la única manera que se le ocurrió de conseguir que la gente trabajara. ¡Qué tontería!, dije yo, pero no, Oscar lo decía en serio. Pensaba que cuando el mundo llegase a su fin todo el mundo se olvidaría de Australia, que sobreviviría al fin del mundo por pura negligencia. Oscar no creía en los coches; pensaba que los automóviles contribuirían al fin del mundo tal como lo conocemos. Creía que había zonas horarias en la luna, pero sólo dos. Si era medianoche en la cara oscura de la luna siempre sería mediodía en la otra. Dos zonas horarias en la luna, dos horarios de día o noche. No haría falta ahorrar horas de luz de la luna porque no se podría ahorrar luz del día lunar por el simple medio de ajustar el reloj. No era un chalado. Utilizaba el sentido común. Sabía ser anticuado, a pesar de su tachuela en la lengua y su apariencia exterior. Por ejemplo, una vez me traje flores en un jarrón. Un día traje a casa una langosta para comer, pero no la pusimos en agua hirviendo para cocerla —nos faltó valor—, sino que la metimos en la bañera con un poco de agua durante la noche y al día siguiente la devolvimos, viva, a la tienda de comestibles para que nos devolviese el dinero. En cuanto al sexo, menos cuando se ponía excitable, Oscar creía en los preámbulos largos; en esto era un auténtico tradicionalista; las drogas le habían ayudado a ver que no tenía sentido apresurarse en nada. Ni siquiera me pegó nunca. No recuerdo una sola vez que me pegase. Oscar el caballero. Cuando pienso en él ahora —y pienso en él mucho más de lo que he pensado nunca en mí—, le evoco de pie en una colina, en un pasto de vacas, mirando hacia el futuro y diciéndome lo que ve. Tengo la mano posada en su polla y a

través de ella noto el murmullo de su corazón, los brincos jubilosos de su sangre. Me apena que no llegase hasta el año 2.000 porque él estaba convencido de que habría grandes cambios en-el cosmos, de que todo, hasta la física, se modernizaría. No obstante, a pesar del credo tradicional radical de Oscar, creo que *yo soy* más visionaria de lo que era él. A fin de cuentas, una vez vi a Jesús en una fiesta. Allí vi otra cosa, que le contaré al final, cuando reúna el valor para describirlo. Lo que vi probablemente era el quid de la fiesta y la causa de que Jesús estuviese presente y me alertase al respecto. Pero volvamos a mis paseos por la ciudad. Lo que quiero decir es que Oscar está aquí en algún sitio y por eso camino por las inmediaciones en su busca. No es posible tener un cuerpo y un alma y luego morir y desaparecer del todo. Físicamente es un desperdicio grandísimo. Dios no lo permitiría. Dios no es un hueso de jamón: Dios cree en la ecología del alma. Algo tiene que ocurrir cuando te has muerto, algo misterioso y hasta ahora inexplicado a nosotros, los seres humanos, y estoy resuelta a descubrir qué es. Soy la mujer indicada para averiguarlo, la mujer apta para esta tarea. Creo que quizá Oscar se haya alojado en algún otro tío, o se dispone a hacerlo, y tengo que encontrarle ahí, aunque la búsqueda puede ser difícil, porque el tío negará, por supuesto, que es Oscar. Dirá que es él mismo. Al principio no sabré que es Oscar, porque parecerá otro tío, pero *será* Oscar, el tío tendrá la esencia de Oscar. Puede ocurrir. Le arrebataré cualquier novia que tenga y le estrecharé en mis brazos, siempre que no le desanime ver que estoy encinta. No sabrá qué le ha pasado cuando me lo ligue. Para hacerlo poseo suficiente madera de diosa. Porque él será Oscar sin saberlo. Por eso le estoy buscando. A veces, cuando no me apetece caminar, subo al Matador las noches en que el coche se digna arrancar, y primero bajo hacia Ypsilanti. Paso por delante de donde la señora Maggaroulian trabajaba antes. Ya no está allí. No está en ninguna parte. Ha desaparecido de nuestro planeta. No puede decirme dónde está Oscar. Tengo que buscarle yo sola. Espere un minuto. Tengo que respirar. Sólo un minuto. Necesito aspirar aire.

Ya. He recobrado el aliento. Algunas veces me mareo y creo que voy a desmayarme. Total, que no se puede pensar en el amor sin pensar también en la muerte, pero el esfuerzo que eso exige te puede dejar sin resuello. El amor es primo hermano de la muerte, se conocen, asisten a las mismas reuniones familiares. El consultorio de la Maggaroulian está ahora vacío, han quitado su letrero y en su lugar han puesto otro: local en alquiler. Ojalá ella siguiera allí, con sus relojes de Laurel y Hardy. Podría darme ayuda y consejo. Podría

recibir algunos e-mails del futuro, algunos chismes por unos centavos de la profeta de Ypsilanti, donde en un tiempo vivieron los tres Cristos. Continuamente recibimos informes del futuro, por si no lo ha notado, pero casi nunca hacemos caso por culpa de lo feos que son los mensajeros, los majaras astrosos que obtienen la información y tienen que transmitirla con su mal aliento y su boca desdentada. Harry Ginsberg, el profesor que vive arriba, siempre está diciendo: «Chloé, lo inesperado nos acecha siempre», pero lo que en realidad quiere decir es que el futuro quiere que nosotros sepamos lo que va a ocurrir y nos envía a personas como la Maggaroulian para ayudarnos a descifrarlo. Supongo que en realidad quiere decir que *yo* soy lo inesperado y que *yo* estoy siempre encima de él, pero quizá se refiere a que esperaba que su hijo Aaron se presentase un día y que yo fui, en cambio, la que se presentó. Perdió a un hijo pero ganó a una especie de hija, que era yo. No siempre consigues lo que quieres pero algunas veces consigues lo que necesitas: se han *dicho* palabras más verdaderas que éstas, pero no mucho más, y desde luego no durante el tiempo que llevo de vida. Lo que pienso es lo siguiente: de cuando en cuando, las Maggaroulians aparecen en tu vida para ayudarte a sobrellevar y atravesar las épocas más agitadas y difíciles. ¿Se ha fijado en que es típico que las *drag queens* y la gente callejera y los majaras se presenten en tu puerta justo cuando vas a ocupar un nuevo empleo o cuando estás a punto de emprender un largo viaje? Aparecen, por lo general, para decirte cómo va a salir. Tienes que aguzar el oído en su dirección, por mucho olor a cebollas que despidan. Si no les haces caso, buena suerte, que te las apañes, es lo único que puedo decir. Aquí va otro ejemplo de lo que quiero decir. Oscar tenía un portacasetes instalado en el Matador para oír música dimensional cuando iba en coche a sus diversos destinos. Cuando murió y me quedé con el coche, por ser su viuda, empecé a dar vueltas por la ciudad escuchando la cinta de audición que Oscar había grabado en la escuela Arbogast de radiodifusión, donde estaba adiestrándose para ser pinchadiscos. En esa cinta, Oscar utiliza distintos nombres de prueba para su programa. A veces se llama Sam Loomis. Otras veces es Mister Van Damn o Bone Barrel. Oscar no creía que «Oscar» fuese un buen nombre para una personalidad de la radio, sonaba horrible. Es curioso. Pone música, lee el boletín del tiempo y anuncios que él mismo había escrito para clubes y vendedores de coches de segunda mano y empresas de persianas. Dios, me encanta oír su voz. Es *meliflua*. Encontré esta palabra en un diccionario, donde estaba enterrada hasta ahora, en que acabo de emplearla. Oscar anuncia canciones pero no las

pone, no en su cinta, menos una. En mitad de la cinta dice que la próxima canción está dedicada a Chloé. No dice quién la canta. No es rock ni gótico ni *heavy metal* ni nada de eso. En lugar de eso, sale aquel tío en plan *blues* y la canta. Es un antiguo *blues*, supongo. *Ain't No Grave Can Hold My Body Down*. Me figuro que a Oscar le gustaba por el título. Total, que en su cinta suena esa canción, y es para mí, y la razón de que sea para mí es que Oscar sabía que se iba a morir, pero que de una forma u otra volvería a buscarme. No hay tumba que pueda retener mi cuerpo.¹¹ Es también una fanfarronada sexual. Tengo que volver a respirar ahora, me siento un poco mareada.

Ya. Sé que es una osadía que Oscar dijera que iba a resucitar. Pero ¿por qué no? La resurrección es una forma de reciclaje. El cosmos es eficiente. No se arrojan las almas al cubo de la basura. Se reutilizan.

El universo no admite el desperdicio, como sin duda usted habrá advertido al observar las estrellas y ver qué noche tras noche están siempre en el mismo sitio, listas para sucesos estelares. Un domingo por la mañana yo estaba dando vueltas en coche por el otro lado de la ciudad y me fijé en una iglesia pequeña, la baptista africana de la Resurrección, y me dije, bueno, sí, es cierto que soy blanca, pero oye, es una iglesia y resulta que es el lugar donde la gente piensa en almas que se reciclan. Era por febrero, el mes en que realmente *necesitas* alguna resurrección que otra. Así que aparqué el coche y silenciosamente me colé dentro, con cuidado de que conmigo no entrara también nieve. Dentro había un órgano y un coro cantando, estaban preciosos con sus túnicas, y cerca de mí, en la parte de atrás, estaba la doctora Ntegyereize y la otra única persona blanca, su novio y mi jefe, Bradley. Bradley, como es blanco, no podía bailar ni levantar alegremente las manos en el aire, como hacían los negros, pero —y esto es lo importante—, daba unos pasitos, como concentrado. Para empezar, se estaba concentrando en la alegría. Lo hacía a la manera de un hombre blanco. Era porque amaba a la doctora Margaret y gracias a ella se había resucitado él mismo. Se oía el golpeteo contra el suelo de madera de los zapatos de los celebrantes. Bradley y Margaret me vieron, pero en cierto modo *no* me vieron porque estaban abismados en el mundo del espíritu, conque di media vuelta y subí al coche y volví a casa de Esther y Harry con la canción del coro resonando todavía en mis oídos y la figura de Bradley ejecutando sus pasitos de baile en mi marco mental. Oiga, a veces he tenido ganas de quitarme la ropa y bailar en la calle en un arrebató de pura felicidad por el espíritu sagrado que vive dentro de mí. Comprendo el baile. Cuando volví, Harry estaba leyendo el *New York Times*,

lo que supongo que es su manera de alegrar la mañana del domingo. Me recordó algo que Oscar y yo hicimos después de habernos casado. Era la víspera de Todos los Santos. Ni él ni yo trabajábamos aquella noche. Decidimos que nunca eres demasiado mayor para salir de ronda la noche de Halloween,¹² y además a los dos nos gustaban los dulces, el mismo tipo de golosinas. Oscar optó por disfrazarse de dragón grande y potente, el que tiene en la nariz una goma de borrar, y yo de Venus. En la vida cotidiana, la diosa Venus lleva suéters y faldas ceñidas, pero su característica más importante es que la puedes reconocer por la estrella invisible que normalmente lleva en la mitad de la frente, una estrellita de plata con la que te hipnotiza. Yo me la puse. Oscar se ató a la nariz una goma de borrar grande, sujeta alrededor de la cabeza con una banda elástica, y se puso una capa verde para las escamas. Fuimos a las casas de algunos amigos y recibimos regalos. Se convirtió en una fiesta. Yo no paraba de pensar en el dragón con la nariz de goma que Bradley había dibujado, porque en realidad el poema trata de cosas que están a punto de desaparecer y no sólo de letreros y carteleros que se borran: trata de la muerte. El dragón con la nariz de goma figura en casi todas las mitologías. Oscar y yo éramos Venus y el dragón, y hasta noviembre o diciembre no caí en la cuenta de que el disfraz de Oscar era otra forma de profecía, pues el dragón con la nariz de goma le borró. Un mes después había muerto.

Pero ningún dragón muere para siempre. Por eso sé que encontraré a Oscar en algún sitio. Terminaré esta historia lo más pronto posible, porque no quiero cansarle. Diana dice que debería presentar una denuncia contra el Bat, pero no lo haré. Denunciar al Bat sería como recopilar los daños causados por un virus del resfriado. El Bat simplemente está ahí, en la forma que adopte, como por ejemplo la de padre de Oscar, y como no le he visto últimamente creo que se ha vuelto a refugiarse en su cueva. No tardará en aparecer con otra forma. Eso también lo planeó Oscar, por supuesto. Sé que se pregunta por qué me disfracé de Venus y por qué creo que el Bat aparecerá con otra forma. Lo creo porque las formas que adoptamos son frágiles. *Fui* Venus una vez. No me parecía a ella. *Era* ella. Aquellos amigos míos, los pringados, vivían en una granja alquilada al oeste de aquí, y hace uno o dos veranos decidieron organizar aquella fiesta del solsticio, y a medida que pasaba la noche se fue desmadrando. Todos estábamos borrachos o pirados, y eso ayudaba. La gente empezaba a desnudarse y a correr desnuda por los bosques y los campos, y las chicas habían trenzado guirnaldas para ellas y los chicos se habían puesto vaya a saber qué, y el baile y los galones de vino y cerveza y el folleto al aire

libre duró casi toda la noche. Aquello ocurrió en mi época de fiestas. Hacia medianoche me metí en el bosque y alguien desnudo pasó corriendo por delante de mí en persecución de alguien que también estaba desnudo, y pensé: «Seguro que esto es anticuado».

Y yo podía señalar a un chico y luego a una chica y ellos se miraban y sucedía, estaban atrapados, atrapados sin remedio, y yo tenía el poder de señalar a un chico y luego quizá a otro chico y aunque hubiesen sido heteros decidían probar, aquella noche precisa, a hacer el amor por una vez juntos, carne contra carne. Ver a dos tíos besándose es algunas veces un gran alivio para una chica. Te quita el peso de la femineidad. O podía ser una chica con otra, porque era el solsticio de verano, y eso es lo que exige Venus, aunque ella prefiere un chico a una chica porque Venus alienta la procreación. Yo *dirigí* aquella fiesta. Llevaba una estrella en la frente. La gente veía que era yo, que era yo la que hacía que aquello ocurriera, y estaba sobrecogida. Cuidado, me corro, es Chloé, y voy a hacer que te corras tú también, y voy a señalarte a ti y a ti, y no puedes no darte por enterado, no puedes hacer nada. Ja. Primero despacio y después rápidamente os acercaréis uno a otro, haréis esfuerzos para trabar conversación y tendréis la boca seca de puro susto y excitación. Sentiréis que un cuchillo de partir pomelos os corta el corazón; el amor hace eso. No podréis hacer nada contra mí hasta que seáis viejos, si es que entonces podéis.

Llegó el amanecer y todos nos vestimos y volvimos a casa y nos dimos una ducha y salimos al trabajo de salario mínimo, vestidos con la ropa de a diario, el uniforme de obreros, como las abejas obreras que éramos. Casi todos teníamos empleos apestosos y casi todos en nuestra vida cotidiana éramos irritables y humildes y estábamos jodidos. Nos sentábamos a ver la tele y discutíamos sobre quién iba a ir a la tienda a comprar patatas fritas y ketchup. Estoy, digamos, en lo más bajo de la escala socioeconómica, como la llaman. No me las apañó para ganar dinero. No es ahí donde reside mi poder. Pero aquella noche, aquel solsticio de verano, nos despojamos de aquellos disfraces de parias que normalmente llevamos para cubrir nuestra desnudez, y de ese modo nos transformamos en dioses y diosas durante unas horas, y de todas las deidades yo era la suprema y todos lo sabían. Se inclinaban ante mí. Usted también lo haría. Vale, deme una ocasión de recuperar el aliento, una vez más.

Ya. Creo que tengo razón. Ahora voy a hablarle de aquella otra fiesta, la fiesta en la que vi a Jesús y luego vi la otra cosa. No le diré que aquel día yo

estaba limpia y sobria, porque sería falso. Jesús ya había venido y se había ido. Yo estaba sentada fuera, casi desmayada, fumando un cigarrillo en mi silla y comiendo un pedazo de queso. No creo que nunca haya alardeado de mi virtud o mis modales en una fiesta. Total, que estaba allí sentada con, no sé, una cerveza para empujar el queso, y un cigarro que había sacado de algún sitio, y como era un domingo por la tarde, se me ocurrió inspeccionar el cielo. Que era azul, con nubes. Dije alguna majadería o algo sin sentido cuando miré hacia arriba. Allí había algo. Daba miedo. Yo miraba y miraba. La cosa estaba hecha de la sustancia de una nube, pero cuanto más mirabas, estando tan colocada como yo estaba, más circular se volvía. Creo que va a decirme: «No fantasees, Chloé, viste una nube. Oye, no viste nada más». De acuerdo, de acuerdo. Quizá. Dije: «Eh, mirad esa nube», pero nadie miró, todos estaban demasiado volados para tomarse la molestia. Total, que como he dicho era circular, blanca y ardiente, como un tiovivo enloquecido, con gente sujeta, si te fijabas mucho. Y zuecos. Veías a aquella gente, entrando y saliendo de la rueda nebulosa, inflamada en el cielo, y estaban atados con la cara hacia fuera, y daban vueltas despacio porque la cosa giraba lentamente. Giraba lentamente como un molinillo enorme, y había otras ruedas y engranajes en el cielo, y todos se mezclaban. Y aquellas personas estaban todas desnudas, encerradas en el cielo, atadas a la rueda. Ojalá yo no hubiera visto la rueda que giraba en el cielo, porque aunque estés pirada como estaba yo, te llena de majestad y terror, pero fue aquel día cuando supe que llevaba una diosa en mi interior, porque había visto aquello. Océanos y ríos y fuegos de luz, y yo nadaba en ese río a partir de entonces.

Le pregunté a Harry Ginsberg: ¿quién vio la rueda en llamas? Porque yo sabía que alguien más la había visto. Harry es muy culto, él lo sabría. Estaba leyendo alguna otra cosa, un libro, y por un momento levantó la vista. Y dijo: Ezequiel, Chloé. Como que dos personas la habían visto, Ezequiel y yo. Sé que me estaba hablando, que se dirigía a mí, pero lo entendí de otra manera, que había una lista de dos personas, muy exclusiva, un club pequeñísimo del que yo era uno de los socios y Ezequiel el otro.

Así que ahora trabajo en la cafetería donde las cenizas de Oscar están en una bonita urna de madera, sobre un estante cerca de la lista de cafés que ofrecemos, y nadie, salvo Bradley y yo, sabe que ahí está mi marido, Bone Barrel. Abajo, en el sótano —a todo esto, viviendo en él les estoy haciendo un gran favor a Esther y Harry, porque están solos y necesitan contacto con la cultura joven—, he instalado una cuna y una mesa para cambiar al bebé y ya

tengo juguetes preparados. Mis pechos

están enormes, están listos para amamantar y nutrir, huelo a leche. Tengo cuidado con lo que como y bebo: cantidad de leche y ensaladas variadas y filetes y frutas y verduras. He dejado de fumar. No era necesario. Espero al niño y espero el regreso de Oscar. No le he olvidado, *yo* le llamo y volverá. Le daré la bienvenida en cualquier forma que adopte esta vez. A veces pienso en lo que suele decir Harry, «lo inesperado nos acecha siempre», y pienso, sí, seguro que sí, pero quizá tenga razón y un día yo estaré ahí abajo y, quién sabe, Charlie, estaré mirando al techo, pensando en las musarañas, notando las patadas del bebé o la bebé que se dispone a nacer, este hijo que es mitad de Oscar y mitad mío, y estaré pensando en qué nombre ponerle, y oiré a alguien afuera, alguien que se acerca, digamos, a la puerta de la calle, y puede que se parezca a ese hijo, Aaron, de Esther y de Harry, al que han estado esperando todo este tiempo, que hasta ahora se ha vuelto invisible pero que de pronto reaparece. Llegará a la puerta, entrará, le darán la bienvenida, pero seré yo la que sepa quién es *en realidad*. La única persona que puede desatarte el corazón es la que te lo ha atado. Estoy esperando, Charlie. Soy paciente. No quiero que el corazón me lo desate nadie que no sea él.

La canción estaba bien, querido Jesús. Toma tu limonada.

No hay tumba que pueda retener su cuerpo.

Nuestra vida no es un sueño,
pero debería y quizá llegue a serlo.

NOVALIS

POSLUDIOS

EN SERIO, no va a empezar su libro con un personaje que se despierta en la cama, ¿verdad? Es la primera regla, ¿no? ¿No es la primera regla no empezar una historia con un personaje que se despierta en la cama?

Palabras de Bradley.

Pues sí. Es lo que voy a hacer. Voy a violar esa regla concreta.

Me levanto del banco y echó a andar de nuevo alrededor de la periferia de Allmendinger Park. Año tras año he venido a este sitio a contemplar esas noches especiales de luna radiante, de voces y de vigilia. Por aquí y allá, pero sobre todo por el otro lado de la calle, pasan los corredores incansables, que al principio supuse que eran todos insomnes, pero que, pensándolo mejor, son probablemente trabajadores nocturnos, obreros de noche, que vuelven a sus casas y se afanan en hacer algo de ejercicio antes de ducharse y meterse en la cama para dormir durante todo el día. Arriba, una brisa leve mece las ramas, y a mi derecha, por donde el viento ha pasado, el aire huele a pinos blancos. Uno de los líricos consuelos del insomnio es que quien lo sufre se familiariza con el vacío especialmente luminoso de las cuatro de la madrugada, y con esos rumores espectrales que se perciben cuando, justo antes del alba, los espíritus parecen andar sueltos y se acercan despacio para tranquilizarte. Según camino, advierto que los pocos corredores que hay por aquí son todos hombres. A las mujeres les da miedo correr a estas horas de la noche, temen agresiones. No, me equivoco; hay una mujer muy esbelta que lleva una gorra de béisbol de los Toledo Mud Hens y que sujeta en la mano derecha una lata pequeña de pimienta en polvo. Pasa corriendo, sin apenas molestarse en mirarme, concentrada en sus tiempos: posiblemente participa en maratones.

*Temo que esta mañana recuperemos durmiendo
las muchas horas que anoche hemos velado.*

Este juego burdo y detectable ha engatusado al paso lento de la noche.

Dulces amigos, al lecho.

Es interesante que en Sueño de *una noche de verano* como en *Macbeth*, el insomnio sea uno de sus muchos temas dramáticos, aunque la comedia verse

sobre la vigilia de amor estival y la trate con serena dulzura, y en la tragedia sea recipiente de culpa y despida el efluvio de un invierno desesperado y maldecido: el insomnio como gélida manía homicida, la llegada de los bosques, los árboles vigilantes, la escarcha. No todos los insomnios son iguales, como saben muy bien las víctimas de ese estado.

Doblo la esquina y me acerco al Michigan Stadium. Lo rodean una alta puerta y una nueva y grandiosa valla de ladrillo y hierro fundido. Ya no te puedes colar en este estadio sin entrada, y desde luego tampoco de noche. En estos tiempos no se puede entrar y salir de él en verano ni en cualquier otro momento fuera de temporada. Qué lástima. Anchas máquinas de construcción obstruyen el acceso oeste a las gradas. Las obras tienen que estar terminadas para cuando comience la temporada deportiva. De día, desde la ventana de mi estudio, oigo a cierta distancia los ruidos de la maquinaria. El estadio se ha vuelto todavía más monumental, con sus enormes vigas de acero que se alzan sobre el nivel más alto para sostener una sección adicional de asientos nuevos y un marcador de siete millones de dólares. En la parte superior de la fachada exterior hay unas palabras en letras gigantescas, de color maíz y azul, que desde aquí no se distinguen bien:

SALVE, CONQUIS

EN LA esquina, el semáforo parpadea en rojo en una dirección (norte-sur) y ámbar en la otra. Es demasiado tarde incluso para que los forofos del monopatín ejecuten en el bordillo del chaflán las hermosas acrobacias con que se arriesgan a sufrir esguinces de tobillo. Ningún conductor muestra el menor interés por mí. Al pasar zumbando hacia sus recados ni siquiera se molestan en mirar hacia donde estoy. Tengo la sensación de que *me he* vuelto invisible. Todo está silencioso. Todas las voces en mi mente se han callado. Me han vaciado entero.

Antes de volverme para dirigirme hacia el bosque, atisbo el horizonte oriental, donde detecto el más tenue resplandor del alba. Mi identidad de *sinluz* se ha mitigado, al menos de momento.

Entro en el instituto junto a nuestra casa, el Pioneer High School Woods. Está más oscuro que antes, porque este año no han vuelto las lagartas. Pulverizaron el bosque con bacterias que atacan a las polillas. Ya no me acuerdo de su nombre en latín. Estoy demasiado cansado para eso y ya no soy un fanático de esos bichos. Los árboles, por consiguiente, han echado hojas y ahora obstruyen toda la luz de luna que hubiera podido filtrarse hasta el sendero. Pero éste se encuentra exactamente donde siempre ha estado, por supuesto. El mapa mental, una expresión que emplean los psicólogos para designar los medios con que conceptualizamos los territorios caseros que nos son familiares, también se aplica a mis fantasías. Mi mapa mental me guiará a través de esos bosques y me llevará a casa. Está oscuro, oscuro casi como la boca de un lobo, pero veo.

Me invade un cansancio placentero. Es un momento de somnolencia que promete unas horas de sueño. Los pájaros —¿cuál es ése? No reconozco el trino de dos notas— gorjean arriba y a mi espalda.

Al otro lado del bosque, al salir a la calle, paso por delante del solar donde nunca construirán una casa debido a problemas de desagüe.

Entro en casa sin hacer ningún ruido. El perro no se despierta ni me ladra. Cruzo por delante de un espejo tan viejo que ya no refleja nada, y empiezo a subir las escaleras. Qué cansado estoy, qué silenciosas se han vuelto estas frases que se alejan lentamente de mí, hacia fuera y lejos. Los dientes de la rueda giran juntos, sincronizados por fin en la oscuridad. El

sueño me atonta. Estamos de paso en esta tierra.

A duras penas consigo mantenerme despierto. En el dormitorio me quito la ropa y me tiendo debajo de la sábana y de la manta estival, y ella posa su mano en mi espalda y dice: «¿Dónde estabas?». Pero yo ya navego hacia el sueño y no acierto a formular las palabras a tiempo para nombrar en voz alta los lugares donde he estado.

En amoroso recuerdo de mi hermano
Thomas Hooker Baxter
(1939-1998)

notes

Notas a pie de página

¹ Obra de Kenneth Grahame (1859-1932), un cuento sobre topos, ratas y animales campestres elaborado con las historias que el autor contaba a su hijo para que se durmiera. (*N. del T.*)

[2] *Bat* significa murciélago en inglés. (*N. del T.*)

³ En el folclore judío, un alma errante que presuntamente habita y controla a un ser vivo hasta que es expulsada por un exorcismo. (*N. del T.*)

⁴ «Job», en inglés, significa empleo, trabajo. (*N. del T.*)

[5] *Mucho* figura de este modo en el original. (*N. del T.*)

[6] *Fat* significa gordo en inglés. (*N. del T.*)

⁷ Es decir, cuando Aaron tenía trece años, momento en que se celebra la ceremonia de iniciación de un chico judío. (*N. del T.*)

⁸ Forma coloquial de «miss», señorita. (*N. del T.*)

⁹ Oración judía que se reza a la muerte de un pariente próximo. (*N. del T.*)

¹⁰ Alude al título original de la película de Hitchcock, *Rear Window*, cuya traducción literal sería *Ventana de atrás, Ventana trasera*. (*N. del T.*)

¹¹ Traducción del título citado más arriba: *Ain't No Grave Can Hold My Body Down*. (*N. del T.*)

¹² Noche en que los niños recorren las casas amenazando con hacer travesuras si no les dan un regalo. (*N. del T.*)